EVA ALTON



IRIS

HECHIZO DE SANGRE

SERENATA NOCTURNA AGENCIA PARANORMAL

IRIS

HECHIZO DE SANGRE



Eva Alton

© 2024 Eva Alton
Todos los derechos reservados
Registration number: m6s9YKp0zmgmm7BP
Esta obra está protegida por derechos de autor. Está prohibido copiarla, reproducirla, transmitirla o adaptarla por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.
Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia. Agradecemos a todos los artistas que han creado los tipos de letra y las imágenes incluidas en este libro y su portada. Publicación independiente.
Publicado por:
AUTORISSIMO

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Iris - Hechizo de Sangre (Las Brujas de Ibiza, #1)

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Ilustraciones de las Brujas del Serenata Nocturna:

Selena: Luna de Lobos | 1

2

Nota de la Autora:

Elogios de la crítica sobre Eva Alton:

“Combina lo mejor de lo paranormal con lo mejor del romance.”
“Lo volvería a leer mil veces.”
“Una historia sobre vampiros y brujas increíblemente original y única en su estilo. Me ha deslumbrado de principio a fin.”
“Lo leí aprovechando cada minuto que tenía libre. Ameno, entretenido y con muy buen enganche... No podrás dejarlo hasta el final.”

Otros Libros de Eva Alton:

Serie Serenata Nocturna

Iris – Hechizo de Sangre

Selena – Luna de Lobos

Mina – Espíritus de Sombras

Fantasía Histórica

Notas Ocultas

Serie Los Vampiros de Emberbury

Bruja Extraviada

Espejo de Bruja

Mascarada de Brujas

Elementos de Bruja

El Beso Azul Cobalto

La Ayudante del Vampiro

*Únete al club exclusivo de lectoras VIP de Eva Alton y disfruta gratis de la novela "La Ayudante del Vampiro". **Hazte miembro ahora haciendo clic aquí.***

Para Riccardo, compañero de travesía,
y para mi padre, por prestarme sus libros.




SERENATA NOCTURNA
AGENCIA PARANORMAL

“Sé tu propia lámpara, tu isla, tu refugio.”
– Gautama Buda

1

Iris



Ibiza, 5 años atrás

Jamás pensé que aquella sería la última noche en la que vería a mi única hermana. Si lo hubiera sabido, habría tratado de ser más diplomática; más cautelosa. La habría prevenido sin volverla contra mí. Pero, por desgracia, no sabía que estaba a punto de perderla.

Mi hermana Katie y yo habíamos viajado a Europa desde Estados Unidos, y entretanto habíamos conocido a un pequeño y variopinto grupo de amigos de verano; amigos de esos que conoces en los bares, que se convierten en uña y carne durante un par de semanas y luego desaparecen para siempre, como agua entre la arena.

La mayoría ignoraban que éramos brujas, pero eso daba igual, porque todos teníamos un objetivo común: exprimir la vida al máximo en cada fiesta, y vivir cada noche como si fuera la última.

Para algunos de nosotros, lo sería.

Pronto empezaría mi primer año en la universidad, y para celebrarlo, mi hermana y yo nos habíamos embarcado en un esplendoroso viaje de casi tres meses, costeado por nuestros padres.

Ser adoptadas a los cinco años por un afluente clan de vampiros tenía bastantes ventajas: aparte de poder irnos a la cama a la hora que quisiéramos, siempre se nos concedían todos los caprichos, sin importar el coste.

Katie estaba en el tercer año de Historia del Arte, y había decidido el destino con la intención de conocer en persona todas las catedrales europeas, todo tipo de ruinas griegas y romanas, y, al parecer, también a los mismísimos habitantes de la era renacentista.

O, al menos, eso pensaba yo mientras miraba de reojo al escultural vampiro de más de quinientos años de cuyo brazo andaba colgada en ese mismo momento.

Esa noche caminábamos con nuestro grupo de amigos por el paseo marítimo. Me alejé un poco del grupo y me desvié hacia la playa, atraída por unos extraños reflejos rojizos entre las olas. Me quité las sandalias para sentir la arena húmeda bajo los pies. Cerré los ojos, intentando entrever los secretos de aquellos que habían pasado por allí antes que yo. Me pregunté quién pudo haber recorrido esa misma orilla horas antes, o incluso siglos antes, y si los espíritus tendrían algún mensaje para mí. Escuché un rato, pero no pude descifrar nada ni sentir a nadie, a pesar de que esas playas solían estar siempre abarrotadas.

—¡Iris! ¿Qué haces?

Katie me llamó para que regresara con el grupo. La seguían tres chicas ataviadas con faldas blancas y vaporosas, a juego con el top de su bikini. Las tres iban con sus parejas recién encontradas, que eran hombres tan guapos como ellas. Hombres... *o lo que fuesen.*

—¡Ya voy! —respondí, sintiendo que las olas me llamaban con su ir y venir, tratando de decirme algo.

—¡Es por aquí! —dijo mi hermana, señalando hacia una calle lateral que se adentraba en el pueblo—. No te quedes atrás. ¡Te perderás! Y el concierto está a punto de empezar.

No me interesaba lo más mínimo aquel concierto. La música tecno le gustaba a Katie, no a mí. Pero claro, siendo la hermana pequeña y la más introvertida, siempre me tocaba ir a rastras, a los sitios que ella elegía, con la gente que a ella le caía bien.

La habría seguido, pero de pronto sentí una energía potentísima que me atraía de vuelta a la playa.

Le hice un gesto con la mano a Katie, pidiéndole que siguiera por su cuenta.

—¡Luego os alcanzo! —grité.

Cerré los ojos y extendí los brazos. Una visión empezó a formarse en mi cerebro. Era una imagen borrosa, como la ondulación de un reflejo en el agua. Así solían llegarme las visiones: como reflejos borrosos, que poco a poco se volvían más nítidos cuando las interferencias se detenían. Aunque muchas veces se quedaban solo en eso: reflejos indescifrables de los que jamás llegaba a ver la imagen completa.

Rebusqué en el bolsillo y saqué a toda prisa una vela y un mechero. La encendí y la sujeté en una mano para que iluminase la oscuridad del mundo de los espíritus. Sin velas era imposible ver más allá.

Luego intenté estirar las esquinas de la visión, hasta que algo en el centro se volvió nítido. Conté hasta tres lentamente: contar siempre ayudaba.

Y entonces la vi.

Sangre.

La visión empezó con una gota de sangre. Ahora sí, la vi claramente: chorreaba por el borde de una copa; una copa antigua de cristal tallado que podría haber salido de un castillo medieval. Una delicada mano femenina se llevó la copa a los labios, y sus labios quedaron manchados de sangre. Pero ella sonreía. Estuve a punto de ver su rostro completo cuando sentí frío. Solo los muertos podían sentir un frío tan intenso en pleno verano. Tentáculos de escarcha subieron por el torso de la desconocida, cubriéndolo de cristales blancos...

Un grito impaciente me sacó del trance.

—¡Iris, he dicho que vengas! —Mi hermana había venido a buscarme a la orilla y me tiraba del brazo. Abrí los ojos, y la encontré mirando mi vela con cara de disgusto—. ¿Pero qué haces ahí plantada? Los demás ya han entrado. Apaga eso, anda. Estás montando un espectáculo.

—Dame un momento...

Respiré hondo para regresar del todo al presente, contando hasta tres muy despacio.

Katie, impaciente, sopló mi vela y la apagó.

—Tú y tus manías raras —dijo, y chasqueó la lengua.

Señaló un local con letras luminosas sobre la puerta. Héctor, su pareja de turno, la esperaba de brazos cruzados junto al gorila de la entrada, con gesto impaciente. Era difícil decidir cuál de los dos hombres tenía la espalda más ancha. Katie me lanzó una mirada reprobatoria y corrió tras él como un cachorrito obediente.

Suspiré.

Recogí mis sandalias, tiradas en la arena, y eché a caminar hacia el bar. Desde atrás, pude observar la figura perfecta de mi hermana: esa hermana mayor que siempre había sido mejor en todo, más bella, más inteligente y, por supuesto, mejor hechicera. Mientras yo, con gran esfuerzo, recibía imágenes aleatorias que me enviaban los espíritus de los muertos cuando les

venía en gana, ella podía abrir un libro de hechizos y llevar a cabo cualquier conjuro que se propusiera. Yo jamás había podido hacer cosas así. Katie siempre había sido el orgullo de mi madre: se graduó con notas espectaculares, estaba a punto de terminar la carrera de Historia del Arte y pronto sería una eminente profesora universitaria en alguna universidad famosa de Londres o Nueva York.

Mientras tanto, yo me había acostumbrado a ser la segundona y vivir a su sombra, aunque tampoco me importaba demasiado. Era feliz con mis libros. No necesitaba más.

Seguramente, por todos esos motivos, esa noche yo caminaba sola junto al Mar Mediterráneo, y ella estaba besando a un auténtico dios griego.

Héctor.

Un nombre falso, obviamente. Como todos los vampiros, era atractivo; pero incluso entre los inmortales destacaba. Para colmo, era culto, amante del arte y hacía gala de una ridícula caballerosidad anticuada que deslumbraba a mi hermana Katie. El hombre perfecto, a primera vista. Sin embargo, no todo en él era lo que parecía; desde nuestro primer encuentro me había hecho sentir inquieta. Algo en aquel hombre no acababa de convencerme, y era fascinante que Katie, con sus dotes mágicas superiores, fuera incapaz de percibirlo.

Entré en el local tras ellos. Era un atrio poco iluminado, bordeado por palmeras gigantescas, con olor a alcohol y a escasez de desodorante. La música tronaba a un volumen ensordecedor, y nubes de confeti inundaban el aire con cañonazos intermitentes de color rosa y morado. Aquella noche actuaba un famoso DJ, el preferido de mi hermana.

Katie y Héctor se habían instalado en un rincón, enredados el uno en el otro. Las manos de él se movían con una rapidez sobrenatural, apenas disimulada bajo los fogonazos de luz, reptando por debajo del pareo blanco de mi hermana a través de la abertura lateral. La música comenzó a invadir mi mente, martilleando mi cerebro.

Bien. Quizás aquellos martillazos me ayudaran a borrar la turbadora visión que me había sacudido en la playa.

Un chico me sonrió. Tenía los ojos claros; a primera vista me pareció simpático. Al observarlo más de cerca noté sus enormes pupilas: dilatadas y redondas como las de un gato, engastadas en ojos plagados de venas enrojecidas. Se rascó la nariz y la movió como si le picase; luego sonrió de nuevo y se tambaleó un poco. *No, gracias*. Me di la vuelta sin devolverle la sonrisa y me escabullí hacia el baño para desaparecer de su campo de visión. Había muchos de esos en Ibiza y no eran mi tipo.

La cola en el baño de mujeres era tres veces más larga, así que me metí en el baño de hombres, ante las miradas indignadas de las chicas que esperaban.

Bajé la tapa del inodoro y me senté encima con la cabeza entre las manos, sintiéndome un poco mareada.

Justo entonces regresó la visión que había llamado antes con mi ritual improvisado.

Cerré los ojos con fuerza y volví a visualizar la gota de sangre resbalando por la copa lentamente; los labios rosados y carnosos acercándose al borde con sensualidad, lamiéndolo ligeramente hasta teñirse de carmín... Con un gran esfuerzo, traté de mirar más allá de aquellos labios; levantar la mirada para ver a la mujer. Era difícil, como en un sueño.

Volví a sentir el mismo frío mortal y me abracé a mí misma.

El frío se intensificó cuando comprendí que aquellos labios eran los de mi hermana, Katie.

Aterrada, abrí de golpe la puerta de mi cubículo en el baño de caballeros. Un chico se asustó por el golpe y me miró extrañado; yo lo ignoré y salí corriendo.

Tenía que encontrar a Katie, y rápido.

Me había confesado que esa noche planeaba quedarse a dormir en el hotel de Héctor, aunque se conocían apenas unos días. Era nuestra última noche en la isla, y Katie se moría de ganas por hacer algo divertido... y arriesgado.

Corrí por la discoteca, bordeando la gran piscina en el centro y esquivando a la multitud. Busqué el rostro de mi hermana entre todas las extrañas vestidas igual que ella, con ese curioso uniforme de fiesta ibicenca que todas lucían menos yo.

—¡Katie! ¡Katie! —grité, sin poder disimular la histeria en mi voz.

La visión se hizo más clara e intensa; pude ver su cuerpo entero. Katie sostenía la copa, y el brazo de un hombre rodeaba su cintura. Ni siquiera necesitaba concentrarme más para saber de quién era aquel brazo musculoso y fornido que bajaba por su abdomen. El brazo fantasmal bajó, llegando más allá de su ombligo, y ella se estremeció con un gemido.

«Mía. Para siempre mía, en cuerpo y alma...»

Aquella voz ronca me sobresaltó, porque raramente escuchaba voces en mis visiones.

Me apoyé en la barandilla de cristal que bordeaba la piscina, tratando de recuperar el aliento.

Al hacerlo, reconocí los rizos dorados de mi hermana entre la gente. Ondeaban y cambiaban de color bajo las luces rosadas, azules y verdes de la discoteca, dándole un aspecto sobrenatural.

Me acerqué a ella y la separé de Héctor de un tirón, ante la mirada atónita de este.

—Necesito hablar a solas con mi hermana un momento —gruñí, arrastrándola hacia el lado opuesto de la pista.

—¿Se puede saber qué haces? —me espetó ella, separándose de mí mientras lanzaba una mirada de disculpa a su compañero—. ¡Estábamos en medio de una conversación personal!

—Justo eso es lo que me preocupa...

Miré alrededor, calculando la distancia necesaria para que Héctor no pudiera escuchar lo que decíamos. Entre la música y la muchedumbre, probablemente fuera seguro hablar, por muy fino que fuera su oído de vampiro.

—Pero, ¿qué dices? —se quejó Katie— Anda, ve a la barra y pídete algo.

Me tendió un billete, como si fuera su hija pequeña. Aparté el dinero de un manotazo, apretando los dientes para no soltarle un insulto.

—¡He tenido una visión, Katie! Era Héctor... ese hombre tiene algo... no me fío de él... estoy preocupada por ti.

Traté de atraerla hacia mí para hablarle al oído, pero ella se apartó hacia atrás de golpe y se cruzó de brazos.

—Soy mayorcita y puedo cuidar de mí misma. Ve a divertirte y déjame en paz, ¿vale?

Inspiré y miré el suelo, contando los azulejos para calmarme. Katie se dio cuenta, y su tono de voz se suavizó un poco.

—Héctor es un buen tipo —dijo—, confía en mí. Ya sabemos lo que es, pero, ¿qué más da? Ambas estamos más que acostumbradas a *ellos*. Y mira, mañana me llevará a ver su colección privada. Tiene un Botticelli auténtico, ¿puedes creerlo?

Colección privada.

La palabra *colección* no me preocupaba, pero la palabra *privada* sí, y mucho.

—Por favor, Katie, tenemos que irnos ya —dije con impotencia. Me di cuenta de que estaba hablando en voz demasiado alta para hacerme oír por encima del barullo, y los ojos de Héctor relampaguearon al otro lado de la terraza—. De verdad. Héctor no me gusta nada.

La voz de Katie se volvió gélida tras interceptar nuestro cruce de miradas.

—Mira, Iris, ahora tengo que irme —dijo—. Entiendo que no has conseguido encontrar a nadie en todo el verano, que te aburres y que seguramente tienes celos, pero solo por eso no

puedes esperar que...

Cerré los ojos.

Sentí la furia crecer en mis entrañas, a punto de explotar. Había tantas cosas que Katie no sabía. Cosas que no le había contado, para no herir sus sentimientos. Cosas que... Conté hasta cinco. Mientras tanto, ella siguió hablando, en un falso tono conciliador.

—Mira lo que acaba de regalarme —dijo orgullosa, apretando un collar nuevo que adornaba su escote—. ¿Sabes que este colgante lo hizo tallar el mismísimo Lorenzo de Médicis? Se lo regaló a su amante secreta hace más de cinco siglos... Héctor lo ha conservado durante todo este tiempo, y esta noche me lo ha regalado a mí... precisamente a mí.

Observé la joya: a primera vista parecía un rubí rojo en forma de gota, ensartado en una cadena que recordaba a las escamas de una serpiente. Pero al observarlo más de cerca, advertí que cada una de las facetas era de un tono rojizo ligeramente distinto, como si cada una proviniese de un lugar diferente. La gema brilló bajo las luces de la discoteca, y habría jurado que algo en ella se movía, como si estuviera hecha de algún material líquido... o como si estuviera llena de sangre. Aquello hizo regresar con más fuerza la terrible visión que acababa de tener.

—Devuélveselo, Katie, por favor. Parece embrujado. Dile que te encuentras mal y vámonos de aquí...

Una chica borracha pasó corriendo por nuestro lado y me empujó, interrumpiéndome. Me agarré de Katie para no caerme, y ella se quitó mi mano de encima, mirando a Héctor por el rabillo del ojo. Seguía solo, sosteniendo un vaso alto, aunque muchas otras mujeres lo ojeaban con interés y él les devolvía la mirada con gusto.

—No —dijo Katie, tajante—. Yo me quedo. Vete tú si quieres. Héctor me espera, y es nuestra última noche... es ahora o nunca.

—Mejor nunca, créeme...

Katie me miró, y en sus ojos solo había rencor; ese rencor profundo que solo las hermanas son capaces de sentir la una por la otra, y que a veces aflora como un torbellino y lo arrasa todo.

—No me extraña que estés siempre sola, Iris. Eres una maniática, no te cae bien nadie, y encima vistes de una manera que...

Fijé la vista en mis shorts vaqueros y la ajada camiseta de algodón; me había puesto lo primero que había sacado de la maleta. Mi pelo, anudado en un moño desordenado con una pinza, probablemente había tenido también momentos mejores.

—Esto no va de mí, Katie —repliqué, apartándome una greña del rostro en un fútil intento por mejorar mi aspecto—. He tenido una premonición.

—No es por ofender, pero tus premoniciones son tan fiables como el horóscopo del periódico...

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

No había forma de llegar hasta ella; era como hablar con una pared. Estaba completamente embelesada con su vampiro renacentista, y nada que yo pudiera decirle iba a convencerla.

—Claro, tú siempre fuiste mejor adivinando el futuro, ¿verdad, Kate? —grité furiosa—. ¡Y en todo! Pero entonces, ¿por qué no te das cuenta de una vez de que este tipo está intentando manipularte? ¿De verdad no notas sus malas intenciones?

—¡Deja de criticar a Héctor! Estás celosa, Iris. Admítelo.

—¿Celosa, yo? —Bufé y di una patada al suelo, ya sin poder contenerme—. ¡Maldita sea, Katie, siempre has sido tan creída! Piensas que lo sabes todo, pero no tienes ni idea. ¡Baja a la tierra, Katie! ¡Ese tío es un vampiro de quinientos años! ¿Sabes que intentó ligar conmigo

primero? ¿De verdad te has tragado eso de que eres la primera a la que le regala ese colgante?

Katie dudó por un momento. Creí que había conseguido despertarla de su ensueño, pero entonces apareció Héctor por detrás y el semblante de mi hermana cambió por completo.

—Si me permites, estaba bailando con esta bellísima dama... —dijo él cortésmente, tomándola de la cintura.

—Katie... —la llamé una vez más, pero ella ni siquiera me miró—. ¡Escúchame, por favor!

—Lárgate de aquí —siseó ella, furiosa. Parecía diminuta bajo la sombra del imponente vampiro—. Si no te vas tú, nos iremos nosotros. Nos vemos mañana por la mañana. Que te diviertas, Iris.

Desaparecieron entre la multitud, y yo me quedé ahí de pie, mientras los altavoces hacían vibrar mi pecho al compás de mis sollozos.

Aquella fue la última vez que vi a mi hermana, y jamás me perdoné no haberla obligado a quedarse conmigo.

2

Iris



Londres, 5 años más tarde

La última clienta abandonó la librería, haciendo tintinear la campanita de la puerta. Allá iba otra mujer que preguntaba por su difunto marido y la supuesta herencia secreta que él podría haberle dejado. Por desgracia, aunque yo muchas veces conseguía conectar con los difuntos, no se me daba bien sonsacarles información: solo era capaz de canalizar los mensajes que ellos elegían transmitirme, y estos no siempre eran del agrado de los vivos.

—Iris, ¿has terminado por hoy? —dijo Arianna, la dueña de la librería.

Arianna era otra bruja sin mucho talento: en eso nos parecíamos bastante. Había llegado a Londres a los veintitantos, mudándose de lugares más cálidos por amor. Entretanto había perdido tanto el amor como la juventud, pero había conseguido fundar *«El Portal Místico»*, una pequeña librería esotérica situada en uno de los callejones más recónditos de Londres, y frecuentada por los personajes más bizarros del país.

Yo la había conocido al mudarme allí desde Estados Unidos, gracias a la *Newsletter del Sapo Verde*, de la que era colaboradora habitual. Nos caímos bien al instante, a pesar de nuestra diferencia de edad de varias décadas. Fue ella quien tuvo la idea de que ofreciera mis servicios de médium en su librería, cuando acababa de llegar a Londres tras la desaparición de mi hermana.

—Sí, esta era la última clienta del día —le dije, frotándome las sienes—. Me voy a casa, se ha hecho tarde.

Me levanté de la silla con respaldo de terciopelo rojo y la arrimé a la mesa camilla. A Arianna le encantaba decorar con piezas antiguas, para darle a todo un aire más esotérico.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Arianna, acercándose al mantel de flores. Había una bola de cristal en el centro de la mesa: un objeto completamente inservible, cuyo único fin era impresionar a la clientela.

—Bueno... —dije poco convencida, ajustando el mantel para que las flores quedaran centradas. Si no estaban exactamente en el centro, me costaba pensar con claridad—. Ya sabes... siempre lo mismo.

—Bueno, ¡lo importante es que te paguen! Y que vuelvan a llamarte —contestó Arianna guiñándome el ojo—. Esas clientas te seguirían al fin del mundo, estoy segura. Y hablando del fin del mundo, ¿te vienes al Caldero Mohoso? Hoy dan una charla muy interesante sobre hechizos de invisibilidad. Además, tenemos que hablar de...

Me pareció oír la puerta de la calle, y seguramente a ella también, porque se detuvo a mitad de frase. El ruido cesó, pero Arianna ya había perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

La miré, pensativa.

Una charla sobre *«hechizos de invisibilidad»* sonaba de verdad interesante, pero yo ya sabía cómo iban esas cosas: alguien venía a presentar alguna técnica innovadora, pero al final lo único que presentaba eran testimonios falsos y casos de estudio extranjeros que se sacaban de la chistera. Después te ofrecían un curso de cientos de libras en el que, supuestamente, te explicaban *su técnica secreta*. Una vez pagué por uno y terminé sentada en círculo en torno a una fogata, resolviendo los traumas de la infancia de las participantes con un rebaño de ovejas como música de fondo. Y ya me veía venir que el hechizo de invisibilidad sería lo más invisible de la charla de esa noche.

—Entonces qué... ¿te vienes? —repitió Arianna, sonriendo con todos los dientes. Se apartó un mechón canoso de la amplia frente, dejando al descubierto sus cejas, aún negras y bien dibujadas.

—No, creo que me voy a casa. Estoy muy cansada.

En ese momento, la campanita de la puerta sonó de nuevo. Esta vez no hubo duda: acababa de entrar alguien. Ambas miramos en dirección a la entrada, que quedaba oculta tras una pesada cortina de terciopelo rojo que separaba la trastienda del negocio.

—¿Se puede? —dijo una voz desde el otro lado.

Sonó tímida, casi susurrante.

Arianna me miró con una pregunta en los ojos, y yo asentí.

—Pase —gritó Arianna, mirando al techo—. Aunque estábamos a punto de cerrar.

—Gracias...

Tras la cortina apareció una mujer de unos cincuenta años. Sus rasgos eran hermosos, casi beatíficos. Su rostro debió de haber sido muy bello una década o dos antes, pero estaba claro que el dolor y la preocupación la habían consumido en los últimos tiempos. No necesitaba tener dotes de médium para ver eso: me bastaba con observar la mirada perdida y llorosa que empañaba sus ojos.

—¿Qué desea? —pregunté.

Ella me miró, retorciéndose las manos.

—Verá... —Miró hacia las esquinas del pequeño espacio de esoterismo, como buscando consuelo en las imágenes de santos y dioses de todas las culturas y religiones que adornaban las paredes—. Vengo por alguien... por alguien que falleció. Bueno, realmente no estoy segura de qué le pasó exactamente... es justo por eso por lo que he venido.

Esto era nuevo.

Interesante.

—Siéntese —dije y le hice un gesto con la mano a Arianna para que nos dejara solas. Una vez salió la librera, le tendí la mano a mi recién llegada clienta—. Bienvenida. ¿Cómo se llama?

Ella dudó en darme la mano y se quedó de pie frente a la mesa camilla, como si estuviera a punto de echar a correr.

—No sé si debería haber venido. Seguramente fue una tontería —dijo, pasando el peso de un pie a otro como si necesitara ir al baño. Rebuscó bajo la blusa a hurtadillas, y me pareció que apretaba un crucifijo—. Pensándolo bien, creo que debería irme.

—Por favor, tome asiento. Sé cómo se siente. Es normal. ¿Es la primera vez?

Asintió más veces de las necesarias, haciendo que su flequillo recto y grisáceo le cubriera la frente.

—Se trata de mi hija. Hace un año que desapareció. La policía la da por muerta, pero yo no pierdo la esperanza. No creo en estas cosas, pero... —Señaló la enorme bola de cristal en medio

de la mesa—. Pero ya no se me ocurría nada más. Y necesito encontrarla, viva o muerta. Necesito saber qué fue de ella. No hay nada más horrible que no saber dónde está tu hija, no tener ni siquiera una tumba a donde llevarle flores...

Algo en mi interior se retorció. Conocía a la perfección esa sensación. Era la misma que había luchado por ignorar y enterrar durante los últimos cinco años desde aquella fatídica noche en Ibiza.

—Entiendo —dije, esforzándome por sonar profesional—. ¿Cómo se llamaba su hija? —Carraspeé—. Quiero decir, ¿cómo *se llama*?

—Shihan —dijo la mujer, sonando un poco más segura de sí misma—. Mire, aquí tengo una foto.

Colocó su bolso rígido sobre la mesa redonda y lo abrió con manos temblorosas. De él sacó una fotografía tomada con una cámara Polaroid. En ella se veía a una joven de cabellos lisos, tan negros como debieron serlo otrora los de la madre. Tenía su misma tez dorada y los ojos brillantes y almendrados.

—Shihan —repetí yo, dudando sobre mi pronunciación—. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Fue el año pasado, en mayo. Tenía dieciocho años recién cumplidos. Se fue de viaje con sus amigas. Un último viaje juntas antes de ir a la universidad. Se marcharon a las Islas Griegas. La última vez que supe de ella estaba en Mykonos. Un lugar precioso, me dijo. Las fotos que mandaba desde allí eran muy bonitas. ¿Quiere verlas?

Sacudí la cabeza. Seguramente habría ayudado, pero no me sentía capaz de mirarlas. La situación se estaba volviendo cada vez más incómoda, y, sobre todo, desagradablemente familiar.

—Me basta con la foto de su hija, gracias.

Extendí la mano para ver mejor la imagen de la hija, y al hacerlo, nuestros dedos se rozaron. Sentí una descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo, y en un momento mi mente regresó a Ibiza, a la misma discoteca donde había visto a mi hermana por última vez.

De nuevo vi la copa de cristal, con la gota de sangre, aunque esta vez estaba completamente llena, desbordándose por todos los lados. La sangre goteaba por su mano, manchando su piel y su vestido.

Entonces la escena cambió, y regresé de nuevo al lugar donde habíamos encontrado la única pista de la desaparición de mi hermana: una playa donde recuperé su teléfono móvil, hecho pedazos sobre unas rocas, cerca de la orilla. El mar había arrastrado hasta allí también la cadena con escamas de serpiente en la que había llevado el colgante, supuestamente de Lorenzo de Médicis, que le regaló Héctor. Hallamos la cadena, pero no el rubí. Tampoco encontramos su cuerpo, pero al final todos asumieron que debía de estar en el fondo del mar, quizás devorado por los peces. Tampoco volvimos a saber de Héctor.

Era curioso lo poco que se esforzaban las autoridades por buscar a una joven perdida si no la encontraban a la primera. Y después de cinco años, la esperanza comenzaba a desvanecerse.

La visión se alejó, y pude escuchar la voz de Katie como un eco lejano:

«Iris, no vengas a buscarme. Te matarán.»

—¿Está usted bien? —me preguntó la mujer, sacándome de mi trance y devolviéndome a la librería.

Tomé aire con avidez, como si hubiera pasado todo ese tiempo bajo el agua.

—Sí, sí. Disculpe. Me había desconcentrado. Estábamos hablando de Shihan... ¿Entonces, su hija desapareció en Mykonos?

—Sí, allí fue donde la vieron por última vez. Se separó de sus amigas. Ellas estaban entretenidas, hablando con un grupo de chicos que acababan de conocer en la discoteca. Nadie se

dio cuenta de que Shihan no estaba. Después de un rato intentaron llamarla, pero su teléfono estaba apagado. Pensaron que había regresado al hotel sola. Ella era así: una chica tranquila, estudiosa, le gustaba irse a la cama temprano. Pero cuando ellas volvieron, era muy tarde y Shihan aún no estaba. Imaginaron que se habría ido a casa de algún amigo. Pero eso no era típico de ella. —Sacudió la cabeza, a punto de llorar—. ¡No! Era una buena chica, ya se lo he dicho. —La madre sollozó y apretó el crucifijo aún más fuerte—. Tampoco regresó a la mañana siguiente. Nunca más supimos de ella. La policía encontró su teléfono móvil y sus sandalias en la orilla. Nada más. Después de un tiempo cerraron el caso y dejaron de investigar. No apareció ningún rastro, ni nadie la había visto...

Tragué saliva.

La entendía, mucho mejor de lo que ella pensaba.

Tanto, que necesité unos segundos para responder.

—En fin... —musitó la mujer—. Pensé que, a lo mejor, usted podría conectar con ella. Si es verdad que puede hablar con el Más Allá...

—No puedo conversar con ellos, pero a veces me muestran cosas.

Ella asintió y me miró, expectante.

—Está bien —dije—. Haré lo que pueda. Deme un momento.

Me preparé para conectar con Shihan. Me gustaba seguir siempre el mismo proceso. No me lo había enseñado nadie, pero era lo único que me funcionaba, y por ello sentía la necesidad de repetirlo siempre exactamente igual.

Encendí la vela delante de mí, siempre blanca. Me servía de guía, y era como encender una luz con la que iluminar el mundo de los espíritus. Después tomé la fotografía en las manos y me concentré en los ojos de Shihan.

Aquellos ojos... parecía estar mirándome. Sacudí la cabeza, tratando de centrarme.

El siguiente paso era fácil: tres respiraciones.

Siempre tres, el número mágico.

Por último, la invocación con la que llamaba al desaparecido. Solía repetirla en mi mente, y entonces esperaba a que respondiesen.

«Shihan, por la luz de estas tres velas y el poder de las Diosas, yo te convoco. Si estás ahí, manifiéstate...»

La repetí varias veces, pero no hubo respuesta. Tras un rato me di por vencida. Me sucedía lo mismo cuando trataba de conectar con mi hermana, y era tan frustrante como alentador. No siempre podía controlar los mensajes que recibía, por mucho que siguiera mi ritual a rajatabla. Lo único bueno de no recibir ninguno era que me daba esperanzas de que siguiera viva.

Sentí que los ojos de aquella madre me taladraban. Seguía sentada frente a mí, tensa y tiesa como un palo, ansiosa por cualquier indicio de su hija que yo pudiera darle.

Casi veía a mi propia madre en sus ojos: la misma desesperación, el mismo terror de que se corroboraran sus peores pesadillas.

Estaba a punto de decirle que no tenía nada que ofrecerle cuando comenzó a formarse una imagen.

Pero no era de la hija, sino de la madre. La misma que estaba frente a mí, pero con menos arrugas en torno a los ojos. Me pareció extraño: aunque a veces veía a los vivos, no era lo común. La vi junto a un hombre rubio en un restaurante. Él le sujetaba la mano. ¿Sería su marido? Ella lloraba. Entonces el hombre se levantaba para ir a pagar la cuenta. La visión seguía al hombre. Él parecía aliviado. Sentí que no le gustaba Shihan y estaba contento de que no hubiera vuelto a casa. Pero también pude sentir que no se la había llevado él, porque se le veía

tan desconcertado como a la madre.

Medité un momento, preguntándome si debía decirle a la señora lo que había visto.

—¿Está usted casada? —pregunté.

—Sí. Mi primer marido, el padre de Shihan, murió cuando ella tenía diez años. Después me casé con John, y él adoptó a Shihan como si fuera suya. Él me ha ayudado muchísimo desde que desapareció nuestra hija.

—¿Cómo se llevaba John con Shihan? —pregunté.

Ella frunció los labios, como si le hubiera molestado la pregunta.

—Oh, se llevaban muy bien —contestó en un tono poco convincente—. A él le encantaba esa niña. Ella a veces tenía celos de John, pero supongo que es normal. Cosas de adolescentes.

Asentí, aunque yo misma nunca había sentido celos de mi padrastro. En cambio, sí de mi hermana.

—No puedo ver nada de Shihan —dije, devolviéndole la fotografía—. A lo mejor es una buena señal y significa que está sana y salva, pero no lo sé todavía. En cualquier caso, no le cobraré por esta sesión y, si lo desea, podemos seguir en contacto. A veces, las visiones llegan mientras duermo, o unos días más tarde. Déjeme su teléfono y si recibo algún mensaje, le avisaré.

La mujer asintió y me apuntó su número en un trozo de papel: *Jingxiao Marshall*, escribió con una caligrafía impoluta. Luego salió de la librería con aspecto decaído, seguramente arrepentida de haber entrado en *El Portal Místico.*

Arianna entró en cuanto escuchó marcharse a la madre de Shihan.

—Voy a bajar la persiana —me dijo, poniéndose la chaqueta tejida de patchwork que había olvidado en el respaldo de la otra silla—. Entonces, no quieres venir conmigo, ¿verdad?

Arrimé la silla roja a la mesa camilla y busqué mi abrigo. Como siempre, la ciudad de Londres no se había enterado de que estábamos en plena primavera y el frío invernal aún azotaba las calles, sobre todo por las noches.

—¿Sabes qué...? —le dije—. He cambiado de idea. Me voy contigo al Caldero Mohoso. Me vendrá bien salir un poco.

3

Iris



Le di un sorbo a mi cóctel sin alcohol de limón y verbena. Había pedido el de verbena porque, según el menú, lo servían *infundido con un encantamiento que atraía el buen humor y disipaba las malas energías.* Tras mi última sesión con la madre de Shihan, habría necesitado beberme un tonel entero de aquel brebaje para clarificar la ominosa sensación que había permanecido conmigo tras su partida, sobrevolándome como un nubarrón de tormenta.

Me bebí el cóctel de un trago, a ver si funcionaba, y me acerqué a la barra a pedir otro. Mientras esperaba a que la camarera bendijera mi cóctel con su varita, Arianna me saludó con la mano desde la otra parte del pub. Una bruja neozelandesa con una ridícula capa verde se había subido a una mesa para dar la charla sobre invisibilidad. Según contaba, había conseguido hacer desaparecer a *una* lagartija en el desierto del Kalahari. La charla era mucho peor de lo que yo había esperado, y eso que no había tenido muchas esperanzas para empezar.

—¡Iris, ven aquí, esto está súper interesante! —me llamó Arianna, aplaudiendo desde la otra punta del bar.

Seguramente, los tres *gin tonics* bendecidos que se había tomado desde nuestra llegada hacían que la desaparición de una lagartija en el Kalahari le pareciese mucho más interesante que a mí. Yo ya había visto desaparecer muchos bichos en los años en que había vivido en El Claustro, la morada subterránea bajo el cementerio plagado de vampiros donde había crecido. A las lagartijas, en particular, les encantaba escurrirse entre las grietas de las lápidas: para ver eso una no necesitaba gastarse mil libras en un seminario exclusivo.

Me acerqué a un grupo de conocidas, que se habían sentado alrededor de una mesa mugrienta en un rincón. Reconocí a Maryam, quien había trabajado brevemente en la librería de Arianna hasta que se hizo bróker, porque la magia no era lo suficientemente lucrativa para su gusto en bolsos. Desde entonces era la bruja más elegante y mejor vestida del Caldero Mohoso, y probablemente la que mejor vivía de todas nosotras. Se decía que usaba su magia para decidir qué acciones comprar y cuándo, y todas sentíamos cierta envidia de no ser capaces de hacer lo mismo.

—¿Qué tal, Iris? —me preguntó Maryam, haciéndose a un lado para que pudiéramos compartir la misma silla. En el Caldero Mohoso siempre faltaban sillas los jueves por la noche, y era educado compartirlas.

—Bien... un poco cansada por el trabajo, pero por lo demás, todo como de costumbre.

Maryam me miró con una sonrisa apenada.

—Sabes, creo que deberías plantearte lo de venir a trabajar conmigo en la bolsa. Podría enseñarte. Podrías usar tus conocimientos de psicología con los clientes... Algunos se suben por las paredes cuando caen sus acciones, y no sabes lo que me cuesta tranquilizarlos...

—Ah, Maryam, sabes que no tengo talento para esas cosas. Mi único talento es recibir mensajes del Más Allá, y ni siquiera son los que la gente me pide.

—Pero estabas estudiando psicología, ¿no? —dijo Maryam, reajustándose las pulseras de oro en su muñeca. Estas tintinearon, recordándome lo vacía que estaba mi cuenta corriente.

Sacudí la cabeza: justo lo que me faltaba aquella noche. No había ido a ese pub para hablar de mis intentos fallidos de estudiar una carrera.

—Bueno, sí. Primero psicología. Luego otra cosa. Pero lo dejé, no era lo mío. Dudo que pudiera ayudarte.

—Bueno, como quieras. Ya sabes, hoy es *jueves... ¡a donde la noche nos lleve!* Olvídate del trabajo y relájate un poco. Estábamos hablando de pociones antes de que llegaras. ¿Conoces alguna interesante?

Estudié a Maryam y las otras brujas sentadas en círculo. La mayoría bebía pintas de cerveza, seguramente consagradas por la camarera con algún cántico de esos que podías elegir en el menú para mejorar sus propiedades: aunque sonara un poco absurdo, podías pedir una cerveza curativa, o que atrajese el amor o el dinero.

—Estábamos planteándonos probar esta poción que encontró Margaret en un libro de su abuela —continuó Maryam—. Dice que sirve para convertir sapos en príncipes. Viendo cómo está el mercado, podría sernos útil, ¿no?

Las demás mujeres rieron, y una de ellas me acercó el libro. La idea sonaba absurda, pero no podía culparlas por querer intentarlo al menos: si había algo que escaseaba en el Caldero Mohoso, y en general en todos los círculos mágicos, eran los hombres de buen ver. Había pocos brujos, y los que una encontraba solían ser barbudos, desaliñados, y con aspecto de vivir en una cabaña en el bosque sin agua corriente.

—No es mala idea, pero tengo dudas acerca de eso de hacerles beber pociones sin que se enteren... —repliqué, ojeando el conjuro con escepticismo.

—¡Vamos, Iris, no seas sosa! Son solo hierbas y especias de cocina. Nadie se va a morir por eso.

Suspiré, preguntándome por qué no me había quedado en casa. *Ah, sí.* Porque incluso El Caldero Mohoso era preferible a mi húmeda habitación en Woolwich.

Un fuerte aplauso al fondo indicó el final de la charla sobre invisibilidad. Se elevó un murmullo desde la otra parte del pub y escuché el sonido de las sillas arrastrándose por el suelo mientras las brujas se levantaban y corrían hacia el baño para evitar la inevitable cola que se formaría.

Arianna pasó por mi lado con cara de malestar. La había notado preocupada durante todo el día, pero no había conseguido sonsacarle el porqué.

—¿Estás bien? —le pregunté, tomándola del antebrazo. Al hacerlo tuve una breve visión: parecían cajas de cartón. ¿Serían paquetes de correos? ¿O cajas de mudanza? Fuera lo que fuese, Arianna lloraba, y de las cajas salían bichos... pequeñas serpientes... ¡No! ¿Lagartijas?

—Verás, hay algo que llevo varios días queriendo decirte —murmuró—. Es un poco incómodo, pero...

¿Pero qué?

Arianna frunció los labios y señaló la salida con la barbilla.

—Ven fuera un momento y te lo explicaré. Pero acaba tu cóctel primero, no tengas prisa —añadió, ojeando con empatía las hojas de verbena que adornaban el borde—. Mientras tanto iré al baño.

Asentí, inquieta. Terminé mi bebida en un par de sorbos y me disculpé del resto del grupo,

que en aquel momento debatía si era mejor añadir la poción de amor a la comida o al champú del elegido.

Me levanté y salí a la calle a esperar a Arianna. Hacía fresco, así que entré de nuevo y me quedé dentro, cerca de la puerta. Justo al lado de esta estaba el tablón de anuncios; en mi opinión, uno de los más divertidos de Londres. Los dueños se desentendían del contenido, de modo que en él podían encontrarse noticias de lo más variopinto, aunque no siempre legítimas: en mi primer vistazo rápido a aquel misterioso tablero de corcho vi anuncios de compraventa de barajas de tarot encantadas, calderos egipcios, tierra de cementerio, uñas de cadáver y todo tipo de servicios mágicos que uno pudiera imaginar, algunos de lo más dudoso. Uno de ellos llamó mi atención en particular: era un recorte escrito a mano con tinta de color violeta, sujeto con una curiosa chincheta dorada. El texto decía:

> *"Se necesita médium experimentada para posición confidencial en agencia paranormal. Ofrecemos pago justo, manutención y alojamiento. Imprescindible discreción. Ubicación itinerante, con base en Ibiza, España. Interesadas contactar con Teo."*

Seguía un número de teléfono con prefijo de España. Nada más.

Ibiza.

La memoria de la isla trajo de vuelta los recuerdos de la última noche con Katie. En particular, la mañana siguiente a nuestra discusión, aquella en que no volvió al hotel. Yo estaba convencida de que mi hermana había pasado la noche con Héctor, así que no me preocupé demasiado. Desayuné tranquilamente y la busqué por los bares de la playa sin gran interés: me había levantado temprano y no esperaba encontrarla a esas horas. Llegado el mediodía todavía no había regresado, y su teléfono seguía apagado. Fue entonces cuando empecé a inquietarme. La busqué por todas partes, preguntando en bares, restaurantes, hoteles e incluso a los chiquillos que alquilaban sombrillas y tumbonas en la playa. Nadie la había visto ni sabía nada de ella.

Al final, en un hotel me dijeron que habían encontrado una cadena de plata junto a su teléfono hecho trizas y un pareo manchado de sangre. Las olas los habían arrastrado hasta una playa privada, pero las cámaras no captaron nada, ni se encontraron huellas de ningún tipo.

Los días que siguieron fueron una pesadilla, y lo peor fue tener que decírselo a mi madre.

El zumbido de mi teléfono en el bolso me sacó de mis pensamientos, devolviéndome al ruidoso pub.

Era mi padrastro, Clarence.

Clarence no solía llamarme, pero últimamente recibía más llamadas de él que de mi madre. Mi padrastro era un hombre agradable, a pesar de ser un vampiro. Igual que le ocurría a mi madre, Clarence siempre sintió cierto favoritismo por Katie: al fin y al cabo, ambos se interesaban por el arte, la pintura y el dibujo, mientras que mi talento para el arte se limitaba a hacer garabatos abstractos mientras hablaba por teléfono.

Descolgué con desgana. Había estado evitando llamarle, pero se me estaba acabando el dinero, y tendría que pagar el alquiler pronto. Por mucho que fingiera ser independiente, el trabajo en la librería me daba lo justo para cubrir el supermercado y los billetes de metro.

—Iris, querida, ¿cómo te encuentras? —preguntó mi padrastro al otro lado.

Suspiré y me esforcé por sonar lo más alegre posible.

—¡Estoy bien, Clarence! He salido un rato a tomar algo con unas amigas.

—Espléndido, querida. Disfruta de Londres, hay tantas cosas que hacer, y más a tu edad...

—¿Y vosotros qué tal?

Nada más hacerle la pregunta me arrepentí, porque ya sabía la respuesta y no quería escucharla. Pero pedirle dinero sin siquiera preguntar cómo estaban habría sido bastante grosero.

—Bueno, tu madre... —Clarence dejó un silencio de varios segundos que me dio toda la información que necesitaba—. Ya sabes... sigue en Noruega. Se niega a salir de casa y no quiere hablar con nadie.

Sí, lo sabía.

Mi madre, Alba, llevaba años así, pensando solo en Katie; llorando por la hija que había perdido. Clarence y el resto del clan de vampiros habían removido cielo y tierra en su busca, pero sin éxito.

Mi madre no había vuelto a ser la misma desde la desaparición de su maravillosa y perfecta hija mayor: se había exiliado a un castillo excavado en la roca en una colina noruega, y se negaba a salir. Obviamente, la hija que le quedaba era lo mismo que nada. Era terrible perder a una hermana, pero peor aún era perder también a tu madre a causa de ello.

—Ya, me lo imaginaba —respondí, pasando el dedo por el borde del anuncio de empleo en Ibiza. La chincheta dorada se cayó, y el papel salió volando a paradero desconocido—. ¿Y tú qué tal?

—Estoy ahora mismo en Londres por negocios, querida. Por eso te llamaba. ¿Quieres que nos veamos? —preguntó, esperanzado.

—No lo sé, estoy muy ocupada estos días —mentí—. Te llamaré si tengo un hueco, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Esperaré tu llamada. Cuídate, querida. Y avísame si se te acaban los fondos...

Me mordí el labio, dándole las gracias mudamente por ahorrarme sacar el tema. Seguramente me había llamado para eso, pero Clarence era demasiado cortés para decírmelo directamente.

—Gracias, Clarence. Mandaré un mensaje al contable a principios de la semana que viene... dale un beso a mi madre de mi parte.

Mientras devolvía el teléfono al bolso sentí la energía de una mirada clavada en mi nuca y me di la vuelta.

Arianna estaba detrás de mí con los brazos cruzados, sujetando uno de esos folletos que había repartido la bruja que acababa de dar la charla sobre invisibilidad.

—Ven, vamos afuera... —me dijo, con la voz temblorosa.

—¿Todo bien? —le pregunté, tratando de leer qué ponía en el folleto.

Miró a nuestro alrededor: una callejuela empedrada, estrecha y poco iluminada, a la que solo llegaban aquellos que sabían lo que andaban buscando.

—No... hay algo que... —Sacudió la cabeza—. Iris, tenemos que hablar.

La peor frase con la que uno podía comenzar una conversación.

—¿Qué pasa?

—Es la librería. Las ventas van mal, y no cubren el alquiler. La economía está fatal, la gente ya no compra libros... así que tendré que dejar el local a fin de mes. Lo siento muchísimo, pero tendrás que buscar otro lugar para trabajar. ¿Crees que podrías seguir atendiendo a tus clientas en tu casa?

Sí, claro. Seguro que a la casera le encantaría recibirlas y enterarse de a qué me dedicaba realmente.

—Vaya, Arianna, lo siento mucho... —musité, tratando de ocultar mi desilusión—. No tenía ni idea. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Pues... justo estaba hablando con Oonagh, la bruja de la invisibilidad. —Señaló a la

estrafalaria mujer de la capa verde, que seguía subida a la mesa arengando a la multitud y lanzándoles panfletos—. Me ha ofrecido colaborar con ella en su próximo proyecto. ¡Quiere hacer desaparecer doscientas lagartijas a la vez! ¿Te imaginas? Y me ha pedido que sea su ayudante. ¡En Nueva Zelanda! ¿No es fantástico?

Le devolví una sonrisa tensa, que no llegó a alcanzar las comisuras de mis labios por mucho interés que le puse.

—Claro. Me parece fabuloso... ¡Doscientas lagartijas! Y en Nueva Zelanda, ni más ni menos. Eso no lo consigue cualquiera. Y por mí no te preocupes, Arianna, ya me las apañaré.

Arianna me abrazó, y sentí cómo sus hombros se relajaban tras haberse quitado ese peso de encima.

—Tienes mucho talento, Iris —me dijo, con la mejilla aún sobre mi hombro—. Solo tienes que confiar un poco más en ti misma. Seguro que un día serás una bruja famosa en todo el mundo.

—Claro. Y tú también. Esto no es un final, es tan solo el principio de tiempos mejores.

Se me rompió la voz, porque sabía que aquello era un adiós. Nueva Zelanda estaba muy lejos. Y seguro que allí había suficientes lagartijas para mantener ocupada a Arianna durante décadas.

—¿Qué tienes ahí? —dijo Arianna, hurgando entre mi pelo mientras rompía nuestro abrazo.

Me tendió una nota manuscrita, escrita con tinta violeta. La reconocí al instante, aunque no supe cómo había llegado hasta ahí.

—¡Oh, esto! Vaya, no te lo había dicho, pero... —Ni siquiera supe por qué, pero sentí que tenía que darle una buena noticia a Arianna, aunque solo fuera para animarla un poco—, es que tengo una oferta de trabajo.

—¿En serio? —dijo con sincero entusiasmo—. ¿Y no me lo habías dicho?

Sonreí, guardando la nota en el bolsillo trasero de mis tejanos.

—Sí, bueno... —respondí—. ¡Me voy a Ibiza! Pero no puedo decirte nada más... Es una posición súper secreta.

4

Iris



Un fuerte ruido me despertó de golpe.

Al abrir los ojos comprobé que solo había sido un ronquido de la casera, filtrándose a través de las paredes de papel de mi habitación. El suave rechinar del cubo metálico que recogía las goteras en un rincón me informó de que otra vez llovía en Londres y sonreí, medio en sueños: poder dormir acunada por el murmullo de la lluvia era uno de los pequeños placeres de haberme mudado a la capital inglesa.

Tras la velada en el Caldero Mohoso, la noticia de Arianna acerca del cierre de la librería y la larga tarde canalizando difuntos para mis clientas, había caído rendida en la cama. El rítmico goteo me ayudó a caer dormida de nuevo, pero la paz duró poco. Me desperté de nuevo, esta vez gritando, atormentada por una pesadilla en la que Shihan, tal y como aparecía en la foto de su madre, se transformaba en mi hermana y luego, cubierta de sangre, se hundía entre las olas del mar sin que yo pudiera ayudarla.

Tomé aire y me arrebujé entre las sábanas, temblando de frío: aquel dormitorio era más húmedo que la cripta vampírica en la que había pasado mi infancia. Me levanté, con el edredón sobre los hombros, y giré la rueda del radiador al máximo: estaba frío. La casera opinaba que no tenía sentido dejar la caldera encendida más allá del veintiuno de marzo; si el calendario decía que ya era primavera, todos teníamos que fingir que lo era. También había que admitir que mi habitación se encontraba en el piso superior de la casa, justo debajo del tejado, lo que la hacía más fría que las demás. En el pequeño rincón donde vivía desde mi mudanza a Inglaterra solo tenía una cama de ochenta y un escritorio de contrachapado que hacía las veces de oficina, tocador y mesa de comedor improvisada. Aparte de eso, me habían prestado un armario con más polillas que ropa, que seguía la forma del techo abuhardillado, y un baúl tan grande que habría podido servir de ataúd a algún vampiro huyendo de la luz solar.

Tras la pesadilla no conseguí dormirme de nuevo, así que me puse a navegar un rato por las redes sociales para matar el tiempo. Se me ocurrió buscar la temperatura en Ibiza: se esperaban veintiséis grados al día siguiente. A pesar de mi gusto por los aguaceros nocturnos, sentí un cierto gusanillo de envidia al comparar el verano anticipado del Mediterráneo con la eterna humedad de Londres, que incluso en mayo te calaba hasta los huesos si el día salía nublado.

Recordé la nota escrita que había encontrado en el pub: la que anunciaba una oferta de empleo en las Islas Baleares. Me planteé llamar, pero eran las dos de la madrugada: demasiado tarde para una llamada de trabajo. En vez de eso escribí un mensaje, y ya me contestarían cuando quisieran.

«Hola, me llamo Iris Andersson. Estoy interesada en el trabajo. Tengo experiencia.»

Un segundo más tarde, el mensaje apareció como leído. Miré la pantalla, espantada. ¿Qué clase de empresa trabajaba a las dos de la madrugada?

Una agencia paranormal, obviamente.

De pronto, un presentimiento me hizo estremecer. Aquella situación me daba mala espina. ¿Cómo se me había ocurrido enviar una solicitud de empleo de madrugada, y encima para un puesto en el extranjero? Y, lo peor de todo, para un anuncio encontrado en uno de los lugares menos fiables del país. Me había precipitado, sin duda, y eso no era propio de mí. Ese tipo de decisiones debían ser estudiadas con la cabeza fría. Necesitaba más planificación. Tendría que crear varias hojas de cálculo, comprobar quién era el dueño del negocio y su vida laboral, investigar las finanzas de la empresa y a qué actividad en concreto se dedicaban...

Dejé el teléfono sobre el escritorio, lo suficientemente lejos de la cama para no poder alcanzarlo.

Cerré los ojos y traté de conciliar el sueño de nuevo. Di vueltas en la cama, pensando en Ibiza. Volver allí era una locura: aquel lugar estaba plagado de recuerdos oscuros que nadie en su sano juicio querría revivir voluntariamente.

Pero, ¿y si el caso de mi hermana y el de Shihan estuvieran relacionados? Habían desaparecido a cientos de kilómetros de distancia la una de la otra, y en años diferentes, pero las circunstancias eran muy parecidas.

¿Y si hubiera otras chicas como ellas?

¿Y si Shihan y mi hermana no fueran dos casos aislados, sino dos víctimas de entre docenas, o incluso cientos?

Mi mente corría desbocada, inventando nuevas hipótesis. Ahora sí que iba a ser imposible dormir.

Llevaba tanto rato despierta que comencé a sentir hambre; me levanté y fui de puntillas a la cocina a prepararme un sándwich. Una vez allí, encontré un poco de pan de molde en la nevera y lo unté con mantequilla de cacahuete. Luego añadí mermelada de albaricoque, mi preferida. Mientras mordía el pan, *La Llamada de Ktulu*, de Metallica, resonó en el silencio de la noche.

—¿Y ahora qué? —mascullé con la boca llena.

Me había dejado el móvil a todo volumen. Escuché a la casera removerse en su cama, y corrí escaleras arriba para apagarlo antes de que se despertara y me montase una escena. Cuando llegué al dormitorio, el móvil todavía estaba sonando: quienquiera que fuese, no era de los que se daban por vencidos. Descolgué por pura desesperación, para que dejase de sonar, sin mirar quién llamaba.

—¿Diga? —pregunté, jadeando, con la boca llena todavía.

—¿Haciendo jogging a estas horas de la madrugada? —contestó una voz de hombre, cálida y aterciopelada, al otro lado. Había un cierto tono de ironía en su voz, que traté de ignorar.

—Muy gracioso. ¿Quién eres? ¿Te parece normal llamar a estas horas?

—Disculpa, querida, ¿acaso te pusieron una pistola en la sien para que contestaras?

Alejé el aparato de la oreja, y solo entonces me di cuenta de que el número, desconocido, tenía un prefijo de España. *Mierda, requetemierda*. ¡Era el de la agencia! Maldito pirado, ¿cómo se le ocurría llamarme a las dos de la mañana?

—Para estar tan interesada en el empleo, no pareces muy entusiasmada de recibir mi llamada —dijo el hombre con sarcasmo—. Aunque, por otra parte, dicen las malas lenguas que en las escuelas americanas ya no enseñan buenas maneras como antes.

Gilipollas inglés, pensé, notando su acento de pijo británico igual que él, claramente, había advertido el mío.

—Disculpe —contesté, esforzándome por controlar mis ganas de soltarle un improperio—. No esperaba una llamada a estas horas.

—Pero el anuncio era claro, querida: *Agencia paranormal*. Sabes lo que es eso, ¿verdad? —Guardé silencio, porque no era cortés empezar la conversación diciéndole que se fuera a hacer gárgaras—. Trabajamos con espíritus, demonios, almas condenadas... Si de verdad tienes la experiencia que afirmas tener, sabrás que las criaturas sobrenaturales suelen estar más activas por la noche. Es nuestro horario normal de trabajo. Este no es sitio para princesas que necesitan ocho horas de sueño reparador. ¿Algún problema con eso?

Guardé silencio. Estaba aún medio dormida, y no tenía la lucidez suficiente para contestar a todas las pullas que aquel extraño de voz profunda me lanzaba sin parar.

—Ya veo —continuó, malinterpretando mis dudas—. Bueno, no pasa nada. No te lo tomes a mal: es la forma más fácil de cribar a los candidatos. Si no responden correctamente a una llamada de madrugada, los eliminamos inmediatamente. Así que... Iris... ¿era Iris? Siento haberte importunado. Que tengas una buena...

—¡No! ¡Espere! No, no hay ningún problema con el horario. Sigo interesada. Explíqueme de qué va el trabajo.

—Te he explicado todo lo que te puedo contar por teléfono. Si de verdad estás interesada, tendrás que presentarte aquí en San Antonio para ser entrevistada. No más tarde del viernes.

—¿San Antonio...?

—San Antonio, Ibiza.

España.

Guardé silencio. Tomar un avión hasta España solo para una entrevista de trabajo sonaba descabellado. Sí, podía pedirle el dinero a mi padrastro, pero...

—¿No podríamos hacer la entrevista por videoconferencia?

Como la gente normal, dije para mis adentros.

—Entiende que los viajes espontáneos serán frecuentes en este puesto. Además, necesito verte en persona. Digamos que soy... *de la vieja escuela.* ¿Tienes algún inconveniente?

—No, no es eso, pero...

—No te preocupes, el billete corre por nuestra cuenta. Hazme llegar tus datos y mi secretario te lo enviará mañana por la mañana.

Accedí a su propuesta, vacilante, y colgué con una sensación ambigua en el estómago. Oscilaba entre el terror más absoluto y una creciente euforia, análoga a la que habría sentido de haber ganado la lotería.

Unas vacaciones pagadas en Ibiza.

Habría sido maravilloso, de no ser por...

Mientras el sueño por fin me vencía, me di cuenta de que ni siquiera había preguntado el nombre de aquel extraño de voz sensual. Menudo creído. Ojalá que la entrevista no fuera con él, porque en tal caso, había pocas posibilidades de que aceptara el puesto. O de que él me eligiera a mí.

Mis párpados se cerraron contra mi voluntad, mientras me convencía a mí misma de que aquello sería una oportunidad única de pasarlo bien, tomar el sol y, con un poco de suerte, averiguar algo más sobre el paradero de mi hermana.

5

Iris



San Antonio, Ibiza. Viernes.

Theodore d'Alessandro.
Cocktail Bar *Serenata Nocturna,*
Playa de San Antonio.

Ese era el único contacto que había recibido por email, enviado puntualmente por una tal Patricia Ziegler, junto a un archivo adjunto que contenía los billetes de avión. Imaginé que ese sería el nombre del jefe y el lugar donde me entrevistaría: seguramente un local público, para evitar compartir la ubicación exacta de su agencia súper secreta.

El vuelo fue agradable, y aterricé en Ibiza pasadas las cinco de la tarde del viernes. En la terminal de llegadas me esperaba un hombre enorme con traje, gafas de sol y todo el aspecto de ser el guardaespaldas de un mafioso. El tipo, más recto que un palo, sostenía un cartel con mi nombre: "*Miss Andersson*". Lo miré con desconfianza, pero lo seguí hasta el coche: estaba avisada de que me recogería un empleado de la agencia. El hombre era parco en palabras: aparte de presentarse como Raoul, esquivó mis preguntas durante todo el trayecto.

—¿A dónde vamos exactamente? —le pregunté, tratando de romper el hielo.

—Pronto lo verá, señorita.

—¿Theodore es el director de la agencia?

—Sus preguntas serán respondidas a su debido tiempo, señorita.

Era imposible sonsacarle nada a aquel oso cavernario, así que me limité a mirar por la ventanilla mientras recorríamos la isla por carreteras estrechas.

Tras un rato llegamos a San Antonio, una ciudad costera al noroeste de Ibiza. El escueto chófer aparcó el Mercedes negro frente a un bar de copas. Desde la acera se divisaba la playa, al otro lado de una terraza elevada con mesas. Sobre la entrada del bar, formada por un arco decorado con hojas de palmera falsas, había un rótulo luminoso de color morado brillante en el que se leía: *«Serenata Nocturna»*.

—Hemos llegado —anunció el chófer.

Dicho esto, bajó mi maleta y desapareció como un oscuro fantasma. Abandonada frente a la puerta, no tuve más remedio que entrar en el local, que se veía desierto. Me acerqué a la barra, y desde allí pude escuchar a alguien trasteando en la cocina.

—¿Hola? —llamé, tratando de hacer el máximo ruido posible.

Según el aviso pegado junto a la entrada, no abrían hasta las siete de la tarde. Nadie me había informado de a qué hora sería mi entrevista, pero suponía que lo habrían tenido en cuenta al reservar mi vuelo.

La zona tras la barra estaba decorada con cañas de bambú, y sobre la puerta de la cocina había por lo menos diez herraduras. *«Para ahuyentar las malas energías»*, interpretó de inmediato mi mente de bruja.

Una joven nórdica con el pelo rubio y liso, cortado a la altura de la mandíbula, salió como un torbellino y me miró con cara de malas pulgas.

—Tú eres la nueva, ¿verdad? —gruñó, deleitándose en cada una de las erres que pronunciaba—. Pues espero que te guste limpiar el carmín del borde de las copas...

Sin volver a mirarme, se agachó a fregar un vaso con tanta rabia que pensé que iba a romperlo. Mientras lo hacía, su generoso escote se desbordó del apretadísimo top blanco anudado al ombligo que lucía.

«¿Pero qué dice esta mujer? Yo no estoy aquí para trabajar en el bar...», me dije, mirándola en silencio con la boca abierta.

—¡Ja! Eso piensan todas al principio —bufó la rubia, como si pudiera escuchar mis pensamientos.

Algo espantada, me aparté un poco de la barra.

—Perdona, ya sé que no habéis abierto todavía, pero he quedado con alguien aquí —le dije, ignorando su comentario anterior—. ¿No conocerás por casualidad a un tal d'Alessandro? ¿Theodore?

La chica soltó una carcajada irónica.

—¿Teo? —Puso el vaso a escurrir con un golpe seco—. Pues claro que lo conozco. Y por eso mismo te puedo asegurar que no vendrá hasta las nueve... por lo menos. *Hasta que se ponga el sol, querida* —añadió con retintín, imitando la voz del inglés. Esta vez sí que alzó la mirada, estudiando mi reacción.

Desvié los ojos hacia la playa y me mantuve impasible a propósito: no iba a darle el placer de verme dudar. En el horizonte, el sol todavía brillaba con toda su fuerza; serían las seis de la tarde. ¿De verdad me iba a hacer esperar tres horas?

—Bueno. Gracias —respondí con fingida indiferencia—. Le llamaré.

—Tú misma —replicó la rubia.

Cuando marqué el número del hombre con el que había hablado, su teléfono estaba apagado. La camarera no paraba de observarme, cada vez más entretenida por el espectáculo.

—¿Sabes de algún sitio donde pueda esperarle? —pregunté, con la esperanza de que me dejase quedarme allí.

—Pues ni idea —contestó ella, en lo que sonó como un ladrido—. Vete a dar una vuelta, ¿no? Aquí estorbas un poco, la verdad.

—Vale, gracias —*Gracias por nada*, pensé—. Me voy a ver la playa. Si viene antes, ¿podrías decirle que he estado aquí?

La rubia ni se giró, y yo me dirigí a la salida, arrastrando mi maleta con dificultad por el suelo de tablas cubierto de arena.

—Hola —dijo una voz dulce a mis espaldas—. Tú debes de ser Iris.

Levanté la vista para observar a la recién llegada, que entraba en el local en ese mismo momento. Su atuendo era muy parecido al de la otra camarera, y llevaba un bolso de ganchillo y una trenza suelta, adornada con una corona de margaritas falsas alrededor de la frente. A diferencia de la otra, su rostro, moreno y afable, mostraba una enorme sonrisa de oreja a oreja. Un gato blanco descomunal salió de detrás de un arbusto del paseo. La criatura saltó sobre sus hombros, acomodándose encima. Habría jurado que se volvió verde y luminoso por un instante, pero parpadeé un par de veces y comprobé que solo había sido mi imaginación.

—¿Sabes mi nombre? —me sorprendí.

—Teo me lo dijo. Bienvenida, soy Mina, trabajo aquí. Que no te asuste Oksana: es un poco fría con los desconocidos, pero en el fondo es buena persona. —Señaló a la rubia, que se cruzó de brazos, desafiante.

—*Muy* en el fondo —musitó Oksana, poniendo los ojos en blanco—. Tan hondo como se hunden los cadáveres en el Mar Mediterráneo.

Pensé que cada vez tenía más ganas de marcharme de ese sitio.

—No eres la única —dijo Oksana, aunque no entendí a qué se refería.

—Ah, por cierto, no te recomiendo que pienses nada malo enfrente de ella —explicó Mina acariciando al gato—. Es capaz de leer la mente. No siempre, pero a veces le llegan flashes, ¿sabes? Sobre todo, si no pones barreras...

El gato.

Esta vez no había duda: se había vuelto verde fluorescente. Solo por un segundo, al girarse. Como si fuera un holograma mal programado.

Las miré atónita, sin saber qué decir. ¿Telepatía? ¿Gatos que cambiaban de color?

Me apoyé sobre la barra y respiré hondo tres veces. Una, dos, tres. Aquello no podía estar ocurriendo.

—Oye, ¿estás bien? —me preguntó la del gato, y se giró hacia la otra—. A lo mejor deberíamos llamar a Selena. Que le haga una poción sedante o algo...

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —grité. No pensaba tomar ninguna poción, ni menos aún una poción *sedante*.

Sí, había crecido entre vampiros, y me codeaba cada jueves con las brujas más frikis de Londres. Pero la mayoría tenían talentos totalmente inútiles. Pensé en la amiga de Arianna, la que hacía desaparecer a las lagartijas. Eso de la telepatía sonaba mucho más útil... y también *peligroso*.

—Ven, deja aquí tu equipaje —me dijo Mina, ayudándome a levantar la maleta por encima de las tablas salpicadas de arena.

El gato saltó sobre la maleta como un peludo pasajero. Maulló bien alto, y ella lo miró con una sonrisa.

—Lo sé, Luminix —le dijo—. Nosotros la ayudaremos, ¿verdad?

Los estudié en silencio. Casi todas las brujas del Caldero Mohoso hablaban con sus gatos; eso no era nada nuevo. Pero estos dos parecían diferentes: me dio la sensación de que mantenían una conversación real.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta y así te familiarizas un poco con la zona? —me dijo Mina, señalando hacia el paseo, que se iba llenando de viandantes—. Si quieres te guardo tus cosas en el almacén para que no lleves tanto peso. Iría contigo, pero tengo que preparar las mesas.

—Gracias —dije, dedicándole una sonrisa sincera a la joven de la trenza.

Salí del local, sumida en mis pensamientos. De pronto, sentí la suave punzada de unas garras sobre las pantorrillas: el gato me había seguido hasta la calle, y estaba dándome suaves zarpazos para llamar mi atención. Me di la vuelta y vi a Mina, llamándome con la mano desde la terraza.

—¡Iris! —gritó—. Intenta volver antes de las ocho... ¡te contaré un par de cosas de Teo para que te prepares!

6

Teo



Cuando el teléfono sonó y Johannes me explicó su plan, no pude creer que me lo estuviera proponiendo en serio.

—Odio a los Grimmbauer, y lo sabes —fue mi única respuesta.

Me aclaré la garganta, notando que mi voz había sonado más a gruñido que a conversación entre caballeros, a pesar de mis continuados esfuerzos por no rugir en voz alta.

—Theodore. Piénsalo —insistió Johannes con absoluta tranquilidad.

Me sentí sumamente tentado de lanzar el teléfono contra la pared, pero no lo hice, porque llevaba ya cinco aparatos rotos en ese año, y las finanzas de la agencia iban de mal en peor. Dos iPhones en el fondo del mar; dos estrellados contra muros varios y el quinto contra la cabeza de Orson Jenkins, aunque ese había valido la pena: se lo había merecido por intentar morder a una de mis camareras.

—Vamos, Theodore, no seas tan quisquilloso —insistió Johannes al otro lado, con aquella maldita voz conciliadora que tanto me irritaba—. ¿Has visto cómo están las cuentas? O esto, o empiezas a plantearte cancelar esa estúpida búsqueda suicida de...

—Ni lo menciones —lo interrumpí, paseando de un lado a otro por la sala de música—. No. Claro que continuaré, pero no quiero meter a esas sanguijuelas en esto. Creo que estamos a punto de dar en el clavo, Johannes... Lo presiento. Es solo que hay algo que se nos escapa, algo que...

—Llevas ciento treinta años diciendo eso, ¿te das cuenta? Y, de momento, has gastado exactamente... ¿en qué divisa quieres los informes? Si te parece bien en francos suizos, durante el último ejercicio las pérdidas han sido de...

Johannes siguió hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Mi mente siempre empezaba a divagar cuando se ponía a hablar de números.

Bla, bla, bla... Su voz se convirtió en un murmullo distante, mezclado con el canto nocturno de los grillos. A decir verdad, su cara siempre me había recordado un poco a la de un grillo. Pensándolo bien, no solo su cara: tenía un alarmante parentesco con el grillo parlante de Pinocho: la levita, las extremidades largas y verdosas, y sobre todo esa desagradable costumbre de ser la voz de mi conciencia.

—¿Y bien? —repitió Johannes, con su característico tono paciente.

—Esos dos son la mismísima escoria de la tierra —le espeté, apoyándome adrede sobre el piano para crear un efecto tétrico de fondo.

Johannes calló, sabiendo que era verdad.

Miré por la ventana, esperando a ver qué nueva excusa se le ocurría para convencerme.

Los farolillos solares brillaban como luciérnagas en puntos estratégicos, creando un efecto mágico entre los setos y arbustos semitropicales de mi jardín mediterráneo. Los hibiscos y

palmeras me recordaron cuánto amaba aquella isla, y lo poco que deseaba venderlo todo y regresar al mohoso caserón familiar que me vio crecer. Y menos aún, sin haber cumplido mi misión.

—Solo te digo que lo pienses, Theodore —dijo Johannes quedamente, sabiendo que empezaba a quedarse sin argumentos—. Los Grimmbauer podrían salvar el negocio. Son los únicos interesados, y yo creo que es más por el resto de *atracciones* de la zona que por el Serenata en sí. Cada día tienes más mortales y menos sobrenaturales en el bar, y de la agencia ni hablemos... Si tan solo pudieras tragarte ese maldito orgullo tuyo por un par de noches y...

—Lo pensaré —contesté abruptamente, y colgué sin esperar su respuesta.

¡Maldito Johannes! Mi socio y amigo desde tiempos inmemoriales, me había abandonado para mudarse a Lausana tras conocer a su amada Patricia. A pesar de la distancia, seguía encargándose de la parte invisible del negocio, y su intelecto de banquero suizo jamás nos había fallado: Johannes llevaba las cuentas, pagaba impuestos y me buscaba clientes e inversores. Se encargaba de todo lo que yo odiaba hacer, y además lo hacía con gusto. Pero en la última década siempre que me llamaba era para darme malas noticias. A veces me preguntaba si Patricia Ziegler, su espectacular esposa, lo había distraído del negocio; a fin de cuentas, ambos compartían una entusiasta afición por la *lingerie* francesa y la sangre de vírgenes. Para colmo, hacía semanas que no me enviaba un caso, y el último, el de la *monja asesina*, había resultado ser un fiasco por el que ni siquiera nos habían pagado después de gastar miles de euros en un jet privado hasta un recóndito convento de Budapest.

Toqué un par de notas lúgubres al piano y cerré la tapa, todavía sin saber qué respondería en relación a los Grimmbauer.

Me dirigí al dormitorio y entré en el vestidor, en busca de unos pantalones planchados. Estaba muerto de hambre, pero sabía que me esperaban en el bar y no había tiempo para *aperitivos*. Para colmo, había quedado con la médium americana para la entrevista. En la nevera solo había zumo de tomate; aquellas botellas llenas de engañoso líquido rojo me pusieron de un humor peor todavía. Quizás, si terminaba pronto, me daría tiempo a pasar por casa de Vanessa...

—Astra, anota en mi calendario: "*llamar a Vanessa a las diez treinta y cinco*" —le grité a mi asistente virtual mientras me ponía una camisa blanca de lino.

—Por supuesto, cita añadida a tu calendario con éxito —respondió la voz electrónica.

—Gracias, querida.

Consulté el calendario: Astra era de lo más eficiente y la cita ya estaba apuntada. Me pregunté cómo había podido sobrevivir doscientos años sin ella: aquella invención demoníaca era mi fiel, única y eterna compañera, tan etérea e inmortal como los fantasmas a los que perseguía por las noches.

Cogí las llaves de la mesilla junto a la puerta y me puse las gafas de sol antes de salir. Abrí un botón más de mi camisa, aunque sabía que convencería a Vanessa de todos modos.

Siempre lo hacía.

Frente a la casa, en el camino que llevaba a la verja de hierro, me esperaba Raoul. Desde que lo había encontrado, vagando ensangrentado por las praderas de Ordesa, aquel lobo exiliado se había convertido en mi chófer, asistente, guardaespaldas y básicamente mi hombre para todo. Y cuando decía todo, quería decir *todo*. Además, Raoul era un hombre de pocas palabras, lo cual lo hacía excelente para el trabajo.

Raoul condujo suavemente por las estrechas carreteras de la isla, hasta llegar a San Antonio. Siendo viernes por la noche, las calles estaban abarrotadas, y algunos mortales caminaban haciendo eses más pronunciadas que las de la colina que subía hasta mi villa. Era pronto, pero la

fiesta empezaba temprano en Ibiza y terminaba más tarde que en ningún lugar del sur de Europa.

Mientras Raoul aparcaba observé con agrado que el *Serenata Nocturna* ya estaba lleno, y Oksana se movía con eficiencia tras la barra. Siempre admiré su capacidad para resistir la presión sin inmutarse. Y presión había tenido bastante, particularmente si contábamos lo que había ocurrido a su llegada. Hoy día, lo mismo servía siete mesas sin un pestañeo que acudía a una misión improvisada a las cuatro de la madrugada. Su capacidad para leer la mente de los clientes era útil en ambos negocios, aunque últimamente había empezado a fallarle.

Divisé a la nueva candidata apoyada en la barra. Estaba leyendo un libro, sola, y sin hablar con nadie. Por el *Serenata Nocturna* pasaban todo tipo de criaturas extrañas, pero había pocas tan raras como una mujer con un libro en un bar de copas. Me extrañó además que no se le hubiera acercado ningún hombre, teniendo en cuenta que debía de haber llegado varias horas antes. Era joven y atractiva, aunque su estilo era claramente mejorable. Se veía un poco descuidada, pero se lo perdoné al recordar que era americana, y para colmo afincada en el Reino Unido, que en los últimos tiempos se había convertido en la cuna de la moda estrafalaria. En fin. Eso era fácil de resolver. Le encargaría a Naomi que le diera un par de pautas para que no desentonara tanto. A lo mejor Vanessa podía conseguirle un atuendo más acorde.

De camino a la barra me crucé con Mina, que sujetaba una bandeja cargada de caipiriñas, perfectamente decoradas con finas rodajas de lima. Tras ella, varias gaviotas volaban en círculos, dispuestas a sacarle los ojos a cualquier idiota que se pasara de listo con ella.

—¿Qué tal, Teo? —me saludó, guiñando el ojo—. Ha venido la chica de la entrevista. Está en la barra con Oksana. He hablado un poco con ella... parece simpática.

—Gracias, Mina. Justo iba hacia allí.

La chica nueva seguía leyendo, con el ceño fruncido. Recordé nuestra conversación telefónica: no me había parecido especialmente *simpática*. Pero era la única que había respondido a mi oferta de trabajo. Mis contactos en Londres, París y Roma habían publicado el anuncio en todos los locales concurridos por hechiceras, pero al parecer, todas tenían trabajo de sobra y ninguna estaba interesada en disfrutar del sol ibicenco.

Me acerqué a la joven por detrás, sin hacer ruido. Siendo vampiro me era sumamente fácil caminar sigilosamente, sin ser notado. Sin embargo, ella se dio la vuelta al instante.

Un punto a favor de la bruja.

Sus dotes psíquicas parecían estar en plena forma.

La joven me miró con las cejas enarcadas, dejando ver dos enormes ojos verdosos. Tenía la nariz y las mejillas cubiertas de pecas, lo que le daba un aspecto aniñado y la hacía parecer más joven de lo que había declarado en su currículum.

—¿Iris Andersson? —pregunté, tendiéndole la mano—. Soy Teo, de la agencia. Teníamos una cita esta tarde.

La joven me observó desconcertada. Se inclinó levemente hacia atrás, alejándose un poco de mí. Luego miró a un lado y a otro, y noté que contenía la respiración un instante.

—¿Todo bien? —le pregunté, casi divertido por su reacción.

Entrecerró los ojos y habló en un susurro.

—No me habían dicho que fuese a tener que trabajar con un...

—¿Con un *qué*? —pregunté, desafiante.

—Sabe a lo que me refiero. No es usted el primero con el que me encuentro.

Sonreí.

Dos puntos más para la bruja.

—Noto un cierto especismo en tu voz, pero no te lo tendré en cuenta... de momento. ¿Sabes?

Creo que me caes bien. Pero deja de hablarme con tanta formalidad. Esto es una empresa familiar. —Me giré hacia Oksana—. ¿Le has servido algo a la nueva, querida?

Obviamente, no lo había hecho. Oksana era eficiente, pero no particularmente amable. Para amabilidad ya tenía a Mina, o a Selena. Además, Oksana nunca habría gastado el presupuesto del bar sin mi permiso. Me miró con mala cara, y eso la hizo parecer incluso más bonita. Con un bufido, le lanzó el menú a la recién llegada y se fue a servir otra mesa.

—Ven —le dije a la nueva—, acompáñame ahí.

Le señalé la *mesa de los tortolitos*: estaba apartada de las demás, y semioculta por tiestos repletos de palmeras en miniatura.

Iris me estudió con desconfianza, como si no se atreviera a sentarse a solas conmigo.

—¿Me tienes miedo? —pregunté divertido.

—No. Miedo, no. Pero, ¿cómo sé que puedo fiarme de ti? —murmuró entre dientes.

La pregunta me dio risa. Estábamos rodeados de gente. ¿De verdad pensaba que iba a morderle delante de treinta personas?

—No puedes saberlo —respondí con calma—. Pero tendrás que decidir si quieres hacerlo, y rápido, porque tengo hambre y no pienso dedicar más de diez minutos a esta entrevista. A no ser que desees ser mi cena, pero...

Ni siquiera contestó. Frunció el ceño, y no necesité ser Oksana para leer en su mente un profundo desdén por la raza vampírica. Señaló el cóctel sin alcohol *Virgin Mary,* alias *Número 3 – La Emperatriz,* en la carta. Después se la lanzó de vuelta a Oksana y marchó hacia la mesa a grandes zancadas, casi hombrunas.

Caminé tras ella, inhalando su aroma inconfundible a bruja. Su olor era más suave de lo habitual, casi dulce. Quizás no fuera una bruja de sangre pura. ¿Una semibruja? Advertí que tenía una bonita figura, aunque aquellos pantalones anchos la escondían demasiado bien. *Un diamante en bruto.*

—Así que es usted el famoso *señor d'Alessandro* —me espetó, claramente decepcionada, mientras tomaba asiento con la espalda contra la pared de tablas de madera—. Pues llega usted tres horas tarde, señor.

Asentí despacio, ignorando el último comentario. Este diamante iba a necesitar muchas horas de pulido. *Con una pulidora láser.*

—Bienvenida al *Serenata Nocturna*, Iris. ¿Te gusta el local? —le pregunté, señalando las pequeñas luces en forma de estrellas que adornaban las hojas de palma de la entrada.

—No entiendo la pregunta —respondió sin molestarse en mirar—. ¿Qué más da si me gusta o no? Estoy aquí por la entrevista de trabajo. Y, la verdad, yo también tengo ya bastante hambre.

Por Zeus, era dura de roer.

—Por supuesto. Pero debes saber que todos mis empleados tienen que superar primero una prueba de nivel. ¿Te sientes preparada para hacerla ahora, o estás demasiado cansada?

Me sostuvo la mirada, desafiante.

—Ahora. De todos modos, estoy empezando a tener dudas sobre su... *agencia*.

—Está bien. —Yo también comenzaba a albergar dudas sobre muchas de mis decisiones vitales—. Necesito que conectes con alguien. Alguien que falleció hace mucho tiempo. Si bien entiendo, tienes el don.

Tragó saliva, delatando cierta inseguridad. Me pregunté si sería otra impostora. Nueve de cada diez mujeres que se presentaban buscando trabajo en la agencia eran unas embusteras.

—Claro. ¿Cómo se llama el difunto?

—Emmanuel —dije escuetamente.

—¿Apellido?

—Confidencial. No puedo compartir esa información. Tendrás que trabajar solo con eso.

—¿Te das cuenta de que hay millones de fallecidos en el mundo llamados Emmanuel? No puedo contactar con alguien sabiendo solo el nombre de pila. Normalmente la gente me entrega una foto, por lo menos.

—No tengo fotografías, pero puedo dejarte algo suyo. Un objeto muy querido para él.

Rebusqué en el bolsillo y le tendí el reloj de cadena de Emmanuel. Ella lo tomó con sumo cuidado. Cuando cayó entre sus dedos, se estremeció un poco, pero no dijo nada.

—Espera un momento —dijo, depositando el reloj sobre la mesa con sumo cuidado—. Necesito una vela. Puede que tenga alguna en mi maleta. La he dejado en el almacén. Vuelvo enseguida.

Se levantó y se dio la vuelta. La observé alejarse, admirando el balanceo de sus cabellos claros y ondulados y la estela de suave perfume a champú que dejaban tras de sí. Mientras la esperaba, acaricié el reloj con nostalgia, y los recuerdos de Emmanuel me inundaron como una avalancha. Lo solté de golpe; era lo último que me faltaba esa noche.

La joven no tardó en regresar, con una ridícula vela diminuta, de las que usaban las chicas cuando algún cliente cumplía años.

—Es lo mejor que he encontrado, pero creo que servirá.

Volvió a sentarse y cerró los ojos. Encendió la vela y respiró hondo un par de veces, mientras sujetaba el reloj entre las manos. Poco a poco, su respiración se fue haciendo más rápida y su rostro pecoso se tornó pálido.

Murmuró algo, que sonó como una invocación. Después de unos segundos, soltó el reloj con cierta aprensión y lo dejó caer en la palma de mi mano como si le quemase.

—¿Y bien? —pregunté con curiosidad, limpiando sus huellas con un pañuelo.

Ninguna de las brujas del *Serenata Nocturna* había sido capaz de desvelar el misterio de Emmanuel, y menos aún en su primera sesión. Dudaba que esta fuera diferente, y no esperaba mucho de ella.

—Asesinado. Murió asesinado —dictaminó—. En un bosque, creo. Es todo lo que puedo decir.

La miré. Había esperado más. Muchas decían *asesinado*, pero eso era lo que uno esperaba normalmente de un objeto encantado. Lo del bosque... bueno. Era verdad, sí, pero no hacía falta mucha fantasía para eso. Un bosque era un buen lugar para un asesinato: discreto, aislado, oscuro...

—¿Eso es todo?

Se encogió de hombros.

—Es lo que veo. Si no te gusta, lo entiendo. No siempre recibo los mensajes que mis clientes buscan. No tengo control sobre ello.

La miré, pensativo. A lo mejor sí tenía algún talento, pero desde luego le faltaba entrenar bastante. Pero el local estaba muy lleno, el verano estaba a la vuelta de la esquina y mis chicas necesitaban desesperadamente a alguien que les echara una mano fregando platos... y limpiando vómito de borracho de los retretes.

—Está bien. El trabajo es tuyo. Empiezas el lunes.

—¿En serio? —dijo, dando un respingo de sorpresa—. Pero si ni siquiera hemos discutido mis obligaciones...

—Le dejaré tu contrato a Mina. No puedo quedarme más, tengo otra reunión. Te daremos un uniforme... necesitas algo un poco más alegre. Te veo la semana que viene.

—Pero, un momento... necesito más información...

—Todo irá de maravilla, querida, no te preocupes. Ven el lunes por la noche. Ahora tengo que irme. Te mandaré la dirección de tu alojamiento por Whatsapp... Johannes te ha buscado algo cerca de aquí. Hasta entonces, ¡disfruta de la isla! Encantado, Iris.

Me levanté, pensando si decirle a Johannes que dejase los anuncios un par de semanas más. Quizás encontrásemos alguna bruja un poco mejor dotada.

Estaba a punto de marcharme cuando sentí la mano de la joven en mi hombro.

—¡Espera! Hay algo más. Acaba de llegarme otra visión. Se oyen gritos. Gritos de dos hombres. Uno mayor, el otro es más joven. Están buscando algo... Hacen una especie de agujero en el suelo... ¿Con una pala? El joven cae dentro y muere. El otro... no sé. Muere también. Su corazón se para. Pero hay alguien más... Después, el mayor vuelve a gritar. Había muerto, pero... aun así, tras un rato, grita.

La miré, sintiendo que el universo entero se detenía. Llevaba desde 1878 tratando de descifrar lo ocurrido aquella noche, y ella acababa de describirlo.

—Interesante... —acerté a decir, en mi repentino estupor—. ¿Algo más?

—Sí —dijo con total seguridad—. Ese hombre era tu hermano, ¿verdad?

Tragué saliva y guardé silencio durante unos instantes, tratando de poner en orden mis pensamientos, que corrían desbocados. La brisa marina hizo susurrar las hojas de las palmeras, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros.

Cuando respondí, lo hice apenas sin mover los labios.

—No. Te equivocas —fue todo lo que pude decir, mientras me levantaba y daba por terminada nuestra reunión—. Yo nunca tuve un hermano.

7

Iris



Estaba claro que Theodore d'Alessandro me ocultaba algo, y ni siquiera necesitaba ser bruja o poseer los poderes telepáticos de Oksana para adivinarlo.

Cuando Teo se marchó del bar, intenté hablar con Mina. Al llegar me había prometido compartir algún que otro secreto relacionado con mi nuevo jefe, pero al final no lo había hecho: había estado demasiado ocupada tomando pedidos y sirviendo copas a los clientes.

—¿Tienes un momento para hablar? —le pregunté con avidez, estirándole de la cortísima camiseta para que me hiciera caso.

—Uff... ¿es urgente? —me preguntó sin detenerse, repartiendo cubatas a diestro y siniestro.

—Bueno, urgente, urgente... tampoco...

—¿Te ha contratado? —dijo por encima del hombro, corriendo con varios vasos vacíos hacia la barra.

—Creo que sí. Empiezo el lunes. Por eso quería hablar contigo...

—Vale. ¿Por qué no vuelves el lunes antes de abrir y hablamos con tranquilidad? Los viernes por la noche esto se pone a tope... ya lo ves. —Hizo un gesto, abarcando las mesas llenas con el brazo, y una gaviota planeó sobre su cabeza con un graznido protector—. Y mañana sábado va a estar igual. Sí: ven el lunes. Será lo mejor.

Desapareció en el almacén; mientras tanto, tres gaviotas se sentaron sobre el alero a esperarla, montando guardia en su ausencia.

Oksana me lanzó una mirada gélida desde la distancia, dejando claro que no tenía la más mínima intención de ayudarme.

Consulté mis mensajes y, tal y como Teo me había prometido, encontré entre ellos uno de su secretario, que contenía la ubicación de mi alojamiento para las próximas noches. Me habían reservado una habitación en un enorme complejo hotelero con piscina, con aspecto anticuado de estilo años noventa.

Estaba cerca, así que fui paseando hasta allí con mi maleta. Pedí la llave en recepción y subí a dejar el equipaje. La habitación se veía un poco anticuada, pero no vi pulgas ni chinches, y el balcón tenía vistas del mar a lo lejos, tras varias filas de edificios similares.

Esa noche hablé un rato por teléfono con Arianna, que había empezado a vaciar la librería para poder marcharse a Nueva Zelanda cuanto antes.

—¿Qué tal tu empleo súper secreto? —me preguntó, casi chillando de emoción.

—Ah... bueno, empiezo la semana que viene...

—¿Tan pronto? ¡Madre mía! ¡Promete que me lo contarás todo!

—Claro... por supuesto.

—¿Te vas de fiesta esta noche? *¡I-bi-zaa!* —canturreó.

—Eh... bueno, no sé... a lo mejor salgo un rato después de cenar...

Lancé una mirada furtiva a mi libro, cerrado sobre la mesilla de noche.

—No me digas que estás pensando quedarte en la habitación leyendo —gritó Arianna, leyendo mis pensamientos—. ¡Ni se te ocurra! ¡Seguro que hay algún guaperas ahí fuera esperándote!

Solté una risita forzada y colgué tras prometerle que saldría, aunque fuera solo a la cafetería del hotel.

Sin embargo, no lo hice. La música, el ruido, la gente... todo en aquel lugar me transportaba de vuelta a la noche en que había perdido a mi hermana.

No me sentía preparada para afrontar la vida nocturna en solitario. Al menos todavía no.

Me acosté pronto y me dormí inmediatamente, hasta que me despertaron unos ruidos extraños al otro lado del tabique.

Cerré los ojos y me pareció oír la voz de Teo, llamándome. Su voz sonaba suave y sensual, muy diferente del tono distante que había empleado durante nuestra entrevista.

—Te necesito, Iris —murmuró.

Extendí el brazo en la oscuridad y, al hacerlo, sentí la firmeza de su pecho esculpido. Estaba tendido junto a mí, en la cama del hotel.

—Esto es un sueño —repliqué—. No es real.

—Encuentra a Emmanuel, Iris. Te mentí... te necesito —repitió la voz en la penumbra.

—¿Por qué me mentiste? —pregunté, sintiendo una inevitable languidez que me atraía él como un imán.

—Porque hay cosas que no deberías saber... porque sería peligroso que las supieras...

Las persianas estaban bajadas, y en el dormitorio reinaba la oscuridad más completa. Sentí que unas manos me recorrían, acariciándome, comenzando por el cuello y bajando hasta mi cintura. Después sus brazos me rodearon. Sentí su respiración entrecortada contra mi mejilla, y su pelvis contra mis muslos. Me retorcí bajo el peso del extraño, sorprendida, pero a la vez disfrutando de aquel inesperado encuentro en la oscuridad. Entreabrí los labios, dispuesta a recibir sus besos, pero en ese mismo instante una puerta se cerró bruscamente fuera de la habitación, en el pasillo, y la voz de una mujer gritó en mi cabeza: «Aléjate de él, o te arrepentirás.»

Desperté de golpe. Me incorporé en la cama y encendí la luz, con el corazón acelerado.

Lo revisé todo, pero no había nadie más en la habitación. Sin embargo, no recordaba haber dejado la ventana abierta de par en par, con las cortinas ondeando. Seguramente, la tela me había rozado mientras dormía, creando aquellas inesperadas fantasías, nada menos que con mi futuro jefe... ¿cómo podía haber soñado algo así? ¿Cómo había podido mi cerebro traicionarme de aquella manera, haciéndome soñar con un vampiro, después de lo que le pasó a Katie? Sentí un escalofrío solo con pensarlo.

Cerré la ventana y volví a dormirme, no sin antes asegurarme de que el cerrojo estaba echado y las cortinas corridas.



Al día siguiente, tras el desayuno, me fui a la playa, dispuesta a recargar mis baterías solares, sedientas de esa luz radiante que tanto escaseaba en Londres.

Acomodada en una tumbona, saqué mi cuaderno y, por enésima vez, traté de

reconstruir lo ocurrido cinco años atrás, durante mi visita a Ibiza con mi hermana.

Llamé al Hotel *Azure Oasis* de Playa d'en Bossa, el mismo en el que nos alojamos durante aquel fatídico verano. Pedí que me pasaran a la directora; quería concertar una visita para discutir qué más se podía hacer. Me dijeron que la directora estaba ausente; aunque me sonó a excusa, la recepcionista se mostró impasible y no hubo manera de convencerla. Seguramente, lo único que podía hacer era alquilar un coche y presentarme allí en persona algún día entre semana.

El siguiente punto de mi lista era Shihan.

Necesitaba hablar con su madre y preguntarle, con la mayor delicadeza posible, si existía la posibilidad de que su hija hubiera entablado amistad con algún vampiro antes de desaparecer. Todavía no había decidido cómo hacerlo, pero me dije que ya pensaría algo sobre la marcha.

Llamé y, en vez de la madre, contestó al teléfono una voz de hombre. Conjeturé que debía de ser John, el padrastro de Shihan.

—Jingxiao no está. ¿Y usted quién es? —me preguntó el hombre, con tono malhumorado.

Al fondo se escuchaba un partido de fútbol, posible causa de su impaciencia.

—Soy... —dudé. ¿Era buena idea contarle que su mujer había acudido a una vidente? Algo en mi fuero interno me dijo que no—. Soy... era... una amiga de Shihan. Íbamos juntas a clase. Quería hablar con su madre.

—Shihan está muerta —me espetó el hombre con voz cortante—. Dejad en paz a mi esposa. Ya le cuesta bastante pasar página.

—Pero... pero hay algo importante que necesito preguntarle... si pudiera decirle que me llamase...

—No vuelvas a llamar, ¿me oyes? —gritó.

Y después me colgó sin más miramientos.

8

Iris



San Antonio, Ibiza. Lunes.

Cuando me presenté el lunes en el Serenata Nocturna estaba roja como un tomate de tanto tomar el sol, y me habían salido más pecas que a Pippi Langstrumpf en pleno apogeo de su carrera pirata.

Serían las cinco de la tarde, y encontré a dos desconocidas tras la barra. Ninguna era Mina, aunque por suerte tampoco Oksana. Ambas camareras parecían más o menos de mi edad, aunque a diferencia de mí, parecían modelos de revista: una de formas generosas y aspecto delicado, con cabellos negros y acento español; la otra de tez más oscura, cintura de infarto y ojos felinos e inquisidores. Solo con verlas supe que eran brujas. Se les notaba a la legua, ya solo por el aura que desprendían.

—Así que tú eres la nueva —dijo una de ellas, tendiéndome la mano para presentarse—. Yo soy Naomi, la encargada.

Observé su pelo perfectamente planchado, y el lápiz de ojos azul metalizado que iluminaba sus párpados oscuros, dándole un aspecto de otro planeta.

—Pensaba que la encargada era Oksana —comenté, y aquello no pareció sentarle bien del todo a Naomi—. El viernes estuve aquí, y había quedado con Mina para que me explicara los detalles del trabajo en la agencia. Al menos, así lo acordé con Teo...

—Mina hoy no vendrá —me informó Naomi, sacando un delantal minúsculo de debajo de la barra y atándoselo tras la espalda—. Se ha puesto enferma. Pero no te preocupes, Selena y yo te lo explicaremos todo. Para empezar, puedes cambiarte de ropa. Teo te ha dejado un par de cosas ahí. Considéralo tu uniforme mientras no tengas nada más adecuado. Puedes cambiarte en el baño. —Señaló el almacén, cuya puerta estaba abierta, y después los pequeños cubículos de madera al otro lado de la terraza—. Cuando te vistas empezamos.

Entré donde me había indicado y solo encontré dos pequeñas prendas de lycra blanca dobladas sobre un taburete. Las levanté, dudando si aquello era la ropa interior o de verdad querían que me pusiera eso. Comprobé si había algo más debajo, pero no. Desconcertada, me encaminé al baño, sintiendo las miradas de ambas chicas sobre mi espalda. Allí me quité los vaqueros y la camiseta, y estudié con incredulidad la ropa que me habían entregado. Aquel era el top más pequeño que había visto en mi vida: se parecía más a un bikini con boxers que a un uniforme de cazafantasmas. Me había esperado un mono de protección con cremalleras y bolsillos, no el conjunto de playa de la *Barbie Malibú.*

Me lo puse por no discutir, aunque ni siquiera sabía cómo anudar todas las tiras que sobresalían de las prendas. Busqué por todas partes un folleto de instrucciones, pero no llevaban

ninguno. Salí del baño bastante molesta, decidida a enviarle un mensaje a Teo con todas mis quejas.

—Te queda genial. Es tu talla —dijo la otra chica, que no había hablado hasta entonces. Ella llevaba un top muy parecido, aunque el suyo cubría un poco más, y se había recogido un par de mechones de pelo sobre la coronilla con un pasador en forma de estrella—. Por cierto, yo soy Selena. Si tienes algún problema con el idioma local puedo ayudarte. O con demonios del inframundo. —Se rio, de modo que no supe si lo decía en serio— Además, me sé de memoria las recetas de los setenta y ocho cócteles de la carta.

—Uno por cada carta del Tarot —añadió Naomi con una sonrisilla petulante.

—Eh... vale, gracias, lo tendré en cuenta. Pero decidme... ¿dónde exactamente están las oficinas de la agencia? Nadie me ha dicho nada. ¿Qué tipo de misiones lleváis a cabo?

Las dos chicas se miraron con una expresión entre asombrada y divertida.

—Selena —dijo Naomi, mirando a su compañera de reojo con una sonrisa cínica—, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

La otra chica me miró con una sonrisa que se pareció demasiado a una disculpa.

—Verás... a lo mejor Teo no ha sido totalmente claro contigo. —Suspiró—. Se lo suele hacer a todas. Se le da bien el márketing...

—¿Qué quieres decir? —exclamé, cruzándome de brazos y cada vez más mosqueada. Al hacerlo me quedó la mitad del sujetador al descubierto, lo cual me quitó bastante autoridad. Selena se dio cuenta y se acercó a mí.

—Lo llevas mal abrochado. Ven, yo te ayudo. Las primeras veces no es tan fácil, ¿verdad?

—¿Primeras veces? —grité—. No sé qué clase de agencia paranormal es esta, pero no pienso volver a ponerme esta cosa nunca más. ¡Esto es ridículo!

Selena me reajustó las tiras de la espalda mientras murmuraba algo que no conseguí entender.

—Mira, preciosa —me dijo Naomi mientras secaba copas con un paño a la velocidad de la luz—. Lo que tú hayas acordado con Teo es cosa tuya, yo solo hago mi trabajo. Y a mí me han dicho que mi trabajo es explicarte lo que hacemos aquí. Punto número uno, nos ponemos la ropa que le sale de las narices al jefe, porque es el que nos paga. Punto número dos, el trabajo de camarera requiere resiliencia y dedicación, y...

—¿Qué? —aullé levantando los brazos—. ¡Yo no soy camarera! El anuncio decía médium. ¡*Medium*!

—Sí, bueno, es más o menos lo mismo, si tenemos en cuenta que la mitad de clientes son lobos, vampiros y otros sobrenaturales —replicó Naomi, alineando las copas sobre un estante de bambú como soldados en formación. Me pareció ver que agitaba la mano y las copas se alineaban por sí solas, pero ocurrió demasiado rápido para estar segura.

—Naomi, déjame a mí, por favor —se interpuso Selena, la española—. Naomi es un poco mandona, pero puedes aprender mucho de ella, ya verás —dijo después, mirándome. Naomi se encogió de hombros y desapareció en el almacén—. A ver, la regla número uno de este negocio es que nunca debes hablar más de la cuenta con nadie.

—¿De qué negocio? —pregunté, apoyándome en uno de los taburetes frente a la barra. Comenzaba a darme vueltas la cabeza—. ¿Te refieres al bar o a la *supuesta* agencia?

—Bueno, de cualquier negocio, supongo, pero sobre todo con lo que hacemos aquí... —Selena se mordió un labio rosado y carnoso antes de continuar—. Vivos o muertos, no es bueno entretenerse demasiado con ninguno. No hables demasiado con la gente, ni los toques. Se te pegará su mala energía, y sus problemas. Sobre todo, no te dejes morder. —Le lanzó una mirada

significativa a Oksana, que justo llegaba de la calle, y la rubia frunció el ceño, como dándose por aludida—. Solo toma sus pedidos y hazte una limpieza energética todas las noches. Recuerda: los clientes no son tus amigos...

—*Nadie* lo es —apuntó Naomi con un destello malicioso en la mirada, mientras salía del almacén con una escoba y un recogedor. Me los tendió—. A excepción de estos dos. Estos dos serán tus mejores amigos mientras estés aquí. Otro consejo: cuando no sepas qué hacer, limpia algo. Consejo válido para cualquier trabajo, aquí o en un cementerio. Me lo agradecerás. Y el jefe también.

Selena le lanzó una mirada reprobatoria, pero Naomi no se dejó intimidar. Soltó una risilla aguda, como una adolescente. Apoyé la escoba contra la barra dando un golpe, cada vez más ofendida y dispuesta a llamar al maldito Theodore d'Alessandro para decirle cuatro cosas bien claras sobre ese supuesto trabajo de *cazafantasmas* que me había ofrecido.

Por si las cosas no estaban lo bastante fastidiadas, en ese momento se unió a la conversación Oksana, alias *La Alegría de la Huerta.* Se acercó a la barra, todavía vestida de calle. Parecía recién salida de la peluquería, con un look perfecto para una recepción con algún embajador. Solo su bolso de Hermès debía de costar más que toda la ropa que yo tenía en el armario.

—Todavía no me puedo creer que haya contratado a esta —le dijo Oksana a Naomi, dejando su bolso Birkin sobre la barra, no sin antes pasar el dedo meñique por ella para asegurarse de que estaba limpia y no dañaría sus exclusivos complementos.

Naomi se encogió de hombros y le contestó como si yo no estuviera ahí.

—Dudo que dure mucho. No lleva ni cinco minutos aquí y ya se está quejando de todo... —Después se giró hacia mí—. ¿Qué habilidades tienes, por cierto?

Me crucé de brazos, esforzándome por ignorar su grosería.

—Soy médium. Los muertos me envían mensajes y yo los canalizo.

—Suena útil —comentó Naomi, un poco más interesada. Chasqueó los dedos y el grifo se cerró solo—. ¿Y... por casualidad sabes limpiar retretes?

La miré fijamente, mientras Oksana torcía la boca con cara de «ya te lo dije».

—No me digas que aún no habéis limpiado *eso* —dijo la rusa con tono asqueado.

—¿Qué dices? Huele peor que la casa de la viuda Gargallo, ¿te acuerdas? La que durmió con su marido muerto durante seis meses —comentó Naomi con tono ominoso—. Yo no me atrevo a entrar en esos baños... ¿Alguna voluntaria? —Me miró a mí, y yo sacudí la cabeza. *De ninguna manera. No pensaba hacer eso*—. Ya veo. Otra que nació princesa. Bueno, ¿y cócteles? ¿Al menos sabes hacer eso?

Gruñí con frustración.

—¡Claro que no! Solo he trabajado en una librería.

—Pues estamos apañadas —bufó Oksana, sacudiendo la cabeza—. Más te vale aprender ambas cosas, y rápido, porque esta noche Mina no está y necesitaremos todas las manos libres que haya. —Introdujo una mano en su bolso, y sacó un fajo de papeles—. Hablando de Mina, me dio esto para ti.

Tomé los papeles: parecía un contrato. Observé la firma de Teo al final, y me quedé boquiabierta al ver las palabras *Contrato a tiempo indefinido* en el primer párrafo. A primera vista, el salario tampoco parecía malo, pero había una larga lista al final que...

—Ni se te ocurra ponerte a leerlo ahora —me advirtió Oksana, adivinando mis intenciones—. Te lo lees en casa, que aquí se viene a trabajar. ¡Vamos! ¡Uno, dos! ¡Espabila!

—A ver, sigamos: norma número dos —continuó Selena, ignorando la impaciencia de sus compañeras—. Nunca dejes que te afecte el estrés, y ahorra tiempo preparando más de una copa

a la vez. Recoge los pedidos y prepara tantas como puedas de golpe. Y si está Teo cerca, que no te vea nunca de brazos cruzados. Eso no le gusta nada, nada.

—Te echará —añadió Naomi, sin disimular su deleite ante la idea.

—No va a hacer falta que me eche —dije, haciendo un fardo con mi ropa y poniéndomelo bajo el brazo, junto a los papeles del contrato—. Probablemente me iré yo sola. Es más, creo que me voy *ya*. Esto es una farsa.

Comencé a caminar hacia la salida, sin molestarme en despedirme.

—Te lo dije —susurró Naomi, dándole un codazo a Oksana—. Es igualita que Desirée.

—¿Desirée? —preguntó Oksana, distraída en frotar una mancha rebelde y pegajosa de la barra—. ¿Te refieres a la francesa? ¿Esa que estuvo aquí cuatro días y luego desapareció?

—Sí, ¿no te acuerdas? El mar se la tragó. O, mejor dicho, se tiró ella sola. Con el tipo ese...

—¡No habléis mal de Desirée! ¡Sabéis que eso no es cierto! —las reprendió Selena mientras corría tras de mí y me posaba una mano en el hombro—. ¡Iris, espera! No te vayas. De verdad necesitamos ayuda esta noche. Y el trabajo en la agencia no es tan malo como piensas. Es solo un poco... diferente de lo que Teo te ha contado.

La miré fijamente.

El calor de su mano se extendió por todo mi cuerpo, haciendo que todos mis músculos se relajaran.

—¿Reiki? —pregunté entrecerrando los ojos. Había algo sobrenatural en su roce. Algo que estaba haciendo que mi furia se esfumase como vapor en el aire.

Selena me devolvió una sonrisa débil, casi triste.

—Más o menos. Ayuda, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Ojalá pudiera usarlo conmigo misma.

Selena apartó la mano, y mi cuerpo dio un espasmo, como liberándose de todo el mal humor de una sola sacudida.

—¿Quién era Desirée? —le pregunté a Selena, frotándome el hombro.

Me detuve bajo el arco de hojas de palma que decoraba la entrada. De pronto ya no sentía tanta prisa por marcharme.

—Desirée... —repitió ella, midiendo sus palabras—. Era una chica que trabajó aquí un par de semanas... pero una noche se fue con un...

Naomi apareció por detrás de ella y carraspeó en voz alta.

—Se fue con un *chico* —terminó Selena—. No volvimos a verla.

—Ibas a decir otra cosa —dije, cruzándome de brazos frente a Naomi.

—Da igual con quién se fuera. Por aquí pasan todo tipo de personajes raros —dictaminó Oksana, empujándome para poder colocar dos taburetes en su sitio—. Era una holgazana y aprovechó la primera oportunidad de largarse. Eso es lo que hizo. Siempre estaba cansada, siempre hablando con la gente en vez de trabajar. Supongo que alguno le ofreció algo mejor. Ni siquiera nos dijo que se iba. Apagó el teléfono y jamás volvió a presentarse en el bar. Menudo marrón nos dejó...

—No les hagas caso —dijo Selena con voz pausada—. No le gustaba el trabajo, es cierto, y creo que quería dejarlo. Pero Desirée era una buena chica. Y, en mi opinión, no se fue por voluntad propia.

Naomi y Oksana se encogieron de hombros, y se alejaron, sacudiendo la cabeza ante las palabras de Selena.

—¿Qué quieres decir? —pregunté conteniendo la respiración.

Selena se acercó a mi oído, cuidando que las otras dos no pudieran oírla.

—Desirée no se marchó... —susurró—. No, a Desirée se la llevaron.

9

Iris



Quería creer en Teo, y en su maldita oferta de trabajo.

Quería pensar que había sido una buena idea volver a Ibiza, reabrir heridas pasadas, y empezar una nueva vida precisamente allí, con personas nuevas, tras el fracaso de la librería de Arianna.

De verdad que quería.

Pero en las pocas horas que llevaba en el Serenata Nocturna, Oksana me había tratado peor que a los trozos de comida que embozaban el filtro del fregadero, Naomi me había ignorado y Selena estaba demasiado ocupada para hablar conmigo.

Me limpié la cara con una servilleta, después de vomitar en un rincón detrás del almacén. Mi fútil intento de demostrar que no era ninguna princesa y podía limpiar sin problemas la letrina de caballeros del Serenata había sido un fracaso rotundo. Tomé una inspiración profunda, dejando que la fresca brisa marina limpiase mis pulmones. Obviamente, era una maldita princesa. En los años pasados en la catacumba con los vampiros, jamás había tenido que mover un dedo, ni llevar a cabo tareas de limpieza. Incluso en Londres, mi casera incluía la limpieza en el precio del alquiler. Sí. Era cierto. Era una puñetera princesa, pero tampoco necesitaba codearme con gente que me lo restregase por las narices o me menospreciase por ello.

Selena se me acercó sigilosamente, sin que Oksana y Naomi la vieran.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada—. Tienes mala cara.

—Sí, sí, tranquila. Me habrá sentado mal la cena.

—Ya... bueno... mira, tengo algo para ti. Te será útil.

Oteó a un lado y a otro, cautelosa, y me metió algo en el bolsillo del delantal a escondidas.

—¿Qué es esto? —pregunté, sacando un trozo de papel doblado del bolsillo—. ¿Una lista de recetas?

—Es mi grimorio secreto —me dijo guiñando el ojo—. Incluye instrucciones para los setenta y ocho Cócteles del Tarot. ¡No lo pierdas! Me costó semanas compilarlo. Tuve que sonsacarle cada receta a Oksana, y ya sabes lo poco que le gusta perder el tiempo...

La miré y traté de sonreír, mientras la imaginaba corriendo detrás de la rusa con un bolígrafo. No me interesaban esas recetas, ni mucho menos pasarme la vida mezclando licores para una panda de sobrenaturales borrachos. Pero tampoco era preciso ensañarme con la única persona que estaba dispuesta a ayudarme, así que le di las gracias.

—Seguro que me será muy útil, Selena. Voy a salir cinco minutos a dar una vuelta por la playa, que necesito tomar el aire —le dije, tratando de remeter los mechones que se habían escapado de mi coleta mientras vomitaba a escondidas tras limpiar los baños—. ¿Vienes?

Ella sacudió la cabeza.

—No, imposible. A esta hora empieza a llegar la gente. Pero ve tú... te hace falta, estás muy pálida. Es normal, son muchas cosas de golpe.

Asentí y bajé de un salto de la plataforma de tablas de madera que delimitaba la terraza del bar. Luego comencé a caminar sin rumbo por la arena, tratando de decidir qué hacer.

¿Debía quedarme unos días más? ¿Presentarme en el *Azure Oasis* e insistir hasta que me recibieran en persona?

¿O habría sido mejor recoger mis cosas y regresar a Londres esa misma noche?

Cerré los ojos e inventé un ritual improvisado para aclarar mi mente.

Cuatro pasos hacia adelante, uno hacia atrás.

Cuatro, uno. Cuatro, uno.

Cuatro... estabilidad.

Cuatro menos uno, tres.

Tres... éxito.

Me detuve, sintiendo que comenzaba a funcionar. Lo vi claro al instante: ¿En qué había estado pensando al cambiar mi vida en Londres por... *aquello*? El trabajo con Arianna era rutinario y las clientas no pagaban mucho, pero al menos me había permitido usar mis dones. ¿Qué puñetas iba a hacer yo en un bar, aparte de adivinar qué querían los clientes antes de que pidieran?

Me acerqué al mar lentamente, concentrada en el arrullo de las olas mientras besaban la orilla y rompían los reflejos deshilachados del decadente sol vespertino. Siendo mayo, todavía no había muchos bañistas, y la playa de San Antonio parecía el mismísimo paraíso.

Cuatro pasos. Uno.

Lo había decidido: tenía que hablar con el jefe inmediatamente y exigirle explicaciones.

Saqué el teléfono y encontré un mensaje de Arianna, ¿la habría convocado con el pensamiento? Calculé la hora en Wellington; allí debía de ser ya por la mañana.

> «¡Good morning! *Iris, ¿qué tal por Ibiza? ¿Has conocido a algún chico interesante? Por aquí todo bien, aunque de momento lo único que hemos hecho desaparecer son mis ahorros, entre el billete y el alojamiento. Espero recuperarlo todo pronto, en cuanto despeguen los cursos de invisibilidad de Oonagh. Tenemos programado un evento este fin de semana, y te aseguro que va a ser la bomba. Mientras tanto cuídate,* darling, *y envíame muchas fotos.* Kisses, kisses, kisses.”

Suspiré, recordando con añoranza la enorme tetera cubierta con una funda de ganchillo que Arianna siempre me preparaba cuando llegaba por las tardes a *El Portal Místico*. Nos sentábamos juntas, hablábamos de nuestras cosas... había sido mi única amiga de verdad en Londres. Ahora en Ibiza la echaba muchísimo de menos, pero la diferencia horaria hacía difícil la comunicación directa.

Antes de responder busqué el número de Teo. Tenía que ponerme firme y decirle cuatro cosas bien dichas. No iba a tenerme detrás de una barra de manera indefinida y sin darme más datos sobre esos casos paranormales que me habían llevado hasta allí.

D’Alessandro contestó de inmediato, y por su tono debí de haberlo interrumpido en medio de algo importante.

—¿Quién se ha caído en el caldero esta vez? —me dijo a modo de saludo. Casi pude verlo poner los ojos en blanco. Aquellos ojos de color marrón verdoso, que a veces centellaban con destellos verdes, luminosos como estrellas—. No me digas que dejas el trabajo, porque tengo a Mina enferma y unos clientes VIP a punto de llegar a Ibiza...

—*Señor Theodore d'Alessandro* —dije, esforzándome por usar un tono formal—, no anda usted desencaminado... Aunque no llamo por eso *todavía*, me gustaría saber para qué clase de empleo he sido contratada exactamente. Aunque estoy empezando a imaginármelo, viendo este trozo minúsculo de tela elástica que ustedes apodan camiseta y que, supuestamente, es un requisito primordial para el puesto.

Se oyó un suspiro impaciente al otro lado, y un golpeteo rítmico, como si caminase con prisas mientras hablaba.

—Creo recordar que fuiste contratada por la agencia Serenata Nocturna, tal y como convenimos el viernes —dijo con paciencia forzada—. ¿Oksana no te entregó el contrato?

—Eh, bueno, sí, pero...

—Querida, comprenderás que este, como cualquier puesto, incluye tareas diversas. Tratamos con fantasmas de todo tipo, en ocasiones también demonios y, como buena bruja, se espera de ti que también mezcles pociones... de todo tipo.

—Eso no son pociones, eso son...

—Iris, son solo cosas normales de brujas, si fueras una hechicera de verdad las habrías hecho ya mil veces —dijo, disparando directo al corazón—. Ni siquiera pensé que fuera digno de mención.

—Creo que limpiar vómito de los inodoros *era* bastante digno de mención —le espeté con tono desafiante.

—¿Vómito? —Casi me pareció escucharlo reír en voz baja al otro lado—. ¿Estás segura de que no era ectoplasma?

Di una patada a una piedra agujereada y solté un juramento.

—Basta ya, Teo. Solo quiero saber si voy a participar en alguna misión paranormal de verdad o lo único que se espera de mí es que haga de camarera. Necesito saberlo antes de firmar ese contrato.

Teo guardó silencio, como sopesando varias opciones, y cuando volvió a hablar sonó muy serio.

—Habrá misiones sobrenaturales, por supuesto —respondió secamente.

—¿Como, por ejemplo...?

—De momento, esperamos a dos vampiros extremadamente importantes pasado mañana. Y más nos vale tratarlos bien, porque hay mucho en juego.

—¿Me estás diciendo que mi misión consistirá en servir bebidas a vampiros?

—¿Tienes algo contra los inmortales?

Sopesé su pregunta un instante.

—Digamos que prefiero mantenerme alejada de ellos. No me dan... confianza.

—Pues entonces no sé si las Baleares son el mejor lugar para ti —replicó, claramente ofendido por mi comentario—. Estas islas están plagadas de chupasangres... Pero tendría que habérmelo imaginado... una niña de buena cuna, existencia privilegiada, creciendo envuelta en todo tipo de lujos... fuiste una niña de papá, ¿verdad? ¿Habías visto alguna vez un vampiro de verdad? —Rio en voz alta—. Dudo que hayas empuñado una escoba alguna vez en tu vida... para volar seguro que no, y para barrer... aún menos.

Será imbécil, pensé.

Aunque, en parte, tenía razón.

—Tengo mis motivos —repliqué, sin poder evitar pensar en Héctor. Y luego, aunque no era asunto suyo, añadí—: Y no, no eres el primer vampiro que veo, ni por asomo. Crecí entre no-muertos. Y mis clientas siempre vuelven, así que alguna capacidad debo de tener.

Al escucharme se quedó sin palabras por un momento, lo cual sirvió para recordarme que nos habíamos desviado del tema de conversación principal. Al parecer, mi nuevo jefe tenía un talento particular para sacarme de mis casillas.

Respiré hondo y cerré los ojos.

—Me contrataste para cazar fantasmas, pero el único fantasma que veo aquí eres tú... y después de lo que acabas de decirme, me están entrando ganas de volver a Londres inmediatamente.

—Como desees, querida —respondió, recuperando rápidamente la compostura—. No serás la primera ni la última que tira la toalla a los dos días. Este trabajo no es para todo el mundo, y además me cuentan mis contactos que realmente no viniste aquí con intención de trabajar... Era una excusa para conseguir un viaje gratis y dedicarte a tus asuntos privados, ¿no es cierto? Y ahora que has terminado lo que sea que viniste a hacer, estás deseosa de poner pies en polvorosa...

Alguien me tocó el hombro por detrás, y del susto di un brinco. Estaba tan absorta en la discusión que había comenzado a caminar de forma automática y me había olvidado de dónde estaba.

Me di la vuelta, con el corazón a mil por hora, y me encontré frente al mismísimo Theodore, que sujetaba su teléfono junto a la oreja con una sonrisa irónica.

—¡Qué encantadora coincidencia! —exclamó, guardándose el aparato en el bolsillo con una floritura.

En mi auricular escuché el tono intermitente de llamada terminada. Me quedé mirando la pantalla un instante, totalmente desubicada. ¿Qué narices hacía Teo ahí? Por la forma en que sonreía, como el gato de Cheshire, debía de hacer un buen rato que me había visto.

Tomé aire y me esforcé por recobrar la compostura, aunque no era fácil porque todavía sentía latir el punto exacto donde su mano había rozado mi hombro. El sobresalto había hecho que sus dedos quedaran grabados en mi piel a través del fino material del minúsculo top que llevaba puesto.

—No esperaba verte aquí —dije, confundida, mientras me frotaba el frío rastro dejado por su mano sobre mi espalda.

—Ya sé que suena sorprendente, pero el dueño del negocio a veces se pasa por el local a ver cómo va todo... —Me lanzó una mirada sexi a propósito, a la que yo respondí con un ceño fruncido—. Y claro, también para dialogar y resolver cualquier cuestión que incomode a mis empleadas. Por ejemplo, hoy me llamó una porque sentía cierta... aversión... —Sonrió, y sus colmillos relucieron por un instante bajo la luna—, aversión al ectoplasma.

—¡*Eso* no era ectoplasma! —exploté, fulminándolo con la mirada—. Me engañaste. Nada de esto es lo que decía el anuncio.

Teo me miró a través de sus largas pestañas doradas, y esta vez su sorpresa pareció totalmente genuina.

—¿Te engañé? ¿Acaso no lo ponía en las condiciones de nuestro contrato? ¿De verdad te lo has leído?

Maldita sea. No, claro que no lo había leído. Oksana me lo había impedido en el momento de dármelo, y después lo olvidé en el almacén, junto con el resto de mis cosas.

—No... no me ha dado tiempo.

—Pero sí que te dio tiempo a llamar al Hotel Azure Oasis de Playa d’en Bossa, ¿no? Dicen mis contactos que fuiste muy insistente y que exigías una lista de los que trabajaron allí en el mes de agosto, hace cinco años...

El rubor me subió a las mejillas, y me pregunté cuántos tonos de rojo podía ver un vampiro en la oscuridad. *A juzgar por su sonrisa satisfecha, muchos.*

—¿De verdad pensabas que te darían ese tipo de información confidencial por teléfono? —dijo, y chasqueó la lengua.

Se irguió, por si no era ya bastante alto, y me miró desde arriba con las cejas enarcadas. Si no hubiera sido tan detestable, habría tenido que admitir que mi jefe tenía buena planta, y le quedaban muy bien las camisas.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté, cruzándome de brazos—. Lo que yo haga en mi tiempo libre es mi problema.

—Querida... —Sacudió la cabeza, como un padre decepcionado ante las travesuras de su hija pequeña—. Primero: no hay nada que ocurra en esta isla sin que yo lo sepa. Si alguien está aquí, o bien lo conozco, o conozco a alguien que lo conoce, o sé de alguien que lo ha visto pasar y puede decirme a dónde ha ido. Y segundo: lo que tú hagas mientras eres mi empleada y vives a mi costa, en un hotel que pago yo, siempre es *mi* problema.

Guardé silencio, con la mandíbula temblándome de furia reprimida.

—¿Alguna queja más? —preguntó él con calma, batiendo sus pestañas doradas.

—No —gruñí, fantaseando con salir de allí a zancadas y no volver a aparecer por la isla, ni menos aún por su maldito bar.

—Creo que vas a batir el récord de la empleada que menos ha durado en esta agencia —comentó con tono abatido.

—¿Menos aún que Desirée?

Lancé la pregunta a ciegas, pero el proyectil dio en el blanco. Su gesto petulante cambió por completo, y sentí que por fin le había tocado un punto sensible.

—¿Qué sabes tú de Desirée? —siseó, y sus ojos relampaguearon de color verde eléctrico en la oscuridad de la playa.

—No lo suficiente —dije, agachándome para coger una piedra y lanzarla al agua. Se escuchó un chapoteo en la oscuridad y, viendo que no iba a contarme nada por su cuenta, insistí—. ¿Qué fue de ella?

Se apartó de mí, metiendo los dedos pulgares en las trabillas del cinturón mientras se alejaba despacio, con la mirada fija en las puntas de sus elegantes zapatos.

—Eso no es cosa tuya.

—¿La mataron? —insistí, acortando la distancia entre nosotros de nuevo.

Cuanto más evitaba mis preguntas, más sentía yo que la historia de Desirée podría ayudarme a desenterrar el rastro perdido de Katie.

—No vuelvas a decir eso, ¿me oyes? Y menos en un lugar público.

Miró a un lado y a otro, casi con paranoia y me agarró del brazo tan fuerte que me hizo un poco de daño. Al darse cuenta de mi gesto de dolor, su expresión se suavizó, y pensé que estaba a punto de abrazarme.

—¡Por todos los diablos, Iris! Podría oírte alguien. ¿Sabes el lío en el que podrías meternos a todos si vas diciendo esas cosas por ahí?

—No, no lo sé —respondí, esta vez con menor agresividad. A decir verdad, no me había esperado una reacción así. Aquel hombre parecía tenerlo todo bajo control, y jamás habría soñado con encontrar un tema que lo sacara de sus casillas—. No puedo saberlo, porque nadie me lo ha explicado.

—Iris... —Teo exhaló, armándose de paciencia—. Mira, ya sé que eres nueva. Que acabas de llegar, y tienes muchas preguntas. Lo entiendo. Pero hablas de cosas que ni siquiera sabes. Y,

además... —Se agachó, y su aliento contra mi mejilla me cortó la respiración por un instante—. Además, hablas *a gritos*, lo cual es... —Me miró con altivez—. ...inaceptable. Sé que has vivido entre algodones, que te mezclabas con esas brujas enclenques de Londres, pero no todo el mundo que frecuenta el Serenata es paz y amor como ellas, ¿sabes? Esto es el mundo real, querida. Aquí hay gente que muerde de verdad... y ciertas preguntas te pueden salir muy caras.

—No tengo miedo de la gente que muerde —repliqué con mayor firmeza de la que sentía, alejándome de la playa en dirección al Serenata—. He conocido a muchos, y sé cómo tratar con ellos. Y, lo creas o no, a pesar de haber vivido *entre algodones*, tengo buenas razones para preguntarte por Desirée.

—¿Qué tipo de razones, si no es mucho preguntar?

—¿Quién era Emmanuel, si no es mucho preguntar? —repliqué, desafiándolo con la mirada.

Hizo una leve reverencia con una capa imaginaria.

—*Touché*, querida.

—Bien —dije, asintiendo—. Solo quiero que me expliques lo que ocurrió con la chica francesa. A cambio, me quedaré el tiempo que haga falta. Serviré a tus malditos chupasangre VIPs hasta que encuentres a una sustituta.

Teo sopesó mi oferta un segundo. Habíamos llegado hasta la terraza, y Oksana lo saludó con la cabeza, ignorando mi presencia por completo.

—Está bien —concedió, dedicándole una sonrisa de embaucador a una clienta que entraba. Luego bajó la voz y añadió—: Pero no es algo que podamos hablar aquí, entre toda esta gente. Hablemos en privado mañana. Te veré cuando se vayan las otras.

Asentí, apretando los dientes con fuerza. Al hacerlo, la cadena de plata de Katie se balanceó y pareció calentarse. La aparté un poco de mi cuello, incómoda.

—Está bien —contesté mientras Teo desaparecía entre las mesas—. Hasta mañana.

10

Iris



Teo se detuvo a hablar con dos mujeres con vestidos estrambóticos que acababan de entrar, y yo me encaminé a la barra en busca de Selena, que tenía las mejillas perladas de sudor mientras discutía en español con Garrett, el cocinero.

Garrett era medio español, medio australiano, y se dedicaba a preparar tapas y bocadillos hasta que la cocina cerraba a medianoche.

Como yo no dominaba la lengua, mi mente comenzó a divagar mientras esperaba a que terminasen su discusión. Entretanto, mi mirada se desvió hacia Teo, que sonreía a las dos recién llegadas con la cabeza ladeada, fingiendo gran interés en lo que decían. Una de ellas lucía una melena oscura tan larga, y con destellos plateados, que me hizo dudar que fuera humana. Coqueteaba abiertamente con él, toqueteándole el brazo y riéndose de todo lo que él decía como si fuera el hombre más divertido del planeta. Sentí un rechazo inexplicable hacia ambas mujeres y, si no hubiera sido completamente imposible porque Theodore era un maldito creído chupasangre, habría jurado que sentí una punzada de celos al mirarlos.

Selena me puso a trabajar tomando pedidos. Mientras tanto, observé a Teo abandonar el bar solo y perderse en la oscuridad. Controlando que Oksana y Naomi no me viesen, lo seguí a hurtadillas para ver a dónde iba. Poco después, un cuervo negro salió volando de entre los arbustos del paseo. El pájaro pasó volando como un rayo por encima de mi cabeza, en dirección al mar. Adiviné de inmediato lo que Teo había hecho: conocía muy bien las habilidades de transformación de los inmortales, y cómo podían volar transformados en cuervo para llegar rápidamente a los sitios, incluso burlando la luz del día.

La única excepción a esta regla era mi madre, cuyas habilidades eran distintas a las de todos los demás. Pero de poco le servían ahora que vivía encerrada en su castillo como un ermitaño.

Pensar en mi madre me hizo sentir súbitamente melancólica. Miré el teléfono y comprobé cuándo me había escrito por última vez: habían pasado ya dos meses desde su último mensaje.

«Me recuerdas demasiado a tu hermana», era siempre su excusa cuando le preguntaba por qué tardaba tanto en contestarme. Pero, si quería tanto a Katie y yo le recordaba a ella, ¿por qué me había abandonado también a mí? Me resultaba incomprensible que el duelo por una hija la llevase a olvidar que aún le quedaba otra.

—*¿Hello?* —Naomi me llamó, agitando un paño de colores en el aire—. ¡Tierra llamando a Iris! ¿Tú ves alguna mesa entre los hibiscos? ¡Porque yo no veo ninguna!

—¡Perdona! —respondí, corriendo de vuelta a la terraza—. Me pareció ver... —Me esforcé por buscar una excusa, y de pronto me acordé del gato raro que había visto el día de mi llegada —. Me pareció ver un gato... eh... un gato verde.

Oksana y Naomi se miraron con extrañeza, olvidando mi desliz.

—¿Ha vuelto Mina? —preguntó Naomi a su compañera.

Esta sacudió la cabeza con el labio torcido.

—No, que yo sepa.

—Qué raro... ¿Qué hará Luminix solo por el paseo? Mina nunca lo dejaría desatendido...

Yo me encogí de hombros, fingiendo inocencia, y me escurrí en la cocina detrás de Selena. Esta sonrió al verme, y me tendió un trozo de sepia a la plancha que acababa de robarle a Garrett.

—¿Quieres? —me dijo, sonriéndole al cocinero. Este sacudió el dedo índice en el aire, fingiendo reprenderla, y se agachó a abrir una pequeña nevera de acero cerrada con llave bajo el mostrador. En su interior divisé varias filas de botellas de cristal llenas de un oscuro líquido rojizo, cuyo contenido preferí no preguntar.

—No, gracias... —contesté, dando un paso atrás.

—Bueno. Pues más para mí —replicó Selena, tragándose ambos trozos de sepia de golpe.

Oksana la llamó a gritos desde fuera y Selena movió los labios en silencio, repitiendo las palabras de la rubia mientras imitaba sus gestos.

—En fin... Nos vemos luego —dijo resignada, agarrando la botella rojiza que le tendía Garrett y escondiéndola bajo el delantal—. Búscame si necesitas ayuda con cualquier cosa.

Le hice un gesto con la mano mientras salía a entregar la bebida. Sin duda, era para algún chupasangre sediento. Un segundo después, Naomi vino a buscarme, quejándose de que la habían dejado sola y no quedaban vasos limpios.

Tras una hora y media de trabajo continuo mi estómago rugía tan fuerte que me arrepentí de no haber aceptado la comida que Selena me ofrecía. El bar estaba cada vez más lleno, y llegó un momento en que se formaron varios grupos de gente esperando en la puerta, acechando por si se liberaban las mesas junto a la arena, que eran las más demandadas.

Naomi me vio parada y se me acercó. Temí que tuviera más copas para fregar y pensé en escabullirme, pero fue más rápida que yo. Me alcanzó antes de que pudiera escaparme y se plantó frente a mí con los brazos en las caderas. Al mirarla me sorprendí, porque en su rostro no había crítica alguna: solo una enorme sonrisa que parecía de admiración.

—Estás haciendo un buen trabajo, novata —me dijo, apoyando su bandeja redonda en la barra. Se dejó caer en un taburete con un fuerte suspiro, y le hizo un gesto a Oksana, quien dejó una jarra de agua y dos vasos sin siquiera detenerse—. Anda, siéntate conmigo un momento. Creo que nos hemos ganado un descanso, ¿no te parece?

Naomi movió los dedos en el aire y ambos vasos salieron disparados hacia ella, propulsados por una fuerza invisible desde una distancia de medio metro. Me quedé mirando el espectáculo, boquiabierta. Estaba demasiado exhausta para declinar su oferta de hacer una pausa.

Tomé asiento en el taburete junto al suyo y cogí uno de los vasos, no sin antes asegurarme de que había dejado de moverse.

—Esa cadena que llevas al cuello es bastante... particular —comentó Naomi mientras exprimía medio limón dentro de su agua—. Está embrujada, ¿no? O al menos lo estuvo una vez.

Froté las escamas de serpiente de la cadena entre las puntas de los dedos y me encogí de hombros.

—¿Tú crees? No estoy segura. Era de mi hermana.

—Sin duda, y además la energía que emite no es demasiado agradable. ¿En serio no la notas?

Pensé en Héctor, el vampiro que se la había regalado a Katie. Viniendo de alguien así, era más que probable que esa joya estuviera más maldita que la Ouija de la madrastra de Blancanieves.

—Yo sería incapaz de llevar algo así —comentó Naomi con voz sorprendentemente cálida

—. Solo se me ocurre un motivo por el que alguien lo haría... ¿voy bien encaminada?

Y yo que pensaba que era la mejor médium de la agencia.

—Lo siento. No me gusta hablar de eso —respondí removiéndome en el taburete.

Hice girar el vaso, y los cubitos de hielo bailaron en círculos, cada vez más rápido.

Naomi extendió el dedo índice y los cubitos se detuvieron en seco. Alcé la mirada y encontré unos ojos enormes y oscuros que me miraban con dulzura; mucha más de la que había demostrado hasta ese momento.

—No te preocupes, no eres la única. Pero te diré una cosa... aunque ahora tengas dudas, has venido al lugar adecuado. Toda la gente que ves aquí guarda algún secreto. —Alargó el brazo e hizo un gesto, abarcando todas las mesas del local— La gente viene al Serenata a pasarlo bien... y a olvidar. ¿Has hablado con Mina? ¿Con Selena? Con Oksana ya imagino que no, pero... ¿sabes por qué están todas ellas aquí?

Sacudí la cabeza, un poco intrigada por escuchar aquella historia.

—Como comprenderás, no puedo contarte sus secretos, pero ya te lo irán diciendo ellas mismas. Yo misma encontré a Teo en el momento más bajo de mi vida. Mi familia quería obligarme a casarme con un primo lejano. ¿Te imaginas? ¡Un matrimonio concertado, a nuestra edad, y en el siglo veintiuno!

—Lo siento —musité, tomando un sorbo de agua helada—. Debió ser horrible que tu propia familia te hiciera algo así.

—No hace falta que lo sientas. Eso es agua pasada. Solo intento decirte que aquí no eres la única que trae equipaje a cuestas. Creo que te acostumbrarás y acabará gustándote. Somos como una gran familia.

—Puede ser... —dije, poco convencida—. Llegué aquí por casualidad, pero no sé si es el sitio donde debería estar. El tiempo lo dirá, supongo.

Naomi sonrió con una pizca de sarcasmo.

—Nada ocurre por casualidad. Y menos aún, cuando eres bruja.

Guardé silencio y asentí, pensativa.

Justo en ese momento hizo su entrada en el bar un hombre en la treintena, de rasgos mediterráneos. Tenía el pelo recio y oscuro, peinado con raya al lado. Su tez morena delataba muchas horas al sol, y la camisa medio desabrochada dejaba ver el pecho bien esculpido típico de los buenos nadadores. Muchas mujeres lo miraron, pero él fue directamente a pedirle algo a Selena, sin fijarse en ninguna de ellas.

—Anda. El que faltaba —dijo Naomi, sacudiendo la cabeza y levantándose del taburete.

—¿Quién es? —pregunté, apurando el resto del agua antes de seguirla—. Ese no tiene pinta de chupasangre —observé, comparando mentalmente la tez tostada del extraño con la palidez casi violácea de Teo.

—Ah, no, qué va. Ese es Yannis Katsaros, *El Griego*. Viene casi todas las noches. No es mala persona, pero está un poco trastornado. Antes era de la guardia costera, pero ahora tiene un barco de turistas.

Se agachó para sacar más hielo del congelador, y yo me agaché un poco junto a ella, para poder escuchar mejor lo que decía.

—Bebe demasiado —continuó—, como muchos por aquí. Si notas que empieza a decir tonterías, haz como que te olvidas de su pedido, o ponle menos alcohol sin que se dé cuenta. —Debió de notar mi gesto escéptico, porque añadió—: Lo hacemos por su bien, porque si no, hay días que ni siquiera se acuerda de cómo volver a casa. Por cierto, su dirección está al lado de la caja, por si hay que llamarle un taxi.

Vaya perla, pensé.

Mientras tanto, Selena recibió al griego y lo llevó hasta la mesa oculta tras las palmeras, la misma en la que Teo me había entrevistado el primer día. Llevaba toda la noche reservada. Observé que no intercambiaron palabra alguna: el hombre se sentó, ella le preguntó algo y él asintió con la cabeza. Después Selena desapareció en la cocina, y el recién llegado se quedó solo, mirando al mar con los ojos perdidos.

—Venga, a trabajar —me dijo Naomi, repasando algo en una libreta—. Que estas mesas no se van a servir solas.

Asentí y me di la vuelta. Al hacerlo me encontré al griego, mirándome fijamente desde la distancia, con una expresión inescrutable.

Me sentí un poco incómoda y bajé la vista, pero él no dejó de observarme.

Armándome de valor, volví a mirarlo, y esta vez atisbé una profunda tristeza en sus ojos, unida a un fuerte magnetismo que me impedía apartar mi atención de aquel atractivo desconocido.

—¡Despierta! —dijo Naomi, pasando la palma de la mano por delante de mi cara—. ¿Has visto un fantasma o qué?

—Casi —respondí con un suspiro, sacudiendo la cabeza. Ella suspiró e hizo ademán de marcharse, pero yo la detuve—. Naomi, espera, ese tal Yannis... ¿sabes si alguna vez perdió a alguien... antes de empezar a beber tanto? ¿Quizás una novia? ¿Una hermana?

Naomi frunció el rostro, reflexiva.

—Nah. No sé. Es un tío raro, ya te lo he dicho. Intento evitarlo. Ya te dijo Selena que cuanto menos hables con los clientes, mejor. La única que hablaba con él era Desirée. Se hicieron buenos amigos, y mira cómo acabó la pobre chica...

Quise preguntarle más acerca de Desirée, pero Oksana se interpuso entre nosotras, me agarró del brazo y me arrastró al almacén.

—Hay que cambiar el barril de la cerveza —me dijo, marcando las erres—. Yo sola no puedo. Venga, novata. Dale a esos bíceps, que te veo muy flaca.

Entre las dos nos esforzamos por mover el pesado barril a empujones, haciéndolo rodar sobre sí mismo. Era un proceso lento y bastante fatigoso, en particular, porque ninguna de las dos era demasiado corpulenta. De pronto, el barril se puso a flotar a un centímetro del suelo, y Oksana soltó un juramento en ruso. Se incorporó y señaló a Naomi, entrecerrando los ojos. Esta le sonrió desde lejos, divertida por su enfado.

—No debería gastar su energía en estas tonterías...—masculló Oksana en voz baja. Luego se giró hacia mí y me hizo un gesto para que me apartase—. Venga, venga, circula. Estás obstruyendo el paso.

Me aparté y me apoyé en la pared un momento. Desde allí pude espiar discretamente a Yannis Katsaros, con su perfil moreno y afilado destacando entre el de los demás clientes. Esta vez él no me vio, demasiado absorto en su vaso de vodka.

Yannis el Griego, confidente de la desaparecida Desirée Durand, pensé mientras recuperaba el aliento. Un hombre con aspecto de haber perdido algo, *o a alguien*, muy valioso. Tanto como para mirar al mundo con aquella angustia inconfundible, con la que me sentí horrorosamente identificada.

¿Cuál sería su secreto?

Yo aún no lo sabía, pero una cosa estaba clara: no me iría de Ibiza sin averiguarlo.

11

Teo



San Antonio de Ibiza. Martes.

Martes, cuatro de la madrugada.

El día del dios de la guerra, y qué mejor día para discutir de nuevo con Johannes.

Los Grimmbauer eran la escoria de la tierra, o mejor dicho, de las criptas, pero Johannes tenía razón: eran la última esperanza de la agencia.

Y aquello me importunaba.

Sobremanera.

Porque, en mi situación, me quedaban dos opciones: o bien recibía a esos chupópteros con pompa y circunstancia, o recogía mis cosas y me iba a hacer sidra a Hampshire.

Y yo *odiaba* la sidra.

Golpeé el cuaderno con mi pluma, tratando de encontrar una solución mejor, y el ruido hizo que Vanessa se removiera en sueños. Su presencia en mi cama era prueba de que existía una tercera posibilidad: no habría sido muy difícil para un vampiro eliminar limpiamente a un mortal adinerado, y después...

Pero no.

No estaba tan desesperado.

Podía ser un maldito, pero era un caballero, y saldría de esa fosa con mis propias manos. *Con mis propias garras,* si hacía falta.

Me levanté de la cama, que otra vez había compartido con Vanessa. La besé en la frente, asegurándome de que las marcas de mis colmillos habían quedado borradas. Había sido una noche agradable; nada como la tataranieta de un demonio para olvidarse de la soledad hasta el alba.

Pero esta vez me prometí que sería la última.

Vanessa necesitaba a alguien de su especie; alguien que compartiese sus gustos y sus peculiaridades, y que le ofreciese el *felices para siempre* que se merecía. A su edad, no era justo que un cobarde como yo le robase las pocas décadas que le quedaban, haciéndole olvidar cada cita cuando esta llegaba a su fin.

Coloqué las manos sobre sus sienes, y eliminé sus recuerdos de las últimas horas. No podía borrar más de un día o dos, pero solía ser suficiente para evitar el compromiso. Por último, le envié un mensaje a Raoul, sabiendo que se presentaría allí en menos de diez minutos para llevarla a su casa. Vanessa despertaría en su propia cama, creyendo que había cenado sola y el vino la había adormecido.

La vida de un inmortal podía ser larga, pero también era solitaria.

El sonido de nudillos sobre la hoja de la puerta anunció la llegada del chófer. El olor a perro mojado también, de modo que dejé de respirar. Siempre lo hacía en su presencia. De todos modos, en mi caso era opcional.

—¿Señor? —susurró Raoul, con su característica voz ronca—. ¿Está lista la señorita Martínez?

Asentí, sintiendo una punzada de tristeza mientras él la tomaba en brazos, con una delicadeza inesperada para un hombre de sus proporciones.

—Hasta pronto, querida —murmuré mientras desaparecían de mi habitación—. Ha sido un placer, como siempre.



El día transcurrió frente al ordenador, esa novedad utilísima de las últimas décadas. Sobre todo, para los que no podíamos salir mucho durante el día, y éramos relativamente insomnes.

Johannes me reenvió un par de solicitudes, que revisé sin mucha esperanza. En la mayoría de casos, los supuestos fenómenos *paranormales* tenían una explicación lógica: problemas mentales del dueño de la casa, fallos en la instalación eléctrica o familiares bromistas que cambiaban las cosas de sitio. En los últimos tiempos había tenido que rechazar la mayoría de casos ubicados fuera de las islas o en las inmediaciones costeras, dado que los clientes se negaban a pagar si el fenómeno no cesaba tras nuestra visita. Fue triste deshacerme del jet privado, pero lo hice pensando en Emmanuel.

Lo hacía *todo* pensando en Emmanuel.

Pero de poco me había servido en los últimos ciento cincuenta años.

El teléfono sonó al otro lado de mi escritorio, y estiré el brazo para agarrar el auricular. Me negaba a usar un teléfono móvil cuando estaba en casa, y solo una persona tenía mi número fijo, de modo que ni siquiera tuve que preguntar quién llamaba.

—Johannes —lo saludé, escrutando a través de las persianas cerradas, que oscurecían la habitación por completo hasta la puesta de sol.

—Theodore, ¿has visto lo que acabo de enviarte?

—¿Lo de la mujer que oye ruidos raros en el techo? —Bufé—. Ratones. Siempre son ratones. No pienso enviar al equipo a un pueblo perdido de Mérida solo para algo que puede hacer un exterminador de plagas...

—¡No, no! Me refería al de Formentera. ¿En serio no lo has visto?

Hice memoria. No lo recordaba. Con un par de clics accedí a la bandeja de entrada, y entonces lo vi: un mensaje nuevo de Johannes, con el asunto HOTEL DEL MAR en letras mayúsculas, seguido de varios signos de exclamación.

—“Puertas que se cierran solas...” —leí en voz alta—. Bien. ¿Se han asegurado de que no es la corriente? Las ventanas viejas...

—No es la corriente, Teddy. Le hice una entrevista exhaustiva a los empleados. Esta alimaña lanza cosas... ¿y has leído lo de las voces? Los amenazan de muerte. ¡Un fantasma cabreado, Theodore! Estoy seguro de que este es auténtico. Lo de las puertas podría pasar, pero la corriente no suele decirte que va a degollarte, ¿no crees?

Me mordí el labio, pensativo. *Formentera*. En menos de dos horas podríamos estar allí, con un poco de suerte. Era un caso ideal, y probablemente un dinero fácil.

—Vamos, Teddy, no seas quisquilloso. Desempolva ese yate que tienes en el puerto, se te va a oxidar. La dueña es una viuda rica... una belga que vive fuera, ¿qué más quieres? Esas son las mejores. Siempre pagan.

Suspiré. Pepito Grillo volvía a la carga.

—Nos pasaremos a echar un vistazo. ¿Sabes algo de los Grimmbauer? —pregunté, abriendo mi calendario en otra pestaña del buscador.

—En principio, la visita sigue en pie como la acordamos —respondió Johannes con cautela, sabiendo que aquel apellido germánico me provocaba urticaria—. Reiner te llamará para...

El teléfono móvil vibró, y el apellido Grimmbauer apareció en la pantalla, como un buitre oliendo la carroña.

—Hablando del Rey de la Baja Sajonia... —dije antes de descolgar—. Johannes, tengo que dejarte. Me llama *mi mejor amigo.*

12

Iris



Martes.

Los martes eran el día preferido por Arianna para hacer rituales de fuerza y coraje. Por la mañana solía encender un par de velas en torno a la estatuilla de la diosa Atenea, y juntas recitábamos hechizos para soportar el resto de la semana.

El día acababa de comenzar, y yo solo podía pensar en la tediosa noche que me esperaba unas horas más tarde en el Serenata. Pero Arianna y su estatuilla de Atenea se encontraban a veinte mil kilómetros de distancia cazando lagartijas, así que tendría que apañármelas sola.

Tenía mil cosas que hacer, pero había una muy importante que no estaba relacionada con mi hermana, sino con mi paz interior. Tras comer en el restaurante de mi apartahotel paseé sin rumbo, siempre en dirección hacia mi trabajo, hasta que di con una tienda de ropa de esas que abundaban bastante más que el agua potable en Ibiza.

Necesitaba encontrar un atuendo un poco más adecuado a mi estilo para mi turno de esa noche. No pensaba volver a ponerme esa cosa horrible que Teo, o sus empleadas, habían elegido para mí. Pero era consciente de que tampoco podía presentarme con las camisetas de *Metallica* que llenaban mi maleta.

La tienda se abría al paseo, y tenía largos percheros con ropa colgada junto a la calle. Recorrí las prendas de estilo hippie con la mirada, en busca del conjunto perfecto. La dependienta se fijó en mí y salió de detrás del mostrador, acercándose con una sonrisa.

La reconocí de inmediato: era la mujer que había mostrado tanto interés al charlar con Teo la noche anterior.

Al mirarla más de cerca intuí que debía de llevarme quince años, por lo menos. Sin embargo, en contra de mis hipótesis de la noche anterior, tenía un aspecto amable y algo inocente, casi aniñado. Vestía una curiosa túnica larga de estilo hippie, de un vistoso azul turquesa, salpicada de espejitos redondos bordados por toda la falda y con los bordes cortados de manera irregular. El pelo, negro y larguísimo con algún que otro mechón gris plata, le caía en cascada sobre la espalda, y me fijé en que se le había enredado en el lazo que le ajustaba el vestido alrededor de la cintura. *Despistada*, pensé, sintiendo una súbita hermandad con la extraña.

Me sonrió, como si me hubiera reconocido también.

—Eres la camarera nueva de Teo, ¿verdad? —me preguntó con voz amable.

Cuando se acercó a mí sentí que emanaba un calor anómalo. Me pregunté si sería hija de lobos, pero en ella no había ni un solo rasgo lobuno, ni tampoco ese olor peculiar de los licántropos.

—Sí, bueno, trabajo ahí temporalmente. Veo que las noticias corren rápido por aquí —respondí, alargando la mano hacia uno de los largos percheros que invadían medio paseo.

—Las islas son comunidades pequeñas y cerradas. Sabemos poco de los que están de paso, pero no puedes mudarte aquí sin que los lugareños nos enteremos... y analicemos al dedillo tu vida. Yo soy Vanessa, por cierto.

Me tendió la mano y se la estreché: estaba mucho más caliente de lo que habría considerado normal. Me guiñó el ojo.

—¿Vas mucho por el bar de Teo? —le pregunté, sacando una percha con un foulard arcoíris y admirándolo. Volví a dejarlo: seguramente mi jefe habría sufrido un infarto si me presentaba esa noche envuelta en una prenda así.

—Voy de vez en cuando, aunque no es mi estilo, la verdad. Prefiero el ambiente de otras zonas más tranquilas de la isla. ¿Conoces Es Canar? Más relajado, más alternativo... Tengo una casita allí.

Negué con la cabeza.

—No, llegué hace poco. De momento solo he estado en San Antonio. También pasé unos días en la capital durante un verano, pero de eso hace más de cinco años. Y tampoco vi mucho más que la playa y las típicas discotecas...

—Me imagino la escena, sí —comentó Vanessa, mirándome de arriba abajo con ojo crítico —. A mi edad, una se cansa de eso. Pero supongo que, a la tuya, es como estar en el paraíso... apuesto a que fue el verano de tu vida, ¿eh? ¿Has vuelto por eso, para repetirlo?

Tragué saliva, dudando entre ser sincera o educada.

—Sí. El verano de mi vida, sin duda —respondí sin dar más explicaciones, y luego cambié de tema a propósito—. ¿Sabes? Estaba buscando algún conjunto discreto para el trabajo. Algo parecido a lo que llevan las demás, pero... a mi manera, si me entiendes.

—Hmm... sí... me parece que todas van de blanco, ¿no? Déjame ver qué puedo encontrar para ti...

Observó mis vaqueros deshilachados, que yo misma había recortado con unas tijeras poco afiladas. Luego palpó el tejido gastado de mi camiseta, que había sido mi fiel compañera desde que tenía quince años, en mi época *heavy metal*.

—Sí, entiendo. Creo que puedo ayudarte. ¿Qué te parecería un vestido? Algo fresco, discreto, divertido... —Señaló un perchero lleno de vestidos claros de algodón arrugado, tipo bambula—. ¿Qué te parecen estos? El estampado de salamandras, además, sirve de protección. Te vendrá bien.

Eligió uno de tirantes anchos y escote en V, con cinturilla fruncida y una ligera falda de vuelo hasta la rodilla. Era un modelo sencillo, casi de playa, de esos que se veían a menudo por Ibiza, pero con curiosos bordados de salamanquesas diminutas que trepaban por la falda.

—Me gusta —asentí con la cabeza, mirando con disimulo la etiqueta—. Tienes cosas muy originales aquí. Y no está mal de precio.

—¡Me alegro! Los diseño yo, y me los cosen en el taller de mi hermana, en Barcelona.

—¿Vaya, tan lejos? ¿Y no la echas de menos, viviendo a tantos kilómetros de aquí?

Vanessa se encogió de hombros.

—No sé... a veces nos visitamos. Pero somos muy diferentes, ¿sabes? Yo prefiero este mundo... las cosas exóticas, alternativas... —Abarcó con el brazo el colorido género que nos rodeaba—. A ella, por su parte, le gusta diseñar trajes de caballero de alta costura. Modelos serios. Aburridos... como los hombres que a ella le gustan. —Rio y me lanzó una mirada significativa, como si esperase que le desvelara mis gustos en hombres—. Bueno, lo importante es que ambas hemos encontrado nuestro camino. Me basta con saber que ella está bien y es feliz. ¿No te parece?

Pensé en Katie y en mí: igual que Vanessa y su hermana, éramos diametralmente opuestas. Pero la diferencia entre Vanessa y yo era que ella tenía la certeza de que su hermana era feliz, mientras que yo seguía sin saber dónde estaba la mía, ni qué había sido de ella.

Sujeté la percha delante del pecho, calculando si era mi talla. Me gustaba el fluir del tejido: no solo era original, sino que también se veía muy cómodo.

—¿Crees que a Teo le importará que no me ponga esa ropa que me dio?

—Si le importa, que se fastidie, ¿no te parece? —respondió Vanessa con desparpajo, y ambas echamos a reír a la vez.

—Mejor será que no le conteste exactamente con esas palabras —comenté—. Es mi segundo día de trabajo...

—¡Ya! Era broma, mujer. Teo y yo tenemos mucha confianza. Somos amigos desde hace mucho tiempo... *Muy* buenos amigos... desde hace... *mucho* tiempo —añadió, como una gata marcando su territorio.

Me eché un poco hacia atrás, cautelosa.

—Lo conocí cuando aún vivía en Inglaterra —continuó—. Solía venir de vacaciones antes de... —Se detuvo y me ojeó de arriba abajo—. Antes de dedicarse a lo que se dedica ahora. ¿Te ha contado algo?

Sacudí la cabeza y comencé a caminar hacia la caja para que me cobrase.

—En fin, hace tantos años que ya ni siquiera recuerdo cuándo lo vi por primera vez. El tiempo pasa tan rápido... —Suspiró, observando sus manos llenas de manchas, la única parte de su cuerpo que delataba su edad—. El tiempo no perdona a nadie, excepto a él, ¿verdad?

Me encogí de hombros, fingiendo ignorancia, y busqué la cartera en el bolso.

—A veces me pregunto si tiene un pacto con el diablo... —dijo Vanessa, pasando el código de barras por el escáner con actitud distraída. Habría jurado que sus ojos relucieron por un instante con un fulgor sobrenatural—. Si consigues desvelar su secreto, cuéntamelo, por favor. Empieza a hacerme falta...

Rio, y yo me esforcé por mantener una expresión impasible.

—No creo que me lo cuente precisamente a mí... —respondí, y le tendí un par de billetes.

—Quién sabe... —dijo Vanessa con cierta tristeza en la voz. Me devolvió unas monedas, y metió el vestido en una bolsa de papel, plegándolo con esmero—. Siendo tan guapa, seguro que todos los hombres están deseando compartir contigo sus confidencias.

Me sentí repentinamente incómoda y con ganas de marcharme de allí.

—Bueno... me voy, si necesito algo más ya sé a quién acudir. Nos vemos por el Serenata... ha sido un placer conocerte, Vanessa.

—Claro... pasaré un día de estos a ver cómo está el granuja de Teo. Mientras tanto, cuida de él por mí... pero con distancia, ¿eh? Que es mío... —Soltó una risita nerviosa—. ¡Es broma! Solo somos amigos. Disfruta de tu estancia en la isla.

Asentí con una sonrisa tensa y me di la vuelta para marcharme, recordando de pronto dónde había escuchado esa voz antes.

Antes del Serenata; antes de verla hablando con Teo.

Vanessa era la mujer de mi sueño, la que había susurrado en mi visión: *«Aléjate de él... o te arrepentirás»*.

13

Iris



Esa noche, en el trabajo, sentí que las piernas a duras penas me sostenían, a pesar de que llevaba allí tan solo un par de horas. Mi turno duraba hasta las tres de la madrugada, y todavía no me había acostumbrado a aquel descabellado horario nocturno.

Sintiendo que el sueño me vencía, me acerqué a la barra en busca de un café. Seguramente era una idea espantosa y terminaría con insomnio, pero no se me ocurría nada mejor para resistir hasta la hora del cierre. Además, tenía que mantenerme alerta, porque había concertado una reunión con Teo cuando terminase mi turno.

Oksana y Naomi cuchicheaban junto a la cafetera. Mientras tanto, Oksana sostenía una tacita bajo uno de los chorros, llenándola. Justo en el momento en que yo llegué, uno de los cacillos salió volando, proyectando agua caliente y polvo de café en todas direcciones, incluyendo mi ropa.

—Creo que lo cerraste mal —comentó Naomi, dando un salto para evitar la pequeña explosión.

—¡No es cierto! —replicó Oksana, cuya camiseta blanca había quedado cubierta de manchas marrones—. ¡Has sido tú, Naomi! Cuando te pones nerviosa haces saltar todo por los aires. Ahora no te hagas la desentendida.

Naomi frunció el ceño, sin negarlo, y se agachó para limpiar el desastre.

Me puse en cuclillas a su lado, tratando de ayudar, y el gesto de Oksana fue casi de agradecimiento. No le duró mucho, por supuesto.

—¿Todo bien? —les pregunté, frotando el suelo con servilletas de papel.

—Sí —respondió Naomi, ayudándome a levantarme. Luego rascó una mancha en mi falda hasta hacerla desaparecer—. Es solo que Teo tiene la mala costumbre de avisarnos de las misiones con muy poca antelación. Se supone que vienen a las diez a buscarnos, y nos lo acaba de decir ahora. ¿A ti te parece normal? Seguro que lo sabía desde la semana pasada, pero solo piensa en sí mismo...

—¿Misión sorpresa? —pregunté, incapaz de disimular mi emoción—. ¿Adónde vamos?

Las dos se miraron y dudaron un momento. Finalmente, respondió Oksana.

—Tú, a ninguna parte. Te quedas a cerrar el local. Teo no ha dicho nada de que tú vinieses.

—¿Cómo? ¡De eso nada! Que se quede Garrett.

—¿Garrett? —bufó Oksana—. Novata, ¿desde cuándo haces tú los horarios del personal? Garrett termina a las doce, y si no te parece bien, puedes hablar con el jefe.

Apreté los dientes. Si había alguien a quien detestaba incluso más que a Teo, esa persona era Oksana.

—¿A qué hora vuelve Teo? —pregunté, no dispuesta a dejarme intimidar—. Había quedado

conmigo a las tres.

—Ni idea. A lo mejor viene, o a lo mejor no. Nosotras saldremos de aquí a las once, pero nos lleva Raoul al puerto.

Al puerto. Bueno, aquello era una pista.

Después de echarme la bronca, Oksana me dio la espalda, dando a entender que nuestra conversación había terminado. A lo mejor había terminado para ella, pero desde luego, no para mí.

Cuando llegase el maldito Teo se iba a enterar. ¿De verdad pretendía dejarme sirviendo copas mientras mis compañeras se iban de excursión en barco a cazar demonios?

De eso nada.

El resto de la velada, mis compañeras no hicieron absolutamente nada, aparte de cuchichear por los rincones y planear su misión secreta, acerca de la cual nadie quería contarme nada. Entretanto, los clientes se quejaban de la espera y yo trataba de complacerlos a todos, pero lo único que conseguía era liarme con los pedidos y cometer errores. Lo peor fue cuando le derramé un cóctel a una señora sobre su vestido de fiesta y esta me gritó, haciendo que todos los presentes se callaran de golpe para mirarme.

—¡Tendrás que pagarme la tintorería! —aulló, furiosa.

Murmuré una disculpa y me alejé de allí lo más rápido que pude. Oksana se asomó por la puerta del almacén y me miró con los ojos entrecerrados. Después sacudió la cabeza y se acercó a la clienta con la expresión más falsa que yo había visto jamás, tratando de aplacar a la mujer, que seguía quejándose entre dientes.

No podía más. Fui a buscar mi teléfono y me alejé de las mesas. Me apoyé en la barandilla que miraba al mar y tomé un par de respiraciones profundas.

Una, dos, tres.

Cálmate, Iris.

Marqué el número de Teo. Necesitaba hablar con él. Como de costumbre, el maldito vampiro no contestó, y volví a guardar el aparato en el bolsillo de mi delantal con un suspiro.

Me quedé allí un momento más, mirando al mar. Pensé en mi hermana Katie, desaparecida entre esas mismas olas cinco años atrás. Me pregunté dónde estaría ahora, y si mi viaje a Ibiza me ayudaría a descubrir su paradero. Me pregunté también cómo habría sido mi vida si ella no hubiera desaparecido.

Sabía la respuesta, y no me gustaba.

Tragué saliva y me recogí otra vez el pelo, apartándomelo de la cara. Ni mis compañeras despectivas, ni los clientes impacientes, ni la indiferencia de Teo podrían conmigo.

Me había prometido descubrir qué fue de Katie, e iba a hacerlo.

Noté que Yannis Katsaros, *el Griego,* estaba mirándome fijamente. Me hizo una señal con la mano desde su mesa en la esquina, y sentí que el corazón se me detenía en el pecho.

Mi intuición me dijo que aquella oportunidad de hablar con él a solas podía serme útil.

—¿Me traes otro? —dijo el griego, agitando el vaso vacío y sin quitarme los ojos de encima. Tenía una voz áspera, como un cantante de música country, o como las velas de un barco rasgándose en el viento. Volteó el vaso, y añadió—: Cóctel número trece: *La Muerte.*

Lo observé detenidamente y asentí despacio, recordando las palabras de Selena acerca de su adicción al alcohol. Intentaba discernir si era correcto servirle otra copa o ya había tomado suficientes. El cóctel número 13 era infame por su intensidad, y por el inquietante color negro que le daba el licor de café.

—Claro, enseguida te lo traigo —respondí tras pensármelo un poco. Llevarle la contraria

habría sido empezar con mal pie, y quería ganarme su confianza.

Fui a la barra y preparé su bebida. La mezclé con esmero, cuidando la presentación y decorándola con una cereza negra en el borde y granos de café enteros. Luego, regresé hasta su mesa y la coloqué frente a él. Permanecí allí de pie, esperando a que dijese algo.

Yannis cogió el cóctel, agradeciendo el servicio con una sonrisa amable, y después sus ojos se perdieron en un punto de la playa, más allá del negro horizonte. Para él, yo ya había dejado de existir.

—Eh... —murmuré, sacándolo de su ensoñación—. Perdona... Me llamo Iris... soy nueva. Me han dicho que eres muy buen cliente. Tu nombre es Yannis, ¿verdad?

El Griego me miró con una media sonrisa. Las pequeñas arrugas alrededor de los ojos, causadas por el sol y el viento salado, le daban ese carisma propio de los hombres que pasan mucho tiempo al aire libre.

—Ya veo que soy famoso... pero dime la verdad, ¿te dijeron que era un buen cliente... o que era un borracho apestoso?

Dejó escapar una risa amarga, y yo me quedé callada, sin saber qué decir. Seguramente, mi expresión y mi silencio le dieron la respuesta que buscaba.

—Lo suponía, no te preocupes —dijo, haciendo un gesto despectivo con la mano y tomando la cereza del vaso—. Si te digo la verdad, me da absolutamente igual lo que la gente diga de mí. Es una de las ventajas de estar harto de la vida.

Quise pedirle una aclaración, pero me pareció demasiado invasivo. En lugar de eso, decidí cambiar de estrategia.

—Sabes... —susurré en tono de confesión, comprobando que las otras chicas seguían entretenidas en el almacén—, hay algo que llevo toda la noche queriendo preguntarte. Te lo digo porque tengo ciertos... talentos... y creo que podría ayudarte. Podríamos ayudarnos mutuamente, a lo mejor.

Yannis me miró con los ojos entrecerrados, con la misma desconfianza que si fuera un vendedor ambulante. Giró la cereza entre el índice y el pulgar, receloso. Sus muros defensivos habían vuelto a subir tras escuchar mis palabras. Tomé aire, haciendo acopio de valor para terminar la frase. Sabía que aquel era un momento decisivo. Mi propuesta, y su respuesta, iban a influir en lo que pudiera sonsacarle en el futuro a aquel hombre.

—Soy médium, y creo que podría ayudarte —aventuré, recordando su expresión dolida cada vez que se sentaba solo en aquella mesa, mirando el horizonte—. A cambio, me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Dispara —dijo, poco convencido. Luego escupió el hueso de cereza a la arena y dio un largo trago a su negra bebida—. ¿De qué va todo esto?

—Me parece que has perdido a alguien, y me gustaría ayudarte. Puedo hablar con los muertos... bueno, más bien, ellos hablan conmigo. A veces me cuentan cosas. Me llegan mensajes...

Yannis ladeó la cabeza y frunció el ceño. Después desvió la mirada, girándose de nuevo hacia el mar. Parecía molesto, aunque no supe adivinar por qué.

—Perdona... no quise ofenderte... —me disculpé, apartándome de su mesa—. Es solo que me dijeron que eras amigo de Desirée, la camarera francesa, y después de lo que pasó... pensé que quizás te gustaría averiguar qué fue de ella...

El hombre ni se inmutó. Permaneció mirando al mar, como una estatua de piedra.

En aquel momento vi aparecer a Teo por el arco que daba paso a la terraza. Llevaba unos vaqueros ajustados que le quedaban tremendamente bien, y una camisa blanca de lino de buen

corte; la llevaba bastante arremangada, dejando entrever unos bíceps terriblemente perfectos.

Teo me vio hablando con Yannis y frunció el ceño. Lo vi dar un par de pasos, acercándose, y decidí zanjar la conversación por el momento.

—Bueno, tengo que seguir trabajando —le dije apresuradamente a Yannis—. Piénsalo y ya me dices algo.

Ya me había dado la vuelta cuando sentí una mano en el brazo. Yannis estaba de pie, con una profunda arruga en el entrecejo.

—De acuerdo —me susurró al oído—. Hablemos. Ven cuando termines tu turno. Puede que tengas razón y podamos ayudarnos mutuamente. Pero primero, necesito preguntarte algo. Puede que te suene raro, pero es importante para mí... me interesa conocer tu opinión.

Teo se acercaba, y me balanceé de un pie a otro, dudando.

—Está bien —respondí a toda prisa—. ¿Cuál es la pregunta?

El Griego acercó su pecho al mío, casi como si estuviera a punto de besarme. Cuando habló, lo hizo con voz ronca, inundándome con su estela de alcohol y perfume amaderado.

—Iris... —dijo, pronunciando mi nombre lentamente, como si lo saborease—. ¿Crees en las sirenas?

14

Iris



Recogí mi bandeja, repleta de copas vacías, y abandoné apresuradamente la mesa de Yannis, *El Griego. ¿Las sirenas?* ¿Qué clase de pregunta era esa? Ese tío estaba más chiflado de lo que había imaginado.

Al pasar por el lado de Teo miré fijamente al suelo, fingiendo no haberlo visto entrar. Sin embargo, las tablas irregulares del pavimento de la terraza me jugaron una mala pasada y mi técnica de distracción no funcionó según lo previsto. Se me enganchó la punta del pie en una tabla suelta, la bandeja llena se me escapó de las manos y acto seguido salió volando, directa a la cabeza de mi jefe y seguida por mí.

Por suerte, todos los vampiros, incluido Teo, poseían reflejos lo suficientemente rápidos como para cazar al vuelo tanto la bandeja como a cualquier empleada que le cayese encima de la nada.

Por desgracia, a ningún vampiro le atraía verse obligado a exhibir sus talentos sobrenaturales en lugares abarrotados de mortales, y después de aquello, mucha gente se nos quedó mirando con la boca abierta.

El tropezón me lanzó como un misil a los brazos de mi jefe, con la punta de la nariz enterrada en su suave camisa de lino. Cuando tomé aire de nuevo, me inundó el aroma de su perfume, entre oriental y amaderado, con esa pizca característica de óxido que dejan los residuos de sangre.

Alcé la vista lentamente, conjurando una mueca de disculpa mientras me preparaba para la reprimenda.

—Esto... —balbuceé, escurriéndome de la tenaza de acero que eran aquellos brazos firmes y bien formados. Por motivos incomprensibles se resistió a soltarme, aunque ya no había peligro alguno de accidente—. Lo siento, yo... iba con prisa. Hay mucha gente esta noche, y las otras...

Maldición. No había empezado con buen pie... nunca mejor dicho.

Llevaba toda la noche planeando cómo ponerlo en su sitio por el trato que había recibido desde mi llegada a la agencia. Y, sobre todo, por no haberme invitado a su misión súper secreta. Derramarle un granizado de vodka con frambuesa por la camisa no había sido, al menos en mi opinión, la manera más profesional de abordar el tema.

Observé la tela de la prenda, que presentaba puntitos diminutos de color fucsia por las solapas del cuello. Un par de gotitas esféricas brillaban sobre la pelusilla dorada de su pecho, manchando los breves centímetros que asomaban, provocadores, por encima del último botón abrochado. Probablemente me quedé mirándolas un segundo más de lo necesario, porque Teo me dio un golpecito en el hombro para sacarme de mi estupor.

—¿Iris? ¿Estás bien? —me preguntó, con sincera preocupación en sus ojos.

Aparté la vista, azorada, y asentí con la cabeza. Al instante, el vampiro jactancioso que yo conocía entró de nuevo en escena. Teo me soltó, alisándose la ropa con desprecio, y puso los brazos en jarras con gesto severo.

—Descontaré la tintorería de tu sueldo.

—Mejor me saco la tarifa plana, porque ya sois dos esta noche —murmuré, aunque enseguida me arrepentí de haberle contado lo de la clienta ofendida.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado.

—Ah, nada, nada... —respondí, escabulléndome tan rápido como pude.

Teo se quedó paralizado por un instante y con cara de no entender nada. Después se encogió de hombros y se marchó hacia el almacén a grandes zancadas, frotándose las manchas con los dedos. Recordé que necesitaba hablar con él antes de que desapareciese y me di la vuelta, agitando la bandeja vacía en el aire para llamar su atención.

—¡Espera! Necesito hablar contigo.

Robé una servilleta de una mesa, ignorando la extrañeza de los clientes ahí sentados, y se la alargué para que se limpiase. Me miró, escéptico, como si no supiera qué hacer con ella.

—Déjame. Yo lo haré —bufé y me puse a frotar las manchas de su camisa—. ¿Lo ves? No necesitas llevarla a la tintorería. Estas manchas salen con jabón normal, pero hay que quitarlas con agua fría antes de que se sequen...

Froté la tela con vigor, hasta llegar al borde de la prenda. Mi mano levitó sobre aquellos centímetros de pecho desnudo y cubiertos de zumo de frambuesa, dudando. Teo enarcó las cejas y sentí cómo el calor me subía por las mejillas. Con un suspiro, pasé la servilleta sobre la pelusilla de sus pectorales, a toda velocidad. *Por Dios, ese hombre era una estatua griega.*

Tuve que detenerme un momento y tomar aire. Me di la vuelta, tratando de sacarme de la mente aquellos pectorales esculpidos, que tenían exactamente el mismo tacto que los del desconocido de mi sueño, y...

Teo me arrebató la servilleta y la lanzó en la papelera, mirando su lujoso reloj de acero.

—¿Qué querías decirme? No tengo mucho tiempo. Tengo un compromiso esta noche.

—Lo sé, y justamente de eso quería hablar. —Miré hacia el almacén, donde todas mis compañeras cuchicheaban. Se habían quitado el ridículo uniforme del bar y esperaban a Teo con sus bolsos al hombro—. He escuchado que tenéis una misión esta noche y quiero ir con vosotros.

Teo me miró con los ojos entrecerrados y negó lentamente con la cabeza.

—Imposible. Alguien tiene que servir las mesas.

—Estará Garrett. Se lo he preguntado. Ya ha cerrado la cocina y me ha dicho que no hay problema.

—De eso nada. No puedes venir. No me ha dado tiempo a explicarte el proceso y, por descabellado que parezca, prefiero a mis empleadas vivas y sin sufrir brotes de posesión demoníaca.

—Puedo hacerlo —le aseguré, esforzándome por sonar más segura de lo que lo estaba—. Llevo años comunicándome con fantasmas. Conozco a esas criaturas, lo haré bien. Ninguna de ellas tiene mi talento.

—Oksana tiene telepatía. Será suficiente.

—¿Oksana puede usar su telepatía con los muertos? —aventuré, tanteando el terreno.

Teo guardó silencio, dejando claro que había acertado. Sabía que tenía que existir un motivo por el que me había contratado, y acababa de descubrirlo.

—Iris, la respuesta es no —repitió Teo con firmeza—. Es mi decisión final, y no se hable más. Es demasiado arriesgado. Vendrás la próxima vez... —Me miró de arriba abajo, dudando.

De pronto, su rostro se contrajo en una punzada de dolor, y sacudió la cabeza—. No quiero ponerte en peligro. Tu seguridad es importante para mí.

Desde la calle se escuchó el claxon de un vehículo grande. Me asomé por encima de las cabezas de los clientes y vi una furgoneta negra con cristales oscuros aparcada junto a nuestra terraza. La puerta del conductor se abrió, y de ella salió Raoul, el chofer que me había recogido en el aeropuerto, vestido con el mismo traje negro, corbata y gafas de sol, a pesar de la hora.

Las otras chicas salieron de su escondrijo y se acercaron a nosotros dos, interrumpiendo mi discusión con Teo.

—¿Nos vamos? —dijo Oksana, tan elegante como si la hubieran invitado a un bautizo—. Raoul está esperando.

Mina, que se había recuperado de su breve enfermedad, me dedicó una sonrisa de disculpa, sin dejar de abrazar a su gigantesco gato blanco.

—En marcha —ordenó Teo, y me lanzó una mirada de advertencia antes de darse la vuelta. Me pareció que miraba también a Yannis, pero el movimiento fue demasiado fugaz para estar segura. Su voz se volvió algo más dulce, y añadió—: Pórtate bien, querida. No hagas estupideces, te lo ruego. Y, sobre todo, no tires más bebidas por encima de los clientes, ¿podrás?

Asentí, agradecida en silencio de que Oksana estuviera lejos y nadie pudiera leer mis malhumorados pensamientos. Los observé salir del bar y subir a la furgoneta. Una vez todos adentro, con el cinturón puesto, Raoul se excusó para ir al baño. Pasó por mi lado y lo vi desaparecer en los servicios de caballeros.

Entonces, una idea descabellada cruzó mi mente.

Espantosa, pero a la vez, irresistible.

Me acerqué sigilosamente a la furgoneta desde atrás.

Había prometido a Theodore d'Alessandro que me portaría bien, pero portarse "*bien*" era un concepto con múltiples interpretaciones.

En ese momento, solo me importaba descubrir el secreto del Serenata, y me daba absolutamente igual si mi arrogante jefe vampiro decidía despedirme en cuanto me pillase.

15

Iris



Aprovechando el caos de una acalorada discusión entre los ocupantes del vehículo, me deslicé silenciosamente dentro del maletero abierto. El interior estaba repleto de cajas y bultos indeterminados, pero divisé una manta gruesa entre ellos. Con la suerte de mi lado, me envolví en la tela gris y me acurruqué en el rincón más oscuro del maletero, apenas iluminado por la escasa luz de la calle, aguardando el momento en que el vehículo arrancara.

Los pasos pesados de Raoul se acercaron, y levanté una punta de la manta para ver qué hacía. El portón trasero se cerró con un golpe sordo y suspiré aliviada al escuchar que se alejaba. Me arrellané contra la pared de la furgoneta, y estaba a punto de sacar mi móvil para leer un rato cuando el portón volvió a abrirse.

La manta que me cubría se levantó de golpe y una luz potente me enfocó directamente a la cara. Cerré los ojos, cegada, y al abrirlos me encontré la mirada profunda y dorada de Raoul, taladrándome mientras todo tipo de emociones pasaban por su rostro.

Lo observé con una muda súplica, cubriéndome la boca con las manos.

«Por favor», traté de decirle con la mirada, «*Ni siquiera os enteraréis de que estoy aquí.»*

El chófer dudó un momento, paralizado en el sitio con su linterna, hasta que Teo lo llamó desde el asiento del copiloto.

—¿Todo en orden, Raoul? ¿Se nos ha olvidado algo?

Raoul tragó saliva, sin dejar de mirarme. Alzó el dedo índice, sabiendo que solo yo podía verlo, y lo agitó en el aire con un suave gruñido de advertencia. *«Si haces alguna tontería, me las pagarás»,* decía su lenguaje corporal. Asentí con fervor, uniendo las manos en señal de agradecimiento.

Raoul volvió a cubrirme con la manta y apagó la linterna, devolviéndome a la oscuridad con un suave clic.

—Todo en orden, señor —dijo en voz alta, agarrando la manija para cerrar el portón de nuevo—. Pensaba que nos habíamos dejado los sacos de sal, pero no, falsa alarma. Lo tenemos todo.

El trayecto duró aproximadamente media hora, durante la cual comencé a replantearme mi decisión poco meditada de colarme en aquella furgoneta. ¿Qué iba a hacer exactamente cuando llegásemos a destino? ¿Salir del maletero y decirles que me había caído dentro por accidente?

No tuve mucho más tiempo para forjar un plan, porque el vehículo se detuvo en un parking bien iluminado, y esta vez fue Teo el que abrió las puertas traseras.

Habría podido ocultarme, pero me habría olido de todos modos; más aún, ahora que el resto de brujas ya había salido del vehículo. Así que permanecí ahí sentada, bajo la manta y en mi rincón, esperando a que me encontrase mientras escuchaba el tic-tac de una bomba de relojería

en mi mente.

Teo dio una inspiración profunda, que duró una auténtica eternidad, y farfulló un par de palabras soeces entre dientes.

—Maldita sea, Andersson, ¿qué parte de "no hagas estupideces" fue la que no entendiste?

Lo vi apretar la mandíbula, conteniéndose, hasta que Raoul apareció a su lado, tan impasible como siempre.

—Al menos no podré derramar bebidas por encima de nadie mientras esté aquí... —musité desde debajo de la manta a modo de disculpa, pero eso no pareció mejorar su humor en lo más mínimo.

—¿Tienes idea del problema que acabas de causarme? —gritó Teo, fuera de sí—. ¿Del peligro que corres? ¡Sal de ahí ahora mismo!

Aparté la manta y traté de sonreír con inocencia. Luego salté fuera de mi escondite, ante las miradas atónitas de las otras cuatro brujas. Al mirar a mi alrededor vi que nos encontrábamos junto a un puerto deportivo, en el que se alineaban magníficos yates, cada cual más grande y lujoso que el anterior.

—Si lo desea puedo llamarle un taxi a la señorita Iris, señor d'Alessandro —ofreció Raoul, sacando del bolsillo su estilizado teléfono de color negro metalizado.

Teo titubeó, y después me miró con los ojos entrecerrados.

—No —declaró, dándose por vencido—. Da igual. Que venga con nosotros. El mal ya está hecho. —Luego se giró hacia mí y añadió—: pero si te mueres, no vengas *después* a quejarte.

En circunstancias normales, aquella frase me habría hecho reír. En la situación actual, me provocó un escalofrío.

—Tendrás que firmar una exención de responsabilidad. ¿Entendido?

Asentí, sin poder ocultar mi sonrisa.

Lo había conseguido.

—Bienvenida al equipo —murmuró Teo entre dientes, y luego expiró con resignación—. Mantente cerca de mí y, esta vez en serio: *no hagas estupideces*. ¿Entendido?

—Lo haré —dije, extendiendo la mano para que me la estrechara. Él suspiró y aceptó mi apretón de manos—. Gracias por confiar en mí.

16

Teo



Maldita bruja novata.

No podía creer que me la hubiera jugado así.

Ahí estaba, de pie en medio de todo el equipo, con cara de no haber roto un plato. Las ondulantes greñas doradas que enmarcaban su rostro, unidas a las pecas difuminadas que le cubrían la nariz, la hacían parecer una niña inocente—aunque, sin duda, no era ni lo uno ni lo otro.

—Está bien —dije, aceptando mi destino—. Nos dirigimos a Formentera, Hotel Rincón del Mar. El pronóstico de la noche son fenómenos paranormales comunes, un fantasma enfurecido... lo clásico. Pero, al menos, esta vez no esperamos demonios.

—¿Rincón del Mar o Rincón *del Mal?* —dijo Mina entre risas, moviendo un brazo en el aire para que un par de luciérnagas bailasen a su alrededor.

—Por favor, señoritas, este es un trabajo serio —la reprendí, aunque en el fondo me complacía su sentido del humor—. Oksana, explícale el procedimiento oficial de exorcismo a la nueva. Selena, cuando crees el escudo de protección, dale dos pasadas por encima de Iris para que no se nos muera en la primera misión. —Iris me lanzó una mirada entre agradecida e insolente, que yo ignoré a propósito—. Mina, ¿puedes invocar alguna criatura protectora que la escolte? Un murciélago, una rata de alcantarilla... lo que tengas más a mano. Naomi... —La busqué con la mirada, pero había desaparecido—. ¿Dónde diantres está Naomi?

Miré a un lado y a otro del muelle, pero no pude encontrarla. Entretanto, observé por el rabillo del ojo cómo Selena tomaba a Iris y a Oksana del brazo, usando a hurtadillas su energía calmante para disminuir la animosidad entre ambas brujas.

Desde el primer momento había notado que la personalidad de Iris chocaba con la de Oksana, pero, como empresario, sabía que en los equipos medianos y grandes siempre existía ese riesgo. Aquellas dos parecían muy dispares, pero en el fondo tenían más puntos en común de lo que aparentaban: empezando por sus dones paranormales, que eran hasta cierto punto similares. Además, Oksana siempre solía sentir celos de mis empleadas nuevas, en particular desde que nuestra breve (y catastrófica) relación terminó antes de llegar a empezar del todo. Solía verlas a todas como una amenaza, pero eso no era mi problema. O, al menos, me esforzaba por que no lo fuese.

Raoul me hizo una señal desde el yate.

—Todo descargado, señor. Motor en marcha.

—¡Nos vamos! —grité, y de pronto me di cuenta de que Naomi seguía sin aparecer—. Un momento, ¿alguien ha visto a Naomi? ¿Dónde rayos está esa mujer?

—La señorita Naomi está aquí conmigo, señor —dijo Raoul, señalando a un bulto agachado

detrás de él.

Naomi estaba ajustando la pasarela de embarque sin tocarla, usando solo sus poderes de telequinesis.

—¡Naomi Kane! —la reprendí, echándome las manos a la cabeza—. ¡Conserva la energía, maldita sea!

Naomi me sonrió, traviesa como siempre, y la purpurina que se aplicaba en los párpados relució bajo la luz amarillenta de las farolas. Aquella mujer, sin duda, procedía de una galaxia totalmente distinta, y no solo por sus estrafalarios hábitos de maquillaje.

—¡Tengo energía de sobra, Teo! Me he tomado dos cafés después de la cena. ¡Tranquilo!

Ah, los mortales modernos y su incomprensible fascinación por ese brebaje negro y amargo. ¿Por qué al menos no consumían té, como la gente civilizada?

Raoul cerró la furgoneta con el mando a distancia, pero Mina le hizo un gesto para que se detuviera.

—¡Espera! ¡Falta Luminix!

La joven corrió al interior de la furgoneta y salió de esta con el gato en brazos. Nadie se había molestado en lanzarle un hechizo de ocultación, y el pelaje de aquel ente apestoso brillaba en medio del muelle con un tono verde fluorescente.

—No me digas que has vuelto a traerte a ese maldito bicho ... ¿Puedes al menos ocultar ese color verde? ¡Parece una señal de tráfico, por todos los diablos! Nos van a avistar desde Mallorca.

—¡Un poco de respeto hacia mi hermano pequeño! —protestó ella, ignorando por completo mi desagrado.

Jamás comprendí por qué se empeñaba en decir que ese animal pulgoso era su hermano, pero las brujas eran siempre raras e incomprensibles.

Me golpeé la frente con la palma de la mano, sintiéndome impotente ante el desastroso inicio de aquella misión. Ni siquiera habíamos llegado a Formentera y yo ya soñaba con estar de vuelta en el sofá de mi casa.

Resueltos todos los contratiempos, subimos a bordo y nos acomodamos en los sofás de la sala principal del yate. Me serví un whisky del minibar para calmar los nervios, a falta de otras bebidas más purpúreas y calientes.

Las chicas se sentaron en corro, todas excepto Oksana, que se plantó frente a Iris con ese aire autoritario que siempre me había atraído de ella.

—Está bien, novata —le espetó—. Tengo que explicarte un par de cosas antes de llegar a Formentera. Escucha atentamente, si no quieres palmarla ya el primer día. Este es el procedimiento que seguimos para los exorcismos, o, al menos, el que hemos seguido hasta ahora, antes de que tu pomposo culo americano apareciera por el Serenata.

Iris ahogó una risa incrédula ante la desfachatez de Oksana. Me lanzó una mirada inquisitiva, como pidiendo confirmación, y yo asentí. Sus ojos color avellana relucieron, desafiantes, mientras se cruzaba de brazos frente a su antagonista rusa, haciendo resaltar sus pequeños pero firmes pechos. Casi me atraganté al ver eso, pero carraspeé para disimular y desvié la mirada de inmediato.

Por Zeus.

Era un fastidio, pero su atractivo era incuestionable.

—Continúa, por favor, Oksana —dije, concentrándome en el casi inaudible sonido de las olas contra el casco del yate. Cualquier pensamiento era mejor que analizar los atributos físicos de la más agraciada (y terca) de mis empleadas.

A través de la ventana de la embarcación, las luces del muelle de Ibiza comenzaron a hacerse más pequeñas. El yate, tripulado con suavidad por el infalible Raoul, se alejaba del muelle. Oksana se sirvió un vaso de limonada y tosió antes de empezar.

—Primero, hay que recopilar información sobre el fenómeno, que generalmente es un espectro, casi siempre tipo poltergeist. A veces tenemos casas embrujadas; raras veces demonios, o posesiones demoniacas —dijo Oksana, con el suave murmullo del motor como música de fondo—. Pero de eso ya se encargan Teo y Johannes.

—Correcto, en este caso tenemos un... —empecé a hablar, pero fui interrumpido por Iris.

—¿Quién es Johannes? —preguntó, inclinándose hacia mí con interés.

Ahora sí. El valle entre sus senos era más que visible, aunque ella no parecía darse cuenta.

—Johannes es... —Sentí que perdía el hilo de la conversación, así que di un sorbo más a mi whisky. *Estaba vacío*—. Johannes es mi... mi socio. Vive en Suiza. Es experto en fenómenos paranormales.

Y en finanzas, pensé, aunque no lo dije, recordando cuántas veces me había salvado el pellejo con sus consejos para administrar mis bienes.

—Bien. Si te callas, podré continuar —dijo Oksana, mirando a Iris con seriedad—. En general, lo primero que hacemos al llegar es establecer un enlace mental de grupo. De eso me encargo yo —añadió sin poder disimular su orgullo.

—Justo aquí es donde creo que podría entrar Iris —comentó Naomi, causando un claro terremoto interno en Oksana, a quien por poco le sale humo de las orejas—. Su capacidad de comunicarse con los muertos podría ser muy útil en esta fase, ahora que tú...

Ahora que tú estás perdiendo la tuya, iba a decir, pero se calló a tiempo y evitó ser estrangulada.

—Cierto —dijo Mina, acariciando al maldito y gigantesco gato verde—. A veces basta con saber lo que quieren, o qué les pasa realmente, para ahorrarnos muchas peleas innecesarias.

Iris asintió, concentrada en cada palabra. Un mechón rebelde se le soltó de la coleta dorada, y se quitó el elástico para volver a hacérsela. La miré de reojo mientras se peinaba con las manos, fascinado por aquellas ondas de oro, preguntándome cómo sería tenerlas entre mis dedos, esparcidas sobre las almohadas de seda de mi lecho...

—Llegados a este punto, suelo entrar yo en acción —continuó Mina, sacándome de mi ilícita ensoñación—. Utilizo mi magia para convocar espíritus animales. Si no hay ninguno, me ayudo con los seres vivos que haya cerca de la casa. Ratones, pájaros... hasta cucarachas a veces. Si hay suficientes, te pueden sacar de más de un apuro.

—¿Cucarachas? —repitió Iris con cara de disgusto.

Estuve a punto de reírme, pero me contuve.

—¿No te gustan? —preguntó Oksana, y luego se llevó la mano a la boca, fingiendo comer—. Pensaba que era lo único que te daban de pequeña, cuando vivías en esa cripta...

—Mejor comérselas que *ser una*, desde luego —replicó Iris con los ojos entrecerrados.

—Damas... por favor, céntrense en la misión —las reprendí, dando una palmada para evitar que la discusión escalase.

Aunque tuve que admitir que, en mi fuero interno, estaba disfrutando bastante de aquella partida de ping-pong verbal entre Iris y Oksana.

Justo en ese momento, Naomi regresó de la cocina con una taza de café en la mano *(¿Otra? ¿De veras?)* y se unió a la conversación:

—Luego yo suelo usar mi telequinesis. Normalmente para despejar obstáculos en el camino, o creo accesos y túneles. Y si hay que hacer explotar algo... ¡soy la chica que buscas!

—¡Lo hace superbién! —corroboró Selena, aplaudiendo—. Es mi parte preferida.

—Selena se encarga de los fantoches que prefieren dialogar —dijo Naomi—. A mí se me da mejor liquidarlos... a secas.

—¡No los llames así! —se indignó Selena, empujando a Naomi, medio en broma—. Yo les ayudo a encontrar la paz. Es una labor necesaria.

—Lo que sea. Lo más efectivo es darles una patada en la retaguardia y a otra cosa, mariposa...

Selena, siempre tan dulce y comedida, sacudió la cabeza ante las palabras irreverentes de Naomi y miró el mar por la ventanilla.

—Eso es una falta de respeto a las almas que...

—Venga, no te pongas así —dijo Naomi, chasqueando los dedos para que la cucharilla removiera el café sola—. Sabes que es verdad, y que lo de la bendición final es un paripé para los clientes. La mayoría de espíritus pasan de tu rollito *Zen*, Selena, y yo también lo haría si la palmase, la verdad.

—¿Rollito *Zen*? —bufó Selena, incrédula—. ¿Serás tonta?

—Señoritas, por favor, seriedad... —dije, aunque me costaba aguantar la risa a mí también, y luego añadí—: Lo más importante es que, para terminar, entra en escena el miembro clave del equipo, es decir...

—Espera —me interrumpió Iris, mordiéndose un labio inferior sumamente rojo y jugoso—. Me apuesto cualquier cosa a que vas a decir que eres tú, ¿verdad?

Mis labios se curvaron hacia arriba contra mi voluntad. Iris enarcó las cejas. Yo asentí, disfrutando al ver cómo ponía los ojos en blanco.

—Elemental, querida Iris. Me aseguro de que el trabajo esté bien terminado. Y exijo el pago.

—¿Eso es todo? —preguntó Iris, observándome con aquellos ojos que rezumaban inteligencia... y habría jurado que algo más.

—Sí —contesté—. ¿Lo has entendido todo?

—Eso creo —dijo, titubeando.

—Mira, en caso de duda, te lo resumo —se inmiscuyó Naomi, con más café—. Básicamente entramos en el área afectada, hacemos todo explotar y nos largamos. Es más fácil de lo que suena.

En ese momento apareció Raoul en el salón del yate. Poco a poco, el puerto de Formentera había empezado a dibujarse en el horizonte. Empezó siendo poco más que una línea de luces de farolas destellando sobre el agua oscura, pero ahora era ya bien visible. Sus palmeras altas, como pautas en un cuaderno, parecían montar guardia frente a los edificios blancos de primera línea.

—Estamos a punto de llegar —anunció Raoul—. ¿Todos listos?

17

Teo



La música y la algarabía general procedentes de los locales nocturnos cercanos a Port Formentera fueron lo primero que percibí de la isla. Aquellos gritos no eran mucho más civilizados que los aullidos de las almas en pena, o al menos eso me pareció a mí al ver cómo se arremolinaban a las puertas de los bares fumando, riendo y besándose sin pudor. Los mortales, siempre que podían, se dejaban llevar por las facetas más básicas del ser humano y por su cerebro reptiliano.

Aunque, para ser sinceros, los vampiros que yo no conocía no eran demasiado diferentes.

La furgoneta del hotel *Rincón del Mar* nos esperaba cerca de la marina, con una hilera de palmeras como telón de fondo. El hotel había enviado a su propio chófer, pero Raoul se negó a esperar en el yate y dejar que nos llevase aquel extraño. Me pareció fabuloso: sería de mayor utilidad a nuestro lado. Si Johannes era mi mano derecha, podía decirse que Raoul era la izquierda.

—Mejor que el chófer del hotel espere aquí, en la marina —sugirió, y luego, bajando la voz, añadió—: No me fío de él, señor. Además, no deseamos oídos indiscretos.

Asentí, y le di al empleado del hotel una buena propina para que se entretuviera en alguno de los bares, volviese a su casa, o hiciera cualquier cosa que no fuese estar sentado en el mismo vehículo que nosotros.

—¿Entonces, ahora vamos al Hotel *Rincón del Mal?* —dijo Naomi, y al girarme en mi asiento vi que lucía una sonrisa pícara de oreja a oreja—. ¿Qué será esta vez? ¿Fantasmas que explotan botellas de vino en la bodega? ¿Teléfonos que suenan solos?

Oksana gruñó, sin encontrar aquellos comentarios nada graciosos. A mí, para ser honesto, tampoco me lo parecieron.

—Si queréis voy creando el enlace telepático entre todo el equipo —dijo Oksana secamente.

—No, espera —la detuve, extendiendo la mano desde el asiento del copiloto—. No malgastes tu energía.

Normalmente, Oksana era capaz de mantener el enlace durante una hora o más, pero nunca se sabía cuánto podíamos tardar en deshacernos del incorpóreo de turno. No solo eso; las últimas veces, Oksana había fallado en el momento más delicado, y me preocupaba que estuviera abusando de sus capacidades.

Deseoso de cambiar de tema, rebusqué en mi carpeta, donde había guardado los documentos enviados por Johannes. Les tendí a las cinco brujas una fotografía en blanco y negro, que mostraba la silueta de una mujer flotando sobre unas escaleras.

—Margalida Tur. Hija de campesinos, nacida en la isla en 1825. Fallecida en 1845, coincidiendo con la Gran Sequía que asoló Formentera y diezmó las cosechas y la población

local. Se la acusó de causar la sequía con sus brujerías.

—¿Magia negra? —preguntó Selena, abrazándose a sí misma con angustia.

—Es posible, sí —contesté, recordando mi conversación con Johannes—. Un hechizo de sangre, según se cuenta.

—¿Se sabe algo más? —preguntó Iris con súbito interés.

Miré el oscuro paisaje por la ventanilla, preguntándome cuánto podía revelarles.

—Se cuenta que Margalida selló un pacto de sangre con La Oscuridad para conseguir el amor de un hombre. Cuando este la traicionó, Margalida trató de revertir el hechizo y recuperar su alma. Pero era demasiado tarde, y la Umbrícora la hizo suya...

—Perdón, la... ¿qué? —preguntó Iris, cada vez más interesada.

—La Oscuridad Primal —dije, sin ganas de dar demasiadas explicaciones.

—Qué horror, ¿no? —Mina se estremeció y atrajo a Luminix contra sí—. Me cuesta creer que alguien en su sano juicio hiciera ese tipo de pacto, sabiendo que, una vez sellados, son de por vida, o más...

Levanté la mano para silenciarla. No creía en la mala fortuna, pero en mi opinión, nombrar a La Oscuridad justo antes de una misión era como enviarle un mensaje al mismísimo Diablo con nuestra ubicación exacta. Además, sabía que Iris no tardaría en formular más preguntas, y necesitaba confiar en ella antes de revelar demasiado.

No llames al Diablo, solía decir mi madre. Y tenía razón; solo había que ver lo que le ocurrió a Emmanuel la única vez que jugamos a ese juego.

—En fin, nadie sabe qué le ocurrió exactamente a Margalida. Hace mucho tiempo de eso. Por aquel entonces, el actual hotel era solo una modesta finca agrícola, propiedad de la familia Tur. Lo poco que tenemos son testimonios de huéspedes y lugareños, y alguna cosa que Johannes ha podido raspar por su cuenta. A lo mejor llegamos y el *terrible fantasma* no es más que un pobre murciélago aleteando en el sótano. Ya sabéis cómo es la gente. Les das un mordisquito y ya te llaman vampiro... —Ninguna se rio, así que me detuve un instante a mirar el GPS, y después me volví hacia Raoul—. Gira por el camino de piedras.

La furgoneta del hotel comenzó a traquetear al salir de la carretera principal, y yo continué con la historia:

—La casa llevaba cien años abandonada hasta que la compraron unos inversores belgas y la transformaron en un pequeño hotel rural. Al principio les iba bien, aunque luego el marido murió, la esposa se desentendió y volvió a su país, y ahora parece ser que el vaivén de los turistas ha despertado a Margalida, y no le gusta nada que perturben su descanso. Al parecer, no se trata de un simple fantasma travieso, de esos que cambian las cosas de sitio, sino de un espectro muy, muy resentido.

—Mis preferidos —comentó Naomi dando palmas.

—Ya veremos —repliqué, comprobando en la pantalla que faltaban tan solo diez minutos para llegar a nuestro destino.

El camino de tierra estaba completamente a oscuras, a excepción de los faros del vehículo. Por detrás se iba levantando una estela amarillenta de nubes de polvo.

Al poco rato apareció frente a nosotros una cerca pintada de blanco, sobre la cual habían instalado un cartel de madera rústica con el nombre del establecimiento: «*Hotel Rincón del Mar*».

Aparcamos delante de la entrada. Aparte de nuestra furgoneta solo había dos coches más: muy pocos para un hotel, por pequeño que fuese.

Nos recibió el director, un pelirrojo de entradas pronunciadas que nos saludó en inglés con

acento andaluz. Llevaba un crucifijo enorme alrededor del cuello, y no pude evitar una mueca de disgusto. En mis cientos de años como vampiro, había tenido más de un encuentro con estúpidos que pensaban que dos palos perpendiculares serían suficiente para amedrentarme. Por supuesto, no lo eran, ni tampoco iban a ser útiles para atemorizar al fantasma de Margalida Tur.

—¿Y los huéspedes? —pregunté al bajar del vehículo, señalando el parking casi vacío.

—Se han marchado todos —contestó el gerente con voz trémula—. Fue un auténtico drama. Llevo veinte años en el sector, y cinco años aquí, pero nunca había visto algo así. Esta casa... —Bajó la voz, aterrado—. Esta casa está maldita.

Mina se aproximó disimuladamente al gerente del hotel, con su gato en brazos, y acercó el animal al hombre para que pudiera olisquearlo. El minino sabía exactamente lo que se esperaba de él, y una vez terminado su examen volvió a trepar al hombro de la bruja y comenzó a maullar en su oído. Mientras tanto, Oksana se situó tras ellos, tratando de captar algún pensamiento desprotegido por parte del recién llegado.

—Pasen, por favor —dijo el gerente, abriendo la verja metálica que daba paso a un amplio jardín mediterráneo. Me fijé en que apretaba el crucifijo con fervor, como si le diera fuerzas. Señaló el edificio blanco más allá del jardín—. No se preocupen, Margalida nunca sale de esas cuatro paredes. Aquí estarán seguros... creo.

Añadió la última palabra con tono ominoso.

—Entonces, ¿a Margalida no le va mucho salir de marcha? —comenté, tratando de quitar hierro al asunto.

La verja chirrió y los dos farolillos que se alzaban a ambos lados de la entrada titilaron, como si el espectro quisiera darnos la bienvenida.

—¿Entramos ya? —preguntó Mina, ojeando la entrada a la casa con cautela.

El gato bufó en respuesta y se volvió verde por un segundo.

—Esperad —dijo Selena, plantándose frente a la puerta principal del hotel con las piernas separadas—. Voy a crear una burbuja de protección para el equipo. No os mováis.

El gerente parecía cada vez más asustado y rezaba en voz baja.

—¡Listo! —dictaminó Selena, abriendo los ojos—. Podemos entrar. ¿Algún dato más que debamos conocer antes? —preguntó, mirándome primero a mí y después al gerente.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Iris con timidez.

Enarqué las cejas, sorprendido al ver que se unía a la conversación. Observé que caminaba por el jardín de forma rítmica, como si contara los pasos en silencio: dos hacia delante, dos hacia atrás. Lo hacía a menudo cuando estaba nerviosa y, en mi opinión, era adorablemente excéntrico.

—Adelante —dije. Se me escapó una media sonrisa al mirarla—. Pregunta lo que quieras.

Iris se detuvo y miró al gerente del hotel fijamente antes de hablar, con los ojos entrecerrados.

—Si lo he entendido bien... —dijo con cautela, mientras su mano se hundía entre aquellas ondas de cabello espesas y doradas—, Margalida falleció hace casi doscientos años, y este hotel lleva cinco funcionando. Ha habido huéspedes entrando y saliendo durante mucho tiempo, pero algo hizo que se despertara justo ahora. ¿Por qué motivo? ¿Ocurrió algo especial durante esas semanas?

La chica no solo era guapa, sino también inteligente; eso nadie podía negarlo.

Una puerta de cristal con marcos rústicos de madera azul daba paso al vestíbulo. El gerente ya tenía la mano sobre el picaporte, y al oír la pregunta se detuvo en seco, como si no se le hubiera ocurrido pensar en ello hasta ese momento.

—La verdad, no estoy seguro —dijo, rascándose la coronilla, sobre la que ya quedaba poco

pelo—. Es cierto que, según la leyenda, Margalida vivió aquí por el 1800... bueno, para confirmarlo, tendríais que preguntar a alguna anciana en el pueblo. Es posible que ellas recuerden la historia completa, aunque hay mucha fantasía de por medio. Pero sí, tienes razón: hasta ahora no habíamos tenido problemas. Déjame ver...

El hombre rebuscó en su bolsillo y sacó el teléfono. Abrió su calendario y lo estudió unos instantes. Finalmente, alzó el dedo índice, como si hubiera encontrado algo.

—¡Esperen! Hace un par de meses tuvimos un evento bastante grande... y peculiar. Fue en primavera. Vino gente un poco... bueno, digamos *extraña*. Millonarios... —Me miró de arriba abajo, quizás calculando si yo podía contarme entre ellos. Claramente decidió que no, porque continuó—: Ya saben. En Formentera tenemos muchos de esos: caprichos incomprensibles, antojos raros... Este grupo reservó el hotel completo. Trajeron a su propio personal para montar un evento. Dijeron que era algo de negocios, pero yo creo...

Se detuvo, cada vez más colorado, como si no supiera qué palabra escoger.

—¿Usted qué cree? —lo animé, casi disfrutando de su azoramiento.

—Bueno... yo creo que era algo... ya sabe... algo clandestino. Una especie de... —Se acercó a mi oído para susurrarme, evitando que lo oyeran las mujeres—, una *bacanal*, si usted me entiende.

—Oh, lo entiendo.

Desde luego que lo entendía.

No solo lo entendía, sino que además se me ocurrían varios nombres de personas que organizarían algo así en Formentera, sin pensar demasiado.

—¿Y qué ocurrió después?

—Se marcharon, lo dejaron todo limpio. Enviaron a un equipo de limpieza. Buenos clientes, en suma. Pero fue por entonces cuando comenzó todo este desbarajuste. Primero, dos turistas británicos estuvieron a punto de ser estrangulados mientras descansaban en sus camas durante su luna de miel. Se lo contaron a todo el mundo. Lo publicaron en las redes —Tragó saliva—. Uno pensaría que eso iba a ser bueno, y la verdad es que al principio recibíamos reservas de curiosos que buscaban el morbo; llegamos a pensar que nos beneficiaría. Pero Margalida es astuta, y actúa de manera sibilina. Ha estado a punto de matar a varias personas: hemos tenido electrocutamientos, caídas por las escaleras... Parecen accidentes, pero sabemos que no porque hay muchos testigos: camareros, personal de limpieza... ¿no le parece muy raro que las lámparas siempre caigan encima de los clientes? ¿O que un suelo rugoso de ladrillo de pronto resbale como mantequilla líquida? Y el problema es que, si permanecemos abiertos, va a meternos en líos legales... o a matarnos a todos. No podemos seguir así. Si este fantasma no se calma, tendremos que cerrar.

—¿Y cómo están tan seguros de que es ella? —preguntó Oksana, escéptica—. ¿Acaso va por ahí enseñando su pasaporte, o qué?

Naomi bufó, conteniendo una carcajada, y el gerente la miró, ofendido.

—Señorita —le espetó, frunciendo su frente, con arrugas que se extendieron casi hasta la coronilla—. Lo sabemos porque se comunica, a su manera. Yo mismo la escuché una noche. Estaba solo en mi despacho. No sé si me paralizó de alguna forma, o me quedé dormido. Me sentí inmovilizado, y escuché una voz de mujer que decía: *«Yo soy Margalida Tur, y no cejaré hasta encontrar venganza»*. Fue horrible... cuando entró mi secretaria, que casualmente es también mi prometida, volví en mí al instante. Pero siempre me pregunto qué habría sido de mí si ella no hubiera aparecido. A lo mejor, ahora estaría muerto.

—Muy cordial por parte de Margalida —comenté—. Me encanta que los fantasmas se

presenten por su nombre y apellido: es lo que yo llamo un espectro con clase. Sabe... me siento mal liquidando a alguien cuando ni siquiera sé cómo se llama.

—En fin —dijo el hombre, visiblemente molesto por el comentario. Se limpió un chorretón de sudor que le bajaba por el cuello, y abrió la puerta principal—. Entren. Me gustaría terminar con esto inmediatamente... antes de que esa condenada nos convierta también en espectros.

18

Teo



Le hice un gesto a Raoul para que sacara la sal y las cadenas del maletero. Luego le pedí que montara guardia fuera, con el motor encendido y listo para una huida de emergencia.

La terraza del hotel era rústica y elegante, con paredes de piedra caliza vista y muebles de madera tosca pintada de blanco y azul turquesa, al más puro estilo ibicenco. Al fondo se atisbaba una gran piscina, de esas que tanto les gustaban a ciertos inmortales dados a la buena vida. Personalmente, jamás me habría sumergido en una de esas fosas de inmundicia.

—Muéstrenos dónde suele aparecerse —le pedí al gerente.

—Apuesto a que es el sótano —murmuró Oksana con ironía.

Contra sus pronósticos, el pelirrojo la oyó, y le contestó de mala manera:

—Pues no, se equivoca. Si me siguen por aquí, se lo mostraré. —Se adentró en un largo pasillo, con varias puertas de suites a cada lado. El establecimiento estaba en el más completo silencio, así que no me sorprendió cuando dijo—: No hay nadie más en el edificio, aparte de mí y el de seguridad, que estará por el jardín. Está avisado, y no les molestará... aunque oiga gritos.

El pequeño hotel había sido completamente renovado al estilo mediterráneo. Dejamos atrás el pasillo y pasamos por las cocinas, que se encontraban en un ala más antigua, a juzgar por el material de las paredes... y el olor.

—Esta parte se conserva prácticamente en su estado original —explicó el hombre en un susurro, abriendo una portezuela al fondo, semioculta entre cajas de plástico y muebles nuevos de acero inoxidable—. Creemos que esta estancia al fondo pudo haber sido la cocina y comedor en tiempos de Margalida; quizás también hacía las veces de dormitorio.

El gerente entró primero, y yo permanecí tras él, inspeccionando la habitación desde fuera. El espacio era relativamente grande, con el suelo de tierra compactada.

—El edificio era mucho más pequeño entonces, como podrán imaginar: una casa familiar en el campo, donde vivían varias generaciones. Se amplió a partir de aquí, en fases sucesivas, hasta que los dueños la convirtieron en este hotel hace cinco años —explicó el pelirrojo, con un matiz de orgullo en la voz.

Las chicas fueron entrando, con pasos prudentes. Del techo colgaban viejos aperos agrícolas, y había algunos barriles y botellas vacíos apilados cerca de la puerta. Atisbé una pila de ladrillos a un lado, y algo que se asemejaba a una rueda de molino, cubierta por una lona.

—Seguramente, Margalida dormía aquí con sus hermanas; quizás también con su abuela y sus tías —continuó el hombre, permaneciendo bajo el umbral de la puerta mientras señalaba hacia un punto en el interior—. Ahí, al fondo, estaba el horno de leña. Con las siguientes generaciones, esta habitación se quedó como almacén de trastos y aperos de labranza, porque era la más fría y oscura de la casa. Ahora no se aprecia porque es de noche, pero da al norte. Nunca

entra la luz directa.

El tímido fulgor de la luna se filtraba a través de una ventana minúscula, sin cristales. Estaba protegida por barrotes de hierro, gruesos y oxidados, que creaban sombras en forma de cruz sobre el suelo, dándole a la estancia un aire algo macabro.

—Bah. Aquí no hay nada —dijo Oksana con mal humor, extendiendo las manos y tanteando las paredes—. Aparte de polvo, claro.

—Oh, está aquí, se lo garantizo —replicó el gerente, atusándose las sienes—. Hagan un poco de ruido y verán. Odia el ruido, las fiestas y cualquier demostración de alegría... lo que más la altera es el amor... las parejas enamoradas... recién casadas... ¡las odia a muerte! Suelen ser sus víctimas preferidas. —Se encogió de hombros, como si aquello fuera inexplicable, y retrocedió hacia la cocina—. En fin, yo me voy. Lo verán por ustedes mismos. Hagan lo que puedan, y el guardia cerrará cuando se marchen. Han firmado la declaración responsable, ¿verdad?

Asentí, tratando de recordar con qué nombre falso la había firmado. No me preocupaba demasiado morir durante una misión, teniendo en cuenta que llevaba ya un par de siglos muerto.

Levanté el dedo índice para hacer una pregunta, pero el gerente ya había desaparecido por el pasillo, con una velocidad envidiable, digna de un inmortal.

—En fin, mis queridas damas —dije, paseándome por el almacén abandonado con las manos en los bolsillos—. Parece que Margalida hoy nos ha dado plantón...

Me acerqué al horno de leña, del cual solo quedaba una oquedad redondeada construida en ladrillo, completamente en ruinas. Pasé la mano por los bloques rojizos de adobe, y en cuanto mis dedos rozaron la arcilla seca, el aire se volvió gélido de pronto.

Un viento frío creó un remolino en el centro de la estancia, levantando suciedad, hojas secas y papeles caídos por los rincones. La puerta se cerró de golpe, y una mano invisible echó el enorme cerrojo de hierro, con un sonido metálico.

—Vaya, vaya... así que estás aquí... —dije, extendiendo los brazos en posición de defensa.

Al parecer, la señora de la casa se había dignado a hacer acto de presencia, después de todo.

—¡Equipo, al ataque! —grité, y la voz de Margalida respondió a través de un invasivo enlace telepático que por poco me perforó el cerebro:

«Vampiro... chupasangre embustero... te esperaba...»

Era una voz joven y femenina, pero resonó claramente en mi mente como un chirrido, aguda y malévola.

—¡No capto nada! —gritó Oksana, apretándose la cabeza entre las manos—. No la oigo, ¿está ahí? ¿Alguien la ve? ¡Mina, las ratas!

Gruñí con frustración, incapaz de eliminar los alaridos de Margalida de mis pensamientos. Últimamente, Oksana era más útil tras la barra del bar que en los exorcismos.

—¿Alguien más puede verla? —pregunté, y las chicas negaron con la cabeza.

Maldición.

La única que no contestó fue Iris, que se había quedado petrificada, justo a mi lado. Temblaba como una hoja, con los ojos desorbitados, y se contaba los dedos de una mano obsesivamente.

Bien. La buena noticia era que alguien más podía escuchar a Margalida.

La mala era que estaba en estado de shock, contándose los dedos, y no iba a servirme de mucho.

Alargué el brazo y le froté la espalda: estaba tensa como una vara de acero, y al tocarla dio un salto.

«No te conozco. No sé de qué hablas. ¿Cómo podemos ayudarte?» traté de decirle a

Margalida, en un intento inútil por apaciguarla.

El espectro no contestó. Nunca lo hacían; conversar con ellos era un arte complejo, muy distinto de ser torturado por sus tentáculos mentales. Eran entes de lo más descortés, al menos en lo relativo a sus dotes comunicativas. Sus siguientes palabras solo sirvieron para ratificar mi teoría:

«Vampiro... chupasangre embustero... ven... te despedazaré y arrastraré tu alma a los infiernos... ¡maldita sea tu estirpe!», gritó y me sujeté la cabeza, sintiendo que estaba a punto de explotarme.

La brisa glacial se aceleró, convirtiéndose en un tornado en miniatura que arrasó el centro de la estancia y todo lo que había en ella. En medio del remolino comenzó a dibujarse una figura huesuda vestida de negro, con el rostro semidescompuesto.

—Naomi... ¡lánzale algo, por Zeus! —grité—. Está ahí, justo debajo de la lámpara.

Una hoz se tambaleó, a punto de caer del gancho del que estaba colgada. Me eché hacia atrás de un salto, extendiendo ambos brazos para poder empujar al equipo entero a un rincón más seguro.

Naomi apretó los párpados, y una horca de hierro con cuatro dientes punzantes se desprendió de un gancho en la pared. Voló a través del granero, atravesando al fantasma por el pecho. Una risa aguda resonó en el almacén, y Margalida comenzó a crecer cada vez más, cubriéndonos con su sombra espectral.

Naomi cayó en cuclillas, tratando de reunir energía para un nuevo ataque.

—Es difícil, porque no puedo verla —dijo con voz entrecortada—. No sé hacia dónde dirigir los golpes.

—Yo... yo la veo... —murmuró Iris con voz entrecortada, saliendo de su trance. Estaba tan pálida que parecía a punto de desvanecerse—. Me está hablando...

Quise preguntarle qué decía, pero justo en ese momento, Mina silbó y una horda de ratas y cucarachas espectrales irrumpió en la estancia. Las criaturas, repugnantes y esqueléticas, comenzaron a trepar por las negras vestiduras de Margalida, que no dejaba de reír.

Iris gritó, atacada de nuevo por un ataque de pánico. La apreté contra mi costado, sintiendo que la situación se nos estaba yendo de las manos. ¿Por qué le había permitido venir con nosotros?

Selena, entretanto, había caído de rodillas y murmuraba plegarias de protección, que no parecían estar surtiendo demasiado efecto.

—¡Teo, dime dónde está! —gritó Oksana, haciéndose oír por encima del estruendo de objetos cortantes que volaban y golpeaban las paredes—. Si pudiera localizar su energía, podría intentar bloquearla.

—Está... revoloteando por la habitación.

Busqué a Margalida con la vista. Se movía como un pájaro negro desbandado: un segundo aquí, al siguiente allá. Desapareció de mi vista, aunque los aperos de labranza seguían volando contra nosotros. Esquivé una hoz afilada y semicircular dirigida directamente a mi cuello, que casi me cortó la cabeza.

—¡Maldita zorra! —aullé, frotándome el cuello. La sangre dejó de brotar de mi herida casi al instante, pero el dolor perduraría varias horas más—. ¡Ya no la veo! Ahora se ha vuelto invisible.

Permanecimos expectantes, acorralados junto a la puerta.

—¡Señoritas, nos largamos! —grité, llamándolas a todas—. Esto es un suicidio.

Batallé con el cerrojo que mantenía la puerta cerrada, pero Margalida volvió a reír desde un punto indefinido de la sala y lo mantuvo cerrado a propósito. Las ratas de Mina se esfumaron,

agotada la energía que las mantenía en el reino de los vivos. Oksana seguía sin hacer nada, aparte de tantear el ambiente con sus hilos mentales, al parecer inservibles contra aquel poltergeist extremadamente cabreado.

—Hay que abrir esto ya —mascullé, usando toda mi fuerza para reventar la cerradura—. ¡Abortando misión! ¡Que alguien me ayude!

Iris comenzó a temblar más fuerte todavía, y comencé a temer que el fantasma estuviera intentando invadir su cuerpo.

—¡Esperad! —dijo Iris, agarrándome el brazo—. ¡No podemos irnos todavía! ¡Necesito hablar con ella!

—¿Hablar? —repliqué, lanzándome a la carga contra la robusta puerta de madera, ya que el cerrojo era impracticable—. ¿Y qué tal si le hacemos un té con galletitas también? ¡Maldita sea, Iris! ¡Esto es un código rojo!

La puerta cedió frente a mis embestidas, y todas las brujas menos una salieron en tropel, corriendo pasillo abajo hacia la seguridad del jardín.

—Velas... ¡necesito mis velas! —gritó Iris, aún de pie en el rincón.

Ante mis ojos pasmados sacó una vela blanca de su bolsa, y luego comenzó a rebuscar en sus bolsillos, mascullando algo acerca de un mechero.

No podía dar crédito a mis ojos.

Sí: puede que fuera atractiva; puede que fuera ingeniosa... pero, por desgracia, estaba completamente chiflada.

Margalida volvió al ataque, lanzándonos una enorme piedra redonda de molino de casi una tonelada, que se estrelló contra el muro y se partió en varios pedazos. Mientras tanto, un fuego sobrenatural comenzó a arder dentro del horno, amenazando con extenderse.

«¿Cómo osáis celebrar vuestra connivencia en mi presencia, y dentro de mi propia morada?»

—¡Iris! —rugí, agarrando a la joven por la cintura—. ¡*Esto* no se resuelve con velitas! ¿Qué piensas hacer, cantarle *cumpleaños feliz*? ¡Es un poltergeist violento, por todas las criptas!

Iris pataleó y trató de zafarse de mi abrazo.

—Necesito mis velas... ¡no lo entiendes! ¡Es parte del proceso!

—¿Pero qué proceso ni qué sandeces? —la empujé hacia la salida, harto de su terquedad.

—¡Salid de ahí! ¡Es muy peligroso! —nos llamó la voz de Selena desde el otro extremo del pasillo—. ¡No podré mantener el escudo protector durante mucho tiempo más; Margalida es demasiado fuerte!

Iris pataleaba en mis brazos, mientras yo trataba de sujetarla a ella, de mantener la puerta abierta contra las fuerzas de Margalida, y de sortear todos los objetos pesados y punzantes que el fantasma no paraba de lanzarnos.

Varios pedazos de piedra de molino se alzaron en el aire y levitaron sobre el suelo, apuntándonos.

Cada vez me costaba más sostener la puerta. Si Margalida conseguía cerrarla, quedaríamos atrapados dentro... y a su merced.

Las piedras se detuvieron en suspensión, en lo que parecieron unos segundos eternos.

Iris, mientras tanto, musitaba una invocación con los ojos cerrados, ajena a todo lo que la rodeaba.

Naomi apareció de vuelta por el corredor, con los ojos brillando de furia y los brazos extendidos.

—¡Apartaos! —gritó—. ¡Puedo sentir su presencia! ¡Apartaos, rápido!

Un fogonazo de luz salió de sus manos abiertas, mientras el poltergeist, a su vez, lanzaba los fragmentos de piedra sobre nosotros. La onda expansiva del hechizo envió a Naomi volando al otro extremo del pasillo. Un trozo de piedra de molino voló hacia Iris, y yo salté sobre ella.

Entonces vi sangre. *Su sangre.*

Y fue en ese instante cuando comprendí que tenía que protegerla con mi vida, porque la idea de perderla era más devastadora que la de ser tragado por la Umbrícora.

19

Iris



Abrí los ojos y solo vi un manto de estrellas. Me faltaba el aliento, como si acabara de despertar de una pesadilla, y sentía el cuerpo dolorido.

Me hallaba recostada sobre una manta gris en la hierba, con la espalda sobre algo sólido... o, mejor dicho, *alguien*. Unos brazos, que solo podían ser los de Teo, me rodeaban, robustos y protectores. Los recuerdos regresaron de golpe, unidos a un dolor fuerte y punzante en el hombro.

Teo y Naomi me habían salvado. Concretamente, si no hubiera sido por aquel vampiro engreído, que se lanzó sobre mí en el último momento para amortiguar el golpe de la piedra de molino, en ese momento estaría muerta, con la cabeza aplastada bajo un pedazo de roca de media tonelada y jugando al parchís con Margalida Tur por el resto de la eternidad.

Lo quisiera o no, ahora le debía mi vida a aquel chupasangre presuntuoso, que encima era mi jefe. *Y que, por cierto, tenía un regazo muy cómodo y olía a gloria,* me dije mientras trataba de incorporarme entre sus brazos y miraba a mi alrededor, aturdida.

Estábamos en el jardín exterior del hotel. Vi a las otras chicas desperdigadas por la hierba; en su mayoría sudorosas, jadeando y con sus fuerzas mágicas claramente agotadas. La única que no jadeaba era Oksana, pero a cambio tenía una expresión incluso más amargada de lo común, si eso era posible. Mina acariciaba a Luminix, que ronroneaba suavemente en su regazo. Selena estaba arrodillada junto a Naomi, con los brazos extendidos sobre su torso y los ojos cerrados. Naomi, por su parte, estaba tumbada sobre la hierba con los brazos y las piernas extendidos, y jugueteaba débilmente con las briznas de césped que se enredaban entre sus dedos. A juzgar por sus murmullos incoherentes y el hilillo de saliva que le caía por la mejilla mientras sonreía con los ojos cerrados, había caído en un extraño delirio.

Traté de moverme, pero el fuerte abrazo de Teo no me lo permitió. En vez de soltarme, aflojó su tenaza lo justo para poder agachar la cabeza y girarse hacia mí.

Sus ojos delataban preocupación extrema, y su rostro había adquirido un tono ceniciento, más aún de lo normal. Sus labios temblaban, y estaban tan cerca de los míos que me estremecí involuntariamente.

Me pasó la mano por la mejilla y al levantarla pude ver que estaba cubierta de sangre; era difícil saber si era mía o suya. Alzó un dedo y la lamió lentamente, todavía a meros centímetros de mi rostro. Al hacerlo, sus colmillos brillaron un instante bajo la luz de la luna, manchándose de rojo. La imagen era sensual y espeluznante a partes iguales.

—Necesito levantarme —dije poco convencida, mientras me retorcía para que me soltase.

Teo me ignoró por completo, y volvió a envolverme con ambos brazos.

—¿Te das cuenta de que ese fantasma ha estado a punto de matarte? —dijo con voz

temblorosa, y luego añadió, un poco forzado—: ¿De matarnos *a los dos?*

Guardé silencio. Tenía mis motivos, pero era difícil de explicar, y...

—¿A quién se le ocurre ponerse a encender velitas frente a un poltergeist de ese calibre? —continuó, cada vez más furioso, pero sin dejar de abrazarme—. ¡Esto no es la tienda de estampitas donde trabajabas antes! Esto es el mundo real. Aquí no hay tiempo para rituales absurdos. O actúas rápido, o te liquidan.

Asentí, sin decir nada todavía.

Necesitaba un momento para ordenar mis pensamientos.

Durante nuestra breve misión en el hotel habían ocurrido varias cosas increíbles.

En primer lugar, había estado a punto de comunicarme de manera bidireccional con Margalida, cosa que jamás me había ocurrido antes.

El espectro me había hablado, y quise responderle. Sentí que podía hacerlo. Pero también sentí que necesitaba apoyarme en mi ritual de rigor para conectar debidamente con ella; eso conllevaba una serie de pasos organizados, entre ellos mis velas, mi invocación y las tres respiraciones profundas y calmadas. Pero claro, con un vampiro metiéndome prisa y una difunta lanzándome objetos pesados a la cabeza, aquello se complicaba un poco.

Y, por último, y lo más sorprendente de todo, Margalida había pronunciado un nombre, que resonó alto y claro en mi cabeza.

Sus palabras me dejaron completamente aturdida e incapaz de llevar a cabo los pasos necesarios para contestarle; casi tanto como las que murmuró Teo con voz solemne en ese momento, mientras yo estaba sumida en mis recuerdos:

—Pensé que esa roca te había alcanzado, Iris. ¿Te das cuenta de lo que podría haber ocurrido? No vuelvas a hacerme esto... Soy responsable de proteger lo que es mío, pero esta noche me lo has puesto muy difícil...

Mis ojos debieron de alcanzar un diámetro planetario al oír aquello.

—¿Perdón? —casi grité, incrédula—. ¿Responsable de *lo que es tuyo?*

Sacudió la cabeza, aflojando los brazos por fin.

—*De la agencia*, quiero decir —contestó atropelladamente, apartándose un poco de mí—. Mi responsabilidad es proteger *los activos de la agencia*, como comprenderás. Salvaguardar mis inversiones. O sea, yo...

—¿Qué tal vais por aquí?

Por suerte, Selena apareció e interrumpió su diatriba, que se estaba volviendo cada vez más psicodélica. Había terminado su sesión curativa con Naomi y estaba frente a nosotros, cargando un botiquín de emergencia. Teo levantó la mirada y apartó por completo los brazos de mi pecho; habría jurado que con reticencia.

—Échale un vistazo a Iris —le dijo Teo a Selena, poniéndose en pie y sacudiéndose la hierba de los pantalones—. La golpeó un trozo de piedra... aquí.

Sus dedos helados me rozaron el hombro, y yo di un respingo.

—Estoy bien —dije, frotándome la parte superior del brazo. Estaba hinchado y manchado de sangre, pero podía moverlo perfectamente.

Selena se agachó a mi lado, frunciendo el ceño.

—Tienes una herida bastante profunda. ¿Me dejas que te la cure?

Negué con la cabeza.

—No hace falta. Es solo un rasguño. Me basta con un trozo de esparadrapo y un poco de desinfectante. —Después me giré hacia Naomi, que seguía hablando sola, con la mirada perdida —. ¿Qué tal está ella? ¿Qué le ha pasado?

Selena me miró con una sonrisa sorprendida.

—Es normal que esté un poco confusa hasta que se recupere del esfuerzo. ¿Viste lo que hizo? ¡Menudo viaje le metió al fantasma! Yo creo que la ha devuelto al lugar de donde vino. Fue increíble. Nunca la había visto lanzar un ataque así.

Enarqué las cejas.

—¿Quieres decir que mató *a una muerta*? Eso es imposible, ¿no?

—¡Pues claro que es posible! —replicó Selena—. Lo hemos hecho decenas de veces. Ahora estará en el Más Allá, maldiciendo el día en que salió a recibirnos. —Luego se giró hacia Teo—. Si te parece bien, podemos volver a entrar tú y yo y asegurarnos de que está todo en orden.

Teo asintió y se puso en pie.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó, frunciendo el labio.

—Perfectamente.

Me miró un instante, y una mueca de dolor cruzó fugazmente su rostro.

—De acuerdo. —Luego se giró hacia Selena—. Está bien, dile a Mina que venga también con nosotros. Que Oksana se quede aquí fuera y cuide de las dos lesionadas.

Los tres desaparecieron en el interior del hotel, que había quedado repentinamente silencioso. A lo lejos, cerca de la piscina, avisté a Raoul hablando con un hombre uniformado; probablemente el guardia de seguridad del hotel.

Teo y las otras dos chicas no tardaron en regresar. Los tres lucían una expresión de alivio, y Teo anunció:

—Queridas damas, la misión ha sido un éxito. —Me lanzó una mirada, y no supe si era de admiración o de reproche—. Creo que esto se merece una celebración. —Comenzó a aplaudir lentamente, y el resto del grupo se le sumó—. ¡Por Naomi!

—¡Por Naomi! —corearon todas.

—Y por el equipo completo del Serenata —dijo Teo, palmeándonos la espalda una a una—. Gran trabajo, señoritas.

Teo llamó por teléfono a la dueña del hotel para avisarle de que el poltergeist había sido neutralizado satisfactoriamente. Después subimos de nuevo a la furgoneta del Hotel Rincón del Mar y regresamos al puerto de Formentera. Faltaban aún varias horas para el amanecer, pero entre la adrenalina de la misión y la cantidad de café que llevábamos en el cuerpo se me había pasado el sueño por completo; al parecer, no era la única.

—¿Fiesta en el yate? —propuso Naomi al llegar al puerto. Se le había pasado el desvarío durante el trayecto en coche, y había recuperado su actitud jovial de siempre.

Las demás asintieron de buen humor, y Teo nos fue dando la mano con caballerosidad mientras íbamos subiendo a la embarcación.

—Por supuesto, mis queridas damas, la ocasión lo merece. Esta noche invita la casa.

Cuando agarró mi mano para ayudarme a subir, me pareció que tardaba un segundo de más en soltarla.

Las otras chicas fueron directas al salón, pero yo me excusé y me encerré en el baño, alegando que tenía que limpiarme la herida del brazo. En vez de eso, saqué el teléfono del bolsillo y me puse a leer una novela al azar, desesperada por un poco de paz y soledad después de tanta agitación. Cuando me sentí un poco más calmada, me desnudé, abrí el grifo y me quedé bajo el chorro de agua caliente, tratando de procesar los eventos de la noche.

Las voces de mis compañeros se difuminaron bajo el sonido del agua, que chapoteaba sobre el lujoso plato de ducha del yate de Teo. Sin embargo, al fondo pude escuchar otra, más lejana y profunda: era la voz de Margalida Tur, y repetía con rabia un nombre; el nombre del vampiro

que me había arrebatado a mi hermana, cinco años atrás.

20

Iris



Salí del baño con el pelo húmedo. Planeaba pasar de puntillas por el salón del yate y terminar de secarme el pelo con la brisa nocturna. Nunca me habían interesado demasiado las fiestas; eso siempre fue cosa de Katie. Y esa noche, más que nunca, necesitaba estar a solas para meditar sobre las últimas palabras de Margalida.

Maldije a Naomi, que con su heroica intervención se había deshecho del fantasma, pero demasiado rápido; antes de que pudiera preguntarle a Margalida qué había querido decir al nombrar al último amante conocido de mi hermana. Sí, cierto: aquel poltergeist furibundo había estado a punto de matarnos a todos, pero nunca antes me había sentido tan cerca de obtener respuestas.

Aquel grandioso fogonazo mágico de Naomi me había devuelto, con la cabeza gacha, a la primera casilla del juego, destruyendo el único hilo del que habría podido tirar.

Al pasar por el salón principal de la embarcación fijé la vista en el suelo, tratando de pasar desapercibida. Mis cuatro compañeras habían formado un corrillo en el centro de la sala y charlaban entre risas: ni siquiera me vieron. Teo estaba solo en un rincón, acuclillado frente al lujoso sistema de sonido, mientras giraba ruedas y movía palancas para ajustar la música a su gusto. Ninguno se dio cuenta de que yo pasaba por allí, y cuando llegué a la puerta de salida me sentí como si yo también fuera un fantasma.

Cuando alcancé el picaporte, una mano pesada y caliente me tocó el hombro: ya solo por su temperatura supe que no era la de Teo, lo cual me hizo sentir inesperadamente desanimada. Al darme la vuelta me encontré a Raoul, todavía con su traje de chaqueta, aunque se había aflojado un poco la corbata en un gesto de absoluta rebeldía y libertinaje.

—Miss Andersson —me dijo, casi con timidez, pero sin perder su postura firme—. Pronto atracaremos en Ibiza. ¿Se quedará un rato más a celebrar con el resto del grupo, o preferiría desembarcar cuanto antes?

Lo miré con curiosidad, notando su fuerte, aunque no del todo desagradable, aroma a lobo. Aquel hombre debía de medir dos metros de alto, y otros tantos de ancho.

—Raoul, eres muy amable. Creo que preferiría irme a casa, sí. Entraré a despedirme de los demás en cinco minutos, gracias.

Raoul se despidió con un saludo militar y regresó al interior del yate.

Me apoyé sobre la barandilla metálica, pensativa. La proa de la embarcación partía las negras aguas mientras las luces del puerto de Ibiza se acercaban poco a poco. La música en el interior cambió a un ritmo más lento, de balada romántica, y un ataque de melancolía burbujeó en mi interior, amenazando con salir.

—Margalida... —susurré para mí, inhalando aquel aroma a sal mediterránea del que nunca

podría cansarme—. ¿De qué conocías a Héctor Sinclair? ¿Qué querías decirme sobre él? ¿Y dónde está ahora...? ¿Dónde está, maldita sea?

—¿Dónde está *quién*? —preguntó la voz de Teo a mis espaldas.

Dejé caer los hombros, dándome cuenta de cuánta tensión había acumulado en ellos en las últimas horas.

—Nada... Nadie —respondí, sacudiendo la cabeza—. Estaba hablando sola. ¿Qué tal la fiesta?

Teo me dedicó una sonrisa, sin molestarse en ocultar sus colmillos. Se le había pasado el mal humor de antes, y sonreír le favorecía. Era guapo; condenadamente guapo, pero me recordé a mí misma que era un chupasangre detestable, como Héctor.

—Una velada encantadora, pero te la estás perdiendo, querida... —susurró, acercándose cada vez más—. ¿Quieres un sorbo, por cierto? A lo mejor te ayuda con lo de hablar sola...

Teo me alargó su copa, que contenía un líquido rojizo adornado por una rodaja de naranja en el borde. No pude reprimir una mueca de asco al ver el color de su bebida. Recordaba perfectamente el sospechoso contenido de esa pequeña nevera que Garrett siempre cerraba con llave, y no me atraía para nada.

—Gracias, pero no me va la sangre.

Teo soltó una carcajada, divertido por mi comentario.

—Es solo un Negroni, querida. El color se lo da el vermut rojo... —Sonrió, con un gesto abiertamente sensual. ¿*Por qué me torturaba así*?—. Cóctel número quince del menú. *El Diablo*. ¿Recuerdas?

Extrajo la rodaja de naranja y succionó el zumo lentamente. Por un momento imaginé esos mismos labios sobre mi cuello, lamiéndolo con la misma avidez con la que disfrutaban de aquel dulce cítrico. Me pregunté si su tacto sería frío, y cómo se sentirían las puntas de sus colmillos sobre mi piel...

—¿Lo recuerdas o no? —insistió, asemejándose cada vez más al diablo personificado.

Un diablo sumamente atractivo, que se había propuesto sacarme los colores esa noche.

—Sí, sí, claro —mentí, cruzando los dedos para que no me preguntara qué llevaba la receta —. *Los Cócteles del Tarot.* Me lo explicó Mina. Pero no, gracias. No bebo alcohol. Además, estaba a punto de irme a casa.

—No te vayas todavía —me interrumpió Teo, con el tono de un encantador de serpientes. Se apoyó en la barandilla, junto a mí, y señaló hacia el cielo con su copa—. Mina va a llamar a las gaviotas: es un auténtico espectáculo. Y luego Raoul se encargará de la discoteca. Es muy buen DJ, aunque parezca tan serio.

Sonreí un poco, sintiendo que caían poco a poco mis defensas. Se acercó un poco más y su hombro rozó el mío. Cuando nos tocamos, di un respingo involuntario, y me aparté de golpe.

—¿Aún te duele? —preguntó, señalando el lugar donde me había golpeado la piedra lanzada por Margalida.

—¿Eh? No, no. Ya te dije que no era nada. Un rasguño, un par de moretones. Se me pasará.

Aquel brinco no había sido provocado por el dolor, sino por algo completamente inesperado y diferente. Algo preocupante, que en ese momento no podía permitirme sentir, y menos por un vampiro... que para colmo era mi jefe.

Teo se alejó y dio un par de pasos por la cubierta principal. Se detuvo junto a la cuidada área *lounge*, decorada con sofás y mesillas bajas en tonos gris y beige. Depositó su copa sobre una mesa, y regresó hacia mí lentamente, con agilidad felina.

Desde el salón interior resonaron las primeras notas de «*Nothing else matters*».

—Es una de mis canciones preferidas —comenté, tarareando la letra.

Teo me miró con incredulidad, como si fuera imposible que aquello fuese la canción preferida de nadie en su sano juicio. Sin embargo, se recompuso rápidamente y me tendió la mano con una exagerada reverencia, atrayéndome hacia sí.

—Bailemos, entonces —me dijo—. Un último baile antes de que te marches.

Me apretó contra su pecho, pero yo permanecí tiesa como un palo. ¿Cómo iba a relajarme a tan corta distancia de aquel hombre... *de aquel vampiro*? Sus manos, agradablemente frías en la noche estival, se posaron suavemente sobre mi espalda. Sentí que un escalofrío me recorría la columna, y rebusqué en mi mente, a la caza de algún comentario trivial con el que ocultar mi turbación. Me habría puesto a contar de cinco en cinco para calmarme, pero eso me habría hecho parecer una lunática... *todavía más.*

—Dime, eso de las gaviotas... —dije, y mi voz sonó entrecortada contra mi voluntad—. ¿Cómo lo hace...? Mina, quiero decir.

—Magia, por supuesto —respondió, sin soltar mi cintura—. En el Serenata siempre hay magia en las celebraciones... es muy agradable; formamos un gran equipo. —Recalcó la palabra *formamos*, en plural, mientras me miraba con atención depredadora desde una distancia de dos centímetros—. Ya lo verás cuando lleves un poco más de tiempo aquí, con nosotros.

No pienso quedarme, grité para mis adentros, pero en vez de eso, la parte más irreflexiva de mi ser contestó:

—Me encantaría.

Idiota, idiota, ¿pero qué dices?

—Quiero decir... quizás otro día —me corregí inmediatamente, y para quitar importancia al asunto añadí, en tono jocoso—: Eso de hacer magia en un yate parece un poco peligroso, ¿no? ¿Y si lo convertimos por error en un barco fantasma?

Esta vez fue Teo el que se quedó completamente rígido. Reí un poco, dando a entender de la forma más miserable posible que había sido una broma. Sin embargo, él había dejado de bailar. Echó la cabeza hacia atrás, oteando el horizonte.

—¿Pasa algo? ¿He dicho algo que no debía? —pregunté confundida.

Él sacudió la cabeza y me soltó. Después tomó aire y se alejó unos pasos. Sentí la ausencia de su cuerpo junto al mío como un vacío imposible de llenar, por inexplicable que fuera.

—No, tranquila —me tranquilizó, suavizando el gesto—, no es nada que hayas dicho.

Me tomó de la mano, pidiéndome mudamente que me sentara a su lado en los sofás de la cubierta. Tomó de nuevo su cóctel carmesí de la mesilla y le dio un largo sorbo antes de seguir hablando.

—Es solo que me has recordado algo que tengo que hacer... algo que preferiría evitar, si estuviera en mi mano. ¿Te ha pasado alguna vez? —preguntó mirando las estrellas, casi como si buscara la respuesta en ellas—. ¿Verte obligada a hacer algo contrario a tus principios... algo desagradable y moralmente incorrecto, pero necesario para alcanzar un fin justo?

Pensé en cómo había aceptado un trabajo que odiaba solo por seguir la pista de Katie.

«Y para demostrarle a mi madre que yo soy tan valiosa como mi insuperable hermana desaparecida», añadió una vocecilla maliciosa en el fondo de mi conciencia.

—Es posible... —respondí lentamente, incapaz de decidir cuánto podía desvelarle sin parecer una aprovechada, o una desagradecida—. Sí, supongo que sí.

Teo asintió con la vista perdida, y me pregunté si estaría observando a la gente en el distante puerto de Ibiza. Quizás pudiera verlos desde allí, gracias a su prodigiosa visión vampírica.

—Es duro a veces, el día a día —dijo, aún sin mirarme—. A veces me pregunto si el fin

justifica los medios... pero siempre termino por convencerme de que sí. No hay más remedio.

Lo miré sin entender. Cuando por fin se giró hacia mí, sus centelleaban con destellos verdosos y sobrenaturales; casi beligerantes.

Le habría preguntado a qué se refería con esa última frase, pero justo entonces salió a cubierta Raoul, y un minuto después, Selena, que no le quitaba ojo de encima al lobo, aunque haciéndose la distraída.

—Cinco minutos, señor —dijo Raoul—. Ya podemos amarrar el yate. ¿Seguimos con la fiesta aquí en el puerto? ¿O nos vamos a algún *beach club*?

—¡Fiesta! —gritó Naomi con el brazo en alto, saliendo tras él de un salto.

—Lo que vosotros prefiráis —respondió Teo, sonriendo de nuevo—. Es vuestra noche... os lo habéis ganado.

Oksana salió también, seguida por Mina. Esta última venía flexionando los brazos, seguramente preparándose para el espectacular hechizo con el que atraería a todas las gaviotas de la zona y las haría bailar alrededor del yate.

—¿Empiezo? —preguntó Mina, con la mirada iluminada por la emoción.

—Por supuesto, querida —contestó Teo, saludándola con una inclinación de cabeza y olvidándose de nuestra conversación—. La cubierta es toda tuya.

Los demás se instalaron sobre el suelo de madera barnizada, mirando hacia el cielo con expectación. Mientras todos estaban distraídos, esperando a que Mina comenzase, yo me escurrí hacia el pasillo en busca de Raoul. Le pedí que colocara la pasarela nada más llegar, para poder irme a casa antes que los demás.

—Por supuesto, señorita Iris —me respondió—. Enseguida estará todo listo. Por cierto, Theodore se ha ofrecido a acompañarla hasta tierra firme, si lo desea.

¿Theodore?

¿Es que no iba a quedarse a ver el espectáculo de Mina, que tanto le gustaba?

Antes de que pudiera pedirle explicaciones a Raoul, este desapareció en el puente de mando. Me quedé de pie frente a las grandes cristaleras que cerraban los espacios cubiertos, sin saber qué hacer. A Teo no lo veía por ninguna parte. Mientras, a lo lejos, docenas de gaviotas blancas volaban hacia el yate desde todas las direcciones, como si transportáramos el cargamento de pescado fresco más grande de las Baleares.

Lo de Teo debía de haber sido un malentendido. *Mejor así*, me dije, apartando de mi mente una leve punzada de tristeza al ver que, después de todo, no iba a venir a despedirse.

Caminé hacia la salida sin decir nada a nadie; estaban todos al otro lado del barco, observando lo que quiera que Mina estuviera haciendo con los pájaros.

Crucé la pasarela y busqué en mi teléfono el número de la central de taxis para volver a casa. Por un segundo, me arrepentí de haberme marchado tan pronto. Otra vez iba a pasar la noche sola, en vez de aprovechar una ocasión de oro para socializar y hacer amigos. Arianna se habría tirado de los pelos.

Pero Arianna ya no estaba allí para arrastrarme al *Caldero Mohoso*. Nadie se daría cuenta si me pasaba el resto de la noche en compañía de mis libros, soñando con convertirme en una vieja bruja rodeada de gatos, quizás con alguna verruga, y...

—Pensaba que me esperarías.

Ni siquiera había oído llegar a Teo. Se me cortó la respiración del susto al verlo tan cerca de pronto, y me llevé una mano al corazón.

—Bueno, tampoco hace falta ponerse así —dijo, observando mi reacción con curiosidad—. Ya sé que soy guapo de infarto, pero...

—Muy gracioso —respondí, recuperando el ritmo normal de la respiración—. No puedes abordar así a una mujer sola, en medio de la noche, en un puerto vacío...

—Por supuesto. Se me olvidó que los vampiros acechan por todas partes... ¿cómo pude ser tan desconsiderado? —Sonrió, y me tomó del brazo con delicadeza—. Ven, por aquí. Podemos compartir el taxi. Tu casa me viene de paso. Además, conozco a alguien que puede llevarnos. Es el mejor taxista de la isla... —dudó un momento—. Después de Raoul, por supuesto. Y es muy discreto también.

Muy discreto.

Me pregunté por qué había sentido la necesidad de añadir esas dos palabras, y sentí cierta intriga... cierta excitación... mientras barajaba todas las posibles ramificaciones de aquella frase.

Teo envió un mensaje, y a los pocos minutos se presentó junto a la acera un vehículo negro de lujo que no se parecía en nada, ni remotamente, a un taxi público. Teo me abrió la puerta de atrás para que subiera, y luego se sentó a mi lado. El conductor se puso en marcha, sin preguntar a dónde.

—Le envié tu dirección, tranquila —aclaró Teo, guiñándome el ojo—. No pensaba raptarte.

Sonreí, casi decepcionada de que no pensara hacerlo, y miré la vida nocturna de Ibiza por la ventanilla mientras me preguntaba cómo iba a resistir media hora de viaje junto a aquel vampiro, al que mi cuerpo llamaba a gritos, mientras que mi cabeza repetía sin parar que subir a ese taxi juntos había sido una idea muy, muy mala.

21

Teo



Inhalé el inquietante aroma a bruja de Iris mientras el taxi salía de la capital, en dirección a San Antonio.

Todavía no entendía por qué me había ofrecido a acompañarla, cuando estaba claro que la hechicera me rehuía.

Aquello había sido una idea pésima.

Primero, porque era una bruja.

Y, segundo, porque trabajaba para mí, y no necesitaba ese tipo de complicaciones extra.

El taxi dio un bandazo, lanzándonos al uno contra el otro. Nuestras rodillas chocaron y permanecí quieto, observando su reacción. No se movió ni una pulgada; casi habría jurado que se apretó un poco más contra mí. ¿Me estaba traicionando mi imaginación?

El resto del camino estaba lleno de curvas, y con cada una terminamos un poco más cerca. Para dejar de pensar en ello, encendí la pantalla del móvil. Consulté mis correos. Había tres de Johannes, y dos de Reiner Grimmbauer. Me habría encantado borrar los cinco emails y bloquear a Grimmbauer, pero al día siguiente me habría arrepentido.

—Nunca contestaste a mi pregunta —dijo Iris de pronto, sacándome de mis reflexiones.

¿Pregunta? ¿Me había preguntado algo?

Traté de hacer memoria: no recordaba absolutamente nada. *Por Zeus, que no me hubiera preguntado si quería subir a su habitación, mientras yo perdía el tiempo pensando en Johannes y en si debía cambiar su foto de perfil por la de un grillo.*

—Lo de Desirée —aclaró, exhalando. Miró por la ventanilla, evitando mis ojos—. ¿Qué fue de ella? ¿Dónde está ahora?

Por un instante, me planteé abrir la puerta del coche y saltar fuera para evitar su pregunta. Cuando me ofrecí a acompañarla a casa, lo último que me esperaba era una conversación extenuante acerca del paradero de mis empleadas anteriores. Y, menos aún, de una que, probablemente, había terminado mal... o tremendamente mal.

—Dejó el empleo —contesté, mordiéndome la lengua—. No le gustaba el trabajo.

Por la forma en que me miró, a ella tampoco le fascinaba.

—Me han dicho que alguien se la llevó. Que... —Miró al chófer y bajó la voz—. Que alguien pudo secuestrarla.

—Es posible.

A decir verdad, no sabía con seguridad lo que le había ocurrido a la francesa, ni dónde se encontraba en ese momento. Podía imaginármelo, pero no habrían sido más que conjeturas. A fin de cuentas, en un lugar como el Serenata, las posibilidades de calamidad eran casi infinitas. Aquella joven era mayor de edad, y había dejado una carta de despedida. Además, nadie había

preguntado por ella desde entonces.

—¿Es posible? ¿Eso es todo lo que puedes decirme? —replicó Iris, cruzándose de brazos y apartando su pierna de la mía.

Sentí un enorme vacío cuando dejó de tocarme, y mi cuerpo se enfrió de golpe por su ausencia. Habría accedido a cualquier cosa solo por que regresara a mi lado; por volver a sentir el calor de su piel contra mi ropa.

—Podría investigarlo, si lo deseas. Preguntar un poco —respondí, haciendo una lista mental de posibles culpables.

La lista se volvió muy larga, muy rápido. En ese momento, Iris se giró hacia mí, y me di cuenta de que tenía los ojos vidriosos. Se movió un par de pulgadas hacia el centro del asiento, regresando a donde estaba antes.

—Te lo agradecería mucho. *Muchísimo*.

—Claro —dije, asintiendo—. Lo haré. Por supuesto. Dame un par de días.

Tomé su mano entre las mías, y ella me dio un ligero apretón de agradecimiento. Su piel era dulcemente suave y cálida, tan distinta de la mía.

—¿Por qué te interesa tanto saber qué fue de esa muchacha? —pregunté, intentando no sonar entrometido—. ¿La conocías de algo?

Sacudió la cabeza y agachó la vista, ocultando la emoción que embargaba sus ojos.

—No. Pero perdí a alguien... —Carraspeó, seleccionando sus palabras con cuidado—. A alguien muy querido, en circunstancias parecidas. Salimos juntas de fiesta una noche. No volví a saber de ella.

Asentí, animándola a continuar, pero sacudió la cabeza. Entrelazó sus dedos con los míos, pensativa.

—¿Cómo se llamaba? —insistí—. Podría preguntar también por ella. Si me lo permites.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Lo harías?

—Claro. Solo dime su nombre, y me encargaré de todo.

Ladeó la cabeza, emocionada, y tragó saliva antes de contestar.

—Katie. Katherine Andersson —respondió con voz entrecortada, y después me abrazó; un abrazo torpe, con el cinturón de seguridad puesto, atados cada uno en su lado como prisioneros, por una cruel broma del destino.

Escuché el sonido del intermitente mientras el vehículo ralentizaba la marcha.

Alargué un brazo tímidamente y rodeé su espalda, dudoso. Después le di un par de palmaditas, sintiendo que el coche se detenía.

—Creo que hemos llegado —murmuré—. Es... tu parada.

Alzó la mirada, separándose de mí de golpe.

—Claro. Sí. —Se le trabó un poco la lengua, y forcejeó con el cierre del cinturón, sin conseguir abrirlo—. Ya me bajo. Seguro que tendrás cosas importantes que hacer...

Me observó, expectante, aguardando una respuesta. ¿Aquello era una despedida? ¿O una invitación?

Alargué la mano y le desabroché el cinturón de seguridad, sacándola de su sufrimiento de una vez por todas. Frunció el ceño, pero su rostro se relajó de inmediato cuando mi mano rozó su muslo al pasar. Mi mente divagó por un segundo, imaginando lo que podía haber debajo de aquel vestido. Inspiré hondo y me concentré de nuevo en el momento presente.

—Te acompañaré hasta la recepción —propuse, señalando su hotel a tan solo unos pasos de allí—. Para asegurarme de que llegas sana y salva.

Ella asintió, repentinamente taciturna.

Le abrí la puerta para que bajase y la escolté al otro lado de la calle, hasta la entrada principal. Unas escaleras anchas subían hasta la puerta, coronada por un rótulo luminoso con el nombre del complejo. Durante el corto trayecto no dijo absolutamente nada; caminaba agarrada de mi brazo, sumida en sus pensamientos. Llegamos bajo el porche de acceso y una vez allí me detuve al pie de las escaleras, que llevaban a la puerta giratoria frente a recepción.

—Bueno, aquí nos separamos, querida —dije, tratando de decidir entre darle la mano, darle un abrazo, o probar directamente con un beso en la mejilla, que quizás pudiera extenderse un poco hacia...

—¿Sabes...? —dijo en voz baja, señalando las luces del paseo a lo lejos—. Se me ha pasado el sueño.

—¿Te apetece ir a tomar algo? —pregunté, enarcando una ceja.

A mí, para ser sincero, *sí que me apetecía tomar algo*, pero seguramente no lo tenían en la mayoría de los bares que aún estaban abiertos.

Al menos, no en la carta.

—Preferiría dar un paseo —dijo—. Caminar siempre me ayuda.

—¿Te ayuda... a qué?

—A tomar decisiones... a ver la luz al final del túnel.

Me miró con una expresión indescifrable.

—De acuerdo, entonces —dije, dándole la vuelta como una peonza—. Paseemos y decidamos... lo que sea que te atormenta.

22

Iris



Caminar cogida del brazo de Teo era sorprendentemente agradable.

Me pregunté si se había dado cuenta de que llevaba un rato colgada de su codo, o de que dábamos cada paso simultáneamente, en una pasmosa sintonía que habíamos adquirido al instante y sin darnos cuenta, como si estuviéramos hechos para caminar así desde siempre.

Teo me miró, sonriendo, y después su vista se desvió hacia unos artistas que estaban haciendo esculturas de arena. Me llamó la atención una que mostraba a una mujer con alas de mariposa, caída en los brazos de un ángel.

—Psique y Cupido —murmuró Teo, adivinando mis pensamientos—. ¿Conoces su historia?

Sacudí la cabeza, negando, y él se detuvo junto a la escultura alada. Me atrajo hacia su lado y comenzó a hablar, con la mirada perdida.

—Cuenta la leyenda que el padre de Psique no conseguía encontrarle marido. Desesperado, consultó al oráculo, que le indicó que la abandonase en una montaña por la noche. Allí, un monstruo aparecería y se desposaría con ella.

—Qué amable, su padre... —comenté.

—Tendrías que ver las candidatas que me proponía mi madre en mis tiempos —soltó entre risas—. Tienes suerte de no haber nacido entonces.

—¿Estuviste casado? —pregunté, sintiendo una súbita curiosidad por saber quién pudo haber sido su esposa.

¿Habría tenido una familia, incluso hijos y una vida normal, antes de...?

Sacudió la cabeza y su semblante se tornó sombrío al volver atrás en el tiempo.

—No. Nunca lo he estado.

Viendo que su humor decaía, decidí no hacer más preguntas sobre el tema y dejar que prosiguiera con su historia.

—Al parecer —continuó, orgulloso de poder exhibir sus conocimientos de mitología—, el marido de Psique solo se presentaba por la noche, a oscuras, y sus hermanas la convencieron de que alguien con su aspecto solo podía haber atraído a otro monstruo deforme como ella.

—El típico amor-odio de las hermanas —bromeé, meditando cuánto había de verdad en mi comentario.

—¿Tú crees? —preguntó, y sus ojos me taladraron, verdes y profundos, como si estuviera intentando ver a través de mi alma.

Incómoda, fingí estudiar la estatua y cambié de tema:

—No sé, pero la mujer de la estatua es mucho más guapa de lo que cuentas —dije, señalando a la bella joven alada.

—Cierto; y lo era —concedió Teo, continuando el paseo—. Era una de las mujeres más

bellas de Anatolia, y su esposo secreto era el mismísimo Cupido. Sin embargo, ella creyó a sus hermanas cuando le dijeron que era espantosa, y pensó que, si aquel hombre había accedido a casarse con ella, debía de ser también una aberración. Es lo que pasa cuando uno está a ciegas... que no puede ver nada. Ni siquiera su propia luz.

Guardé silencio, aún colgada de su brazo.

Seguía pensando en su historia; en la incapacidad de Psique de ver su propia belleza; todo muy bonito, aunque lo que más me atormentaba era el comentario de Teo acerca de su madre y las mujeres con las que había querido casarlo.

¿Eran celos eso que sentía?

Me dieron ganas de darme una patada en la retaguardia a mí misma. ¿Cómo podía sentir celos por esas mujeres, que ni siquiera existían ya? Estaba perdiendo la cabeza.

A lo lejos divisé el Serenata, ya cerrado y con las luces apagadas. *Menos mal que Garrett salió en mi defensa*, me dije, recordando de pronto mi escapada, y lo lejana que parecía.

—Si yo pudiera vivir eternamente, no regentaría un bar, de eso estoy segura —comenté, mirando de reojo la reacción de Teo.

Él enarcó una ceja, fingiendo estar ofendido.

—El Serenata es mucho más que *un bar*, querida. Es mi vida entera... es mi misión en este mundo.

Lo observé con la nariz arrugada, sin comprender.

—Tu misión en la vida es... —aventuré, haciéndole cosquillas en el costado—, ¿servir copas a turistas borrachos?

Teo bufó y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. Mi misión es luchar contra la Oscuridad, y evitar que se lleve a más víctimas inocentes.

—Noble misión, Sir Theodore —respondí, imitando su acento.

Teo frunció los labios, pero no dijo nada.

Llegamos hasta el arco que daba acceso a la terraza del bar, y Teo se detuvo debajo, pensativo.

—Al menos tengo una —dijo encogiéndose de hombros. Necesité un segundo para recordar a qué se refería—. ¿Y tú? ¿Tienes una misión en la vida?

Encontrar a mi hermana, quise responder, pero de algún modo, no me apetecía mencionar a Katie en ese momento. Sabía que, si lo hacía, arruinaría la noche. Y mi hermana ya me había arruinado bastantes noches. Quizás, tan solo por una vez, esa noche podía ser mía, sin ser contaminada por la sombra de su fantasma.

—No lo sé —mentí, observando con curiosidad mientras sacaba unas llaves del bolsillo—. ¿Tú qué opinas? ¿A qué podría dedicarme?

Teo abrió la verja metálica y dio la vuelta hasta la puerta trasera de la cocina.

—Podrías proponerte convertirte en la médium más poderosa de Europa —dijo casualmente.

—Supongo que todo es mucho más fácil de lograr cuando uno tiene siglos por delante... —protesté.

—Podríamos llegar a un acuerdo, si el tiempo es tan importante para ti —replicó con una mueca traviesa que mostró sus colmillos. Por un instante se me detuvo el corazón al escuchar su propuesta. Sonrió de nuevo, y yo exhalé con alivio—. Era broma, querida, por supuesto. Anda, pasa. Tengo que recoger unos papeles que me olvidé en la mesa. Será solo un momento.

Abrió la puerta trasera y entró en la cocina. Yo lo seguí de puntillas, sintiéndome extraña en el bar desierto. Estaba acostumbrada a verlo bullendo de vida; hirviendo de gritos y gente. Vacío,

era como una ciudad fantasma.

Teo rebuscó por la encimera. Tras unos minutos, emitió un gritito de júbilo y agitó un manojo de papeles en el aire, satisfecho. Parecía un contrato, y acerté a leer un apellido alemán rarísimo en las primeras líneas.

—Bien. Ya podemos marcharnos —dictaminó, saliendo de nuevo.

Apagó las luces y regresó a la terraza. Sus ojos brillaban tan fuerte que podrían haber iluminado el espacio entero por sí solos. Me sentí atraída hacia ellos de una forma inexplicable: eran como un imán luminoso. A pesar de haber crecido entre vampiros, nunca había visto unos ojos como los suyos: tan grandes, tan seductores, tan... suyos.

—¿Qué miras? —me preguntó, divertido, acercándose a observarme también—. ¿Tengo algo en la cara? ¿Aquí?

Tomó mis dedos y los acercó a su mejilla con gesto pícaro. Sacudí la cabeza, sintiéndome cada vez más tímida, pero no me alejé de él. Lo acaricié suavemente; luego me aparté. Me costaba admitirlo, pero disfrutaba con su cercanía.

—Cuando dije eso de convertirte en la mejor médium de Europa... —dijo Teo en un susurro, tan cerca que pude sentir su aliento sobre mi piel—, lo decía completamente en serio. Todavía no puedo creer que consiguieras dialogar con Margalida Tur, uno de los poltergeist más violentos y poderosos a los que nos hemos enfrentado hasta la fecha.

—Yo... —tartamudeé, incapaz de formar una frase completa teniéndolo tan cerca. Observé sus labios, prodigiosamente carmesíes, y me pregunté cómo sería sentirlos sobre los míos.

—No, no necesito excusas ni modestia. Lo digo porque lo pienso. Pero también quiero decirte una cosa...

Esta vez fue él quien dudó.

Estaba tan cerca que, ahora sí, pensé que iba a besarme. Pero, en vez de hacerlo, dijo:

—Esta noche, cuando Margalida te alcanzó con aquella piedra, el terror me paralizó —murmuró, acariciando un bucle de pelo que se me había soltado de mi recogido—. Habría sido insoportable perderte, Iris. No podía ni imaginarlo. Por eso me enfadé tanto después. Lo siento.

Asentí, distraída.

Acorté la minúscula distancia que quedaba entre nosotros y, esta vez sí, lo besé.

Mis dedos se enredaron en su pelo, liso y claro, tan suave que no parecía de este mundo.

Sus manos subieron por mi espalda, y una de ellas se coló entre mis pechos, acariciándome con sumo cuidado.

El mundo perdió todas sus dimensiones, hasta que solo existimos él y yo.

Él, y yo en aquella terraza bajo la luz de las estrellas.

Si no hubiéramos estado al aire libre, si no hubiera podido pasar alguien... le habría desabotonado aquella ajustada camisa a medida y lo habría dejado bucear por debajo del vuelo de mi falda.

Porque sabía, en el fondo de mi ser, que el amanecer se lo llevaría, a él y a su pasión. Y no solo por su condición de vampiro, sino por el lugar que ambos ocupábamos en el mundo: *jefe y empleada. Vampiro y hechicera.*

A mí no me gustaban los vampiros.

Y a muy pocos vampiros les gustaban las brujas.

Pero esa noche, nada de eso parecía importar: éramos solo dos seres sedientos el uno del otro.

Sentí su dureza contra mi piel, y un escalofrío me recorrió entera, imaginándolo dentro de mí, dándome ese placer que había soñado sin admitírmelo cada vez que escuchaba su voz de terciopelo; cada vez que se alzaba como una torre firme y protectora por encima de mi cabeza.

Deslicé mis dedos por su pecho, suave y frío, deteniéndome en la fina pelusilla dorada que cubría su pecho; la misma sobre la que había derramado una copa no mucho antes. La misma con la que había soñado la primera noche. Enredé mis dedos en ella, y después descendí por la línea hendida entre sus perfectos abdominales, trazándola sobre su ropa.

Sentí que su respiración, escasa normalmente, se volvía rápida y entrecortada.

Me sentí extrañamente poderosa al ver el efecto que causaba en aquel vampiro centenario.

Lo besé, con más ímpetu si cabe, mientras él me dejaba hacer.

Un suave rugido escapó de sus labios, y de pronto, algo cambió en su actitud.

El hombre correcto y gentil que había conocido hasta entonces dejó salir a la bestia que dormía en su interior. Me abrazó fuertemente, y comenzó a besarme sin control por los hombros, hasta subir por mi cuello. Sentí sus colmillos, finos y afilados, mordisqueando mi cuello suavemente.

Quedé paralizada, dividida entre el placer absoluto y el terror.

Recordé mi visión de Héctor bebiendo de mi hermana, y mi lúgubre premonición: *«Mía, para siempre mía... en cuerpo y alma.»*

—Espera... —murmuré, apartándolo un poco de mí con más brusquedad de la que quise.

Teo siguió, sordo a mis palabras, y sentí la punzada de sus colmillos a punto de atravesar mi piel.

—¡Teo, para! —grité, aterrada, y lo empujé a un lado.

Nos quedamos en silencio, acompañados solo por el paso esporádico de alguna motocicleta por el paseo y el romper de las olas contra la arena.

Teo se puso muy serio. Luego me dio la espalda, cruzándose de brazos de cara al mar.

—Te pido disculpas —dijo secamente—. Me dejé llevar. Fue completamente inapropiado.

—Está bien —respondí, ahora un poco más tranquila—. Me asustaste. No esperaba que...

No esperaba sentir tus colmillos sobre mi cuello, pensé.

No esperaba que me gustase, añadió la parte más oscura de mí.

¡Estúpida! Me dije.

Era un vampiro, ¿qué había esperado besándolo así?

Sacudí la cabeza.

—Perdona... —dije, tragando saliva, y tiré de él suavemente, tratando de hacerlo regresar—. Ven, por favor. Empecemos de nuevo. Me sorprendiste. No pretendía rechazarte, de verdad.

Esta vez fue él quien negó con la cabeza.

—No, creo que tienes razón —contestó, haciéndome un gesto para que saliese de la terraza, con la llave en la mano—. Esto no fue una buena idea. Olvidémoslo.

Me miró un instante, y supe exactamente en qué estaba pensando: seguramente en usar el *oblivium*, la capacidad vampírica de eliminar los recuerdos más inmediatos de sus víctimas.

—No. Por favor. No lo hagas.

Asintió, algo escéptico.

—Está bien. Quedará entre nosotros.

Caminamos en el más completo silencio hasta mi hotel. Mientras tanto, yo contaba cada paso, tratando de no pisar las rayas del pavimento en un vano intento de escapar a mi mala fortuna.

Esta vez, Teo no subió las escaleras conmigo, sino que se quedó abajo, en la acera.

—Nos vemos en el trabajo. Hasta mañana —dijo. Después se dio la vuelta y desapareció en la noche, dejándome sola e insomne, acompañada solo por mis frustraciones, mis manías y mis miedos.

23

Iris



San Antonio de Ibiza. Miércoles.

Al día siguiente, Teo no apareció por el Serenata a la hora acostumbrada. Mina me contó que estaba muy ocupado con unos clientes alemanes que acababan de llegar a la isla: al parecer, los famosos chupasangres VIP habían aterrizado en Ibiza al anochecer. Teo se había comprometido a llevarlos a hacer turismo, y seguramente no aparecería por el local hasta el día siguiente. De algún modo, sentí alivio al no tener que enfrentarme a mi jefe cara a cara tras lo ocurrido la noche anterior.

Sin embargo, el que sí hizo aparición poco después de las nueve fue Yannis Katsaros, *El Griego*, tan callado y misterioso como siempre. Me aseguré de ser yo quien sirviera su mesa, la misma del rincón tras la palmera que escogía todas las noches; tenía mucho interés en hablar con él porque algo me decía que después de lo ocurrido, las promesas de Teo de ayudarme a encontrar a Katie se diluirían en el agua salada, al igual que su interés por mí.

No tuve ocasión de conversar con Yannis casi hasta la hora del cierre, porque Oksana me vigilaba como un halcón receloso, y casi podía sentir los tentáculos de su telepatía hurgando descaradamente por mi cerebro en busca de algún cotilleo jugoso con el que vengarse de mí. Ahora al menos sabía por qué me odiaba: porque estaba perdiendo sus poderes, y temía que yo la sustituyese. Y, quizás, por algo más. Aunque de eso no estaba segura.

Ya de madrugada, cuando Oksana salió un rato a tomar el aire, aproveché para acercarme al griego y reanudar nuestra conversación del día anterior.

—Ayer me quedé esperándote —murmuró, con la mirada ausente—. Prometiste venir al final de tu turno, pero no lo hiciste.

—Lo siento... se me complicó la noche. ¿Sigue en pie nuestro trato? —le dije, esbozando una sonrisa forzada mientras retiraba su tercer *Cóctel Número 13* con cautela.

Él alzó la mirada hacia mí y su gesto se tornó más afable; por primera vez me fijé en lo atractivo que era cuando sonreía: una maraña de rizos cortos y oscuros enmarcaba su rostro moreno en todas direcciones, tal y como la brisa marina los había moldeado durante sus travesías diurnas. Su expresión amable suavizaba los ángulos de su rostro, castigado por los años y el sol.

—Claro que sigue en pie —susurró, tirando suavemente de mi antebrazo para que me agachara. Se acercó a mi oído, de modo que nadie más pudiera oírnos—. Las sirenas. Te atraen tanto como a mí. Puedo sentirlo.

Me observó con una mirada sumamente lunática, y yo fruncí los labios. Me pregunté hasta qué punto hablaba el alcohol por su boca, y cómo de veraces podían ser los relatos de un hombre con hábitos como los suyos. Pero, por otra parte, cualquiera me habría tomado a mí por loca si

les hubiera contado que me había criado con un clan de vampiros, o que hablaba con los muertos. ¿Quién era yo para juzgar las afirmaciones de Yannis, después de todo? Y, para colmo, había estado muy cerca de obtener una pista certera durante mi encuentro con Margalida Tur, pero la había desperdiciado por culpa de mis rituales demasiado lentos y aparatosos. Esta vez no iba a dejar que se me escapase la única que me quedaba, por inverosímil que pareciese.

—Sí —dije, siguiéndole la corriente con lo de las sirenas—. Necesito que me cuentes todo lo que sepas sobre esas criaturas. ¿Crees que Desirée está con ellas? —pregunté, esforzándome por ocultar la desconfianza en mi voz.

Yannis alzó un dedo, y respondió con la voz temblorosa y arrastrada.

—Nunca dije que supiera con seguridad dónde está *ahora* Desirée. La pobre chica no era más que una pieza insignificante de un puzle mucho más grande. —Soltó una risa amarga y dio una fuerte palmada en la mesa, agitando la cabeza—. No. Lo que le ocurrió a ella tendrás que preguntárselo a otros, aunque se me ocurre quién podría saberlo. Las respuestas que buscas están en las fuerzas oscuras, que se ocultan más allá de esas costas —extendió el brazo, señalando hacia el Mediterráneo, que era un espejo índigo de calma esa noche.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Al acercarme a él para apartar su vaso, noté el desagradable tufo a alcohol que lo envolvía, aunque sus ojos me parecieron extrañamente sobrios. Sus pupilas oscuras brillaban, negras e inteligentes como las de un mirlo. Tenía ese aire mediterráneo, ligeramente exótico con la piel tostada y el vigor saludable que otorga el trabajo al aire libre. Su rostro se veía curtido por el mar, pero el tiempo lo había tratado bien, a pesar de sus claros excesos.

—No es algo que se pueda explicar... Sería más fácil si te lo mostrara —dijo con gesto misterioso.

Después guardó silencio, aguardando mi respuesta.

—¿Mostrármelo? —murmuré con voz temblorosa, mientras frotaba la mesa con mi bayeta bajo la mirada acerada de Naomi, que me controlaba desde lejos—. ¿Cómo?

Una repentina inquietud me invadió al ver la sonrisa complacida que se dibujó en sus labios al escuchar mi pregunta: claramente, era justo la pregunta que él había estado esperando.

—Yo podría llevarte hasta Las Diablesas del Mar. Las que cantan y atraen a los hombres a la muerte con sus voces, como un faro en la noche. —Gesticuló hacia el horizonte, donde el mar se juntaba con el cielo bajo la luna—. Sí, seguramente fuesen ellas quienes se llevaron a tu amiga la francesa. Y a muchos otros. Ellas... y ellos... me llaman cada vez que salgo a navegar, y por eso la gente piensa que estoy loco. —Se giró hacia Naomi, que canturreaba distraídamente tras la barra mientras le sacaba brillo al grifo de la cerveza—. ¿Es cierto o no? Seguro que tus amigas te han contado cosas de mí.

Me encogí de hombros, fingiendo ignorancia. Observé que Oksana se acercaba por la orilla, de vuelta de su paseo. Tenía el móvil en la oreja y hablaba con alguien, ajena al entorno. Me pregunté cuánto duraría su conversación, y cuánto tardaría en darse cuenta de que yo llevaba demasiado tiempo recogiendo un único vaso vacío.

—La gente dice que bebo demasiado —continuó Yannis—. Dicen que por eso veo y escucho cosas que no están ahí. Pero... déjame que te haga una pregunta, querida Iris... ¿Alguna vez te has preguntado por qué bebo? —Carraspeó, como si tratara de encontrar las palabras correctas —. ¿Se te ha ocurrido que a lo mejor lo hago *para dejar de escucharlas*, para hacerlas desaparecer por un rato... para ahogar esas voces que me llaman día y noche, y que me persiguen hasta en sueños?

Inspiré hondo, sintiendo que se me agotaba la paciencia.

Sí, había crecido entre vampiros. Sabía a ciencia cierta que había licántropos acechando en los bosques más profundos, y brujas capaces de detener tu corazón solo con la fuerza de su pensamiento.

Pero las sirenas no existían. No había constancia de ellas en ningún tratado mágico, y la única explicación lógica era que se tratara de grandes peces o cetáceos que los marinos, exiliados durante meses sin sus esposas, habían confundido entre las sombras con sus fantasías de mujeres hermosas. En mi opinión, era bastante probable que Yannis cayese en esa categoría, aunque era lo suficientemente atractivo para no dormir solo ni una sola noche, si se hubiera relacionado menos con el vodka y más con las personas.

—Yannis, por favor, todos sabemos que las sirenas no...

—¡No!

Empujó la mesa, ofendido, volcando el cenicero y las servilletas que había encima. Naomi levantó la vista desde la barra, preguntándome con las cejas enarcadas si necesitaba ayuda. Sacudí la cabeza, dándole a entender que lo tenía todo controlado.

—Yannis, no me malinterpretes —dije, tratando de calmarlo antes de que llamase la atención de todo el mundo—. No digo que estés mintiendo, pero quizás viste algo, y no supiste interpretarlo bien...

—¡Te llevaré a verlas! Puedo demostrarlo —dijo en tono desafiante—. Sé por qué estás aquí. Tú eras amiga de la francesa, ¿verdad? Desirée. La que desapareció. Y quieres encontrarla. Pues yo sé quién se la llevó. —Se puso una mano sobre el corazón—. Te lo juro por lo que más quiero en este mundo, ¡que me muera aquí mismo si miento!

Oksana terminó su conversación telefónica y comenzó a acercarse a nosotros a grandes zancadas. Fingí limpiar la mesa con mi bayeta por quinta vez, y le contesté a Yannis en un susurro, bajando la vista.

—Tengo que irme —dije—. Pero sí, claro que me interesa saber qué fue de ella. Es muy importante para mí. Por eso vine hasta aquí desde Londres.

—Mi barco está en el puerto de Ibiza —dijo Yannis, sacando un trozo de papel arrugado del bolsillo y apuntando algo en él—. Llámame. Te llevaré a verlas. Las sirenas... ellas siempre están metidas en todos los asuntos turbios. Son peligrosas, no te voy a mentir. Pero sé encontrarlas. Eso te lo garantizo.

Me tendió el trozo de papel, en el que había apuntado su número.

—Mañana por la noche —dijo.

Lo metí apresuradamente en el bolsillo del delantal, pero no respondí. En lugar de eso, me di la vuelta y corrí hacia el almacén. Necesitaba un respiro, un instante para pensar en todo aquello.

—¡Llámame! —gritó Yannis desde su mesa, y sus palabras llamaron la atención de Naomi y Oksana, que me observaron extrañadas.

Me encerré en el almacén y me senté sobre unas cajas de botellas vacías. Al detenerme por primera vez en toda la noche, los recuerdos de Teo besándome en la terraza regresaron en tropel, y cerré los ojos para bloquearlos. *Por Hécate*, qué estúpida había sido pidiéndole que me acompañara a dar un paseo. Teo era un vampiro, igual que Héctor, y eso era lo que ellos hacían: morder a la gente, chuparles la sangre, y aprovecharse de ellos mientras se dejasen. Había estado a punto de caer en la misma trampa que Katie. ¿Se podía ser más inepta?

Saqué el móvil para escribirle un mensaje a Arianna y contarle la oferta de Yannis. Cuando casi había terminado de escribirlo, lo borré, comprendiendo lo absurdo que sonaba todo. Arianna se moriría de la risa cuando leyese que un cliente guapo, moreno y musculoso acababa de ofrecerse a llevarme en su barco *a ver a las sirenas.*

Bien pensado, sonaba un poco a eufemismo.

Porque todos, incluidos los sobrenaturales, sabíamos que las sirenas no existían.

Me puse en pie de nuevo: faltaba aún un buen rato para que terminase mi turno. La noche anterior había dormido poco, y sentía la cabeza dar vueltas de agotamiento.

Inspiré hondo y me rehíce la coleta.

Luego asomé la cabeza por la puerta del almacén, dispuesta a enfrentarme a la hora de trabajo que me faltaba.

Al hacerlo, vi llegar a Teo con una extraña escolta. Dos hombres rubios y altísimos, de espaldas anchas como mulos, caminaban unos pasos tras él. Imaginé que eran aquellos dos vampiros alemanes apestosamente ricos de los que tanto se había hablado en el Serenata, pero lo que más me chocó de aquella comitiva no fueron ellos.

No, no fueron los vampiros, sino la mujer de pelo plateado y belleza ultraterrena que rodeaba a Teo amistosamente con el brazo. Para más inri, no era ninguna desconocida, sino Vanessa, la de la tienda de ropa del paseo.

Bufé, furiosa, incapaz de creer que Teo hubiera encontrado una nueva *víctima* tan pronto.

Vampiros, me dije. *Son todos iguales.*

Bueno, *todos, menos mi padrastro.*

Pero él vivía aislado en su cripta, y sabía muy poco del mundo moderno. Clarence era un caso aparte; un caballero de los que ya no quedaban.

Teo y sus tres acompañantes intercambiaron unas palabras con Naomi y salieron de nuevo. Ninguno de ellos me vio, y yo esperé a que se marchasen antes de salir de mi escondite.

En el fondo, me alegraba de haber visto aquello: había confirmado mi decisión de no volver a confiar nunca, jamás en ningún maldito chupasangre.

24

Teo



Recogí a los Grimmbauer en el aeropuerto, al que llegaron con su flamante jet privado desde Múnich, exactamente a la hora del ocaso.

Raoul desempolvó la limusina para llevarlos, asegurándose de que hubiera bolsas de sangre, champán helado y todo tipo de chucherías en la nevera. Antes de seguir nuestro camino, nos detuvimos en el paseo para ir a buscar a nuestra última acompañante: Vanessa, mi amiga y examante, que además era una gran experta en moda. Su misión era poner en contacto a mis *refinados* visitantes con los dueños de las fábricas y boutiques textiles más exclusivas del país, para que pudieran ampliar su boyante tejeduría en Bavaria. Después los llevaríamos al Serenata, y una vez comprendieran lo estupendo que era mi negocio, les sugeriría sutilmente la posibilidad de apoyar económicamente al único bar de la isla que ofrecía cócteles de cero negativo cien por cien ecológica.

Por desgracia, los pobres eran tan refinados como una hoja de col hervida con gachas, e ir a cualquier parte con ellos iba a ser un auténtico suplicio, pero no era cosa mía educarlos en galantería a esas alturas de su vida.

No; mi trabajo era convencerlos de que San Antonio era el paraíso, y de que su dinero no podía estar mejor invertido en ningún otro lugar que no fuera el Serenata Nocturna.

En compañía de aquellos zafios, la noche transcurrió con una lentitud extrema. Por suerte, Vanessa estuvo espectacular, y los impresionó con sus contactos y su carisma. Pasada la una de la madrugada, le pedí a Raoul que aparcara frente al bar y esperara con el motor en marcha. Tenía que darle instrucciones a Oksana y a Naomi para el día siguiente, cuando llevaría, esta vez sí, a mis exigentes visitantes a nuestro local. Era imprescindible que, a su llegada, lo encontraran todo impoluto.

Desde la calle observé dos figuras agachadas, cuchicheando tras la palmera en la mesa más apartada. Me sorprendió ver a Iris susurrando confidencias al oído de Yannis Katsaros. Mi mente divagó hacia la noche anterior, recordando la suavidad de su piel y el dulce aroma de su pelo. Algo en mí se agitó al recordar el ardor de sus besos. Pero era tan delicada, tan hermosa... Viéndola con él, sentí un rugido de celos brotando en la boca del estómago, pero lo acallé a tiempo.

Cálmate, estúpido, me dije. *Anoche te rechazó abiertamente, ¿qué más necesitas saber?*

Después, el griego le dio un papel y gritó a pleno pulmón que lo llamase: *muy distinguido, muy refinado.* Acto seguido, Iris corrió al almacén y dejó la puerta entrecerrada.

—¿Todo bien? —me preguntó Vanessa con una sonrisa, pasando su brazo alrededor de mi cintura y buscando mis ojos.

—Todo bien. —Asentí, devolviéndole el abrazo con distancia y escurriéndome como un gato

de su tenaza, demasiado amistosa para mi humor de esa noche—. Le dejo estas llaves a Naomi y nos vamos de fiesta —dije con amargura, imaginando el infierno que me esperaba en compañía de esos dos patanes—. ¿Nos acompañas, o te dejo en casa?

—Déjame en casa, por favor —dijo Vanessa, un poco triste al notar que sus avances románticos eran rechazados—. Ha sido una noche muy larga. Pero espero que tus clientes hayan quedado contentos con lo que les he enseñado hoy.

—Sin duda —contesté, mirando de reojo a Aksel y Reiner Grimmbauer, que a duras penas podían contener su entusiasmo ante la gran cantidad de sangre joven y fresca que atiborraba el local.

Les había advertido que mantuvieran sus garras apartadas de mis chicas y de Vanessa, pero lo mejor era tenerlos controlados en todo momento, porque eran capaces de montar un escándalo que luego sería difícil de borrar de la memoria colectiva.

—Raoul te acercará primero a casa. Luego seguiremos nuestra ruta —le dije a Vanessa, apretando sus manos entre las mías.

Ella me miró con anhelo, y por un instante me sentí tentado de pedirle que se quedara hasta el final y durmiese en mi casa. Pero al momento recordé la promesa que me había hecho a mí mismo respecto a ella; no, no era justo hacerle eso otra vez. Sacudí la cabeza y me centré en mis asuntos.

—¿Nos vamos, señor? —preguntó Raoul en cuanto volví de hablar con Naomi.

Asentí, haciendo un gesto a mis acompañantes para que regresaran al coche. No volví a ver a Iris, pero durante todo el camino me pregunté qué podía haberle dado Yannis Katsaros, y por qué le había pedido que lo llamase enfrente de todo el mundo.

¿Acaso tendrían una cita?

La vida sigue su curso... y los mortales no tienen tiempo que perder, me dije con amargura.

Eso ya lo había vivido antes.

Sacudí la cabeza, mirando por la ventanilla.

Tenía que dejar de pensar en ella. Iris era historia. Lo que hiciera esa mujer en sus horas libres no era mi problema y, además, algo me decía que no permanecería en el Serenata por mucho tiempo más.

25

Iris



San Antonio. Jueves.

Me desperté bien entrada la mañana, sacudida por una visión.

Shihan.

Esta vez, pude verla claramente. Era ella, sin duda. Exactamente como en la fotografía, pero mucho más delgada y demacrada. Alargó el brazo hacia mí, llamándome.

«Mi padrastro...», susurró. *«Me dijo que no regresara jamás. Que no quería volver a verme por esa casa. Por eso me fui. No pensaba volver... y luego lo conocí a él... me prometió una vida mejor, y le creí...»*

—¿A quién conociste, Shihan? —pregunté, aún a sabiendas de que era imposible preguntar a los muertos; solo nos era dado canalizar sus mensajes. Sin embargo, ante mi sorpresa, ella pareció entenderme y respondió.

«Él... el hombre misterioso... el del barco...»

Me había respondido.

Incrédula, tiré de la sábana, sintiendo un frío súbito y anormal, y me esforcé por salir de mi estupor.

—¿Qué barco? —pregunté, cada vez más agitada, pero la visión comenzó a desaparecer. Agité las manos, tratando de retenerla—. ¿Qué barco, Shihan? ¿Dónde estás ahora? ¡No te veo!

«Dile a mi madre que no venga a buscarme... que la matarán también... ni tú tampoco, no vengas... no confíes en el hombre oscuro. Dile a mi madre, dile...» La voz borboteó, disolviéndose en la nada. *«Dile que sí que me gustaba el pollo Kung Pao que preparaba. Que me lo dejaba para llamar su atención, porque solo le hacía caso a mi padrastro, pero luego me lo comía de la nevera a escondidas... ¡díselo!»*

Abrí los ojos de golpe.

Desperté con la respiración entrecortada y los dedos crispados sobre el borde de la sábana.

En cuanto el ritmo de mi corazón se calmó, cogí el cuaderno de la mesilla y apunté todo lo que había visto.

Me sentía agotada. Primero, la noche en el Hotel Rincón del Mar y la incómoda situación con Teo; después, la intensa jornada de trabajo del día siguiente.

Los días de trabajo en el Serenata me estaban pasando factura.

Los días de trabajo... y a lo mejor también el haber visto a Vanessa colgada del brazo de Teo.

Ni siquiera había dejado pasar veinticuatro horas, el muy desgraciado. *Salta de una mujer a otra como un maldito orangután en celo, y ni siquiera se molesta en ocultarlo,* pensé rabiosa. El odio subió por mi pecho como espuma caliente y apreté la mandíbula. Me cubrí con la sábana

hasta la cabeza, barajando la posibilidad de quedarme bajo la manta el resto del día.

Me pasé la mañana en la cama, cambiando canales en la televisión y comiendo gominolas, bolsas de chips y galletas.

A las doce del mediodía recibí un mensaje de Arianna desde Nueva Zelanda, dándome las buenas noches y preguntándome qué tal todo.

«Buenas noches, amiga», contesté sin muchas ganas. *«Mejor no preguntes. ¿Crees que podría seguir el horario neozelandés y acostarme ya?»*

En vez de escribirme en respuesta, me llamó de inmediato, adivinando que me pasaba algo. Estuvimos hablando de su trabajo con la bruja de las lagartijas. Su ilusión comenzaba a desinflarse, porque Oonagh solo hacía desaparecer su dinero con ideas estrambóticas, mientras las lagartijas de Nueva Zelanda seguían felices y totalmente visibles. Por otra parte, había conocido a un chico de ascendencia maorí, de nombre Manaaki, y habían quedado al día siguiente para tomar un café. A cambio le hablé un poco de Teo, y casi pude ver su expresión cuando le confesé que era un vampiro.

—No le intereso demasiado —murmuré, fingiendo indiferencia.

—Mejor así —fue su única respuesta—. Esas criaturas no son de fiar, y lo sabes mejor que nadie.

Quise abrir la boca para excusarme y no quedar como una estúpida; quizás decirle que mi padrastro era buena persona a pesar de ser vampiro, pero me interrumpió antes de que pudiera hacerlo:

—Sé lo que vas a decir y la respuesta es NO. Tu padrastro y su clan son un caso aparte. Los vampiros modernos son criaturas horribles, ¿me oyes? Hazte una limpieza energética y olvídate de ese Teo para siempre. Y luego sal y despéjate un poco. Pregunta por tu hermana, o lígate a algún tío normal en la playa. Para eso estás ahí, ¿recuerdas? Para cazar fantasmas, los de esa agencia... y los tuyos, Iris.

No quiso colgar hasta que le prometí, a regañadientes, que haría todo lo que me había pedido.

Aunque iba a ser difícil olvidarme de Teo, cuando tenía que ver sus malditos bíceps musculosos levantando cajas cada día en el trabajo.

A no ser que fingiera estar enferma por el resto de la eternidad, o...

Podría dejar el trabajo y volver a casa, me dije, pero aquel pensamiento de pronto ya no sonaba tan atractivo como un par de días antes. Quizás fuese por la adrenalina de la experiencia con Margalida Tur, que me había dejado con ganas de más, o porque sabía que Londres no sería el mismo ahora que Arianna ya no estaba. O quizás fuera porque, en el fondo...

No.

Ni lo pienses.

Sacudí la cabeza y me levanté a buscar un palito de incienso para hacerme una buena limpieza del aura, que buena falta me hacía.

Comí, como siempre, en el restaurante del apartahotel donde me alojaba. Teo d'Alessandro podía ser un maldito vampiro abyecto y sinvergüenza, pero al menos me había proporcionado un alojamiento con vistas al Mediterráneo y todas las comidas gratis.

La mayoría de los huéspedes del complejo eran belgas, alemanes y británicos; los de mediana edad estaban ya con el almuerzo, mientras que los más jóvenes tenían aún peor cara que yo. Un chico ojeroso me miró con cara de comprensión y nos sonreímos. Me planteé entablar conversación con él, siguiendo el consejo de Arianna, pero no pude. En vez de eso, fui directa a la máquina de café y apreté el botón varias veces, hasta llenar el tazón más grande que encontré. Luego me serví huevos revueltos con jamón y busqué una mesa apartada donde poder comer mi

almuerzo en paz.

Saqué la *tablet* y el cuaderno de mi mochila y lo abrí por la última página escrita, donde había apuntado mi sueño, junto a los nombres de mi hermana y Shihan.

Anoté debajo el nombre de Margalida Tur, pero luego lo taché.

No. Margalida era un callejón sin salida. Naomi la había enviado al Más Allá, y su historia se remontaba a siglos atrás, cuando mi hermana ni siquiera había nacido. Habría sido maravilloso poder hablar con ella y preguntarle qué sabía de Héctor. Sentí que habría podido hacerlo, pero había sido demasiado lenta en reaccionar. *Malditas velas, y malditos rituales interminables.*

En fin. ¿Quién más me quedaba?

Yannis.

Yannis Katsaros. ¿Katsaros? ¿Cómo se escribía eso? Lo escribí lo mejor que supe, y debajo anoté: *Desirée Durand.*

Abrí un buscador de internet y traté de encontrar información sobre ambos. Desirée tenía un perfil público en las redes, en el que publicaba fotografías esporádicamente. Su último post mostraba una vista de la playa de San Antonio, tomada el verano anterior. Parecía muy guapa, sofisticada y pecosa: la típica francesa *chic* de aspecto frágil y cabellos finos castaños. Por desgracia, usaba con profusión los filtros fotográficos, así que no estaba garantizado que su aspecto en la vida real fuera tal y como mostraba en las redes.

Había poco más sobre Desirée. No encontré noticias que hicieran referencia a su desaparición, ni información sobre su trabajo o estudios. Nadie comentaba en sus fotos, así que ahí tampoco había mucho de donde tirar.

Después me centré en Yannis. El apellido *Katsaros* devolvió una decena de resultados, en su mayoría relacionados con una localidad griega homónima. Traté de ajustar la búsqueda y eliminé los resultados en griego. No aparecía nada en inglés que apuntara al hombre que había conocido en el bar. Por último, hice un último intento en español y di con lo que buscaba: una breve nota en un periódico local balear, sin fotografías y fechada ocho años atrás:

> *"Un agente de la guardia costera dado por muerto y un empleado de la tripulación malherido en un accidente cerca de las costas de Sicilia. La embarcación se desvió de su rumbo durante la tormenta Dyanne. Las investigaciones apuntan a un fallo del sistema de localización GPS que arrastró a la embarcación contra las rocas de la costa. El fallecido es S. Hernández, de treinta y dos años de edad y residente en Ibiza. Su compañero, Y. Katsaros, se encuentra ingresado en el Hospital Clínico de Ibiza, en estado grave."*

Apunté también aquel nombre: *S. Hernández,* mientras recordaba la promesa de Yannis:

«Te lo juro por lo que más quiero en este mundo, ¡que me muera aquí mismo si miento!»

¿Quién eres, S. Hernández? ¿Eres eso *que Yannis más quería en este mundo?,* pregunté al aire, con la esperanza de que me contestase alguna voz de ultratumba. Ningún fantasma respondió, así que seguí escribiendo mis conjeturas.

El texto daba a entender que S. era un hombre, de modo que su desaparición seguramente no estaba relacionada con mi hermana, Desirée o Shihan. También existía la posibilidad de que el periodista desconociese el nombre completo y hubiera usado el género masculino por defecto. Por otra parte, aunque por el momento lo descarté, podía ser que las desapariciones afectaran tanto a hombres como a mujeres.

Por otra parte, las tres chicas de mi lista habían *desaparecido,* mientras que el tal S. Hernández había muerto.

Hasta el momento tenía tres chicas desaparecidas en circunstancias similares y un hombre muerto en un naufragio, en aguas normalmente tranquilas. Las tres jóvenes eran extranjeras y habían desaparecido durante sus vacaciones y por la noche: dos en Ibiza, y la tercera en Mykonos.

¿Era posible que Desirée hubiera estado con un vampiro en su última noche, al igual que mi hermana? Al fin y al cabo, el Serenata era un punto de encuentro para los chupasangres de toda Europa. Sobre Shihan sabía demasiado poco, y dudaba que su madre tuviera esa información, pero seguiría intentando preguntárselo. Hice una nueva anotación en el cuaderno:

«Llamar otra vez a la madre de Shihan.»

Contemplé pedirle dinero a mi padrastro para viajar a las Islas Griegas e investigar más a fondo lo de Mykonos, pero lo descarté por el momento. Había evitado decirles dónde estaba, para no preocuparlos. Ellos pensaban que seguía en Londres. Y, de todas formas, todavía tenía muchos sitios que investigar en Ibiza. Comprobé con alivio que el contable de mis padres había ingresado el dinero del alquiler en mi cuenta, y suspiré. Había de sobra para pagar mis gastos corrientes durante semanas, sin tener que dar explicaciones a mi madre o mi padrastro. Si mi madre se enteraba de que había vuelto sola a Ibiza, y más aún a ese bar plagado de vampiros, iba a perder la poca cordura que le quedaba.

La camarera se acercó a retirar mi taza vacía de café, y yo le di las gracias con una inclinación de cabeza. De pronto, valoraba mucho más los esfuerzos del personal de hostelería. Nada como vivir en tus carnes la indiferencia de los clientes y las respuestas maleducadas de algunas personas para cambiar por completo tu actitud hacia los camareros.

Miré por última vez los tres nombres: *Katherine, Shihan y Desirée*. Los uní con un círculo, repasándolo una y otra vez con el bolígrafo.

¿Qué tenían en común? Aparte de ser jóvenes, guapas y en la veintena.

"A lo mejor, nada," dijo la voz en mi cabeza. *"A lo mejor deberías aceptar que tu hermana no volverá nunca, y punto."*

Abandoné el restaurante y comencé a vagar sin rumbo por el paseo, contando cada paso. Me planteé llamar de nuevo al hotel *Azure Oasis*, en el que nos habíamos alojado Katie y yo cinco años atrás. Quizás esta vez tuviera más suerte y consiguiera hablar con la gerente. La primera vez había sido un fracaso, y encima alguien se lo había contado a Teo.

Si pasan tres matrículas pares es señal de que debo llamar, me dije.

Al momento, tres coches exactamente iguales, del mismo color, pasaron por mi lado, con matrículas terminadas en dos, cuatro y seis.

Más claro, agua.

Busqué un banco en la sombra y marqué el número del hotel Azure Oasis. Cerca de allí habíamos encontrado el teléfono de Katie y la cadena de plata que yo aún llevaba alrededor del cuello, aunque sin el medallón de rubí.

Me contestó un recepcionista y traté de convencerlo de que me dejase hablar con alguien de dirección. Se negó repetidas veces, hasta que tuve una idea desesperada.

—Trabajo para Theodore d'Alessandro —dije, esforzándome por sonar tan pedante como él —. Se va a disgustar mucho cuando se entere de que se niegan a cooperar con nosotros.

Se hizo silencio al otro lado de la línea, y escuché al recepcionista cuchicheando en voz baja con alguien.

—Disculpe, señorita, ¿me puede repetir su nombre?

—Andersson.

—Por supuesto, señorita Andersson, manténgase a la espera.

Mientras escuchaba el tedioso hilo musical, recordé las palabras de Teo durante uno de nuestros primeros encuentros: *«No hay nada que ocurra en esta isla que yo no sepa. Si alguien está aquí, yo lo conozco, o conozco a alguien que lo conoce, y a alguien que lo ha visto pasar o sabe a dónde ha ido.»*

Al parecer, era cierto.

—Bien, Miss Andersson, disculpe la espera —dijo el recepcionista al otro lado—. Por desgracia, nuestra directora, la señora Bowman, no está hoy. Pero su secretaria podría atenderle mañana por la tarde, si lo desea.

Colgué, sintiendo la excitación de haber encontrado un nuevo cabo del que tirar. Reservé el coche de alquiler más barato que pude encontrar para el día siguiente y apagué la *tablet*.

Luego subí a mi habitación a cambiarme para el trabajo y volví a la calle, recordando el lema de El Caldero Mohoso, el preferido de Maryam: «*El jueves, hasta donde la noche te lleve.»*

Bien. Veamos hasta dónde nos lleva todo esto, me dije, y comencé a caminar paseo abajo, contenta con los avances en mis averiguaciones.

26

Iris



Llegué pronto al bar. Estaba todavía cerrado, y yo no tenía llaves, de modo que me senté cerca de la entrada, en el paseo, y me puse a revisar una vez más las fotos viejas de mi viaje con Katie. Héctor, el vampiro misterioso, no aparecía en ninguna, pero eso era normal en los chupasangres: que yo supiera, las cámaras ordinarias los evadían.

Traté de recordar los nombres de las otras personas que aparecían en las instantáneas: habían sido amistades esporádicas, y ni siquiera me habían dicho su apellido o su número de teléfono. Un par de ingleses, una italiana, una chica holandesa cuyo nombre ni siquiera recordaba ya... Busqué un rato más en internet, tratando de dar con alguno de ellos. No era fácil, cuando lo único que tenía era una foto de grupo borrosa con la que hacer búsquedas reversas.

En cualquier caso, no era nada que la policía no hubiera investigado ya por los métodos tradicionales.

Al rato llegó Mina con las llaves, seguida por una nube de abejas que zumbaban tras ella. Me saludó sin detenerse y subió la persiana del local. Luminix apareció —literalmente apareció de la nada—, y ella se agachó a acariciarlo entre ronroneos.

—Me encanta tu vestido, por cierto —me dijo con admiración, mientras el gato se restregaba por sus piernas— ¿Dónde lo has comprado?

Me agaché y alisé la tela de la falda, cubierta de bordados de salamandras blancas. Había conseguido lavarlo y secarlo a tiempo de puro milagro.

—En una tienda del paseo. La dueña es... —Traté de buscar una forma neutral de describir a Vanessa, que no tenía culpa alguna de que Teo fuera un imbécil—. Es una mujer peculiar, con el pelo plateado y muy largo, que se llama...

—¿Vanessa? —me interrumpió, frunciendo el ceño.

—Sí, Vanessa. ¿La conoces?

—Claro —dijo Mina mientras le daba un beso en la cabeza a Luminix—. Pobre infeliz. Está colada por Teo. Llevan años saliendo de manera intermitente. Y lo peor es que ella no lo sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... cosas de vampiros; lo típico. Lo extraño es que ella siempre vuelve a picar... no lo entiendo. Más aún, teniendo sangre demónica.

—¿Sangre demónica? —repetí, incrédula.

—Sí —respondió Mina tan tranquila, caminando hacia la cocina—. ¿No lo sabías? Un demonio abusó de su tatarabuela... por eso ella y su hermana tienen ese aspecto tan... bueno, tan *peculiar*. Si te dijera cuántos años tiene realmente, no te lo creerías.

—¿Quieres decir que lleva décadas... siglos... saliendo con Teo? —pregunté, con el corazón en un puño.

Mina frunció el ceño, y apartó la nube de abejas para que se quedasen fuera de la cocina.

—No, bueno, *saliendo* no... son más bien amigos, pero con ciertos derechos extra. A veces duermen juntos, aunque sospecho que le borra los recuerdos cada noche, antes de que amanezca.

Sentí que se me encogía el estómago. Odiaba a los vampiros que se aprovechaban del *oblivium*. Una cosa era usarlo para mantenerse a salvo de los mortales, y otra aprovecharse así de una pobre mujer, utilizándola durante años. Sentí un profundo desprecio por Teo, que debió de reflejarse en mi cara.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Mina, encendiendo las luces de la cocina—. Pensé que habías crecido con un clan de vampiros. ¿No sabías lo del *oblivium*? Pero si lo hacen todos... ¿cómo sobrevivirían si no? Tendrían que matar a sus víctimas después de morderles, o de lo contrario, los mortales ya habrían acabado con su estirpe. El *oblivium* es una medida de seguridad que les permite alimentarse sin que las presas recuerden lo ocurrido. Es una forma de clemencia, en mi opinión.

—Los vampiros que yo conocí en mi infancia eran muy diferentes. Una comunidad cerrada. Eran gente un poco anticuada, pero con principios. Cuando salí por primera vez de allí me llevé la sorpresa de mi vida... entendí cómo son los verdaderos no-muertos; la gente como Teo... la gentuza que frecuenta este bar...

Pensé en los Grimmbauer, aquellos invitados tan *importantes* que habían aparecido la noche anterior junto a Teo y Vanessa. La manera en que miraban a las mujeres del bar, como si fueran poco más que trozos de carne, era escalofriante. Solo con pensar que Teo se juntaba con ese tipo de gente, y, peor aún, que compartía sus inclinaciones, me provocaba náuseas.

Mina frunció los labios mientras inspeccionaba el estado de la cocina: Garrett, el cocinero, lo había dejado todo reluciente antes de marcharse.

Mi compañera me tendió la lista que había dejado el cocinero, y me pidió que comprobara que teníamos todos los ingredientes necesarios antes de que el australiano llegara. Asentí y me dirigí al almacén para comprobarlo. Estaba a punto de salir, cuando la voz de Mina me detuvo.

—Iris, aunque no lo creas, Teo es un buen hombre. Pero, como todos los vampiros, tiene sus necesidades, y sus secretos. ¿Nunca te has preguntado por qué un hombre que se puede permitir un yate de lujo trabaja en un bar de copas? ¿Por qué insiste en mantener una agencia paranormal, cuando los gastos triplican a los ingresos? Su familia le dejó una finca enorme en Hampshire. ¿Te has planteado alguna vez por qué sigue aquí, cuando podría vivir allí tranquilamente, con discreción, y sin el riesgo de que alguien notara su condición de vampiro?

La observé con interés desde la puerta, sujetando la lista en la mano.

—No lo sé. ¿A lo mejor le gusta más el clima de Ibiza?

Mina sacudió la cabeza, haciendo que su trenza desordenada bailase, y frunció los labios.

—Lo dudo. Demasiadas horas de sol. Pero si no lo comprendes, será porque todavía no es tu momento. Supongo que eres más feliz viviendo en la ignorancia —Miró a un lado y a otro con preocupación—. Si Oksana se entera de que te he dicho todo esto, me mata. Olvídalo; a veces hablo antes de pensar. Ya parezco Yannis Katsaros, gritando sus locuras por todo el bar...

Se metió en el almacén y yo la seguí.

—Hablando de Katsaros... —dije, deseosa de continuar con aquella conversación que parecía ya zanjada para ella.

Mina se dio la vuelta y me miró de arriba abajo.

—No me digas que ya te ha contado sus historias descabelladas. —Guardó silencio por unos instantes—. Espera. ¡No me digas que vas a llamarle! Lo escuché ayer... se me pusieron los pelos de punta. Es increíble, ¡y no llevas ni una semana aquí! Ese hombre es incorregible. Iris, ve con

cuidado. Cuando empieza a hablar de las sirenas, es señal de que se le ha ido la pinza y hay que cortarle el suministro de alcohol.

—¿Las sirenas? Sí, ayer me dijo algo... ¿Entonces piensas que es todo mentira?

El rostro de Mina delató un horror absoluto. Chasqueó los dedos y una fila de hormigas, que recorrían la terraza en dirección a la barra, desvió su curso al instante.

—Puedo conectar con cualquier criatura del reino animal y te puedo asegurar que jamás he detectado ninguna sirena —afirmó—. Si existieran, yo sería la primera en saberlo.

—Bueno, eso sería si fueran *peces*... ¿no? Pero, ¿y si no fueran animales? Y si fueran... ¿humanas? ¿Seres sobrenaturales, como... como nosotras?

Un atisbo de ira pasó como un relámpago por su rostro, algo poco común en alguien tan tranquilo como Mina.

—Iris, tú y yo somos muy parecidas. Poseemos la misma sangre de brujas, aunque provengamos de lugares muy distintos. Pero todo el universo sobrenatural sabe que las sirenas no existen. Lo que pasa es que Yannis perdió a un buen amigo en el mar, y, desde entonces, como suelen hacer los marinos, culpa a las sirenas. Pero jamás hubo sirena alguna. Está todo en su mente. —Se dio un golpecito sobre la sien para enfatizar sus palabras—. Si no me crees, busca en los periódicos. Hay noticias sobre el accidente, fue hace un par de años.

Asentí.

—Sí, algo he encontrado... leí sobre su amigo. S. Hernández. ¿Sabes quién era?

—Samuel —aclaró Mina, extendiendo un dedo para ayudar a una de las hormigas a bajar de un estante alto—. Trabajaban juntos. El otro era guardia costero. Yannis tripulaba el barco. Hubo una tormenta, un fallo en el sistema GPS... se estrellaron contra unas rocas. Creo que al tal Samuel lo dieron por muerto, aunque no pudieron rescatar el cadáver del fondo del mar. Después de eso, Yannis dejó el trabajo. Desde entonces se dedica a ofrecer excursiones baratas para turistas, de esas en las que todos se emborrachan a bordo y luego se tiran a nadar desnudos en alguna cala desierta.

Tragué saliva, abatida por aquella lúgubre historia.

—Sí... —continuó Mina, leyéndome la mente—. Le afectó mucho, y probablemente sufre de estrés postraumático. Selena ha intentado ayudarle con su magia curativa, pero es imposible. Está demasiado cerrado en sí mismo. Es un caso perdido.

—Vaya. Pobre hombre. Lo siento mucho por él. Debe de ser horrible, ver morir así a un amigo...

Mina se mordió el labio, como si dudase en seguir hablando.

—No está claro qué fue de Samuel, porque nunca se encontró el cuerpo —dijo en voz baja—. Pero es posible que Yannis fuera el responsable del accidente. Los barcos modernos no naufragan así como así...

—Sabes mucho de su vida, para alguien que me recomienda no acercarme a él ni seguirle la corriente —comenté.

Mina me miró desde el umbral de la puerta, y se adivinó un velo de tristeza en sus ojos oscuros.

—Todo esto lo sé por Desirée. Era buena chica... compasiva, le gustaba ayudar. Una curandera, como Selena. La atraían los hombres con problemas y, como muchas mujeres, fantaseaba con *repararlos*. Oksana y Naomi la tachaban de holgazana; pensaban que hablaba con la gente solo para escaquearse del trabajo. Pero no era eso. Quería ayudar, a su manera. Hablaba mucho con Yannis, y también con otros como él; incluso se quedaba con él después de cerrar, y les llamaba un taxi si tenían una mala noche... Fue ella quien me contó todo esto. Era muy dulce,

sí... pero las malas compañías fueron su perdición...

En ese momento apareció Teo, como invocado por aquella última frase. *Ahí va otra mala compañía*, pensé, y algo en mi interior se derritió un poco al recordar nuestra última y catastrófica velada juntos. Si no hubiera escapado a tiempo, seguramente habría terminado sumida en la misma danza interminable de citas y *oblivium* que la pobre Vanessa.

Tras él entraron Naomi y Oksana, que parecían salidas de un concurso de caras de malas pulgas.

—¡Se acabó la tertulia, señoritas! —dijo Teo, dando una palmada para llamar la atención de todo el mundo.

Observé que se había arreglado más de lo habitual, y la camisa beige le ajustaba a la perfección; sin duda, hecha a medida. Mi cerebro reconstruyó la imagen de aquellos pectorales perfectos, tal y como los había podido apreciar esa noche bajo las estrellas, y recordé su tacto bajo las palmas de mis manos...

—Esta noche tendremos aquí a los Grimmbauer —anunció Teo, interrumpiendo mis inútiles fantasías—. Están de camino, y lo quiero todo perfecto cuando lleguen. Oksana, ve a buscar el Dalmore de veinticinco años. Ni se te ocurra servirles otra cosa. Mina, ve a la floristería y consigue los mejores centros de mesa. Iris...

Se detuvo un instante, pensativo, buscándome pero evitando mis ojos. Me puse enfrente de él, de brazos cruzados, y lo observé fijamente. Teo me sostuvo la mirada, y permanecimos así unos segundos, en un tenso duelo que no pasó desapercibido a las demás. Sus ojos verdes relucieron un instante, y al final fue él quien apartó la vista primero.

Uno a cero, pensé.

—Que barra el suelo —sugirió Oksana, siempre tan encantadora— Esta arena se cuela por todas partes —añadió, sacudiéndose las sandalias con un gesto de disgusto.

Quise protestar, pero Teo estuvo de acuerdo con ella y no tuve más remedio que ir a buscar la escoba y el recogedor. Me sentí como una estúpida Cenicienta, versión ibicenca.

Mientras rebuscaba por el almacén, escuché un carraspeo a mis espaldas. Me di la vuelta y encontré a Teo junto a la puerta, a tan solo dos pasos de mí.

Me detuve en seco, con la escoba en la mano.

—Tenemos que hablar —dijo con voz seca, y probablemente advirtió la sorpresa en mi cara porque añadió rápidamente, extendiendo las manos frente a sí—: no, no me refería a *eso*. Es sobre ese griego. Te vi hablando con él anoche, y me preocupa tu seguridad.

Me apoyé en el palo de la escoba, clavándola en el suelo como una lanza de combate, y enarqué una ceja.

—Claro. A mí también me preocupa tu seguridad. ¿No tienes miedo de que Vanessa te clave una estaca mientras duermes?

Esta vez fue él quien se quedó con cara de haber visto un espectro.

—Iris, eres una mujer adulta y puedes hacer lo que desees, pero conozco casos de mujeres que no terminaron bien después de acercarse demasiado a ese individuo.

—Claro, porque las mujeres que andan contigo siempre terminan bien, ¿verdad? —dije, lanzándole todos los dardos de rencor que había ido acumulando desde la noche anterior.

Teo apretó la mandíbula y dejó escapar el aire lentamente, tratando visiblemente de calmarse.

—Iris, escúchame —dijo con impaciencia—, mis inversores están a punto de llegar, y no tengo tiempo de discutir por bobadas. Pero, por favor te lo pido: ese hombre te lleva diez años; no confíes en él, ni en nada de lo que te diga. Y, hagas lo que hagas, ni se te ocurra quedarte a solas con él, ¿me entiendes?

—Ya que estamos, tú me sacas ciento cincuenta años, ¿por qué debería fiarme *de ti?*

Me pareció escuchar un gruñido ahogado proveniente de su garganta, pero justo entonces la voz de Naomi nos interrumpió:

—Están aquí los Grimmbauer —anunció, asomándose por detrás de Teo—. Han llegado antes de tiempo.

—Diles que voy enseguida —respondió Teo, molesto por la interrupción, y alzó el dedo índice en el aire para llamar su atención—. Naomi, el whisky... recuerda: solo les gusta el Dalmore. Nada de bourbon. ¿Oksana lo ha encontrado?

Naomi asintió y se marchó, no sin antes lanzarme una mirada cargada de curiosidad.

—Permiso —dije, introduciendo la escoba por el minúsculo espacio que quedaba entre Teo y el marco de la puerta del almacén—. Ese suelo no se va a barrer solo...

—Maldita sea, ¿es que no entiendes nada? —murmuró Teo, sujetándome por el brazo para impedir que me marchara. El roce de aquellas manos, grandes y fuertes, se extendió por todo mi cuerpo, desencadenando el recuerdo del tipo de milagros que eran capaces de obrar esos mismos dedos—. Ahora tengo que marcharme y atender a mis invitados pero, por lo que más quieras, mantente alejada de Yannis Katsaros. Por tu bien... y por el de todos nosotros.

Sí. Y sobre todo por el tuyo, pensé furiosa.

Teo se fue, con el rostro enrojecido de furia, y salió a recibir a sus distinguidos invitados. Entretanto, yo me puse a barrer las tablas de madera con tal fuerza que las fibras de la escoba comenzaron a volar por los aires. Descargué mi furia contra los granos de arena, golpeando la madera del suelo mientras imaginaba que azotaba el trasero de alguna persona a la que odiaba a muerte en ese momento: alguien que, casualmente, tenía el rostro pálido, el pelo claro y unos colmillos el triple de largos de lo normal.

Al levantar la vista atisbé su figura de hombros anchos riendo al otro lado del bar. Estaba apoyado en la barandilla que daba a la playa, con su exclusiva camisa beige arremangada e inmerso en una animada conversación. Lo acompañaban dos vampiros más altos y rubios, los mismos de la noche anterior, aunque esta vez Vanessa no estaba con ellos. Oksana les estaba sirviendo aquel maldito whisky de cientos de años, y todos parecían encantados de la vida. Debía de ser fabuloso: ser rico e inmortal, eternamente despreocupado y con todos los placeres del mundo carnal a tu alcance.

Mientras pensaba en ello vi entrar a Yannis y sentarse en su mesa de costumbre. Me hizo un gesto para que me acercara, y yo negué con la cabeza: tenía que terminar de barrer el suelo primero. Él pareció decepcionado. Colocó su teléfono móvil sobre la mesa y lo señaló con el dedo, como diciendo, «*Olvidaste llamarme*».

No lo había olvidado; solo había estado muy ocupada rebuscando en su pasado y tratando de decidir si podía fiarme de él o no.

A Teo no se le escapó mi intercambio de miradas con el griego. Lo vi apretar los puños en silencio, y la mitad más malévola de mí se alegró de verlo un poco celoso. Pero la otra mitad se entristeció al recordar la fuerza de aquellos brazos en torno a mi cintura, y la desolación que había sentido desde el instante en que el pánico me había obligado a soltarlo.

27

Iris



Los esperados hermanos Grimmbauer paseaban su rubio trasero por el Serenata Nocturna, comportándose como leones en celo en busca de una presa. Algo en su porte y en su actitud hacía pensar que ellos, y no Teo, eran los verdaderos dueños del local y, quizás por eso, me recordaron a Héctor Sinclair.

Rememoré la insistencia con la que aquel vampiro renacentista había cortejado a mi hermana... pero solo tras ser rechazado por mí. Cuando se lo conté a Katie, ni siquiera me creyó: *¿su tímida hermana pequeña, la torpe, la bajita, la maniática, elegida por un hombre así?* Para Katie, era algo impensable. Y para mí también, en parte.

A menudo me preguntaba qué habría ocurrido si yo hubiera accedido a los avances del vampiro aquella primera noche. ¿Habría sido yo la desaparecida? Nunca lo sabría, porque le había dicho que no sin pensármelo, espantada por el aura de corrupción que sentí a su alrededor. Héctor no tardó en buscarse un nuevo objetivo, y lo demás era historia... mi amarga historia familiar.

El Serenata estaba de punta en blanco, limpio hasta en los rincones más recónditos, con arreglos florales tan frescos que se podría haber celebrado la recepción de una boda. Al pasar por la barra agudicé el oído y traté de captar algo de la conversación entre Oksana y Naomi.

—Está desesperado por conseguir capital —susurró Oksana con aire de secretismo, vanidosa por estar mejor informada que las demás—. Si no encuentra a alguien dispuesto a hacerse cargo de todas las pérdidas, la agencia se irá a pique. Y el bar también.

—Pues para ser sanguijuelas, no están nada mal... —comentó Naomi, lanzándoles miradas de reojo a los dos rubios—. ¿Cuál de ellos es Reiner? Me ha dicho que ese es el mayor. El que decide... a ese hay que ponerle la alfombra roja, por lo visto.

—¿El mayor? ¡Pero si ni siquiera son hermanos de verdad! —Oksana rio, mientras fingía limpiar unos vasos—. Creo que Reiner es ese, el que tiene una peca rojiza en la mejilla. El pequeño es Aksel... es más guapo que el otro, ¿no? Aunque a mí no me van los rubios —añadió atusándose su corta melena dorada.

Antes de contestar, Naomi le lanzó una mirada cargada de significado a Oksana, y luego a Teo sin que se diera cuenta.

—Ya, bueno...

Ambas rieron por lo bajo, ocultándose tras el tirador de la cerveza, y yo me quedé pensando en el posible significado de aquellas últimas palabras.

Durante el resto de la noche, evité la mesa de los clientes VIP, por miedo a meter la pata. No quería ser la responsable si Teo perdía algún trato millonario por un error mío.

Espiaba un poco cada vez que pasaba por su lado, recordando la conversación entre Oksana y

Naomi. Los Grimmbauer aparentaban treinta, quizás cuarenta años, pero con los inmortales siempre era difícil adivinar su edad real. Me pregunté entonces cuántos años tendría Teo, y al instante sacudí la cabeza. ¿Y a mí qué me importaba eso? Seguramente cientos, y con muchas amantes a sus espaldas. Por suerte, me había salvado por los pelos de convertirme en otro más de sus trofeos de caza.

Vanessa hizo su aparición más tarde, vistiendo un magnífico vestido lleno de brillantes, que relucía bajo las diminutas luces LED de la entrada. Con sus cabellos larguísimos, parecía un hada del bosque. Me sonrió, y yo le devolví la sonrisa, porque, a fin de cuentas, ella no me había hecho nada. Luego se dio la vuelta para abrazar a Teo, y yo aparté la mirada para ahorrarme el tormento.

La noche era tórrida, a pesar de estar todavía a finales de primavera. Sentí que me caían gotas de sudor sobre la frente, y decidí tomarme una breve pausa.

Fui al baño a salpicarme la cara con agua, y el espejo me devolvió un rostro cansado y ojeroso. Necesitaba lavarme el pelo urgentemente. Había dejado la puerta de los aseos entreabierta, y al alzar la mirada noté una ancha figura apoyada sobre el marco. Era uno de los Grimmbauer, el del lunar rojo en la mejilla, observándome con un brazo a cada lado del marco de la puerta... y con aspecto hambriento.

Oh, maldita sea.

Si bien recordaba, ese debía de ser Reiner... *el importante.*

—*Hallo*, Iris —me saludó con voz seductora, dejando entrever sus colmillos—. ¿Qué haces después del trabajo?

Inspiré hondo. Quizás, si lo ignoraba durante suficiente rato, desaparecería por sí mismo. Al menos, con los granos funcionaba.

Me acerqué al dispensador de toallas de papel y me sequé las manos sin mirarlo.

—Te he hecho una pregunta —repitió, en un tono menos afable—. ¿Qué haces esta noche?

—Dormir —respondí, tomando otra respiración profunda. Inspira, expira. Inspira, expira. Siempre funcionaba. *¿Por qué no estaba funcionando?*—. Por cierto, no recuerdo haberte dicho mi nombre.

El vampiro sonrió ampliamente sin apartarse de la puerta, y esta vez mostró por completo sus largos y brillantes colmillos blancos.

—Siempre me informo de cómo se llaman las chicas más guapas cuando llego a un sitio nuevo.

Seré idiota, pensé, *¿por qué le he dado cuerda?*

Para arreglarlo señalé detrás de él, hacia la terraza repleta de gente.

—Ahí fuera las tienes a puñados. Yo no estoy interesada, gracias.

Me planté enfrente de él con los brazos en jarras, dispuesta a salir de ahí de inmediato. El muy estúpido no se movió ni un centímetro, disfrutando de su superioridad física.

—Déjame salir —le ordené con voz firme—. Tengo que volver al trabajo.

—Solo si prometes acompañarnos a una fiesta esta noche. ¿Has estado alguna vez en un yate de lujo? Seguro que te encantará.

—Pues sí, ya que preguntas —contesté, recordando el yate de Teo—. Pero ya te he dicho que no me interesan tus fiestas... ni tu invitación. Y ahora, si me lo permites, voy a seguir trabajando. Apártate o invocaré a algún poltergeist del inframundo para que te ponga en tu sitio.

La sonrisa del vampiro se ensanchó, hasta convertirse en una sonora carcajada.

Me mordí el labio. Teo se pondría furioso si se enteraba de lo que estaba a punto de hacer con su invitado VIP. Pero ese maldito Reiner me estaba sacando de quicio.

Lo embestí como un toro, decidida a salir de ahí por la fuerza. Su brazo, fuerte como una garra, me sujetó por el hombro, mientras su otra mano me pellizcaba el trasero sin pudor.

—¡He dicho que me dejes en paz! —le grité a aquel desgraciado que, claramente, no entendía la palabra «no».

Me empujó sin esfuerzo hacia los cubículos de mujeres, y cerró la puerta detrás de nosotros.

Quedé atrapada con él entre la taza del váter y la puerta de madera. Conté mis respiraciones, concentrándome en calmarme. Tenía que salir de ahí. *Iba* a salir. Estaba segura.

—Abre esa puerta inmediatamente o usaré mis poderes —lo amenacé, sintiendo que el miedo crecía cada vez más en mi interior.

Sí, esos maravillosos poderes que me permitían hacer cosas tremendas: como, por ejemplo, escuchar historias sobre niñas que no se terminaban el pollo asado de su madre.

—No te sulfures, preciosa. No voy a hacerte nada. —replicó él, relamiéndose—. Solo he juntado un poco la puerta para poder hablar contigo en privado. Me gustan las brujas, aunque huelan raro, ¿sabes? Y no me vas a negar que yo también te gusto. No has dejado de mirarme desde que he llegado.

Idiota. Estaba mirando a Teo, no a ti.

Sentí que iba a lamentar lo que estaba a punto de hacer, y que seguramente perdería mi trabajo, pero le di un bofetón al vampiro insolente y salí en tropel del baño. En mi carrera, me topé de bruces con Teo, que iba de camino a los servicios.

—Te estaba buscando —me dijo, y sus ojos me atravesaron como dagas, comprendiendo lo ocurrido—. ¿Te ha hecho algo? —preguntó subiendo el tono.

Sus ojos brillaron, beligerantes, y me agarró de los costados con ambas manos, sujetándome con actitud posesiva. Sacudí la cabeza y miré atrás. Reiner seguía en el baño de mujeres, oculto como la rata que era en alguno de los cubículos.

—¿Ha intentado morderte? —insistió, con la mandíbula tensa.

Yo permanecí quieta, todavía en shock.

—Si te ha puesto un solo dedo encima, lo mataré —murmuró. Sus ojos centelleaban, completamente fuera de sí.

Lo miré fijamente y negué con la cabeza, aterrada por el tono de su voz. Entreabrí los labios, compilando una respuesta, y él se acercó tanto que pensé que estaba a punto de besarme.

Justo entonces, Vanessa apareció a toda prisa por detrás de Teo, mirando su reloj de pulsera.

—¿Nos vamos? Acaba de llamar mi hermana, y... —dijo, y se interrumpió de golpe al observar la extraña escena entre nosotros dos—: ¿Todo bien?

—Todo bien —respondí yo con voz lúgubre, y me separé del rígido abrazo de Teo.

Luego me escabullí en dirección a la cocina, aunque pude sentir la mirada de ambos sobre mi espalda, taladrándome.

28

Iris



San Antonio. Viernes.

Ese viernes me levanté temprano. Reiner Grimmbauer no había vuelto a molestarme durante la noche; seguramente porque Teo se lo había llevado a rastras del Serenata en cuanto llegó Vanessa.

Tenía una lista larguísima de cosas que hacer, y una excursión pendiente a la capital, de modo que le escribí un mensaje a Teo pidiéndole el día libre. Usé un tono frío y profesional, fingiendo que la noche anterior no había ocurrido absolutamente nada. Él contestó exactamente igual, con esa desesperante frialdad inglesa que usaba como barrera, y como si no hubiera estado a punto de despedazar a su mejor inversor por mi culpa tan solo unas horas antes. A pesar de ser fin de semana, y de que los babosos de los Grimmbauer aún seguían por la zona, me respondió confirmando que no había ningún problema si descansaba esa noche.

Él no lo sabía, pero *descansar* era lo último en mi agenda. Tras el desayuno, recogí el coche de alquiler cerca de la playa de S'Estanyol, y seguí las indicaciones del GPS hasta el hotel Azure Oasis. La secretaria de la directora no me esperaba hasta después de comer, así que me fui a dar una vuelta por los lugares que había visitado con mi hermana durante mi viaje, cinco años atrás.

Dejé el coche en un parking, al norte de Playa d'En Bossa, y fui caminando por el paseo, deteniéndome en la zona donde se cogía el aqua-bus para Formentera. Al pensar en la isla recordé a Margalida Tur, y deseé de nuevo que Naomi no la hubiera liquidado tan deprisa.

No muy lejos de la playa d'En Bossa, en un local muy parecido al Serenata, Katie y yo habíamos conocido a Héctor.

Aquella noche, años atrás, elegimos una terraza delimitada por cañizo y palmeras en tiestos, con sillones de bambú cubiertos por mullidos almohadones de arpillera. Nos sentamos solas a tomar algo y a disfrutar de la música. Estábamos hablando de Roma y Florencia, las primeras paradas de nuestro viaje, cuando Héctor se nos acercó, seguido por un par de chicas extranjeras.

—Me pareció que hablabais de Florencia —dijo, sonriendo—. Casualmente, pasé mi infancia allí. Puedo contaros muchas historias de la cuna del Renacimiento...

A Katie se le iluminaron los ojos solo con oír aquello. Yo habría preferido estar a solas con mi hermana, pero nuestro viaje estaba en la recta final, y Katie parecía desesperada por aprovecharlo al máximo. Además, aquel extraño había pronunciado las palabras mágicas que derretirían sin remedio su corazón de historiadora del arte: *Renacimiento* y *Florencia*.

—¡No me digas! —exclamó, tendiéndole la mano para saludarlo—. Me llamo Katie, y justo estoy escribiendo una disertación sobre Lorenzo de Médicis... ¡por favor, sentaos con nosotras!

—Héctor Sinclair —se presentó él, dedicándonos una sonrisa misteriosa—. Encantado de

conoceros.

Supe al instante lo que era, incluso antes de ver relucir la punta de sus colmillos entre unos labios demasiado rojos para ser humanos.

—No parece un apellido muy florentino —comenté, apartándome de él un poco—. Ni tu acento tampoco.

Él sonrió, impasible ante mi sarcasmo.

—Cierto —respondió, haciéndole un gesto a la más guapa de las camareras para que se acercase—. Y si lo deseas, te puedo explicar por qué...

A pesar de haber crecido entre vampiros, algo en él hizo sonar todas mis alarmas desde el principio. Sin embargo, mi hermana quedó cautivada al instante.

A menudo, tras su desaparición, me pregunté si Katie soñaba con un romance como el de mi madre con Clarence. Mi madre fue abandonada por mi padre, un mortal como cualquier otro, cuando éramos aún muy pequeñas. Por aquel entonces, ella ni siquiera sabía que era bruja. Clarence y su clan la encontraron y le ofrecieron un hogar y un trabajo en El Claustro. Nosotras crecimos entre criaturas sobrenaturales, escolarizadas por una niñera no-muerta en las catacumbas de un cementerio abandonado, y convencidas de que aquella vida era totalmente normal e igual a la de los otros críos. Clarence, con su anticuada caballerosidad, le devolvió a mi madre la capacidad de amar después de haber pasado por muchas penurias.

Pero Héctor distaba mucho de ser como nuestro padrastro, y no me hizo falta intercambiar más de dos palabras con él para corroborarlo.

—¿Buscabas algo en concreto?

Sin darme cuenta, los pies me habían alejado de la playa, hacia un ultramarinos con sombreros de paja y pareos frente a la puerta. La dependienta me miraba, con una niña de unos tres años aferrada a sus piernas con una manita diminuta mientras sostenía una rosquilla chupeteada con la otra.

Miré a mi alrededor, sin recordar cómo había llegado hasta allí. Debía de haberme despistado, sumida en mis recuerdos de Katie y de Héctor.

—No. Bueno, sí, un... —Ojeé rápidamente los estantes, preguntándome si necesitaba algo.

Pedí lo primero que se me ocurrió. La madre le dio un beso a la niña y la sentó sobre el mostrador mientras me cobraba. La pequeña rio y abrazó a su madre con cariño. Esta sonrió, acariciando su pequeña cabecita cubierta de rizos sedosos.

Pagué y me fui. Aquella imagen de madre e hija permaneció conmigo mientras regresaba al paseo, de camino al hotel. ¿Me habría querido mi madre de esa forma alguna vez? Me costaba recordarlo, y tampoco tenía fotografías como prueba. Mi madre había sido transformada en vampiro cuando yo tenía apenas cinco años, para salvarla de una muerte segura, por lo que no existían fotos con ella desde entonces. Nunca habíamos hecho cosas normales juntas, como ir de acampada, o a pasar el día en la playa. Ni ella ni mi padrastro podían resistir la luz del sol durante mucho tiempo, y su presencia en mi vida había decaído exponencialmente una vez nos fuimos a vivir a una residencia de estudiantes durante la época del instituto.

Tras la desaparición de Katie, la más bella y talentosa de sus hijas, todos sus traumas del pasado resurgieron de golpe, y ni el amor de Clarence, ni el mío, fueron suficientes para devolverle la cordura a mi madre.

Me senté en una bocatería, sumida en esos recuerdos. Mientras esperaba mi sándwich probé a llamar de nuevo a Jingxiao, la madre de Shihan. Esta vez, tuve más suerte, y fue ella la que respondió al teléfono.

—Señora Jingxiao, soy Iris, la médium, ¿se acuerda de mí? —dije, tragando un sorbo de mi

refresco a toda prisa.

—Espera —contestó secamente—. No cuelgues.

Hubo un silencio al otro lado. Me pareció oír pasos y una puerta cerrarse.

—Disculpa... —se excusó, esta vez con un tono mucho más amable. Su voz resonaba con eco, como si se hubiera encerrado en un baño pequeño—. Dime... ¿has descubierto algo?

—Ya sé que es una pregunta extraña, pero... ¿a su hija le gustaba el pollo Kung Pao? —pregunté, comprobando en mi cuaderno que ese era el nombre correcto del plato.

La mujer al otro lado guardó silencio durante tanto tiempo que por un momento pensé que me había colgado.

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo al fin, con voz entrecortada.

—Creo que conecté con su hija —respondí, dando un pequeño sorbo a mi refresco—. Ya sé que es un poco raro, pero me pidió que le dijera eso, solo eso... que a ella sí que le gustaba el pollo que usted preparaba, y que se lo comía a escondidas cuando nadie podía verla.

Escuché sollozos quedos al otro lado, y una voz de hombre gritando enfurecida, a lo lejos.

—Era ella... —dijo, pronunciando las palabras con dificultad—. Y si habló contigo, entonces eso significa que...

Que está muerta, completé la frase por ella en mi mente, sin querer decirlo en voz alta.

—Lo siento —susurré—. Le prometí a Shihan que se lo diría. También quisiera preguntarle algunas cosas sobre la última vez que habló con su hija. Con quién estaba, qué hizo... y también si tenía algún tipo de poderes... no sé cómo decírselo... algún don fuera de lo normal...

Se oyeron golpes bruscos al otro lado, sobre una puerta, y la misma voz de hombre gritando cada vez más fuerte.

—Tengo que dejarte —susurró Jingxiao con tono agradecido—. Pero, por favor, si vuelves a verla... dile... —Se sorbió la nariz—. Dile que ya lo sabía. Que yo dejaba el pollo en el estante más bajo de la nevera adrede, para que pudiera alcanzarlo. Y que la quiero. Que la echo muchísimo de menos. Que no supe ver lo de su padrastro, y debería haberlo hecho mejor como madre... —Sollozó—. Dile que nunca la olvidaré.

Y luego colgó.

La camarera apareció con mi bocadillo, pero se me había pasado el hambre por completo. Lo mordisqueé un poco y después me pedí un café, conmovida por las palabras de aquella madre desconsolada.

Tras la comida, caminé hasta el hotel Azure Oasis, donde me atendió la secretaria de la directora. Tras pronunciar el nombre de Teo, que era como una llave mágica en aquel sitio, la empleada me prometió compilar una lista con los nombres de las personas que habían trabajado allí en el mes de agosto, cinco años atrás. No era la misma de entonces, de modo que le expliqué lo de la desaparición de mi hermana, y cómo la policía había investigado durante algunas semanas, sin éxito.

—Lo siento, el hotel cambió de dueño hace dos años —se disculpó, muy amable—. Pero haremos todo lo posible por encontrar la información que necesita. Si me facilita su correo electrónico, se lo haremos llegar en los próximos días.

Salí de allí con los ánimos decaídos, a pesar de la promesa de la empleada. Caminé durante un buen rato y me senté en un café cerca del puerto, planteándome regresar a San Antonio. En la mesa de al lado, unos hinchas de fútbol con camisetas de Grecia reían animadamente, y mi mente voló hacia Yannis y su oferta de llevarme hasta esas dudosas *sirenas* que se habían llevado a Desirée.

La oferta era tentadora, aunque sin duda temeraria.

Pero era mi día libre, y había pagado por el *rent-a-car* y la gasolina. El puerto de Ibiza estaba a tan solo unos minutos caminando, y el número de Yannis seguía ahí, en mi bolso. Podía regresar a casa con las manos vacías, o hacer esa llamada que había postergado por el miedo y la duda.

«Uno siempre se arrepiente de lo que no hizo», me dije, y escribí un mensaje.

La respuesta de Yannis no se hizo esperar:

«Zarpamos en una hora. Te envío ubicación.»

29

Iris



Miré el teléfono, indecisa.

Yannis no tardaría en zarpar. A pesar de las advertencias de Mina, y los comentarios celosos de Teo, aquel griego desquiciado era mi única pista a seguir en aquel momento. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Si no acudía, nunca sabría si sus afirmaciones eran ciertas.

Sin pensarlo más, respondí:

«De acuerdo. Espérame. Voy.»

El lugar indicado no se encontraba lejos. Si todo iba bien y mi GPS me había indicado el camino correcto, podría llegar en menos de veinte minutos.

Cuando llegué al muelle, encontré su barco con facilidad: era una de esas típicas naves de turistas, con una terraza en la zona superior y dos zonas de bancos abajo: una abierta y otra acristalada, para los días más fríos. Había varios muy parecidos, pero lo reconocí de inmediato en cuanto leí el nombre del navío: *Samuel - Ibiza.*

«Estoy en el muelle», tecleé.

Tras unos instantes, Yannis apareció en cubierta. El sol comenzaba a descender sobre el horizonte. A esa hora yo debería estar regresando a San Antonio; tenía hasta medianoche para devolver el coche de alquiler. Pero algo en mi interior me decía que aquel viaje era importante. Pagaría las horas extra, si hacía falta.

Yannis me saludó con la mano, asomándose por la barandilla metálica.

—Sube. Te ayudaré.

Se acercó a la pasarela, que era apenas una tabla horizontal entre la embarcación y el muelle. Me tendió la mano y me ayudó a embarcar. Olfateé el aire y noté con alivio que esa noche no había bebido. *Todavía*.

—Bienvenida. Ponte cómoda —anunció escuetamente, y se dirigió a la cabina—. Zarparemos de inmediato

—¡Un momento, espera! ¿A dónde vamos? —pregunté, interponiéndome en su camino con los brazos cruzados, antes de que se fuese y me dejase sola en la cubierta—. No me lo has explicado todavía.

—Hay cosas que no se pueden explicar —respondió, empujándome suavemente a un lado—. Es más fácil mostrarlas. Te llevaré a donde te prometí: al lugar donde se ocultan las sirenas, las que se llevaron a tu *querida* Desirée.

Pronunció el nombre de Desirée con ironía, como si supiera que no era a ella a quien buscaba. Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Entiendo, pero, ¿a dónde vamos exactamente? Como comprenderás, no puedo subirme en el barco de un desconocido, al anochecer, y sin saber siquiera a dónde me lleva...

Yannis cerró los ojos y sacudió la cabeza, frustrado, como si yo fuera una niña tozuda que se negaba a entender un concepto muy simple.

—Mar adentro —dijo, señalando indeterminadamente hacia la creciente oscuridad, más allá del puerto—. No puedo decírtelo. No porque no quiera, sino porque no lo sé con exactitud. —Se llevó una mano a la oreja y escuchó un momento en silencio—. Cambian de lugar cada noche. Pero yo sé trazar su rastro... ¿las oyes?

Negué con la cabeza, y él extendió un brazo en confirmación.

—Pues ese es el problema —dijo, alzando las palmas de las manos—. Solo yo puedo oírlas. Se desplazan... no están siempre en el mismo sitio. Pero yo las oigo. No sé dónde estarán esta noche, pero puedo seguir el sonido de sus cantos y llevarte hasta ellas. ¿Confías en mí?

No, gritaron mis entrañas.

Pero guardé silencio.

—Si no me crees, eres libre de marcharte —dijo Yannis, señalando hacia el muelle—. Pero no volveré a ofrecerme. Es tu única oportunidad. Ahora, o nunca.

Ahora o nunca.

Recordé mi conversación con Katie la noche en que la perdí, y una de las últimas cosas que me dijo:

«Héctor me espera. Es la última noche... es ahora o nunca.»

«Ahora o nunca» no había terminado demasiado bien para ella. Pero no me quedaba otra opción.

—Está bien —contesté, suspirando—. Llévame entonces. Pero necesito estar de vuelta antes de las once de la noche.

Yannis asintió, complacido.

—No te arrepentirás —dijo, señalando hacia los bancos de la cubierta—. Puedes sentarte donde quieras. Hoy no hace frío; yo en tu lugar me quedaría aquí fuera a ver las estrellas. Pronto anochecerá. Ahora tengo que encargarme del timón, así que tendré que dejarte sola un rato. Si necesitas algo, estaré ahí.

Señaló hacia el fondo, donde se encontraba la cabina acristalada del capitán en la proa, más allá de la zona turista con filas de bancos.

Escuché el rumor del motor, mientras los últimos coletazos del atardecer se tornaban anaranjados, y más tarde violetas. El puerto de Ibiza comenzó a volverse pequeño, y mi confianza flaqueó un instante. Desde el barco ya no se veía nada: ni una sola luz. ¿A dónde íbamos realmente?

Aquel viaje me recordaba a mi propia vida en los últimos años: una búsqueda a ciegas en la oscuridad, averiguando mi lugar en el mundo sin un solo faro que me iluminase el camino.

Mientras pensaba en todo eso, me di cuenta de que no había avisado a nadie de mi excursión improvisada, y saqué el teléfono del bolso, titubeando. *¿A quién avisar?* Mi primer pensamiento fue decírselo a Arianna, pero, ¿qué podría hacer ella desde Nueva Zelanda si me ocurría algo? Ni siquiera me echaría de menos hasta muchos días más tarde. Además, tenía una cita con Manaaki, el chico nuevo. Barajé la posibilidad de avisar a Clarence, mi padrastro, pero ni él ni mi madre sabían que estaba en Ibiza. ¿Quién más me quedaba?

Teo.

Solo Teo.

Resoplé, imaginando su cara cuando se enterase de que estaba sola con Yannis, en su barco.

Me encogí de hombros.

No es mi problema, me dije, y escribí un breve mensaje para mi jefe, diciéndole que cabía la posibilidad de que llegase tarde al trabajo al día siguiente.

«Mensaje no enviado», me notificó el aparato.

Miré la pantalla, confundida, y solo entonces comprendí que al alejarnos de la costa se había perdido la cobertura.

No pasa nada, me dije, guardando el teléfono e ignorando el súbito ataque de pánico que amenazaba con dejarme sin aliento. *Tampoco necesita saberlo todo.*

Seguro que la aventura saldrá bien, me dije, pero la sensación en mi estómago respondió lo contrario.

30

Iris



Lo único que se veía más allá de la cubierta era el mar, oscuro como una laguna de petróleo a mi alrededor. A pesar de mi inquietud, me adormecí escuchando las salpicaduras de las olas contra el casco y el suave rumor del motor.

—¿Todo bien? ¿Te traigo una manta? ¿Un café? —preguntó la voz de Yannis, acercándose entre los bancos vacíos.

Abrí un ojo y lo encontré frente a mí, llevando dos vasitos de papel humeantes.

—¿No deberías estar manejando el timón? —repliqué, sintiendo que me pesaban los párpados.

Sonrió, y en su rostro se dibujó un gesto amable, casi inocente, que disipó un poco mis malos presentimientos. Yannis Katsaros era un hombre indudablemente atractivo, particularmente cuando estaba sobrio. *Aunque no tanto como Teo*, añadí sin darme cuenta.

—No te preocupes, está todo bajo control —respondió, y me tendió uno de los vasos—. Toma, bebe. Te ayudará a mantenerte despierta.

Olí el líquido color crema y di un pequeño sorbo: café con leche, cargado de azúcar. Justo como me gustaba.

—Gracias. ¿Falta mucho?

Se sentó a mi lado y tamborileó distraídamente con los dedos sobre la superficie de madera blanca del banco, que relucía bajo las luces de neón de la terraza.

—No mucho —respondió crípticamente—. Esta noche las siento cerca.

Sentí un súbito escalofrío al escuchar sus palabras, y él frunció los labios. Se levantó y sacó una manta de un baúl. Me la echó por encima de los hombros y volvió a sentarse, esta vez más cerca, con su rodilla rozando la mía.

—Dime, Iris... ¿a quién buscas realmente? —me preguntó, buscando mis ojos.

Evadí su mirada. *No es asunto tuyo*, pensé.

—Tú no conoces a Desirée, eso está claro —continuó, jugueteando con la etiqueta deshilachada que adornaba una esquina de la manta—. No estás aquí por ella. ¿Por qué has venido...? ¿Por *quién*?

Dudé antes de contestar y le di un sorbo más al café; en vez de despertarme, parecía estar teniendo el efecto contrario. Se oyó un chapoteo a lo lejos, y después volvió a hacerse el silencio. De algún modo, el mar y la soledad de la noche invitaban a las confidencias.

—Mi hermana... —dije, midiendo mis palabras—. Desapareció una noche, sin dejar rastro. Iba acompañada de gente un tanto extraña —lo miré, preguntándome cuánto podía contarle—. Aunque no creo que fueran sirenas quienes se la llevaron, sinceramente.

—Sigues sin creerme —comentó él, casi divertido—. Y, sin embargo, has venido. ¿No es

chocante, las cosas que somos capaces de hacer por aquellos a quienes queremos? Cosas impensables, a veces terribles... solo por aferrarnos a su recuerdo, a la esperanza de volver a verlos...

—¿Quién era Samuel? —lo interrumpí, adivinando que aquello no eran solo divagaciones filosóficas—. ¿Qué le ocurrió realmente?

Sus dedos se retorcieron sobre la manta un instante, pero la soltó de inmediato, con un leve suspiro.

—Bebimos mucho aquella noche —confesó—. Nos desviamos del rumbo... me desvié, sí. Yo estaba al mando. Nos vimos atrapados en una tempestad, la peor en muchos años... aunque fue culpa mía. Vi una luz, viré la nave hacia allí, y...

Se calló, con la mirada perdida en el oscuro horizonte. Me quedé quieta, dejándole tiempo para procesar sus recuerdos.

—Samuel y yo... —Expiró con fuerza y cerró los ojos, negando con la cabeza. Algo dentro de él pareció romperse al pronunciar el nombre de su amigo.

—Lo entiendo —dije, animándolo a continuar—. Erais buenos amigos.

—Mucho más que eso.

Asentí.

—¿Qué te han contado? —preguntó, defensivo.

—Leí algo en el periódico. Eso es todo.

—Todo lo que leíste ahí es mentira. Tuve que mentir para no acabar encerrado en un manicomio.

Me sentí tremendamente identificada con aquella afirmación, recordando cómo había tenido que caminar de puntillas durante las entrevistas con la policía. Los titulares locales rezaron: «*Una joven estadounidense, huérfana de madre y de padre, desaparece durante unas vacaciones en Ibiza con su hermana menor...*»

Mi madre vampira estaba, por supuesto, muerta a efectos legales. De Héctor Sinclair, el amante inmortal de Katie, no existía ningún registro. Katie era mayor de edad y, tras unas semanas de búsqueda, sin nadie que presionara a las autoridades, el caso se hundió en el olvido.

Yannis Katsaros no tenía ni la menor idea de cuánto entendía su desconsuelo.

—Ojalá pudiera contártelo. —Yannis sacudió la cabeza—. Pero no lo entenderías. Es difícil vivir así, cuando nadie te cree, nadie te entiende... cuando tus experiencias de vida son tan distintas de las de los demás. Cuando no puedes hablar de ellas sin que te tomen por loco.

Sus palabras rozaron el fondo de mi alma. Guardé silencio, embargada por una mezcla de sentimientos que no sabía cómo expresar.

—Yo te creo, Yannis —murmuré, apretando su mano por encima de la manta—. Yo también he visto... cosas. Cosas difíciles de explicar.

Yannis dejó de mirar al infinito y sus ojos se clavaron en los míos, llenos de interés.

—Explícate —dijo.

—Yo también he pasado por cosas que para los demás son solo noticias en el telediario: pura ficción y entretenimiento. Cosas que escuchan mientras comen con su familia, pero después se levantan de la mesa y siguen con sus vidas. Pero nosotros no podemos levantarnos de la mesa y seguir con nuestras vidas sin más. Porque esas noticias son nuestro pasado; nuestra condena. Las hemos vivido en nuestras carnes, y cambiaron nuestra existencia de manera irrevocable. Y nos persiguen, como fantasmas agitando sus cadenas...

—Como fantasmas agitando sus cadenas... —repitió, asintiendo—. Sí. Buena descripción.

Sentí una lágrima deslizarse por mi mejilla. Yannis alargó la mano y la limpió con el dedo

índice. Nuestros rostros quedaron frente a frente y me miró, casi expectante.

Por un instante, volví a sentir como si nos conociéramos de toda la vida.

Entonces, Yannis se acercó un poco más y me besó.

Me aparté un poco, confundida.

—¿Qué haces? —le espeté, y mi voz sonó como un eco lejano; como si no fuera mía.

Traté de incorporarme, pero me sentí mareada y no pude. Cada vez me costaba más recordar de quién eran esas manos que reptaban por debajo de la manta, buscando el cierre de mi sujetador. Me sentía somnolienta, flácida, como si flotara en una nube de algodón.

Las yemas de esos dedos eran ásperas, rasposas... no, sin duda no eran las de Teo. Se deslizaron por mi espalda, provocándome un inquietante cosquilleo que me espabiló un poco, y la visión de aquel hombre moreno y atractivo, con finas arrugas en torno a los ojos, apareció clara ante mi vista. Una voz espectral me sacudió como un relámpago, y recordé nítidamente las palabras de Shihan:

«Dile a mi madre que no venga a buscarme... que la matarán también... ni tú tampoco, no vengas... no confíes en el hombre oscuro...»

El hombre oscuro.

¿Era él?

Yannis me atrajo hacia sí, y pude sentir su excitación contra mi abdomen. Mi cuerpo se negaba a obedecerme, y chillé, desesperada. Ignorándome, su mano se escurrió entre mis piernas, por debajo de los pantalones. Rebuscó bajo la tela, y yo crucé las piernas con fuerza, empujándolo con todas mis fuerzas hacia atrás.

—¡Para! —grité, encontrando de nuevo mi voz.

Me levanté de un salto, tambaleándome sin entender por qué, y me abroché apresuradamente el botón de los vaqueros que él había abierto. Luego me giré hacia la barandilla y me apoyé en ella con el pecho, a punto de vomitar.

—¿Es por tu jefe, verdad? —preguntó, caminando hacia mí con los ojos entrecerrados—. Te gusta ese tipo.

Sacudí la cabeza. ¿Era mi imaginación, o el barco estaba oscilando más de lo normal?

—¿Pero a ti qué te pasa? ¡No es asunto tuyo! Y no te he contado lo de mi hermana para...

—No eres más que una chiquilla que no sabe lo que quiere —me espetó, sorbiéndose la nariz y escupiendo en el agua con un gesto de desagrado.

Lo miré con repugnancia, sin poder creer su repentino cambio de humor. Era como si, de pronto, hubiera caído la máscara que llevaba puesta; la máscara que había empleado para seducirme, para llevarme hasta allí y sonsacarme todo sobre Katie.

—¿Pensabas llevarme de verdad a alguna parte, o era todo una excusa? —pregunté, sabiendo que, fuera como fuese, estaba atrapada en ese barco y a su merced.

Unas olas enormes, cada vez más grandes, aparecieron en el horizonte. Nos acercábamos cada vez más a ellas. En la distancia me pareció ver un acantilado, que, según mis cálculos y lo poco que recordaba haber visto en los mapas, era imposible que estuviera allí, a pocas horas de Ibiza.

Me sujeté a la barandilla, sintiendo náuseas cada vez más fuertes.

El barco se bamboleó más aún, y tuve que agarrarme con todas mis fuerzas para evitar que el imponente oleaje me lanzara al suelo.

—¿Por qué iba a mentirte, Iris? —dijo Yannis, con voz sumamente tranquila a pesar de las fuertes sacudidas que amenazaban con volcar la nave.

La marejada me lanzó al otro lado, y me golpeé la cabeza contra los bancos. Me froté la sien,

cada vez más aletargada.

Entonces lo entendí: *el café*. Me había puesto algo en la bebida.

Yannis me observó con expresión de pena, con las piernas separadas y sujeto a la puerta que daba paso a la cubierta acristalada.

—Hemos llegado —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo quise que tuvieras un recuerdo feliz de tus últimas horas de vida. Pero rechazaste mi regalo... allá tú. Al menos, tú tuviste elección, a diferencia de otros.

31

Iris



Me agarré al borde de los bancos. La nave dio un bandazo, y me pregunté si estaría a punto de hundirse. Las olas salpicaron la madera, y mis dedos resbalaron por la superficie mojada, lanzándome sin piedad sobre el suelo de tablas.

—¡Yannis! —grité, tratando de hacerme oír por encima el estruendo de las olas—. ¡Ayúdame, por favor! ¡Haz algo!

Yannis parecía inmune a los bruscos vaivenes del barco. Me miró con lástima y sacudió la cabeza, señalando hacia el horizonte.

—¡Ahí están! —gritó por encima del fragor de las olas—. Las sirenas. Como te prometí. Te mando a donde están tu hermana y tu amiga... o al menos, al lugar a donde se las llevaron.

Me aferré a los asientos como pude, incapaz de ver más allá de la barandilla. La cabeza me daba vueltas, y sentí arcadas con sabor a café edulcorado. Sentía el cuerpo débil, como anestesiado. Mis piernas parecían estar hechas de gelatina, incapaces de obedecer a los impulsos que enviaba mi confundido cerebro. Gateé hasta la barandilla y trepé por ella usando los brazos, tratando de ver dónde estábamos.

A lo lejos, en medio de la inmensa oscuridad del Mediterráneo, vislumbré un fulgor blanquecino, fantasmagórico, que se acercaba hacia nosotros a una velocidad demasiado rápida un barco de ese tamaño. Si no nos desviábamos, chocaríamos con ello. Al acercarse pude distinguir sus contornos: era un navío antiguo, como los barcos piratas de los cuentos, hecho en apariencia de luz blanca y rodeado de un oleaje salvaje. El barco iluminado era, en efecto, el origen de aquel súbito y mortal oleaje. En su centro se alzaban altos mástiles con velas blancas, casi plateadas.

La embarcación antigua emergió de una niebla fantasmal, que se fue disipando hacia los lados, dejando ver claramente sus contornos.

—¿Qué... qué es eso? —exclamé, luchando por mantenerme consciente.

—¡Las sirenas! —exclamó Yannis con júbilo—. ¡Están aquí! ¿No es lo que querías?

La cabeza estaba a punto de explotarme, y nuestra pequeña nave no paraba de sacudirse arriba y abajo, a punto de volcar.

—¡Yannis, por favor, desvía el rumbo! ¡Vamos a chocar con ellos!

Él ignoró mis palabras y siguió mirando esa luz azulada a lo lejos, extasiado.

Traté de arrastrarme hacia la cabina de mandos, aunque no tenía ni la menor idea de cómo tripular una barca de pasajeros y llegar hasta allí habría supuesto cruzar el barco entero, pasando junto a ese griego desquiciado. Jamás lo lograría. Me impulsé por la cubierta mojada, empujada de un lado a lado como un delfín muerto.

—Yo, en tu lugar, me quedaría quieto —me espetó Yannis.

Un pájaro aleteó ruidosamente sobre la embarcación. Pude oír sus graznidos antes de verlo: supe de inmediato que era un cuervo.

Un instante después, un hombre apareció en cubierta. Estaba de espaldas a mí, envuelto en una nube de humo. En cuanto el recién llegado se materializó en el barco, la tormenta amainó y la rugiente tempestad se detuvo en seco.

Seguía lloviendo, pero ahora era solo una fina llovizna, y la embarcación dejó de dar sacudidas para tambalearse suavemente, como una cuna.

—Sabía que al final vendrías —le dijo el desconocido a Yannis, y su voz me resultó más familiar de lo que hubiera querido.

—Así es —respondió el griego—. Siempre cumplo mis promesas. Y espero que tú también cumplas las tuyas.

—Por supuesto. Vienen de camino.

No pude ver a quiénes se referían, pero escuché un chapoteo y el bramido ensordecedor de una lancha motora acercándose.

—¿Tienes la mercancía? —preguntó el extraño—. Si no, no hay trato.

—Por supuesto. Y te encantará —respondió Yannis—. Es perfecta. Justo lo que pediste.

Unos pasos se aproximaron a mí, y el hombre me agarró del pelo. Traté de girar la cabeza para verlo, pero él parecía mucho más interesado en manosear mis pechos y mi trasero.

—No está mal —dictaminó—. Servirá.

El vampiro me ató las muñecas con una cuerda dura y áspera, y apreté los dientes de dolor. Cuando traté de moverme me dio una patada, sin prestarme demasiada atención, y volvió a girarse hacia Yannis.

La lancha motora se detuvo, y alguien trepó a nuestra embarcación por uno de los laterales. Se escucharon más voces, y alguien dejó caer un bulto grande y pesado sobre la cubierta, justo a mi lado, envuelto en una manta.

—Ahí lo tienes —dijo el extraño con una risa malévola—. Que lo disfrutes, y gracias por la ofrenda. Espero que disfrutéis mucho juntos... el tiempo que le queda.

Yannis ahogó un grito, y se agachó a desenvolver el bulto.

A pocos centímetros de mi rostro había algo que solo pude definir en mi mente como un muerto viviente: una calavera pálida, con la piel tensa que dejaba entrever cada hueso de sus mejillas. Apenas tenía labios, pero sus párpados se movieron levemente.

—¡Samuel! —gimió Yannis, espantado—. Pero, ¿qué le habéis hecho? ¡Está muerto!

—No, no está muerto, solo un poco... desgastado —rio el otro—. Pero seguro que podrás arreglarlo. Hasta pronto. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

El vampiro se acercó a mí entre los gritos desgarradores de Yannis, que llamaba entre sollozos a Samuel. Otro me levantó del suelo y me lanzó dentro de una pequeña lancha.

—Ten cuidado, idiota —gritó el vampiro—. No le estropees la cara, si no, no sirve. Déjame ver, espero que no se la hayas deformado...

Mi estómago se contrajo al sentir sus dedos helados sobre mis mejillas, pero eso no fue nada comparado con el shock al reconocer el rostro del extraño, que sin embargo no pareció reconocerme a mí.

No tuve tiempo de decidir qué hacer, porque una bota se estampó contra mi nuca.

Mi último pensamiento antes de perder la conciencia fue que, por fin, había dado con Héctor Sinclair.

32

Teo



Mi móvil vibró en el bolsillo y encendí la pantalla para ver quién era: apareció el nombre de Iris, y un mensaje breve que no tuve tiempo de leer. Aksel y Reiner estaban empezando a ponerse difíciles otra vez, y si no los mantenía bajo control, me iban a causar un escándalo de proporciones épicas en el Serenata. Ya había tenido que enviar a casa a Vanessa, porque, mientras ella se esforzaba por exponerles el proyecto conjunto que había ideado con su hermana para expandir su marca de alta costura por Europa Central, Aksel estaba mucho más interesado en buscar una manera de sorberle la arteria aorta. Vanessa parecía corresponderle, en su ignorancia; pero por mucho que mi interés por ella ya no fuese de tipo romántico, la quería demasiado para permitir que esos catetos le pusieran las zarpas encima.

—¡Eh, d'Alessandro! —me gritó Aksel, el *pequeño* de los Grimmbauer, a sus tiernos trescientos treinta añitos—. ¿Nos vas a llevar al Velero o qué? Esta fiesta está *muerta*...

Arrastró la última palabra y su *hermano mayor* rio el chiste desde lejos. Yo apreté la mandíbula, con la esperanza de que mis verdaderos pensamientos acerca de ellos y sus primitivas costumbres quedaran bien atrapados entre mis dientes. Sentí la mano de Raoul sobre mi antebrazo, recordándome que estaba ahí si lo necesitaba. Su presencia me reconfortó, aunque había sitios a los que mi fiel guardaespaldas lobo no podía acompañarme: uno de ellos eran las decadentes fiestas del *Velero de los Condenados*; precisamente el lugar al que aquellos dos depravados contaban con que los llevara esa noche.

Avisté a Reiner en la barra, rociando a un grupo de mortales con la espuma de una botella de champagne recién abierta, estratégicamente colocada frente a su ingle. Algunas chicas fingían encontrarlo gracioso, pero luego se lanzaban miradas de repulsión a sus espaldas. Su comportamiento obsceno iba escalando y aquello no iba a terminar bien; de eso no cabía duda.

Tenía que sacar a esos dos de mi bar, y pronto.

Estaba empezando a quedarme sin ideas. Nada era suficiente; nada los entretenía por mucho tiempo. Fantaseaba con encerrarlos en el contenedor de hierro de algún barco carguero y enviarlos lo más lejos posible; pero tener a los Grimmbauer contentos significaba que mi agencia seguiría funcionando durante una temporada y que, quizás, conseguiría vengar la memoria de Emmanuel antes de que la Oscuridad de la Umbrícora me tragara a mí también.

Aksel se subió a una mesa y comenzó a bailar junto a su hermano al estilo Elvis, con movimientos de pelvis bastante soeces, incluso para ser él.

Cerré los ojos, esforzándome por no gritarles algo de lo que después me arrepintiese.

Aquellos dos me superaban la edad en varios siglos, pero se comportaban peor que dos adolescentes en celo.

Tomé aire y miré a Raoul con desesperación.

—¡Por todos los diablos! —mascullé, buscando el número correcto entre las profundidades más recónditas de mi lista de llamadas—. Está bien. Llevémoslos a ese maldito barco, o a donde quieran. Cualquier cosa es mejor que tenerlos aquí.

Estaba tan desesperado que ni siquiera me importaba marcar el número de mi archienemigo. Y, si había una persona en la isla a quien odiase más que a los Grimmbauer, ese era sin duda *él*.

Volví a ver el icono en la barra de notificaciones, y me acordé de que no había leído todavía el mensaje de Iris.

Lo abrí rápidamente; hacía varias horas que lo había enviado. Al instante, sentí un nudo en el estómago: aquella mujer testaruda había ignorado mis advertencias y ahora estaba a solas con Yannis en su barco. El mismísimo Yannis Katsaros, al que tendría que haber echado a patadas de mi bar muchos meses antes.

Respondí enseguida, con tanta indiferencia como pude:

«OK. ¿Todo bien?»

Mi mensaje no le llegó; debían de estar en alta mar.

Esa condenada bruja, ¿por qué me había enviado el mensaje precisamente a mí, entre toda la gente? ¿Es que no tenía padres? ¿Amigas? ¿Alguien a quien realmente le importase si aquel maldito borracho la secuestraba, violaba o tiraba al mar para que se la comieran los escualos?

Di un puñetazo a la pared de bambú para descargar mi frustración, sintiendo un ligero alivio al ver la marca de mis nudillos en las cañas.

Por todas las criptas, ¿y si le pasaba algo?

No podía soportar la idea. Solo con imaginarla a solas con Yannis me entraban ganas de destrozar todas las mesas de la terraza de un golpe.

Aksel y su hermano, todavía subidos a una mesa, comenzaron a quitarse la camiseta. Selena y Mina los miraban horrorizadas, sin atreverse a hacerlos bajar, pero preocupadas por el caos que estaban causando.

Tenía que sacar a esos dos de allí inmediatamente.

No saber si Iris estaba bien me corroía por dentro, pero era imposible localizarla en ese momento. ¿Qué otra opción me quedaba?

Encontré el número que buscaba, lo marqué y apreté los dientes, dispuesto a tragarme mi orgullo.

—Theodore... —ronroneó la voz al otro lado del teléfono—. No me digas que me llamas por lo que yo creo...

Bufé, conteniendo mi aversión a duras penas.

Aquel vampiro florentino, cuya presencia estaba vetada en el Serenata desde tiempos inmemoriales, era la más pútrida de las ratas de puerto que habitaban las Baleares, y sabía a la perfección cuánto lo apreciaba a él y a sus *servicios de esparcimiento.*

—Tengo invitados —gruñí—. ¿Tienes algo para ellos?

—Por supuesto, amigo mío, venid cuando queráis —respondió, regocijándose en mi humillación—. El Velero de los Condenados os espera con las puertas abiertas.

33

Iris



Cuando desperté, el mundo entero se balanceaba. Primero pensé que era el mareo, pero pronto comprendí que me encontraba en otro barco. En las bodegas de un velero antiguo de madera, a juzgar por mis alrededores.

Probablemente se tratase del mismo navío fantasma que había visto emerger de la niebla, y en el que probablemente no hubiera ni una sola sirena, a pesar de las muchas y teatrales promesas del astuto Yannis Katsaros.

Me habían encadenado a una de las paredes, y me incorporé como pude, agarrándome de un barrote oxidado y cubierto de mugre. Al hacerlo confirmé que me encontraba en una celda inmunda, rodeada de otras jaulas llenas de mujeres. A diferencia de la mayoría de mis compañeras, que yacían hacinadas en grupos de cuatro o cinco, a mí me habían concedido una celda individual. Quise pensar que aquello era una buena señal, pero tenía serias dudas.

El suelo era de tablones, sucios y resbaladizos. Estaba ligeramente encharcado con una mezcla apestosa de agua salada y orines. El tufo, unido al olor a sudor y heces que flotaba en el aire, era prácticamente insoportable. A uno y otro lado, barrotes verticales separaban mi celda de las contiguas, y una robusta puerta de hierro daba a un estrecho pasillo iluminado por lámparas de aceite.

No recordaba haber llegado hasta allí; mis recuerdos se detenían en el momento en que el esbirro de Héctor me había lanzado en la pequeña lancha motora.

Un guardia se paseaba con parsimonia de un lado a otro del pasillo. Lo vi pasar varias veces y luego desaparecer tras la esquina, lo cual sugería que las celdas continuaban más allá de mi limitado ángulo de visión. Esperé a que el hombre desapareciera y me giré hacia cuatro chicas demacradas que dormitaban en la celda contigua, con la esperanza de que me ayudaran a entender dónde estaba.

—¿Hola? —susurré, estirando el brazo a través de los barrotes para sacudir a una de ellas, que tenía los ojos entreabiertos.

La joven gimió y apretó los labios en una mueca de dolor, pero siguió tumbada sobre el costado, con la mirada perdida en el techo.

—Por favor, ¿alguien puede ayudarme? —les supliqué, girándome a uno y otro lado.

Todas me ignoraron. Noté que eran muy distintas entre sí, pero tenían algo en común: eran todas jóvenes y probablemente guapas; o, al menos, lo hubieran sido si no hubieran estado tan sucias, enfermas y delgadas. Aquellas mujeres tenían un aspecto demacrado y anémico, rozando la delgadez esquelética, y ninguna se movía más allá de pestañear o respirar con dificultad.

—Shh —me dijo una chica morena con el pelo negro y grasiento, incorporándose a duras penas mientras se ponía un dedo en los labios y miraba a un lado y a otro con preocupación—.

No les gusta que hablemos.

—¿A quiénes? —pregunté, desesperada por comunicarme con alguien, fuera quien fuese—. ¿Dónde estamos?

—No sé dónde estamos ni qué son esas criaturas, pero te puedo asegurar que no son humanos —susurró la chica quedamente.

Se frotó los brazos como si tuviera frío, y noté que los llevaba llenos de moretones... y algo que, si la memoria no me fallaba, solo podían ser marcas de colmillos. Mordeduras salvajes, que en algunos puntos habían incluso desgarrado la carne. ¿Qué clase de monstruo haría eso? Los vampiros como mi padrastro se esforzaban por causar el mínimo daño posible, y siempre borraban las marcas antes del amanecer. Quienquiera que le hubiera hecho eso a esa mujer no era un vampiro; era un demonio perverso.

Los pasos del guardia resonaron en la distancia y la joven se escondió en un rincón, pegando la espalda contra la pared para pasar desapercibida. La chica me lanzó una mirada, indicándome que hiciera lo mismo, y obedecí.

El guardia pasó junto a mi celda y echó un vistazo dentro. Me mantuve quieta, con los ojos entrecerrados como si durmiese. Tras unos segundos, pasó de largo. Mi vecina de celda esperó a que el sonido de sus botas desapareciese de nuevo en la distancia y volvió a hablar.

—En la otra zona están los hombres. A ellos los tratan aún peor —dijo, abrazándose los costados.

—¿Qué hombres? ¿Quién es esta gente? ¿Por qué nos han metido aquí? —pregunté, señalando con la barbilla a las chicas semiinconscientes que nos rodeaban.

—Hombres, mujeres... aquí hay de todo. Todos teníamos vidas normales antes de llegar aquí. Pero todos terminan convertidos en muertos vivientes. Tú eres nueva aquí, se te nota —continuó, mientras el aire silbaba en su irritada garganta—. Pues prepárate, porque pronto vendrán a por ti... les encanta el *género fresco.* Así lo llaman.

Tragó saliva, y observé que sus labios estaban cuarteados y resecos, como si llevara mucho tiempo sin beber.

—¿Quién vendrá? ¿Qué quieren de nosotros? —la apremié, temiendo que regresara el guardia.

La chica cerró los ojos, como si cada palabra que pronunciaba requiriera más energía de la que le quedaba.

—Vendrá una de ellos... la pelirroja con el pelo corto. Mildred, se llama. —Tosió—. Es una de las peores. Quizás no tanto como la reina, porque esa es el mismísimo Satán personificado. Luego te llevarán arriba, al salón... —Tosió de nuevo, y en la palma de su mano brillaron unas gotas de sangre. La restregó contra el suelo, como si tuviera miedo de que el aroma a sangre atrajese a las bestias hambrientas—. Si no mueres enseguida, te devolverán aquí. Una noche tras otra. Así, hasta que ya no les sirvas. Entonces llegarán otros, y serán ellos los que suban primero al salón. Prefieren a los más nuevos... estarás más segura cuando ya no seas tan guapa... cuando te vuelvas como yo.

Un escalofrío me recorrió la médula. Si las cadenas no me lo hubieran impedido, habría extendido los brazos a través de los barrotes para rodear con ellos a aquella joven macilenta, cuyo nombre ni siquiera conocía.

—Tienes suerte de haberme encontrado —continuó ella—. Ojalá alguien me hubiera contado todo esto cuando llegué. Si lo hubiera sabido, los habría provocado para que me mataran cuanto antes. Si lo haces, te ahorrarás mucho sufrimiento. Hazme caso. Si no lo haces, recordarás mis palabras, ya verás.

A lo lejos se escucharon los pasos pesados del guardia, a los que se sumó un ágil taconeo.

Tal y como había predicho la otra prisionera, esta vez el guardia venía acompañado de una mujer pelirroja.

—Suerte —me dijo la joven, acurrucándose de nuevo para hacerse lo más pequeña e invisible que pudo.

—¡Espera! —susurré, viendo que regresaba a su letargo—. ¿No conocerás por casualidad a una chica llamada Katie? ¿Katherine? De nuestra edad, parecida a mí, pero un poco más rubia, más alta. ¿Te suena?

La vecina de celda sacudió la cabeza, negando. Luego me miró con lástima y señaló las figuras que se acercaban, con un movimiento leve de la barbilla.

—Esa es Mildred —musitó la joven con voz casi inaudible, antes de convertirse de nuevo en una estatua—. Ha venido a buscarte.

34

Teo



Volamos hasta *El Velero de los Condenados* transformados en cuervos: era la manera más rápida, discreta y eficaz de llegar hasta el navío más tenebroso que jamás surcó el Mediterráneo.

Una vampiresa morena con piernas interminables salió a nuestro encuentro y nos hizo pasar al vestíbulo, cuyos sofás de terciopelo y tapices rojos y dorados en las paredes recordaban escandalosamente a un burdel.

—Enseguida sale a recibiros —dijo la mujer, sonriendo con esa misma sonrisa perfecta que poseían todas las mujeres que rodeaban a la rata de agua que regentaba ese antro. Se dio la vuelta y señaló un armario empotrado al fondo—. Si queréis cambiaros de ropa o zapatos, o poneros algo más cómodo, todo lo que hay en el guardarropa está a vuestra disposición, y si no encontráis nada, también tenemos...

—Gracias, Romina —la despedí, deseando que la noche acabara cuanto antes para poder irme a casa y responder a los cinco correos urgentes de Johannes que esperaban en mi bandeja de entrada.

Romina asintió y me dejó a solas con los Grimmbauer, que se relamían de excitación, agarrando los reposabrazos de los sillones como si estuvieran a punto de despegar.

Intenté llamar a Iris una vez más, pero su teléfono seguía apagado. *Por los huesos de Vlad Drácula*, esa mujer y sus ideas temerarias iban a poder conmigo.

—Nos han hablado mucho de este sitio —comentó Reiner, con los ojos abultados de excitación—. Me pregunto si estará a la altura de su fama...

—¿Es cierto que tienen un catálogo de cien vírgenes a elegir, provenientes de cien países distintos? —preguntó su hermano, entusiasmado, mientras se frotaba la entrepierna, por si aún no habíamos notado dónde se encontraba su único y verdadero cerebro—. ¿Y qué me dices de aquel vampiro argentino que perdió el conocimiento, incapaz de satisfacer a todas las esclavas que se llevó al camarote? ¿Es cierta esa historia?

Ambos soltaron una risotada, pero yo me limité a encogerme de hombros; nunca me había interesado demasiado comprobar la veracidad de los repugnantes rumores que corrían acerca del Velero de los Condenados. Sospechaba, además, que el dueño del navío se inventaba muchos de ellos y los difundía él mismo para atraer a más clientela.

Mientras mis dos invitados rememoraban dudosas anécdotas de fiestas salvajes celebradas en esas mismas estancias, mis pensamientos regresaron a la bruja de cabellos claros que en aquel momento podía estar en cualquier parte del océano, en compañía de un tipo que me gustaba casi tan poco como mis dos acompañantes y nuestro anfitrión, que debía de estar a punto de llegar...

Noté que se había hecho el silencio en el vestíbulo, y que ambos hermanos me miraban,

expectantes.

—Te preguntaba cuánto tiempo hace que tienes a la rubia —dijo Reiner, repitiendo la frase que yo no había escuchado la primera vez. Entretanto se miró una uña, extendió las garras y se sacó una pelotilla de suciedad de debajo, usando las puntas de los colmillos.

Sostuve su mirada. Sabía perfectamente *a qué rubia* se refería, pero aun así me hice el distraído.

—¿Cuál de ellas? ¿Iris u Oksana?

—La americana... Iris, sí —respondió Reiner—. Está por domar, deberías ponerla en su sitio, porque te espanta a la clientela. El otro día me faltó al respeto.

Cerré los ojos, tratando de controlarme. Recordaba perfectamente lo ocurrido: el terror en los ojos de Iris. La manera en que me había mentido, sabiendo que acusar a Reiner habría hundido el futuro del Serenata... y el mío.

Reiner seguía hablando de ella, y de cómo lo había ofendido. Inspiré hondo y miré hacia la puerta. ¿Iba a tardar mucho en llegar el maldito director de aquel circo flotante? Porque, si Reiner seguía insistiendo, era posible que para entonces solo encontrasen su cabeza arrancada sobre el asiento.

—Yo en tu lugar la despediría —continuó el mayor de los Grimmbauer—. Es más, si no lo haces, creo que no nos interesará hacer negocios juntos...

En ese momento se abrió la puerta, dejando pasar un chorro de música clásica proveniente de la cubierta superior.

Frente a nosotros apareció el vampiro más infame del Sur de Europa, con los cabellos negros más largos de lo que yo recordaba y el mismo aire de suficiencia de un rey ante sus súbditos.

—Caballeros —nos saludó con una inclinación de cabeza, que era más una burla que una reverencia—. El salón está listo. Acompáñenme.

Me levanté e hice un gesto a mis toscos acompañantes para que me siguieran, mirando el pasillo a través de la puerta.

—¿Dónde tienes hoy a la reina? —le pregunté al recién llegado.

Hacía años que no me pasaba por el Velero, pero generalmente siempre iba acompañado por su consorte de turno.

—Está indispuesta —contestó con un gesto de indiferencia, y luego mostró los colmillos—. Pero no te preocupes, no pasaré hambre esta noche.

—No lo dudaba —musité, observando las lujosas pinturas que adornaban las paredes del pasillo.

Llegamos al final del pasadizo, que terminaba en una doble puerta de color oro viejo, y nuestro anfitrión se aseguró de que estuviéramos todos.

—Bien —dijo Héctor Sinclair, asintiendo—. ¿Preparados para la noche más excitante de vuestras inmortales vidas?

35

Iris



Mildred y el guardia se detuvieron frente a mi celda. Mientras el hombre rebuscaba en su manojo de llaves, una rata pasó corriendo. El animal se detuvo en el calabozo de al lado y comenzó a mordisquear los dedos azulados de una de las chicas inconscientes. Contuve la respiración, sintiendo el dolor en su lugar, pero ella ni siquiera se movió.

—Que le echen un vistazo a esa —murmuró la pelirroja que acababa de llegar, señalando a la mujer inerte—. Creo que habrá que echársela a los peces. ¡Hay que mantener un mínimo de higiene, maldita sea, Kristof! Este sitio apesta a carne descompuesta.

El guardia, grande como un troll, gruñó en respuesta y abrió el candado de mi celda.

Mildred era una vampiresa de belleza sobrenatural, alta y con el pelo corto a lo *garçon*. Se plantó erguida frente a mí y me observó con ojo crítico, como se mira a un corcel antes de comprarlo. Tras una breve ojeada, asintió con la cabeza, satisfecha.

—Buena adquisición —dictaminó, y se giró hacia el hombre—. Han hecho un negocio fantástico canjeando a ese marino consumido por esta perla. Y además... —Arrugó la nariz—. Diría que es una bruja. ¡Vaya hallazgo!

Traté de moverme, pero una pesada cadena con grilletes me sujetaba a la pared.

—Libérala, Kristof —dijo Mildred—. Me la llevo. —Después se giró hacia mí, mientras el guardia me desataba—. ¿Cómo te llamas? ¿Hablas mi idioma?

Permanecí callada, mientras analizaba el entorno en busca de una escapatoria.

—Bien, no hables si no quieres. No pasa nada —continuó la vampiresa, con tono amistoso—. Te llevaré a un camarote. Ahí estarás mejor. Podrás comer algo y lavarte. Ya verás, te gustará.

Me tendió la mano. La observé con ojos entrecerrados. Comprendía que habría sido absurdo intentar escapar, cuando ni siquiera sabía dónde estaba la salida. Además, no habría podido hacer nada, desarmada, en un mano a mano contra una criatura de fuerza sobrehumana.

Me levanté y asentí.

—De acuerdo —fue lo único que dije.

Me pareció ver a mi vecina de celda apretar los párpados todavía más fuerte, negando con la cabeza en un último intento por advertirme del peligro que corría.

«Lo sé», contesté mentalmente, «*pero primero necesito salir de esta celda para poder escapar»*.

El guardia me esposó las muñecas, y yo no opuse resistencia. Después, la vampiresa me agarró del brazo. Su mano estaba fría y dura, como la de un cadáver. Me sacó de la celda y me llevó por el estrecho pasillo, ignorando los gemidos y lamentos de los pocos prisioneros que estaban conscientes. Tras el bloque de celdas de mujeres había otras para hombres al girar la esquina, tal y como me había explicado la otra chica. Todos se veían desnutridos y presentaban

heridas y moratones. Uno sacó el brazo entre los barrotes, pidiendo agua, y Mildred lo apartó con un puntapié de sus zapatos de tacón de aguja, haciendo una mueca de disgusto.

Al final del pasillo apareció una estrecha escalerilla de madera. El guardia se despidió en ese punto, mientras que Mildred y yo subimos en silencio. Al final de la escalera, una puerta cerrada bloqueaba el paso. Mildred sacó una llave de debajo de la falda y la abrió.

Ante mis ojos, se abrió un espacio completamente diferente al de las infectas bodegas.

Nos encontramos en un pasillo con parqué encerado y una alfombra roja y mullida en el centro, apuntalada por tramos con barras de bronce pulido. Aquel era el pasillo de un crucero de lujo del siglo pasado, con fastuosas puertas decoradas a ambos lados.

—Sígueme —dijo Mildred con tono severo, pero dulce, como yo si fuera una niña—. Te buscaré un camarote. Lo primero que harás será ducharte. —Volvió a olisquearme con disimulo—. Sinceramente, lo necesitas.

Entrecerré los ojos, sintiendo el miedo y la furia crecer dentro de mí como el vapor en una olla exprés. Subimos otra escalera más. La siguiente cubierta tenía un pasillo más ancho y las puertas más separadas entre sí. Mildred se detuvo frente a uno de los camarotes, sacó otra llave repujada de su manojo y abrió.

—Ven. Esta es una habitación de... —dudó—, una habitación... de *huéspedes*. Dentro encontrarás todo lo que necesitas. Por favor, siéntete como en casa. —Me miró fijamente un momento, y sus ojos relampaguearon con un inquietante fulgor rojizo—. Te voy a desatar las manos para que puedas quitarte la ropa, pero mejor será que te portes bien. Si intentas cualquier travesura, tendré que castigarte, y no me gustaría hacerlo. ¿Entendido?

Asentí lentamente, mordiéndome la lengua.

—Así me gusta. Por cierto, tengo una sorpresa para ti. Te va a encantar.

Mildred abrió mis esposas. Mientras la llave giraba, comprendí que aquella era mi única oportunidad.

En cuanto me soltó, le di un empujón y traté de escapar corriendo por la puerta. No llegué ni al pasillo. Sus insuperables reflejos vampíricos me detuvieron en menos de un segundo, y me sujetó con un solo brazo, chasqueando la lengua con decepción.

Toda la dulzura que había mostrado hasta entonces se desvaneció de golpe.

—Eh, eh, preciosa, ¿a dónde crees que vas? Pensaba que nos habíamos entendido. —Me dio un codazo en el estómago que me sacó todo el aire de los pulmones, y caí sobre la cama de espaldas—. Tienes suerte de que te necesite sin marcas para la cena, si no, no te imaginas lo que te haría ahora. Pero el castigo tendrá que esperar.

Dio un paso hacia un bellísimo armario de ebanistería y lo abrió. Una de las puertas tenía una lámina de espejo, que por supuesto no registró su reflejo. Mildred hurgó entre la ropa colgada y sacó un vestido de noche. Era plateado, con lentejuelas, muy corto y con un gran escote que yo jamás habría elegido para mí misma. Lo tiró sobre la cama y me miró con desprecio.

—Ponte eso cuando te hayas quitado ese olor a putrefacción —ordenó—. En la mesa tienes fruta y pan. Vendré a buscarte dentro de una hora, y más te vale arreglarte bien, porque hoy tengo invitados especiales.

Mildred se marchó y cerró la puerta con llave. Probé a girar el picaporte, pero estaba bloqueado. Recorrí el camarote en busca de un arma o una forma de escapar, pero no encontré nada.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama, desmoralizada. Era un lecho enorme, de dimensiones casi incoherentes para un barco. A un lado había una única ventana redonda y remachada, a través de la cual solo pude ver agua. Era imposible escapar a través de ella, o por la puerta.

No había nada más que pudiera hacer, así que seguí el consejo de Mildred y me dirigí al baño. Estaba todo revestido en mármol, con una hermosa bañera de bronce en el centro, sujeta por patas de león. Alguien la había llenado ya de agua, que se encontraba a la temperatura perfecta. Junto a la bañera, en un estante reluciente, había varias botellas de gel de aspecto exquisito y cuencos con sales de baño de colores diferentes. Escogí una bomba de baño de tono rosado y me sumergí en las burbujas. Cerré los ojos, tratando de encontrar una solución al problema en el que me había metido yo sola.

Sin duda, Yannis Katsaros me había engañado. Pero, ¿habría alguna parte de verdad en sus afirmaciones? ¿Era posible que Katie se encontrara en ese mismo barco, o que lo hubiera estado en algún momento?

A juzgar por el estado de las otras prisioneras, y lo que había podido averiguar por mi vecina de celda, era improbable que mi hermana hubiera sobrevivido cinco años enteros en ese lugar.

Si Katie había corrido la misma suerte que yo, a esas alturas debía de estar muerta.

Pero, si de verdad estaba muerta, ¿por qué no podía invocar a su fantasma y hablar con ella? Jamás lo había conseguido hasta el momento.

Me concentré en el sonido efervescente de las burbujas, que explotaban con suaves chasquidos a mi alrededor, hasta que la realidad comenzó a desvanecerse. Decidí intentarlo una vez más.

«Katie, por la luz de estas tres velas y el poder de las Diosas, yo te convoco. Si estás ahí, manifiéstate...»

No hubo respuesta. Repetí la invocación un par de veces más, pero me sentía perdida sin mis velas y sin mi ritual. Salí de la bañera y me sequé con una de las lujosas toallas que Mildred había dejado pulcramente dobladas junto al lavabo.

Mientras me frotaba el cuerpo con el suave tejido, sentí la sacudida de una visión a punto de llegar. El ente, aún invisible, murmuró unas palabras en un idioma que no pude entender.

—¿Katie...?

La frase se repitió, y escuché con más atención. No era mi hermana. No: era la muchacha asiática desaparecida en Mykonos que, por algún motivo desconocido, había acudido a mi llamada en vez de Katie.

—¿Shihan?

«¿Hablaste con mi madre?», preguntó el espectro con tono apremiante, esta vez en mi idioma.

Las puertas de los armarios del baño comenzaron a abrirse y cerrarse con fuertes golpes rítmicos.

—Sí... sí... —Suspiré, tratando de sujetar las puertas. Tragué saliva—. Lo hice. Le di tu mensaje.

«¿Qué le dijiste?», preguntó en un aullido furioso.

Traté de recordar, hurgando en mi mente. Los golpes eran tan fuertes que me preocupó que alertasen a los vampiros y vinieran a buscarme antes de hora.

No recordaba nada importante de mi conversación con la madre de Shihan. *¿Algo de unas sobras de comida? ¿Qué había dicho exactamente?*

—¡Espera! —exclamé, recordando—. Dijo que ya lo sabía. Que te sentías atrapada en casa con tu padrastro, y que te pedía perdón por no haber hecho nada para ayudarte. Que sabía que en el fondo te encantaba el pollo Kung Pao, y por eso lo dejaba a tu alcance, en el estante más bajo. —El golpeteo de las puertas amainó un poco, y continué, viendo que el espectro parecía aplacado al escuchar mis palabras—. Dijo... dijo que ella también te quería. Que te echaba de

menos. Que... ojalá lo hubiera hecho mejor cuando tuvo la oportunidad.

Las puertas se cerraron con un último golpe seco, que sonó como el mazo de un juez golpeando la mesa.

Shihan no dijo nada más, así que di un paso hacia el dormitorio, aún envuelta en la toalla. Estaba secándome cuando volví a escucharla hablar:

«Gracias. Ahora puedo marcharme en paz», dijo, con una voz que se volvía cada vez más lejana. *«Me entristece dejar aquí a tantas hermanas, pero ya no puedo hacer nada por ellas. Las dejo en tus manos, médium.»*

Al escuchar eso, se me cayó la toalla de las manos. Shihan sabía que había otras mujeres en ese barco; no solo eso: acababa de llamarlas *sus hermanas.*

—¡Espera! —grité, levantando un brazo sin importarme mi desnudez—. No te vayas todavía, por favor. Necesito saber algo de una chica que desapareció, como tú. Se llamaba Katie. ¿Sabes si está aquí?

El fantasma no respondió, y sentí que su presencia empezaba a evaporarse.

¡Maldita sea! Los fantasmas me hablaban, sí, pero siempre evitaban responder a mis preguntas.

—¡Shihan! ¿Sabes cómo salir de aquí? —supliqué en un último intento—. Le llevé el mensaje a tu madre. ¿No podrías ayudarme a cambio?

Las puertas comenzaron a repiquetear de nuevo, como si Shihan traqueteara nerviosamente sobre una mesa, indecisa.

«Yo no la conozco ni puedo ayudarte», respondió. *«Pero sé de alguien que podría...».*

El sonido de la llave en la cerradura me sobresaltó.

—¿Quién? ¿Quién? —grité, desesperada por obtener respuesta.

No la hubo.

La presencia de Shihan se desvaneció en cuanto Mildred entró en el dormitorio.

—¿Niña? ¿Estás ahí? —me llamó—. ¿Con quién hablas?

Carraspeé.

—Estaba... —dudé, y apreté mi cadena de plata entre los dedos, como si fuera un rosario—. Estaba rezando.

Mildred apareció frente a mí con los brazos cruzados y el labio torcido. Chasqueó la lengua.

—¿Rezando? —dijo con asco, como si fuera lo más horripilante que había oído jamás, y luego me miró, impaciente al ver que seguía desnuda—. ¿Aún estás así? —Se dio la vuelta, recogió el vestido de encima de la cama y regresó al baño—. Bien, déjalo. Te vestiré yo misma. Tenemos que irnos.

36

Teo



El Velero de los Condenados tenía fama de ser el salón de fiestas flotante más desenfrenado de todo el Mediterráneo, y posiblemente del mundo. No conocía a ningún vampiro que no hubiera, cuando menos, oído hablar de él, y muchos habían sido, en algún momento de sus largas y aburridas existencias, invitados de aquel buque.

El navío se mantenía invisible gracias a un potentísimo hechizo, sostenido gracias al poder de las brujas más poderosas; Sinclair siempre escogía a alguna hechicera experta en magia oscura como consorte, y sobre ella recaía la responsabilidad de mantener en todo momento el encantamiento.

El buque no solía alejarse mucho de las costas ibicencas, aunque tampoco era raro encontrarlo por Córcega, Sicilia o las Islas Griegas, todas ellas fuentes fantásticas tanto de clientes como de *material de entretenimiento.*

Me habría gustado poder decir que nunca antes había pisado ese antro, pero por desgracia no era así. Sin embargo, desde entonces había transcurrido mucho tiempo, y llevaba más de medio siglo sin acercarme por los dominios de aquel corrupto florentino de nombre americano que, para mi desdicha, era también mi vecino.

—Sentaos, por favor —dijo Héctor Sinclair, siempre con esa sonrisa ladina que lo caracterizaba.

Sus palabras me sacaron de mis divagaciones.

Acabábamos de llegar al Gran Salón, un espacio enorme y cuadrado cubierto de suntuosas alfombras de motivos florales. Las paredes, revestidas de madera de roble, casi no se veían bajo las numerosas obras de arte que Héctor había adquirido, Zeus sabía cómo, durante sus más de cinco siglos de vida. Podía ser un depravado, pero sin duda tenía buen gusto para el arte.

Aparte de nosotros, unos cuantos vampiros más estaban ya allí, y se habían acomodado en los sillones y divanes acolchados del salón, formando pequeños grupos privados. Algunos bebían, probablemente whisky, brandy o sangre embotellada, y conversaban en voz baja.

Me llamó la atención un vampiro en la cincuentena, que tocaba una compleja melodía al piano, absorto, mientras otro más joven le besuqueaba el cuello. Un candelabro de diez brazos iluminaba las partituras, con las llamas de las velas ondeando levemente, como si bailaran al son de las notas y el vaivén del barco.

—¿Ese no es Piotr Illich...? —pregunté, y Héctor asintió, orgulloso.

—Ya te dije que hoy teníamos huéspedes importantes. —Se giró hacia Aksel y Reiner Grimmbauer—. Como ustedes, por ejemplo. ¿Qué tomarán esta noche, caballeros?

Héctor señaló hacia el bar, donde un par de mortales asustadas y semidesnudas servían en la barra, encorvadas y tratando de ocultarse tras ella. Me recordaron un poco a Mina y a Selena, y

sentí un escalofrío al pensar que, de no ser por mi protección, podrían haber sido ellas. Reiner sacudió la cabeza e hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Bien, caballeros, siéntense y disfruten de la música en directo mientras me aseguro de que está todo listo. Estaré con ustedes en un momento.

Reiner se encaminó a uno de los sillones libres, seguido por su hermano. Su actitud dejó claro que no estaban allí para beber whisky, ni menos aún para escuchar música clásica.

Me quedé a solas con Héctor, que no dejaba de sonreír como un maldito sátiro.

—Vaya, vaya... —dijo Héctor con voz pausada, saboreando el momento—. ¿Quién hubiera dicho que volvería a tener el honor de albergar al mismísimo Theodore d'Alessandro en mi velero? ¿Qué te trae por aquí, viejo amigo?

Tragué saliva antes de contestar, reprimiendo mis ganas de clarificar que podía ser *viejo*, pero definitivamente no *su amigo.*

—Negocios, como puedes ver —contesté, señalando en dirección a los Grimmbauer.

—¿Entonces tú no... *tomarás nada*? —insistió, embaucador—. Ya que estás aquí, podrías relajarte un poco, y...

—No necesito nada, gracias —repliqué, tajante—. Solo he venido a acompañarlos. Esperaré aquí hasta que se cansen. Tengo trabajo que hacer.

—No sabes lo que te pierdes. Esta noche tengo un par de *delicatessen* extremadamente raras y exóticas. Incluso unos gemelos, y un ejemplar muy parecido a esa amante inaguantable que tuviste hace unos años... ¿cómo se llamaba? ¿Roxana?

Ladeó la cabeza, satisfecho al ver que sus palabras habían causado el efecto deseado. Apreté la mandíbula, maldiciendo la velocidad a la que corrían los chismes en las islas.

—Ya te lo he dicho —repetí sin mirarle—. No me interesa.

Sinclair resopló por la nariz, sacudiendo su melena negra con incredulidad.

—¿Sabes, d'Alessandro? —susurró con tono hastiado—. Me sorprende que tú, como profesional de la restauración, no entiendas mejor que nadie que *todos* necesitamos un poco de diversión de vez en cuando. —Sacó una cajita de opio del bolsillo de la chaqueta, y jugueteó con ella con aire impaciente—. ¿De qué te sirve la inmortalidad, si vives siglos y siglos amargado, sin disfrutar de las maravillas que la naturaleza, generosamente, nos brinda? ¿Qué hay de malo en morder el fruto del manzano, amigo mío? ¿Para qué piensas que crece, sino para comerlo?

En aquel momento las puertas dobles chirriaron, abriéndose, e incluso el elegante pianista dejó de tocar. Sobre el salón cayó un silencio hambriento, expectante, y todos los presentes miraron con curiosidad hacia la entrada.

Allí estaba Mildred, tan espléndida y cruel como la recordaba. La vampiresa pelirroja dio un par de palmadas para atraer la atención de los presentes y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Damas y caballeros, bienvenidos al Velero de los Condenados una vez más. Me complace presentarles el menú especial de esta noche.

A un gesto suyo, una fila de hombres y mujeres esposados entró arrastrando los pies en el salón. Los vampiros se inclinaron hacia adelante en sus asientos para verlos mejor, salivando con anticipación.

Los dos primeros que entraron eran rubios, y, tal y como había dicho Héctor, parecían gemelos. Los habían vestido con ridículos trajes de gladiadores, que resaltaban los músculos de sus brazos y pecho. El músico y su acompañante los apuntaron con el dedo, y Sinclair abandonó mi lado para ir a sacar a los pobres desgraciados de la fila.

Tras ellos caminaban varias chicas, de aspecto nórdico. Me recordaron a Oksana, aunque solo en su apariencia; mi querida encargada nunca habría entrado en esa sala con la cabeza gacha

y los brazos cruzados; sino que habría luchado con uñas y dientes antes de permitir que le hicieran algo así.

Suspiré, pensando que al menos mis chicas estaban a salvo de correr una suerte tan atroz.

Mis brujas eran demasiado astutas para caer en las redes de alguien como Héctor Sinclair, o para dejarse embaucar por sus falsas promesas.

Un vampiro extranjero, cuya cara no me sonaba, se levantó para olisquear a unas mujeres nuevas que acababan de hacer su aparición en la sala. Rozaban la treintena, y tenían bustos y caderas generosos que temblaban con cada uno de sus pasos, en una cadencia hipnótica. La parte reptiliana de mi cerebro se encendió al verlas, pero tardé solo un segundo en recordar por qué estaban ahí. Aunque Héctor Sinclair jamás desvelase la procedencia del *género*, no era difícil imaginar que sus métodos de reclutamiento eran completamente inmorales y absolutamente ilegales, al menos según las leyes de los mortales.

Miré la hora, preguntándome cuánto faltaría hasta el amanecer. Me moría de ganas de salir de ese tugurio. El salón no tenía ventanas, y probablemente el hechizo también mantenía al barco en una noche eterna, para que los clientes pudieran salir a cubierta a placer.

Por desgracia, era posible que la velada se alargara durante días enteros, según los antojos de los Grimmbauer.

Saqué el teléfono del bolsillo, en busca de algo con lo que entretenerme, pero mi terminal no captaba señal en alta mar y se había convertido en poco más que un ladrillo inservible.

—¡Oh, pero mira eso! —gritó Reiner Grimmbauer a su hermano, separándose de la mesa de un golpe—. ¿Es la misma? ¡No me lo puedo creer!

Se puso en pie y corrió hacia Mildred, babeando. La vampiresa ocultaba la figura de la elegida de Reiner, y casi preferí no saber quién era la desdichada que terminaría en el camarote del mayor de los Grimmbauer. Aksel animó a su hermano, haciendo gestos obscenos desde el sillón, y yo puse los ojos en blanco, repugnado por el comportamiento de ambos.

Una pareja de mediana edad había comenzado a desnudar a su presa en plena sala. Era una de las chicas nórdicas, con las cejas tan claras que se fundían con el tono de su pálida piel. La vampiresa comenzó a morderle la cara interior de los muslos, mientras su marido besaba a la chica en la boca, ahogando sus gemidos aterrorizados.

En ocasiones así, sentía asco de mí mismo por pertenecer a la misma estirpe que aquellos energúmenos.

En un esfuerzo por distanciarme de la situación, regresé a mis correos y releí los emails viejos de Johannes, en los que me hablaba de un posible caso nuevo en los Pirineos, para el cual necesitaríamos un poco más de organización logística. Pagaban bien, y la historia era interesante; mis casos preferidos eran aquellos en los que había posibilidades de enfrentarse cara a cara a La Oscuridad que un día se había llevado a Emmanuel de mi lado.

—¡Suéltame, cerdo! —gritó una de las chicas recién llegadas, y su voz me hizo levantar la mirada de la pantalla como un resorte.

Algunos rieron al escucharla, entretenidos por su tenacidad. Las víctimas que oponían resistencia solían ser las que más divertían a los malditos enfermos que frecuentaban sitios como ese.

Reiner Grimmbauer sujetaba por la fuerza a una joven rubia de cabellos ondulados, que se encontraba de espaldas a mí. Llevaba puesto un vestido ajustado de lentejuelas plateadas, con un corte lateral tan profundo que hacía la falda prácticamente superflua. La chica trató de darle una patada en la entrepierna, y Reiner soltó una carcajada mientras le hacía un placaje y la esquivaba a la vez.

En ese momento, la mujer se dio la vuelta tratando de zafarse del agarre de Reiner, que la sujetaba por las muñecas. Nuestros ojos se encontraron, y me llevé una mano a la boca, deseando que aquello no estuviera ocurriendo de verdad.

—¿Teo? —gritó ella señalándome—. ¿Eres tú?

Contuve la respiración, horrorizado.

Reiner le cubrió la boca, pero le dio el tiempo justo a gritar:

—¡Teo, por favor!

Si mi corazón hubiera latido, se habría parado en ese mismo momento.

Iris Andersson era el plato del día en el Velero de los Condenados, y si yo no hacía algo pronto, jamás saldría de allí con vida.

37

Iris



El dolor me desgarró al advertir la presencia de Teo en aquel salón infernal; aunque más que su presencia, lo que me destrozó por completo fue su indiferencia.

Aunque, por otra parte, ni siquiera me sorprendía.

Con las manos esposadas, era difícil rehuir los asquerosos magreos de Reiner Grimmbauer, de modo que pasó un buen rato hasta que pude alzar la mirada y lo descubrí ahí, sentado como si nada entre aquellos inmortales pervertidos.

Al verme, su rostro se desencajó: al menos tuvo la decencia de sentir vergüenza cuando lo pillé con las manos en la masa.

Lo llamé y se mantuvo impasible; por un instante me pregunté si habría sido él quien me había vendido a Héctor Sinclair; si estaría compinchado con Yannis, o si simplemente era otro vampiro degenerado, como la mayoría de su especie, al que no le bastaba con morder la garganta de aquellos que se ofrecían voluntariamente y necesitaba un poco más de adrenalina para animar su tediosa existencia.

Mientras me debatía contra Reiner, que no paraba de manosearme los pechos por debajo del ridículo vestido, Teo se levantó de su sillón con la calma más absoluta y me señaló con apatía.

—Un momento —dijo, guardando el teléfono en el bolsillo con parsimonia.

Se arregló el cuello de la camisa y se acercó a olisquearme, como si fuera la primera vez que me veía. El apestoso que estaba tratando de hincarme el diente se quedó quieto, extrañado por la reacción de Teo.

—No —dijo Teo, sacudiendo la cabeza—. Disculpa, Reiner, pero esta me la quedo yo.

Reiner enarcó las cejas, incrédulo, y después señaló al grupo de desgraciados que había entrado a la vez que yo al salón; algunos de ellos todavía estaban junto a Mildred, esperando su destino.

—Elígete a otra, d'Alessandro —gruñó el vampiro alemán—. Yo la vi primero.

—Insisto —dijo Teo, impasible.

—¡Estaba en tu bar todo este tiempo! —replicó Reiner—. Podrías haberla degustado cuando quisieras. ¿A qué viene tanto interés de pronto?

Teo me miró, y en sus ojos solo vi frialdad. Se me heló la sangre al comprender de golpe lo que realmente ocultaba su alma.

—No sabes las ganas que tenía de poseer a esta zorra, pero no podía, con todos esos humanos acechando. —Teo escupió las palabras, y estas se clavaron en mi corazón como dardos envenenados—. Déjamela, Reiner. Como favor. Que sea un trato entre caballeros.

—D'Alessandro, ¿a qué estás jugando? —El tono de Reiner se volvía cada vez más agresivo, y me apretó tanto las muñecas que sentí que las puntas de los dedos se me entumecían por falta

de riego sanguíneo—. Tú estás aquí para servirme, y no lo contrario.

Teo parecía estar a punto de lanzar fuego por los ojos. Escuché pasos acercándose, y se personó frente a nosotros el mismísimo Héctor Sinclair.

Llevaba tantos años buscando a ese hombre, y ahora que lo tenía justo delante, lo único que podía hacer era odiarlo en silencio.

La sala entera se quedó en silencio, mientras todos los presentes observaban la escena.

Héctor puso los brazos en jarras y se mesó los brillantes cabellos color cuervo; seguía llevándolos con raya al medio, igual que cinco años antes.

—¿Qué está pasando aquí, caballeros? —preguntó con curiosidad.

Héctor seguía sin reconocerme, pero eso no me extrañó; mi aspecto había cambiado bastante desde entonces, a diferencia del suyo. Sin duda había salido de copas con muchas, muchas mujeres a lo largo de su existencia, y yo no era la más llamativa ni por asomo. Para mí, sin embargo, habría sido difícil olvidar la cara del hombre que me había arruinado la vida.

—No me digas que has cambiado de opinión, amigo mío... —comentó Héctor, sumamente divertido por el altercado.

—Así es —respondió Teo con altanería—. ¿Algún problema? ¿Tienes algún impedimento moral, quizás?

La sonrisa de Héctor se volvió tan amplia que dejó ver sus colmillos al completo.

—En absoluto. Me encanta.

Héctor dio una palmada al aire, ilusionado, y se me acercó. Hundió su nariz entre mis pechos un momento, ignorando mis airadas protestas. Después se volvió hacia Reiner, y le susurró al oído:

—Señor Grimmbauer, ¿no le parece que esta joven tiene un olor un tanto... pestilente?

—No me molesta —replicó el otro, encogiéndose de hombros—. Tengo curiosidad por probar una bruja. Son muy difíciles de capturar.

Héctor miró a Teo y a Reiner alternativamente, dudando. Sentí que planeaba algo, y que, fuera lo que fuese, no sería en mi beneficio.

—Le ofrezco una virgen a cambio —le dijo Héctor a Reiner, como quien saca un as de la manga—. La tenía reservada en la bodega, pero podría hacer una excepción por ustedes. ¿Qué me dice? Esta de aquí... —Me sujetó del hombro y torció el gesto—. Sí, es una rareza, pero es de segunda mano, si me entienden...

Sentí que se me detenía la respiración ante el horror de aquella situación. Si desde la desaparición de Katie había dejado de confiar en los vampiros, lo que se estaba desplegando ante mis ojos me espeluznó hasta el punto de odiarlos a muerte. Si hubiera tenido una estaca en ese momento, los habría asesinado a sangre fría, uno a uno, empezando por Teo.

Reiner Grimmbauer dudó un instante ante la oferta de Héctor, claramente tentado. Al final me empujó hacia Teo con un gesto de desdén y asintió.

—De acuerdo —dijo, volviéndose hacia el grupo de Mildred con una pregunta en los ojos—. Trato hecho. Que se la quede d'Alessandro, si tanto interés tiene.

Héctor me tomó por las esposas y me lanzó contra el pecho de Teo. Me sentí como una mercancía, pasada de mano en mano sin miramientos. Teo me cogió, casi al vuelo, y me envolvió en su brazo. Por un instante, su apretón alivió mi tensión; pero el alivio se convirtió en asco al instante, al comprender por qué Teo estaba allí, y lo que pretendía hacer conmigo.

—Necesitaré un camarote —dijo Teo, sin siquiera mirarme.

—Por supuesto —respondió Héctor, complaciente—. Mildred te indicará cómo llegar, amigo mío. —Después hizo una breve inclinación y le lanzó una mirada lasciva a Teo, antes de darse la

vuelta para ir en busca de la supuesta virgen—. Disfruta de la velada... *hermano*.

38

Iris



Teo me agarró del brazo y me sacó a rastras del salón. Lo seguí, tropezándome con los tacones demasiado altos que Mildred me había obligado a ponerme. Para entonces llevaba tantas horas sin dormir que ya casi ni sentía el cansancio, pero mis reflejos comenzaban a resentirse.

Mildred nos guio con paso marcial, balanceando su enorme llavero en la mano. La bella vampiresa de cabellos cortos caminaba unos pasos por delante, mientras yo musitaba coloridos improperios solo para los oídos de Teo. Llegó un momento en que lo hice perder la paciencia y me propinó un leve codazo en el costado para hacerme callar. Obedecí, aunque lo fulminé con la mirada. Tenía suerte de que yo no fuera Naomi, porque le habría aplastado la cabeza con un candelabro.

—Os dejaré este, cortesía de Héctor —dijo Mildred, señalando una puerta algo más grande que las demás y entregándole a Teo una llave de su manojo—. Ahora tengo que volver arriba a encargarme del resto. Disfrutad de vuestra estancia en nuestro velero.

Tras decir la última frase, que sonó como una grabación, se dio la vuelta para marcharse. Teo la llamó, chasqueando los dedos.

—Las esposas, querida —dijo agitando el índice con impaciencia.

Mildred asintió y se levantó la falda hasta el muslo. Colgado de una liga de encaje llevaba un juego de llaves más pequeño, que desenganchó con cuidado para no arruinar las puntillas.

—Por supuesto. Casi lo olvido —dijo, y me desató las manos. Me froté las muñecas, lanzándole una mirada cargada de rencor—. Pero ten cuidado —añadió mirando a Teo como si yo no pudiera oírla—: Ya ha intentado escaparse una vez. Mantenla vigilada y cuida bien las llaves de la puerta.

—Lo haré, no lo dudes —prometió Teo, y me empujó al interior del camarote, dejando a la vampiresa fuera.

Una vez dentro, encendió la luz y pasó el cerrojo. Después dejó las llaves sobre una cómoda en el vestíbulo. Seguí sus movimientos con atención, y mis atentas miradas no le pasaron desapercibidas.

—¿Qué estás tramando? —me espetó—. ¿Acaso piensas robar las llaves y subir corriendo al salón? Porque, en mi opinión, sería una acción suicida. Pero tú misma...

Apreté los dientes. Sentía una furia tan grande que, si me dejaba llevar, intentaría matarlo, y aquello tampoco terminaría bien para mí.

—¿Y bien? —dijo Teo, paseándose de brazos cruzados por la habitación.

Me sorprendió su tono enfadado, como si fuera *yo* la que había hecho algo malo. Apartó el sillón del escritorio y se sentó en él, con las piernas cruzadas y las puntas de los dedos unidas.

—¿Piensas explicarme cómo has terminado aquí? —me espetó furioso.

Bufé, incapaz de controlarme por mucho tiempo más.

—¿Lo dices en serio? —siseé, buscando con la mirada algún objeto punzante—. Me parece graciosísimo que *tú* me estés preguntando eso *a mí*, cuando te he pillado *in fraganti* en un retorcido burdel flotante para vampiros y, obviamente, te morías de ganas por *tirarte a esta zorra* —pronuncié las últimas palabras con retintín, repitiendo lo que había dicho él mismo un rato antes—. Perdona, ¿era zorra? ¿O furcia?

Teo guardó silencio, y me pareció ver un gesto fugaz de dolor en su rostro. Bien: ni siquiera iba a intentar defenderse. *El que calla otorga*, me dije.

—¡Maldita sea, Theodore! —grité, cada vez más encendida—. ¡Maldigo el día en que entré a trabajar en tu bar, y en ese ridículo sucedáneo de agencia que regentas! Tendría que haberme marchado en cuanto vi el panorama, pero fui una estúpida y me quedé. Presentía que no eras totalmente de fiar... Pero claro, no me imaginaba hasta qué punto eras un depravado, un malnacido, un psicópata patético que...

Teo exhaló con impaciencia y apoyó la barbilla en la palma de una mano, interrumpiéndome.

—¿La lista es muy larga? —preguntó, dando golpecitos con la otra mano sobre la esfera de su reloj de pulsera.

Me callé de golpe, infinitamente ofendida.

¿En serio? ¿Después de lo que había hecho iba a tratarme así, encima?

Aquello era inconcebible.

Teo se levantó del sillón y se acercó a mí, cauteloso. Yo seguía de pie en un rincón del vestíbulo, incapaz de decidir cuál sería mi próxima jugada.

Me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cara, obligándome a mirarlo a los ojos. Me estremecí al sentir el tacto de sus manos sobre mi piel, mientras una extraña mezcla de rechazo y nostalgia me invadía.

—Iris, mírame, por favor —dijo suavemente—. Aunque no lo creas, estoy intentando ayudarte.

Aparté la mirada.

—¿Ayudarme cómo, exactamente? —le grité, escapando de entre sus manos—. ¿Apoyando este nido de vampiros corruptos? He escuchado lo que has dicho ahí arriba, y...

Él me dejó ir, con aspecto decaído.

—Baja la voz, por favor. Sé que es difícil de creer, pero no suelo frecuentar este tipo de sitios —susurró—. Solo vine porque los Grimmbauer no me dejaron otra opción. Era esto o perder sus favores, lo cual supondría para mí perderlo todo, e incumplir una promesa que...

Se interrumpió, como si hubiera hablado demasiado. Permanecí rígida, manteniéndome tan alejada de él como pude. Sonaba sincero, pero aun así, había subido a ese barco voluntariamente, y probablemente había pagado una buena suma de dinero a Héctor por aquellos *servicios*.

—No tienes ni idea de lo que hay en las bodegas de este barco, ¿verdad? —pregunté, sintiendo que mi rencor se diluía un poco, y comenzaba a convertirse en curiosidad.

Tardó en responder. Miró un momento al techo, pensativo. Resopló.

—No —concedió tras unos instantes—, aunque, ahora que lo pienso, no es muy difícil imaginarlo. Para serte sincero, intento no pensar en ello.

—Claro —bufé, dándole un empujón en el pecho, al que no opuso resistencia—, ¿por qué ibas a hacerlo? Tú, con tu vida lujosa y perfecta, ¿por qué iba a importarte el sufrimiento de aquellos a quienes les tocó peor suerte que a ti en la ruleta de la vida?

—Pido disculpas —murmuró. Dio un par de pasos atrás y se sentó al borde de la cama,

hundiendo la cabeza entre las manos—. Siento mucho que me encontraras aquí, Iris. Pero tú me importas. Lo que dije ahí fuera lo dije para salvarte, me creas o no —Hizo una pausa y alzó el rostro para mirarme fijamente a los ojos. Sentí su mirada como fuego, y añadió—: Y si yo no hubiera estado hoy aquí, ahora estarías muerta. O peor.

Tragué saliva, consciente de que su afirmación era cierta.

—Fue Katsaros, ¿verdad? —continuó Teo, disimulando su rabia a duras penas —. Leí tu mensaje, pero cuando te escribí para advertirte, tu teléfono ya estaba apagado. Te dije que ese hombre no era de fiar, pero...

Se detuvo y sacudió la mano, como si nada de eso importara ya.

Extendí el brazo y señalé la suntuosa habitación con molduras doradas en techo y paredes, y la fina colcha dorada de brocado que cubría la cama.

—¿Acaso tengo motivos para fiarme de ti? —le pregunté—. ¡Estabas aquí, Teo! Estabas en ese maldito salón con los otros. ¿Por qué iba a creerte? ¿Por qué iba a confiar en que intentarás ayudarme, y no...?

—Porque no he dejado de pensar en ti desde la otra noche —me interrumpió, dejándome boquiabierta—. Porque desde ese momento te veo en todas partes, en todos los rostros de todas las mujeres, y me maldigo por el error que cometí contigo. Porque, desde la primera vez que escuché tu voz por teléfono, supe que eras especial, que eras distinta y que eras la mujer que necesitaba para...

Se levantó de la cama y comenzó a pasear, nervioso, de un lado a otro del dormitorio.

—¿Para qué? —me esforcé por no gritar, pero me frustraba su costumbre de dejar las frases importantes a medias.

—Para ayudarme en mi misión. —Sacudió la cabeza—. Pero eso ya da igual. Sé que te arrepientes de haberme conocido y de haber venido al Serenata. No te culpo. Supongo que yo, en tu lugar, me sentiría igual. —Se agachó un poco y me tendió la mano tímidamente—. Aunque no lo creas, te he hecho traer aquí para protegerte. Pero necesito que confíes en mí y hagas exactamente lo que te voy a decir ahora. Si no, ambos estaremos perdidos.

39

Iris



Tomé la mano que Teo me tendía, confundida.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo—. ¿Estás dispuesta a confiar en mí?

Suspiré y me dejé caer sentada sobre el mullido lecho.

—¿Me queda otra opción?

—No —respondió con una media sonrisa—. A menos que prefieras irte a la cama con Reiner Grimmbauer.

Solo la mención de aquel nombre me provocó una oleada de náuseas.

—¿Qué propones que hagamos? —pregunté—. Porque tendrás un plan, ¿verdad?

Teo apretó los labios y cerró los ojos, como si estuviera a punto de decir algo que lo avergonzaba.

—Sigo esperando —dije, cada vez más impaciente—. ¿Piensas decirlo hoy?

Su silencio se alargó tanto que supe que cualquier cosa que dijese después iba a ser espantosa. Sin embargo, fue todavía peor de lo que me esperaba:

—Te compraré a Héctor —soltó al fin, encogiéndose un poco, como quien espera un golpe.

—¿Qué? —grité, casi más furiosa que antes—. Estarás de broma, ¿verdad?

Teo negó con la cabeza, disculpándose.

—Si estás aquí, es porque ahora eres propiedad de Sinclair —explicó con tono conciliador—. Tuvo que haber algún tipo de transacción durante la cual él te adquirió, aunque no seas consciente de ello. Y una vez en sus garras, no te dejará ir por las buenas. Héctor es astuto; una maldita serpiente. Y la única manera de sacarte de este barco es comprar tu libertad. De lo contrario, estás condenada a muerte.

—¿Y por qué estás tan seguro de que Héctor aceptará? —pregunté, dudando seriamente la efectividad de su plan.

—De hecho, no lo estoy —replicó él—. Es posible que se niegue. Héctor y yo... —Hizo una pausa, apartándose los cabellos claros que se le metían en los ojos—. En fin, él y yo tenemos visiones muy distintas del mundo. Nos odiamos, para qué voy a mentirte. Y él lo sabe. Todos en nuestro círculo lo saben. Llevo años evitándolo, y tratando de mantenerlo alejado de mi local y de aquellos a quienes aprecio. Dudo que confíe en mí cuando se lo proponga, y, además, es posible que intente importunarme a propósito.

—Muy alentador —dije, inspirando a fondo.

Cerré los ojos, dejándome mecer por el suave vaivén de las olas, que en aquella parte del buque se sentía más intensamente.

—Haré todo lo posible por convencerlo —me aseguró—. Te sacaré de aquí, y después te marcharás a Londres para siempre. Ningún mortal ha salido vivo de este agujero, pero espero

que mi protección, unida al hecho de ser bruja, jueguen a tu favor. —Sus ojos relucieron con aquel característico fulgor verde—. Una bruja sabe guardar un secreto.

Teo tenía razón; tras haber estado en las celdas de abajo, sabía que no tenía muchas posibilidades de salir de allí con vida. Su oferta de pagar por mi libertad sonaba ultrajante, y también bastante descabellada, pero era un plan y era bastante mejor del que yo tenía, que era... ninguno.

Sin embargo, su enemistad con Héctor podía ser un obstáculo. Y si Héctor se negaba a aceptar la propuesta, ambos podríamos terminar en apuros.

¿Qué hago?, me pregunté.

Y entonces lo entendí.

Había una manera.

Había una forma de convencer a Héctor de que Teo, realmente, había ido hasta allí para "comprarme"; de que se había vuelto tan pérfido como él, y, por lo tanto, *de fiar*, según sus oscuros estándares.

El único problema era que esa manera pasaba por hacer algo que me provocaba escalofríos de solo pensarlo.

Aunque, llegados a este punto, no era capaz de comprender si aquellos escalofríos eran a causa del miedo... o de la excitación.

Tragué saliva y miré a Teo, que aguardaba de pie frente a mí, expectante. Yo estaba aún sentada en la cama, con los ojos a la altura de la hebilla de su cinturón.

—Escúchame —dije lentamente, tomando sus manos y obligándolo a sentarse a mi lado en la cama—. Tienes que ganarte la confianza de Héctor. Tienes que convencerlo de que estás aquí por el mismo motivo que los demás, para que te crea cuando le ofrezcas el trato.

—Correcto —corroboró—. Veo que me has entendido. Ahora, el único problema es cómo hacerlo en la práctica, dado que Sinclair siente un profundo desprecio por mí y mis principios...

Lo miré fijamente a los ojos y tomé aire una vez más antes de responder.

Uno, dos, tres.

Inspira, expira.

—Teo —dije firmemente—. Eso no era una pregunta, sino una afirmación. Hay una manera, pero vas a tener que morderme.

40

Iris



La cara de Teo delató todas las emociones existentes en los siguientes cinco segundos. Frunció el ceño y parpadeó varias veces, hasta quedar boquiabierto.

—P... ¿perdón? Creo que no te he entendido bien —dijo, jugueteando nerviosamente con el botón superior de su camisa—. Pensé que eso era algo que...

Mildred me había dejado el pelo suelto, cayendo sobre la espalda. Me lo recogí hacia arriba con las manos, dejando mi cuello al descubierto.

—Tienes que hacerlo —le ordené—. Hazlo, y además, déjame las marcas visibles. De lo contrario, no te creerán. Saben que trabajo para ti. Sospecharán algo.

Teo se mordió el labio inferior, paralizado por la duda, mostrando la punta de sus colmillos. Empezaba a sentirme mareada.

—Iris, ¿estás segura de esto?

—Totalmente —respondí, aunque no pude evitar que me temblara un poco la voz—. ¿Así? ¿O prefieres que me tumbe?

Teo se inclinó un poco hacia atrás, observándome con una mezcla de aprensión y cariño.

—No. Si lo hacemos, hagámoslo bien. No... no quisiera hacerte daño.

—De acuerdo. —Tragué saliva, estremeciéndome de nuevo al sentir su cuerpo tan cerca del mío—. ¿Y cómo se hace *bien*? Tú dirás...

Teo se aproximó lentamente y posó sus manos alrededor de mi cintura. Eran enormes y protectoras, y me envolvieron con gran facilidad, como si estuvieran hechas a medida solo para mí.

—Lo más importante es que estés relajada. ¿Te importa si...? —preguntó, subiendo poco a poco por mi torso hasta detenerse en el momento en que sus palmas rozaban mis pechos por debajo del fino vestido.

Asentí con fervor, deseando secretamente que esas manos continuasen avanzando por mis senos. Pero en vez de eso, rodearon mi torso por la espalda hasta llegar a mi cuello.

Se detuvo a mirarme, con ternura en los ojos.

Luego me acarició las mejillas suavemente, con desesperante lentitud, y acercó sus labios a una de ellas, depositando un beso casto junto a mi oreja.

—Eres bellísima. Por dentro y por fuera. Supongo que eres consciente de ello —murmuró, separándose un poco de mí—. Me muero de ganas por volver a besarte, pero bastará con que Héctor vea las marcas de...

—Bésame —lo interrumpí.

No podía seguir respirando un segundo más sin sentir sus labios sobre los míos.

Levanté un poco la cabeza, lo suficiente para que nuestros labios se unieran. Después puse

ambas manos sobre su trasero, posicionándolo justo encima de mí. Sonrió complacido, y sus dedos juguetearon por debajo de mi vestido de lentejuelas.

—¿Quieres que pare? —me preguntó con cautela—. Solo dímelo...

Sacudí la cabeza en un no rotundo y, en respuesta, sus dedos se acercaron a las zonas más delicadas bajo mi ropa interior, haciendo que se me escapara un gemido. Me llevé la mano a la boca, preocupada de que alguien ahí fuera pudiera oírnos.

—Haz todo el ruido que desees, querida... —susurró él, con una sonrisa entre divertida y amarga—. Cuanto más ruido hagamos, más creíble será para ellos...

El rubor me subió por las mejillas al comprender que tenía razón. Lancé mis tapujos bajo la cama y lo besé con avidez, pasando mi lengua por la punta de sus afilados colmillos; imaginándolos en todos los rincones de mi cuerpo mientras me derretía poco a poco entre aquellos potentes brazos.

Revolví su pelo claro y lo empujé para que se tumbase de espaldas sobre las almohadas. Después me senté a horcajadas sobre su cuerpo y desabroché su camisa botón a botón, besando sus pectorales desnudos como si me fuera la vida en ello; pensándolo bien, esa noche mi vida *dependía* de ello.

Teo me dejó hacer, retorciéndose ligeramente bajo mi peso. Después me tumbé a su lado y lo besé de nuevo en los labios, mientras sus manos bajaban la cremallera trasera del vestido. Ni siquiera llevaba sujetador, por orden de Mildred, de modo que mi cuerpo entero quedó al descubierto de golpe. Ni siquiera percibí en qué momento se desnudó, pero al siguiente parpadeo estaba sobre mí, como un león imponente, su rostro a dos centímetros del mío, y nuestros cuerpos a punto de fundirse en uno.

—Esta parte no es necesaria para convencerlos, lo sabes, ¿verdad...? —preguntó con incertidumbre, aunque jadeando de pasión—. Podemos saltárnosla...

—Lo sé —respondí con los ojos cerrados, atrayéndolo hacia mí—. Por favor, Teo. Te deseo tanto, tanto...

Asintiendo, se hundió en mi interior de una sola vez, suavemente pero con firmeza, y un grito de placer se me escapó al sentirlo por fin dentro de mí, después de tanto tiempo fantaseando con ese momento.

Esperó un poco, confirmando que quería que continuase, y después comenzamos a movernos al unísono, mientras él me besaba el cuello sin parar. Sus besos se volvieron más rudos, al tiempo que los sus movimientos se tornaban más enérgicos y profundos.

Cuando la primera oleada comenzó a crecer en mi interior, sus colmillos se hincaron delicadamente en mi cuello, llevándome a una dimensión que no había conocido jamás hasta ese momento.

Olvidé por un instante dónde estábamos, y lo que me esperaba más allá de la puerta de ese camarote; en vez de eso, me dejé llevar, temblando junto a él, y disfruté de ese raro momento de perfección que era un paréntesis en el tiempo, solo para nosotros dos.

Tras el éxtasis de nuestro encuentro caí dormida, rendida por las subidas y bajadas de aquel largo día. Me despertó, mucho rato después, la lejana voz de Shihan, que había regresado a saldar su deuda conmigo.

41

Iris



Abrí los ojos, pero solo vi sombras.

Teo yacía junto a mí en la cama, abrazándome por detrás bajo la sábana.

La voz de Shihan me llamaba con insistencia desde algún punto indescifrable en la oscuridad del camarote.

Me incorporé sobre las almohadas, apoyándome contra el ornado cabezal de la cama, y me cubrí un poco con la sábana. Una súbita brisa fantasmal había hecho bajar la temperatura.

—¿Estás bien? —murmuró Teo, incorporándose un poco y posando una mano helada sobre mi brazo. Encendió la luz de la mesilla y husmeó un poco por los rincones.

Asentí y me llevé un dedo a los labios, pidiéndole silencio. Comprendí que él no podía ver ni oír nada.

—No te muevas. No hables —susurré, apretando su mano. Él apretó la mía de vuelta, confirmando que había entendido.

Cerré los ojos y traté de conectar con el espectro de la joven, cuya presencia comenzaba a volverse más fuerte en la estancia.

«Shihan... ¿eres tú?» formulé en mis pensamientos.

«Sí. Estoy aquí, médium.»

«Shihan, ¿sabes algo de mi hermana? ¿De Katherine?»

La brisa fría revolvió las cortinas, y un cuadro comenzó a golpear la pared, como si un tren estuviera pasándonos por encima.

«No sé nada de tu hermana. Pero sí que sé cómo puedes salir de aquí sin tener que unirte a los muertos.»

«Dime, ¿cómo?»

«Busca a la bruja ibicenca. La más poderosa de todas. Su alma está maldita, entretejida con La Oscuridad. Pero solo La Oscuridad puede vencer a La Oscuridad que sostiene a este buque.»

«¿Pero... quién es? ¿Dónde está? ¿Sabes su nombre?»

«Lo sé.»

La brisa fría comenzó a amainar, y el cuadro dejó de dar golpes. Shihan se estaba marchando de nuevo.

«¡Shihan, no te vayas! ¡Necesito saber más! ¿Quién es?»

«Solo a cambio de una promesa.»

Sentí la mano de Teo apretando mi brazo de nuevo, insuflándome su apoyo. Me la sacudí de encima sin abrir los ojos, para evitar que me desconcentrara.

«¡Haré lo que quieras! Solo dímelo, por favor.», le supliqué a Shihan en mi mente.

«Sácalos de aquí. A los otros como tú y como yo; a nuestras hermanas y hermanos.», ordenó.

«Lo haré, si está en mis manos...»

«Júralo, médium. Por lo que más ames.»

«¡Está bien! Lo juro.»

«¿Lo juras por tu vida mortal? ¿Por tu alma inmortal?»

«¡Sí!»

La voz espectral guardó silencio, como si todavía dudase.

«¿Lo juras por... la vida de tu hermana?»

Me quedé en blanco.

Recordé a Katie con apenas siete años, correteando a mi lado por el cementerio de Saint Anne; riendo juntas, revolcándonos por la hierba entre las lápidas mientras nuestra madre nos llamaba desde las catacumbas. Mi hermana fue, hasta que se marchó a la universidad y conoció a gente de fuera de El Claustro, mi mejor amiga y mi segunda madre.

No era un juramento fácil. Pero era necesario.

«Lo juro.», susurré.

Shihan guardó silencio, y la brisa fría que había provocado se detuvo. El calor volvió al camarote. Las luces parpadearon, cobrando vida de nuevo.

—¡No! ¡Regresa! —grité en voz alta, apretando la sábana entre las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Teo, ajeno a mi conversación inaudible.

Sacudí la cabeza, frustrada.

—No importa. Casi pude conectar con un espectro. Pensé que podría ayudarme a salir de aquí, pero... —Suspiré—. La he perdido cuando estaba casi a punto de conseguirlo.

Teo me abrazó y hundió su nariz en mi pelo.

—No te preocupes. Yo te sacaré de aquí. Te lo prometo.

Exhalé, frustrada por mi impotencia.

—Estaba esperando a que despertases —susurró Teo, acariciando con ternura las marcas de mordeduras en mi cuello—. Iré a hablar con Héctor de inmediato. Todo irá bien.

—No, Teo —repliqué, apartándome el pelo de los ojos—. Con eso no bastará. Yo no soy la única prisionera de este barco.

Teo apartó la mirada, lleno de pesar.

—Lo sé, y ojalá pudiera hacer algo por todos esos desdichados. Pero no está en mis manos.

Me levanté de golpe. Busqué algo que ponerme que no fuera aquel burlesco vestido que me había dado Mildred, pero no había nada más a la vista. Me acerqué al armario y lo abrí.

—Tú no has visto lo que he visto yo. No puedo dejarlas aquí —insistí, rebuscando entre las perchas. El armario estaba repleto de vestidos de fiesta, cada cual más ostentoso que el anterior.

—¡Iris! ¿Es que no lo entiendes? —exclamó Teo, levantándose también—. Si llamas la atención de Héctor, si das un solo paso en falso, estarás muerta antes de que amanezca. ¡Yo no puedo salvarlos a todos, pero al menos puedo intentar salvarte *a ti!*

Observé la perfección de su cuerpo desnudo mientras se ponía los pantalones, desde mi ángulo privilegiado junto al armario. Ninguno de los dos habló. Cuando terminó de vestirse, se encaminó hacia la salida y descorrió los cerrojos.

—¿Teo? —dije. Él se dio la vuelta para mirarme, y yo continué —: Entiendo que no está en tus manos ayudar a todos los cautivos de este barco. Entiendo que corres un riesgo exponiéndote por mí, pero... cuando hables con Héctor... ¿podrías hacerme un favor?

Se ajustó los puños de la camisa, asintiendo.

—Claro. ¿De qué se trata?

—¿Podrías intentar descubrir si mi hermana estuvo alguna vez aquí? Es Katherine

Andersson, te lo dije en el taxi. Desapareció junto a Héctor, hace cinco años. ¿Podrías... —me tembló la voz, pero me esforcé por terminar la frase—, podrías averiguar si... si sigue viva en alguna parte?

Al escuchar mi pregunta, su rostro, de lo normal pálido, se volvió completamente ceniciento; casi cadavérico.

—Por supuesto, querida. Cuenta con ello —respondió quedamente, abriendo la puerta, aunque su mirada delató sus pensamientos: *No hay esperanza alguna.*

—Gracias —respondí en voz baja.

Me lanzó un beso al aire y salió, perfectamente vestido, como si nada hubiera ocurrido un rato antes en ese camarote.

—Confía en mí. Todo irá bien —dijo, asomándose por la rendija de la puerta. Me pareció que lo decía para darse confianza a sí mismo, más que a mí—. Ahora intenta descansar un poco. Volveré en un par de horas.

Teo se fue y pasó la llave, dejándome a solas en la habitación.

Apagué la luz y cerré los ojos. Era una buena idea intentar dormir un poco mientras él trataba de llegar a un acuerdo con Héctor. Fuera cual fuese el resultado, por la mañana iba a necesitar toda la energía que pudiera reunir.

Me pregunté qué haría si Teo descubría que Katie estaba presa en las bodegas. Sin duda, yo jamás me marcharía de allí sin mi hermana, bajo ningún concepto. Pero las posibilidades de que siguiera con vida después de tantos años eran ínfimas. Era inútil alimentar falsas esperanzas.

El sueño me invadió, y esta vez soñé con Katie.

Su rostro me sonreía, pero después se cubría de sangre. Chorros de sangre cayeron sobre sus cabellos claros, que luego se convirtieron en gruesas sogas de barco. Las sogas la ataron, apretándola cada vez más fuerte hasta estrangularla como serpientes.

«No vengas... Iris... Te matarán...»

Me desperté de un salto, sintiendo unos dedos helados sobre la garganta.

No había nadie en la estancia.

Me tapé hasta las orejas, asustada.

En mi cabeza retumbó la voz de Shihan, que me susurraba algo con voz ronca:

«Su nombre es Margalida Tur...»

—¿Margalida Tur? —dije, mientras la lucidez regresaba poco a poco a mi mente—. ¡No puedo invocar a Margalida Tur! —grité, agitando un puño en el aire con frustración, aunque sabía que no obtendría respuesta—. ¡Sería una locura! Y, además, ella ya no está aquí.

Al decir esto, el mismo cuadro que Shihan había hecho temblar un rato antes se cayó de la pared y quedó ensartado en un candelabro metálico.

Me levanté a recogerlo, y observé que el marco dorado de ebanistería se había roto al soltarse el clavo.

El lienzo mostraba un retrato de Héctor, posando junto a una mujer desconocida que adornaba sus cabellos negros con una corona de oro.

Supe de inmediato que el desplome de aquel cuadro no había sido casual, porque al caerse, un brazo del candelabro había atravesado el lienzo, pero no por cualquier parte: el metal había traspasado la figura del hombre, y sobresalía ahora de su pecho como una estaca clavada en pleno corazón.

42

Teo



Abandoné el camarote hostigado por una sensación ominosa, que se cernía como una nube oscura sobre mi cabeza.

Subí al salón arrastrando los pies, luchando contra mi deseo de regresar a ese dormitorio y perderme en los brazos de Iris para siempre. Temía lo que pudiera encontrar ahí arriba, y odiaba pensar que su destino, *el nuestro*, estaba ahora en manos de un villano de la calaña de Héctor Sinclair.

El salón estaba mucho menos concurrido que unas horas antes; la mayoría de invitados habían encontrado una víctima con la que divertirse, y se habían esfumado en alguna habitación privada a disfrutar de la fiesta.

En unas butacas cercanas a la barra divisé a Héctor, charlando cordialmente con sus fieles secuaces, Mildred y Romina. No quedaba ningún mortal en el Gran Salón, ni siquiera las camareras, de modo que las vampiresas no tenían nada que hacer hasta que algún cliente asomara la cabeza de nuevo.

—Has sido rápido, d'Alessandro —comentó Héctor con una sonrisa traviesa—. Estás perdiendo la forma, hermano...

Me hizo un gesto para que me sentara con ellos, pero rechacé su oferta.

—Me gustaría hablar contigo en privado —dije, esforzándome por disimular los nervios.

Héctor abrió los ojos exageradamente, dedicándome un teatral gesto de sorpresa.

—¿Por qué motivo? ¿Acaso no has quedado satisfecho?

Negué lentamente.

—No. Todo lo contrario —respondí—. Quisiera discutir contigo un pequeño negocio.

Aquello llamó la atención de mi interlocutor, que dejó a un lado su expresión de fingido asombro y comenzó a levantarse.

—Por supuesto —dijo, señalando hacia una puerta dorada semioculta tras el bar—. Vamos al reservado. Hablemos.

Entramos en un pequeño cuarto privado bajo el escrutinio de las dos vampiresas, que nos despidieron con una breve inclinación de cabeza y volvieron rápidamente a sorber sus cócteles carmesíes.

El espacio era cuadrado, con un diván, dos sillones floreados y una mesa baja en el centro; todo iluminado por la suave luz de varios candelabros de bronce en las paredes. Un Botticelli de casi tres metros de largo ocupaba la mayor parte del muro principal.

—¿El nacimiento de Venus? —comenté, tomando asiento.

—Así es —respondió Héctor, satisfecho—. Regalo de un viejo amigo. Una lástima lo de Simonetta, la modelo. Tan hermosa, pero murió tan joven... —Acarició las suaves caderas y el

pecho descubierto de Venus con aire soñador—. Pero al menos, sus tentadoras curvas quedarán para siempre inmortalizadas en este lienzo. Sandro, como yo, sabía apreciar un cuerpo de mujer jugoso cuando lo veía... ¿y tú, querido Theodore? ¿Qué opinas?

—Una copia excelente —dije, deseoso de evitar ciertos temas en compañía de aquella sanguijuela.

—¿Qué te hace pensar que es una copia?

Héctor rebuscó en un cajón de la mesilla y extrajo un paquete de cigarros liados con hierbas. Me ofreció uno, pero lo rechacé. Encogiéndose de hombros, encendió el suyo, inundando el reservado con una nube de humo malsano.

—¿Y bien? ¿Cuál es ese misterioso negocio que querías proponerme? —preguntó con curiosidad.

Esperé a que el humo se aclarase antes de responder.

—Se trata de tu prisionera, Iris. —Cuando pronuncié su nombre enarcó una ceja, sorprendido—. Me gustaría quedármela.

—¿Iris? —Dio una profunda bocanada al cigarro, con los ojos entrecerrados—. No sabía que se llamaba así. Interesante nombre... Me suena de algo.

—¿Acaso no preguntas sus nombres siquiera?

Se encogió de hombros.

—No suelen quedarse aquí el suficiente tiempo para que valga la pena recordarlos. Este es solo un lugar de paso para nuestros preciosos pajarillos de verano...

—En ese caso, supongo que no te importará que me la lleve al marcharme. Previo pago, por supuesto.

Héctor dejó el cigarro en un cenicero sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Sabes? No eres el primero que viene a mí con este tipo de idea descabellada. Pero, por desgracia, ningún mortal puede salir vivo del Velero de los Condenados. Su indiscreción pondría en peligro nuestra existencia. Es un riesgo que no puedo correr. Como hermano de sangre, me entenderás.

—No se trata de una humana corriente. Esa mujer es medio bruja. Me responsabilizaré plenamente de su silencio.

Héctor me miró, pensativo, disfrutando de su posición de poder. Después volvió a tomar el cigarro y aspiró profundamente, meditando su respuesta.

—Sí que te ha impresionado esa jovenzuela... —Soltó el humo, con expresión ladina—. A lo mejor debería probarla yo también antes de deshacerme de ella...

Me agarré con fuerza a los brazos del sillón, sintiendo que todos mis músculos se tensaban de rabia al imaginar las manos de Sinclair sobre la delicada Iris.

—Está bien, está bien —rio Héctor, dándose cuenta de mi reacción—. Ya veo que no te entusiasma la idea. Déjame pensar qué puedo hacer.

—Te lo agradecería.

—No es un sí.

—Te lo ruego.

Héctor asintió, sin responder todavía.

—Me encanta que me ruegues, para qué voy a mentirte...

—Y hay algo más que necesito pedirte... —dije, tragándome mi orgullo mientras aquel cerdo estuviera dispuesto a cooperar—. La bruja tiene una hermana. Es posible que estuviera una vez aquí, hace varios años. Aunque dudo que siga... —Me mordí la lengua—. No creo que siga en el velero, pero necesito preguntártelo de todos modos.

Héctor ladeó la cabeza, cada vez más interesado.

—Soy todo oídos. ¿Cuál es su nombre?

—Katherine. Katherine Andersson.

Al escuchar aquello, Héctor dejó caer el cigarro en el cenicero, incrédulo.

Su expresión cambió por completo y se levantó de golpe, con los brazos sobre las caderas.

—¿Quién te ha enviado aquí, Theodore d'Alessandro? —musitó entre dientes, plantándose frente a mí con ojos entrecerrados.

Escurrió la mano tras el cuadro, palpando y presionando alguna palanca oculta tras él.

—No sé de qué me hablas —respondí sin entender, echándome hacia atrás—. Es solo una bruja de la que me he encaprichado esta noche. Mientras estábamos en la cama me comentó que tenía una hermana, y que hacía tiempo que no sabía de ella...

Escuché pasos, y al darme la vuelta vi a Mildred y Romina empuñando espadas de plata, seguidas por un par de guardias.

—¿Qué significa todo esto, Sinclair? —pregunté, levantándome de golpe con los brazos en el aire—. ¿He dicho algo que no debía?

—Maldito topo —gruñó Héctor, haciendo un gesto a sus sirvientes—. Tendría que haber sospechado desde el momento en que apareciste en mi barco. Sabía que eras un mísero traidor, d'Alessandro, pero...

Cuatro espadas de plata apuntaron a mi pecho, y reculé todo lo que pude, quedando acorralado en una esquina.

—No entiendo nada, Sinclair —dije, protegiéndome con las palmas de las manos—. Era solo una oferta. Un intercambio económico...

Héctor explotó en una risa malévola.

—¡Iris Andersson! —Bufó, sacudiendo la cabeza—. ¡Por supuesto! ¿Cómo pude pasarlo por alto? Y tú... el vengador en las sombras, el justiciero de La Oscuridad... ¿es eso, d'Alessandro? ¿Has venido a luchar contra los sobrenaturales poseídos por La Oscuridad... en mi propia casa?

Rio tan fuerte que las llamas de las velas temblaron.

—Lleváoslo, queridas —ordenó Héctor a Mildred y Romina, y estas se acercaron a mí con cadenas de plata—. A las bodegas, con el resto de presos.

De poco habría servido oponer resistencia, desarmado y en un barco repleto de vampiros al servicio de Héctor. Decidí usar una táctica más civilizada.

—No serán necesarias. —Señalé las cadenas—. Os acompañaré voluntariamente. Pero esto es solo un malentendido...

—Por supuesto, por supuesto... —dijo Héctor, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Entonces supongo que no te importará unirte a nosotros en el salón, mañana por la noche. Será una ceremonia muy especial... en la que podrás observar cómo bebo hasta la última gota de sangre de esa bruja. Incluso me planteo hacerla mía para siempre... concederle la mordedura eterna... ¿Qué te parece?

Sus ojos relampaguearon, y sentí algo explotar en el pecho, mientras la ira me cegaba.

—¿No te importará, verdad? Si es cierto lo que afirmas, deberías alegrarte. Podrás disfrutar de un espectáculo voyeur en el gran salón, mientras la hago gritar de placer y lamo sus rincones más recónditos. Su último suspiro será por mí, ¿no es fabuloso?

Me lancé a la carga contra Héctor, sintiendo el sabor de la sangre en los colmillos. Lo derribé sobre el suelo, y clavé mis garras en su cuello. No podía pensar. Mi plan civilizado se había ido al traste. Lo único que quería era desgarrarlo; hacerlo pedazos entre alaridos de dolor.

La sensatez me abandonó, sustituida por la sed de sangre y venganza.

Venganza de Emmanuel, de Iris, y de tantas otras víctimas de La Oscuridad y la injusticia.

El rostro de mi hermano fue lo último que pasó por mi mente.

Después, una hoja de plata se clavó en mi espalda, y el mundo entero se desvaneció ante mis ojos.

43

Iris



Cuando la puerta del camarote se abrió de golpe y la que entró fue Mildred, en lugar de Teo, supe que el resto del día no auguraría nada bueno.

Yo seguía en la cama. En la oscuridad inmutable del camarote, había perdido la noción del tiempo. Al ver a la vampiresa no me atreví a preguntarle por Teo, temerosa de que mi interés por él me delatase. Sin embargo, la duda me retorcía las entrañas.

Me aseguré de ponerme de lado, con la cabeza agachada, para que viera claramente las marcas de mordeduras. Ella las miró de reojo, pero no dijo nada.

Mildred me trajo una bandeja con manjares y la depositó sobre el escritorio: una sopa clara de consomé con pequeñas albóndigas de carne; salmón ahumado con huevos rellenos y un jugoso rosbif en una salsa espesa y suculenta. En un platillo aparte había varios dulces, incluyendo flan y tarta de nueces con caramelo. El olor era exquisito, pero aun así sentí que se me cerraba el estómago.

—Come —me dijo la vampiresa secamente, tirando de mí para que me levantase—. Lo necesitarás.

—¿Qué hora es? —pregunté, frotándome los ojos mientras cruzaba la habitación medio dormida.

—Son las cinco de la tarde. Has dormido mucho tiempo.

Me senté a la mesa y revolví la sopa, sin ganas. Entretanto, Mildred se acercó al armario y revisó los vestidos, hasta dar con uno de su agrado: un traje largo, rojo y brillante, con escote Bardot fruncido y bordado con hilo de plata.

—Ponte esto. Te espera una velada especial.

La observé con sospecha por encima de la cuchara alzada.

—¿Especial, por qué? —pregunté con voz temblorosa.

—Serás la estrella de la fiesta —fue lo único que respondió la vampiresa.

Mildred se apostó a mi lado y me observó comer, siguiendo cada uno de mis movimientos con concentración felina. Me pregunté si su profundo interés por mí esa noche se debería al trato entre Héctor y Teo. ¿Habría tenido éxito Teo en su acuerdo con mi captor? Nada en el comportamiento de Mildred revelaba la respuesta, pero sin duda la descubriría pronto.

Sorbí un poco de sopa y comí algunos bocados de tarta, desmigándola con apatía. Cuando Mildred comprendió que no iba a tomar nada más, se acercó y comenzó a cepillarme el pelo. Me lo sujetó con un complejo recogido, para después vestirme y maquillarme como si fuera una muñeca.

—Estás lista —declaró al fin, admirando su obra—. Ahora voy al salón, y vendré a por ti en cuanto Héctor te haga llamar. Quédate aquí y pórtate bien mientras tanto, ¿entendido?

Dicho esto, Mildred me esposó y volvió a encerrarme en el camarote durante su ausencia. Traté de invocar a Shihan una vez más, pero mis llamadas resonaron en el vacío. Lo mismo ocurrió cuando, cautelosa, pronuncié el nombre de la terrible Margalida Tur: la llamé despacio, casi temerosa de que respondiese. Obviamente, no lo hizo; tampoco esperaba que se presentase, después del exorcismo de Naomi.

Miré a mi alrededor, buscando con desesperación tres velas para ayudarme en mi invocación. Si hubiera podido realizar el proceso adecuadamente, a lo mejor habría funcionado: pero eso era imposible sin mis velas y sin mis oraciones. Sin las herramientas adecuadas a mi disposición, estaba perdida y a la merced de los espectros, que se presentarían cuándo y cómo ellos quisieran, si les apetecía.

Al rato regresó Mildred, con aire circunspecto. Abrió la puerta y comprobó mi aspecto. Me sujetó un mechón más del recogido, y me miró desde todos los ángulos. Noté que aún no estaba satisfecha, y se puso a rebuscar por los cajones, nerviosa.

—Necesitas un broche o unos pendientes. No puedes salir así al Gran Salón, con ese aspecto tan mundano. Esta noche estarás solo tú...

—¿Solo yo? —pregunté con horror, recordando el siniestro espectáculo de la noche anterior, y los gemidos de los otros mortales mientras nuestros verdugos nos conducían al patíbulo por los lujosos pasillos.

Mildred siguió abriendo cajones, y al hacerlo, su vista recayó en el retrato de Héctor, roto y abandonado en una esquina.

—¿Quién ha hecho esto? —inquirió, levantando el lienzo con el ceño fruncido.

Me encogí de hombros.

—Se cayó solo.

Mildred miró con recelo a un lado y otro del camarote, y después volvió a estudiar el cuadro: la figura de Héctor había quedado destrozada, mientras que la mujer que lo acompañaba estaba todavía intacta.

—¿Quién era ella? —pregunté, sin poder aguantar la curiosidad. La mujer representada era menuda pero bellísima, de rasgos exóticos, posiblemente mediterráneos. Al observarla más de cerca reconocí el colgante que llevaba puesto en el cuadro: el rubí de Lorenzo de Médicis, el mismo que Héctor le había regalado a mi hermana la última noche que la vi.

Mildred dudó un instante antes de contestar.

—Era una antigua reina. —Le dio la vuelta al cuadro y lo apoyó contra la pared, esta vez de espaldas, de modo que los rostros quedaran ocultos—. Falleció hace más de un siglo. Estuvo muy poco tiempo entre nosotros, pero aun así fue una gran pérdida para todos, y particularmente para el señor Sinclair.

Hablaba de una tragedia, pero, curiosamente, en su voz noté más alivio que aflicción.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, mientras recordaba las palabras de mi vecina de celda acerca de la reina: *esa es la peor de todos.*

Mildred ignoró mi pregunta, enfrascada en ajustar el cierre rebelde de un ostentoso collar de diamantes que había colgado en torno a mi garganta, junto a la cadena que ya llevaba.

—Vamos. El Señor del Velero te espera —dijo una vez abrochado, y sujetó la puerta para que saliera yo primero del camarote.

—No me has contestado —protesté, decidida a mantenerme inmóvil hasta obtener respuesta.

Mildred me miró de arriba abajo, con una mezcla de desprecio e indiferencia.

—Margalida —respondió finalmente, empujándome bruscamente hacia el pasillo—. Nuestra anterior reina se llamaba Margalida.

44

Iris



Cuando las puertas del Gran Salón se abrieron, el aire que se respiraba en él era totalmente diferente de la noche anterior.

Si previamente el ambiente había estado cargado de lujuria y diversión malsana, aquella noche sentí que era la mismísima muerte la que sobrevolaba el gran espacio cuadrado. La angustia y el tormento acechaban tras los candelabros de bronce, agitando las llamas de las velas con una innegable sed de violencia y venganza.

Cerca de la entrada divisé a Aksel y Reiner. Había también varios invitados que no reconocí, todos ellos vampiros. Al fondo, en un rincón, divisé a Teo sentado a una mesa, acompañado de otras personas. Cuando me vio entrar apoyó la frente en la mano y miró al suelo, y solo entonces advertí que tenía sangre en la camisa, las manos esposadas y varias cadenas que lo sujetaban a fuertes anillas de hierro ancladas en suelo y paredes.

A su lado, Héctor sonreía, arrellanado en una butaca con las piernas abiertas y una expresión de absoluto entusiasmo en su rostro.

—¿Dónde la pongo? —preguntó Mildred, sujetándome el brazo con dedos duros como tenazas.

—Sobre el estrado, querida.

Señaló el pequeño escenario, ligeramente elevado por encima de la sala, donde un vampiro había tocado el piano el día anterior. Esta noche el piano estaba tapado con una funda, y habían colocado a un lado un extraño diván con gruesas correas de cuero. Mildred me obligó a subir las escaleras y me depositó sobre el diván como un fardo.

Los gruñidos de Teo resonaron en la sala, sobre la cual había caído una profunda expectación. Parecía que todos aguardaran un espectacular truco de magia, conteniendo la respiración.

Me incorporé en el extraño asiento con dificultad, a causa de mis manos esposadas.

—¿Le ato las correas? —le preguntó Mildred a Héctor.

—No será necesario... por ahora —respondió él, levantándose con parsimonia y acercándose al estrado con zancadas lentas. Después subió los dos escalones que llevaban al estrado y se volvió hacia su reducido público con una ridícula reverencia—. Esta noche, damas y caballeros, tenemos entre nosotros a dos traidores, y os pido que decidamos juntos su merecido.

Un suspiro colectivo sacudió la sala, seguido de susurros a duras penas contenidos.

—Así es —corroboró Héctor—. Uno de los nuestros... —Su mirada se desvió hacia Teo, disfrutando de la atención—. Un hermano de sangre se infiltró en esta casa, con la intención de sacar a la luz nuestros secretos. Los míos... y los vuestros.

Los susurros del público se convirtieron en abucheos, y alguien gritó desde el otro lado.

—¡Muerte al traidor!

Héctor alzó las manos, acallándolos con fingida clemencia.

Después tomó asiento en uno de los dos tronos vacíos que se encontraban junto a mi diván.

—Estoy de acuerdo con vosotros: la traición es la afrenta más grave para nuestra estirpe. Poner en peligro nuestra intimidad es tan grave, que la reina y yo hemos decidido que merecen una condena excepcional... algo peor que la muerte...

Se acercó a mí y contuve la respiración, manteniendo la atención fija en cada movimiento de Héctor.

—Theodore d'Alessandro —tronó la voz de Héctor Sinclair—, yo te acuso de alta traición por infiltrarte en el Velero de los Condenados con la intención de acabar con mi estirpe y sacar a la luz los secretos mejor guardados de otros miembros de tu casta. Como castigo, morirás quemado, pero antes de ello serás testigo de la tortura de tu amante y cómplice mortal, para que sirva de escarmiento a todo aquel que alguna vez se plantee repetir tu error. ¿Tienes algo que decir al respecto?

—¡Soy inocente! —gritó Teo, debatiéndose contra las cadenas—. ¡Suéltame, maldita sea!

Aprovechando que todas las miradas estaban sobre los dos hombres, me lancé contra Héctor, que no se esperaba el ataque. De un cabezazo lo derribé de la silla, mientras trataba de estrangularlo con las esposas. Varios vampiros corrieron al estrado, apartándome de él a patadas mientras yo me debatía con uñas y dientes, dispuesta a morir luchando si era preciso. Entre todos me sujetaron, y Héctor se levantó del sillón, desdeñoso.

—Si vuelves a moverte de ahí, te ataré yo mismo. Con tus propias venas —declaró Héctor, frotándose el cuello donde la cadena de mis esposas había dejado unas leves marcas rojas—. Eres un poco revoltosa, ¿sabes?

Me asestó un fuerte bofetón que me dejó aturdida. Caí de bruces sobre el diván, frotándome la cara con las manos atadas.

De pronto, los goznes de las puertas dobles chirriaron y estas se abrieron de nuevo.

Todos los presentes, a excepción de Teo, se pusieron en pie e inclinaron la cabeza.

—Mi reina —la saludó Héctor con fervor, bajando del estrado para ir a buscarla.

Alcé la vista de los cojines, dolorida.

Ante mí, la reina del Velero de los Condenados hizo acto de presencia en el Gran Salón por primera vez.

Hermosa, maligna, mágica.

Sus cabellos rubios ondeaban tras ella, levitando de pura energía. Sus faldas, cuajadas de brillantes, no tocaban el suelo gracias a un embrujo, y su rostro, aunque mortal, mostraba una perfección inhumana, que solo podía haber nacido de un pacto con el mismísimo Diablo.

Un grito se congeló en mi garganta al verla.

Ella, sin embargo, ni siquiera me miró.

—Mi reina, bienvenida —dijo Héctor, besándole el dorso de la mano y llevándola hasta el estrado—. Llegas justo a tiempo. Conoces el caso. ¿Cuál es tu veredicto?

La reina tomó asiento en el trono vacío junto a Héctor. Sus ojos pasaron a través de mí sin verme, como los de un muerto. Aquella mujer era una cáscara vacía, hueca, cuyo cuerpo aún estaba allí, aunque su corazón se había marchado mucho antes.

Cuando por fin habló, su voz era como la de los espectros que me contactaban en mis sueños.

—Culpable —respondió solemnemente, con una mirada gélida—. Matadlos. Vaciad cada gota de su sangre.

Héctor se acercó a mí alzando un cuchillo, con los ojos desorbitados.

—Tus deseos son órdenes para mí, mi reina —dijo, satisfecho.

Solo entonces recuperé la voz, y mis palabras brotaron entrecortadas, borboteando entre las lágrimas.

—¡Por favor! —grité, mirando a la reina—. ¿De verdad no me recuerdas? Katie, soy yo... tu hermana.

45

Iris



Aquel ser tenía los rasgos físicos de mi hermana, pero ahí terminaban las similitudes.

Su rostro era el mismo, pero todo en ella irradiaba oscuridad. Sí, tenía su mismo cuerpo, pero en ella no quedaba rastro de la niña traviesa con la que un día yo había jugado entre las lápidas de Saint Anne.

—¡Katie! ¿De verdad no me reconoces? ¡Soy yo, Iris! —grité de nuevo, conteniendo las lágrimas mientras la hoja de la daga de Héctor levitaba sobre mi garganta.

La reina se levantó, extrañada. El vestido se arremolinó en torno a ella, movido por una brisa invisible. Sobre su pecho brillaba el rubí de los Médicis, iluminado con luz propia.

Katie frunció el ceño y alzó la mano para que Héctor se detuviese. Luego dio un par de pasos y se plantó entre nosotros de brazos cruzados.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó a su consorte, todavía sin reconocerme.

—Una impostora, mi reina —respondió Héctor con un gesto despectivo de la mano—. No escuches sus palabras envenenadas.

Katie dio la vuelta en torno a mí, olisqueándome como un animal.

—Me recuerda a alguien. —Se frotó las sienes y parpadeó varias veces—. Pero no consigo recordar quién.

—¡Soy tu hermana! —grité, desesperada.

Ella me miró con creciente interés. Héctor la empujó de vuelta a su trono, sacudiendo la mano.

—Mi reina, son todo burdas falsedades.

Katie chasqueó los dedos, y una joven pecosa y escuálida, con el porte de un ratoncillo asustado, surgió de un rincón oscuro.

—Desirée —dijo Katie sin mirarla—. Acércate.

La joven dio un par de pasos más hacia el estrado, aterrada.

Al escuchar su nombre la miré con mayor atención y reconocí sus rasgos: era la joven francesa desaparecida unos meses antes en el Serenata: la confidente de Yannis. No me costó imaginar cómo había terminado en ese barco.

—Dices ser mi hermana, pero yo no te recuerdo —me dijo Katie, acercando su rostro al mío y acariciando mi mejilla—. Si de verdad lo eres, demuéstralo.

—¿Cómo? —pregunté, mirando hacia Teo en busca de consejo. Él sacudió la cabeza en un clarísimo *no*.

—Las hermanas harían cualquier cosa la una por la otra, según tengo entendido —dijo Katie, y me miró fijamente. El colgante de su cuello creaba remolinos rojos y acuosos que recordaban tétricamente a un vaso lleno de sangre—. ¿Tú harías cualquier cosa por mí?

Entrecerré los ojos y asentí lentamente.

Katie hizo un gesto a uno de los vampiros para que me desatara las manos. Tras obtener el permiso de Héctor, Mildred sacó su manojo de llaves y me liberó. Después me hicieron levantarme y Héctor me agarró de un brazo para que no escapara.

Katie tomó la daga que sostenía Héctor y la puso entre los dedos de mi mano libre, cerrándolos en torno al mango.

—Si de verdad eres mi hermana, sacrificarás a esta esclava por mí. Trató de envenenarme hace unos días, ¿lo sabías? He estado muy enferma por su culpa.

Desirée, frente a nosotras, se puso a temblar sin control. Mildred se acercó a sujetarla y la lanzó sobre el diván donde había estado yo unos segundos antes.

Tragué saliva, sintiéndome atrapada.

—Así es —continuó Katie, girándose hacia la pobre Desirée—. ¿Pensabas que no te descubriría? Mi magia todo lo ve, y todo lo sabe. —Después volvió a mirarme a mí—. Esta mujer, mi sirvienta desde hace meses, ha intentado acabar con mi vida. Ahora debe pagar por sus fechorías. Su existencia pone en peligro la mía... —Me miró de nuevo—. La nuestra, *hermana* —añadió con ironía en los ojos—. Ayúdame y prueba que eres sangre de mi sangre.

Contuve la respiración, acorralada entre decenas de vampiros dispuestos a saltar sobre mí si daba un solo paso en falso.

Teo gritó y se debatió contra sus cadenas, pero uno de los guardias que lo vigilaban le acercó la hoja de una espada de plata al cuello, acallándolo.

Traté de olvidarme del entorno y concentrarme; después alcé la daga y respiré.

Inspira, expira.

Uno, dos, tres.

La hoja levitó sobre el pecho de Desirée, que temblaba como un pajarillo en manos de Mildred.

Cerré los ojos, apretando el cuchillo tan fuerte que me dolieron las manos.

No tenía velas, ni tampoco fotografías. Pero su rostro era claro en mi mente, exactamente igual al que había visto en el cuadro.

Y entonces la invoqué.

La invoqué, sabiendo que su presencia podía acarrear el caos y la muerte a todos los presentes.

Pero ya no tenía nada que perder.

«Margalida Tur, por la luz de estas tres velas y el poder de las Diosas, yo te convoco. Si estás ahí, manifiéstate...»

El rostro de Héctor se deformó en una mueca de horror al oír aquel nombre, mientras el silencio caía sobre el Gran Salón.

Todos me miraban, expectantes.

Pero no ocurrió nada.

Entonces, los hombros de Héctor comenzaron a sacudirse, y su risa burlona resonó por toda la sala.

Repetí la invocación una vez más.

Necesitaba velas. Necesitaba iluminar la oscuridad de los muertos.

Miré a Teo, desesperada, buscando apoyo e inspiración; pero él sacudió la cabeza, indicándome que acatase las órdenes de la reina, o sería yo la ajusticiada.

—¿Qué majadería es todo esto? —dijo Héctor, todavía riendo.

Su risa hizo vibrar las llamas de los candelabros, y entonces comprendí que estaba rodeada

de velas. Siempre lo había estado.

Pero no necesitaba ninguna.

Mi luz, mi faro, no eran esas velas. La magia que yo buscaba no estaba en los candelabros, ni en nadie que no fuera yo. El poder siempre había estado en mí, y todo lo demás eran simples muletas... que nunca había necesitado.

Cerré los ojos de nuevo, y llamé a Margalida Tur con todas mis fuerzas.

—¿Proseguimos? —dijo Héctor—. No tengo todo el día...

No pudo terminar la frase porque, de repente, el Gran Salón del velero tembló, sacudido por un súbito maremoto.

Una espiral de humo oscuro lanzó los sillones por los aires y volcó los candelabros, sembrando el caos entre los vampiros.

Del humo surgió una imponente figura femenina de rasgos cadavéricos, vestida con largas telas negras. Bajo sus pies, unas lenguas de fuego infernal le lamían el cuerpo, y manos demoníacas se alargaban hacia sus piernas, tirando de ella hacia abajo.

Sobre su frente había agujeros sangrantes, que dibujaban el contorno de la misma corona de oro que yo había visto ya en el cuadro.

Margalida Tur había acudido a mi llamada.

El fuego fantasmal comenzó a extenderse bajo sus pies.

El espectro alzó los brazos, y todos los presentes quedamos congelados en el sitio, observándola con absoluto terror. Los labios de la bruja fantasmal no se movieron, pero pude oír sus palabras en mi mente, mientras clamaba:

«Almas del Velero de los Condenados, yo os invoco».

Por todos los resquicios comenzaron a salir fantasmas: hombres y mujeres mutilados, sin rostro o en los huesos, que revolotearon entre los vampiros mientras estos trataban de huir despavoridos: algunos en su forma humana; otros transformados en cuervo. Los fantasmas los rodeaban y los empujaban hacia el creciente incendio que nacía a los pies de Margalida y que se alimentaba de las velas de los candelabros volcados, extendiéndose implacable por el Gran Salón.

Katie era la única que se mantenía imperturbable; se plantó frente a Margalida con los brazos abiertos, retándola, y una nube tan oscura como la de la otra bruja surgió en torno a ella. Se aferró al colgante, que vibró con magia negra en respuesta.

«Apártate, desgraciada. No es a ti a quien quiero, sino a él», le gritó Margalida, lanzando una bola de fuego hacia Katie mientras señalaba a Héctor con su otra mano esquelética. Katie desvió el proyectil hacia un lado, haciendo explotar un grupo de butacas en mil pedazos, mientras Héctor desaparecía junto a Mildred en una habitación contigua.

Me agaché junto al diván para protegerme de la onda expansiva, mientras las dos brujas se lanzaban esferas ardientes que arrasaban con todo a su paso.

—El colgante... —dijo una voz débil a mi lado. Era Desirée, hablándome con su dulce acento francés—. Es su conexión con La Oscuridad. Contiene la sangre de todas las brujas que hicieron pactos con la oscuridad de la Umbrícora para aumentar su poder y servir a los propósitos de Héctor. Ninguna bruja mortal puede tener una magia tan potente por sí sola; se necesita un pacto de sangre para eso. Pero, si conseguimos quitárselo, la reina perderá toda la magia que no es suya...

Desirée se acurrucó contra mí en busca de refugio, y yo le apreté la mano, tratando de reconfortarla. Los gritos de los vampiros se mezclaban con los aullidos de las almas atrapadas en el barco, que pedían justicia.

Los fantasmas de todos los jóvenes muertos en el Velero de los Condenados cargaron contra los vampiros, metiéndose en sus cuerpos a través de sus bocas y orejas para poseerlos y obligarlos a saltar a las llamas. Los cuerpos de los no-muertos ardían con un sonido efervescente, mientras su carne se derretía al instante, creando cúmulos de lodo rojizo con olor a pelo chamuscado.

En un rincón, Teo había quedado solo y atrapado: sus captores habían huido, dejándolo encadenado a las anillas del suelo mientras las llamas se iban acercando inexorablemente. Se debatía contra las ataduras como una bestia atrapada, aullando tan fuerte que pude oírlo por encima del incendio. Le hice un gesto desde mi escondite tras el diván, pidiéndole paciencia mientras pensaba qué hacer.

Alcé las manos al cielo.

«A todas vosotras, a todos vosotros, que sufristeis a manos de vuestros captores en este barco: por el poder de las Diosas, yo os convoco y os pido vuestra asistencia...»

Cientos de fantasmas volaron hacia mí, alzándome por los aires con sus dedos espectrales. Me llevaron en volandas hasta el centro del Gran Salón, donde el duelo entre Katie y Margalida se encontraba en su momento álgido.

Sentí el poder de todas aquellas almas bullendo en mi interior, potente y vengativo, y un potentísimo rayo de luz surgió de las puntas de mis dedos.

«*¡Apunta al corazón*!», me susurraron las voces de los muertos, hirviendo de resentimiento. *«Ella es la reina, la que ha mantenido este barco oculto con magia de sangre, la culpable de nuestro cruel destino. ¡Acaba con ella ahora!»*.

Apunté mis manos hacia Katie, sabiendo que el rayo mágico se dispararía en cualquier momento.

Transcurrieron algunos segundos, que para mí fueron eternos. Pasaron por mi mente todos los recuerdos hermosos de mi infancia, y las niñas que un día fuimos. Pero esa niña ya no existía, y mi hermana ya no me recordaba: su pacto con La Oscuridad la había convertido en un monstruo y, si no la detenía, acabaría con todos nosotros.

Me acerqué a ella por detrás.

El rayo mágico brotó de mis manos.

Pero no pude hacerlo.

Lo desvié en el último instante, haciéndolo rebotar contra una de las paredes, donde explotó con un fogonazo.

Margalida Tur se volvió hacia mí, furiosa, y Katie, a dos pasos de mí, también lo hizo.

Flotando frente a Katie, aún sostenida por las almas, alargué la mano hacia su cuello y tiré del colgante rojo con todas mis fuerzas.

Tiré, pero la cadena no estaba hecha de material humano y no cedió ante mis esfuerzos.

Pedí ayuda a los espíritus, y estos me imbuyeron de nuevo de la fuerza de su venganza contenida durante tanto tiempo.

La cadena cedió, y el colgante voló hasta caer a los pies de Margalida.

Katie, al separarse de aquel rubí maldito, abrió los ojos de par en par y cayó al suelo con un golpe seco. Todo su poder se esfumó en un instante.

Mi hermana se apoyó sobre los codos y parpadeó confundida, como si acabara de despertar de una larga pesadilla.

Margalida, teniendo por fin paso libre, ignoró a Katie y flotó un instante por encima de su cuerpo, dudando. Recogió el colgante y se lo puso; aquello la hizo triplicar su tamaño, y se volvió todavía más oscura.

Después, el espíritu colérico de la antigua reina avanzó hacia el reservado donde se habían escondido Héctor y sus secuaces.

El fuego seguía creciendo en el centro del Gran Salón, y el calor comenzaba a volverse asfixiante. El crujir de la madera en combustión resonaba tan fuerte en mis oídos que era difícil entender lo que gritaban las voces de los muertos.

Con un estruendoso relámpago, Margalida tiró abajo la puerta del reservado, dejando a la vista el interior. Su figura espectral invadió la pequeña estancia, donde Héctor y Mildred se habían atrincherado tras un cúmulo de muebles y obras de arte.

«Héctor Sinclair», tronó la voz de Margalida, sacudiendo el barco entero, *«Hace dos siglos te aprovechaste de mi juventud, de mi magia, de mi inocencia... de mi amor»*.

Su presencia creció hasta volverse tan grande como el Gran Salón.

«Me engañaste... y por ti, para servir a tus inmundos propósitos, hice un pacto de sangre con La Oscuridad. Me condené para siempre por servirte. Me engañaste, y después me abandonaste a mi suerte, me sustituiste mil veces... No pude acabar contigo cuando perturbaste la paz de mi casa, pero esta vez no escaparás.»

Una llamarada inundó el reservado, fulminando a Héctor y a Mildred, junto al cuadro que los protegía, en menos de un segundo.

«¡Arde, Héctor! Arde junto a tu barco de almas condenadas. Mi misión está cumplida... ¡nos veremos en el infierno!»

Y dicho esto, el espíritu de Margalida se desvaneció, seguido por el resto de espectros, que se fueron disipando uno a uno.

El viento helado cesó, y un calor insoportable se apoderó de lo que quedaba del Gran Salón.

El fuego se había adueñado del espacio entero.

Dejando atrás a Desirée y a Katie, salté de mi escondrijo tras el diván y corrí entre los escombros ardientes. Protegiéndome con un grueso retazo de las cortinas de brocado, entré en el reservado, tosiendo por el humo, y busqué con la mirada entre los restos de ambos vampiros.

Lo vi de inmediato: humeante, sobre una masa de cieno rojo, se encontraba el manojo de llaves de Mildred. Ayudándome de la tela de la cortina para no quemarme, saqué el llavero de entre los rescoldos y corrí hasta donde estaba Teo. Conseguí liberarlo de las cadenas y, sorteando los trozos de estuco que caían del techo, regresamos hasta donde estaban Katie y Desirée.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Teo, tomando a Desirée en brazos—. Esto es un maldito horno.

Miré a Katie, que despertaba entre toses.

—¡No puedo dejarla aquí!

—¡Por todos los Dioses, Iris! —replicó Teo, nervioso—. ¡Tu hermana es la mismísima reina del Velero de los Condenados!

Katie se incorporó, despertando de su trance, y miró a su alrededor.

—¿Iris? —dijo, confundida, agarrándose a un sillón volcado para tratar de levantarse—. ¿Qué haces aquí?

—¡Vamos! ¡Apóyate en mí! —dije, ofreciéndole mi brazo—. No hay tiempo para explicaciones.

—¡Estás loca! —me espetó Desirée, huyendo junto Teo por la única salida que aún no ardía en llamas—. ¡Tú no sabes las cosas que ha hecho tu hermana! ¡Se merece morir aquí, junto a todos los vampiros a los que ayudó!

Ignoré los gritos de la joven francesa y me arrastré, ayudando a Katie a moverse, de camino al corredor central que llevaba a las cubiertas superiores.

A nuestras espaldas, el rugido de las llamas devoraba el lujoso Gran Salón del Velero de los

Condenados, iluminando la caótica escena con destellos naranjas y rojos.

Una vez en el pasillo, dudé.

A la izquierda, unas escaleras subían hasta la cubierta superior, donde podríamos usar los botes para escapar.

A la derecha, otra escalerilla más oscura y estrecha descendía hasta las bodegas, donde los prisioneros que aún estaban vivos arderían con el barco si no hacíamos nada para salvarlos.

Teo me miró y negó efusivamente con la cabeza, pero yo ignoré su advertencia. Puse la mano de mi hermana en la suya, y apreté el manojo de llaves de Mildred contra el pecho.

—Sácalas de aquí, Teo —le pedí, mirando a Katie y a Desirée. Me aparté justo a tiempo para esquivar la caída de un querubín dorado, que se desprendió de una esquina del techo—. Bajaré a abrir las celdas; no tardaré mucho.

—Iré contigo —dijo Teo, haciendo ademán de seguirme, pero yo lo detuve, poniendo la palma de mi mano contra su pecho.

—No. Alguien tiene que preparar los botes para que podamos huir cuanto antes. Este barco está a punto de hundirse, si es que no explota antes.

Katie me miró, aún confundida y con lágrimas en los ojos.

—Iris... Debiste dejarme en el salón... habría preferido morir aquí. Lo merecía. Debí haberte escuchado cuando me advertiste contra Héctor... cuando tu intuición te reveló lo que yo no quería ver. Lo siento tanto, hermana —murmuró, mientras el suelo se tambaleaba tan fuerte que me lanzó contra una de las paredes.

—No digas tonterías —le dije, recuperando el equilibrio. Luego le di un fugaz abrazo antes de marcharme—. Si vine aquí, fue solo para encontrarte. No me importa lo que hicieras... eres la persona más importante de mi vida. Siempre te querré, y te perdono, hermana.

46

Teo



Gracias a Zeus era noche cerrada y no tuve que enfrentarme al mortífero calor del sol cuando salí a la cubierta principal, seguido por la joven francesa y la antigua reina del velero.

El aire era más fresco fuera, aunque el panorama no era mucho menos aterrador: el Velero de los Condenados estaba envuelto en llamas voraces que lamían el cielo nocturno. Conté unos diez botes de salvamento, de unos veinte pies de largo. Si todo iba bien, serían más que suficiente para evacuar a un par de cientos de prisioneros; eso si Iris conseguía salir a tiempo de las entrañas de aquel infierno flotante.

Un sirviente humano salió del barco y se nos acercó, asustado.

—¡Tú! ¡Ayúdanos a preparar los botes! —le grité, apuntándolo con el dedo.

Algunos vampiros conseguían salir y se esfumaban en el cielo nocturno, convertidos en cuervos. Los ignoré, aunque recé por que recibieran su merecido en alguna otra parte, como todos aquellos que hacían pactos con La Umbrícora.

—Ayudadme con las cuerdas —les dije a los tres humanos que me seguían. La francesa encontró una linterna, e iluminó el interior de los botes. Los revisé rápidamente, comprobando que todo estaba en su sitio.

La reina parecía a punto de desmayarse, pero no había tiempo para preocuparse por ella. La tomé en brazos y la apoyé contra una pared un poco alejada, fuera del paso y del peligro. Si por mí fuera, la habría dejado arder junto a su perverso consorte, pero le había hecho una promesa a Iris, y no la rompería.

Comencé a desatar el primer bote, y se escucharon pasos que retumbaban desde abajo. Crucé los dedos, esperando ver salir a Iris junto a los prisioneros.

—Vosotros dos, subid al bote —dije al humano recién llegado y la joven francesa. Los ayudé a saltar dentro y después me di la vuelta para ir a buscar a la hermana de Iris.

No me dio tiempo a reaccionar.

A través de una puerta surgió una figura conocida, con los ojos desorbitados. Llevaba una pistola en la mano, y la apuntó contra la sien de la reina, que seguía aturdida, en el suelo.

—Tú —gritó el hombre, con los ojos desencajados—. Tú tienes la culpa de todas mis desgracias. ¡Maldita bruja! Tú mataste a Samuel... ¡arde, con el resto de este barco!

Antes de que pudiera hacer nada, apretó el gatillo, apagando ante mis ojos la vida de Katherine Andersson, hermana de Iris, reina del Velero de los Condenados, bruja maldita por su pacto de sangre con La Oscuridad.

No hubo tiempo de juzgarla o de decidir si merecía el castigo o la compasión, porque Yannis Katsaros se tomó la justicia por su parte.

Me lancé contra él, pero era demasiado tarde. Tras acabar con Katherine apuntó la pistola

contra su propia cabeza. La segunda bala acabó con su vida, y su cuerpo cayó sobre las tablas, junto al de su víctima.

Cuando, unos segundos más tarde, Iris llegó a cubierta con los prisioneros, su sonrisa victoriosa se esfumó de golpe al ver lo ocurrido. Corrió hacia su hermana, y sus faldas carmesíes se empaparon en el charco de sangre que había comenzado a extenderse por la cubierta.

La observé impotente, de rodillas junto al cadáver de su hermana e incapaz de consolarla.

47

Iris



San Antonio de Ibiza. Dos semanas más tarde.

Luminix, el gato del Serenata, brillaba con luz verdosa en la noche veraniega.

Lo observé alejarse entre los taburetes del local vacío, mientras Mina lo seguía, preocupada, tratando de lanzarle un hechizo de encubrimiento que ocultara su paranormal luminiscencia. Tras ella corrió Selena, como si quisiera decirle algo urgente.

Me llevé la mano al cuello y froté las escamas de la cadena de plata con nostalgia.

Escuché pasos que venían de la cocina, y Teo salió a través de la cortina de cuentas, vestido como siempre con una de esas camisas blancas de lino entalladas que tan bien le sentaban.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, posando una mano helada sobre mi hombro.

Sonreí débilmente sin saber qué decir, mientras un tropel de recuerdos me invadía: recuerdos de varias noches antes, cuando habíamos esparcido las cenizas de Katie entre las olas del Mar Mediterráneo.

Mi teléfono vibró, y en la pantalla apareció un mensaje de Arianna, que acababa de regresar a Londres tras su fallido intento de aprender hechizos de desaparición en Nueva Zelanda. Su mentora, Oonagh, había resultado ser una estafadora y una vendehúmos, tal y como había sospechado yo desde el primer día. Sin embargo, la buena de mi amiga no le guardaba rencor, porque gracias a ese viaje había conocido a su nuevo amor, Manaaki.

El mensaje decía:

«Acabo de encontrar un piso fabuloso para los tres cerca del centro de la City. Te paso el enlace para que veas las fotos, ¡menudas vistas! Bueno, solo se ven desde la escalera de incendios, pero eso es lo de menos: lo vamos a pasar bomba juntos en nuestro nuevo hogar. Manaaki llega el jueves, ¿y tú, cuándo? Me muero de ganas de verte. ¡Seremos como Los Tres Mosqueteros!»

Cerré la aplicación, recordando que Teo acababa de preguntarme cómo me encontraba y todavía no le había contestado.

—Lo superaré —respondí, dejando el teléfono a un lado—. Todo se supera, más tarde o más temprano.

Teo se acercó y me abrazó muy fuerte, para después darme un cálido beso en los labios.

—¿Sabes...? —musitó, comprobando que las otras chicas ya se habían marchado—. Yo también perdí a un hermano, como adivinaste hace tiempo.

—Lo sé. Emmanuel, ¿verdad?

Teo asintió.

—Emmanuel y yo estábamos muy unidos de niños, igual que Katie y tú. —Se levantó de

pronto, rebuscó por la barra y regresó tras un instante con una tetera, de la que me sirvió una humeante taza de té antes de continuar—. Bebe. Una taza de té ayuda con todo.

La apreté entre las manos e inspiré el suave aroma terroso que despedía, deseando que siguiera con su historia.

—¿A Emmanuel también le gustaba el té?

Enarcó las cejas y sonrió.

—Por supuesto. Sobre todo, durante nuestras sesiones de espiritismo. Ambas cosas eran pasatiempos muy populares en la Inglaterra Victoriana, ¿lo sabías?

Asentí.

—Algo he oído. ¿Fue así como Emmanuel...?

Golpeteó nervioso sobre la barra, removiendo el té con una cuchara.

—Podría decirse —musitó—. Nos gustaba investigar fenómenos paranormales... lo hacíamos por diversión, solo por la emoción de la búsqueda. Por aquel entonces, ni siquiera creíamos demasiado en que fuera real. No comprendíamos la magnitud de las consecuencias.

Sacudió la cabeza y dejó su taza a un lado, exhalando con pesadez.

—Una noche nos adentramos en un cementerio antiguo. Se decía que en ciertas tumbas podían encontrarse reliquias embrujadas... portales a La Umbrícora.

—¿Portales?

—Objetos embrujados, fisuras entre planos para acceder a la Oscuridad Primal; la fuente de todo lo malvado y perverso de este mundo... Ahora, cuando miro atrás, me horrorizo al pensar que todo esto nos pareciese tan divertido por aquel entonces.

—¿Y encontrasteis algo? —pregunté, conteniendo la respiración.

Teo no respondió de inmediato; se había quedado mirando hacia la playa. A lo lejos, Mina había atrapado a Luminix y lo reprendía junto a la orilla. Selena se había sentado, no muy lejos de ellos, y tiraba piedras al agua, mientras esperaban a que Raoul pasara a buscarlas con la furgoneta.

—Encontramos algo, sí... —respondió Teo, suspirando—. Pero no lo que pensábamos. Era algo mucho más oscuro y poderoso de lo que habíamos imaginado. La Oscuridad se llevó a mi hermano, mientras que a mí me dejó entre la vida y la muerte. —Me miró fijamente, con el rostro turbado—. Solo sé que al despertar me invadió una fuerte sed de sangre... y desde entonces soy lo que ves. No sé quién me transformó en esto, o si soy simplemente un hijo de La Oscuridad profunda.

—No es así como se crean los vampiros, que yo sepa —apunté, sacudiendo la cabeza.

Sentí una sacudida, como si una visión espectral se acercase, pero la ignoré: la historia de Teo era demasiado interesante para interrumpirle en ese momento.

—¿Y cómo estás tan segura? ¿Acaso sabes con certeza dónde se originó el primero de nuestra estirpe?

Me encogí en mi fina chaqueta, sintiendo un súbito frío por la espalda.

—No, pero...

—En cualquier caso, no importa. Quienquiera que fuese, *o lo que quiera* que fuese, me convirtió en la criatura que ahora soy. Y, desde entonces, mi único objetivo es vengar la memoria de Emmanuel, y luchar contra La Umbrícora en todas sus formas. Y, ¿quién sabe? Quizás, volver a encontrarlo, si es posible.

—Por eso fundaste la agencia.

—Correcto. Y por eso mismo no me importaría perderlo todo luchando, si es necesario. Debería estar muerto, de todos modos. Lo mismo da si aprovecho esta segunda oportunidad para

vengar la memoria de mi hermano, y evitar que haya otros que corran su suerte.

Lo observé, absorta en su relato. Aquel hombre era imponente en su belleza y fuerza sobrenaturales, propias solo de los inmortales. Sin embargo, ni la belleza ni la inmortalidad le habían evitado el sufrimiento propio del más humilde de los humanos.

Me dije para mis adentros que lo entendía más de lo que él pensaba, porque esa misma oscuridad se había llevado a mi única hermana.

Había rezado; había gritado; había dado puñetazos contra las paredes hasta que me sangraron los nudillos, pero nada de eso me devolvió a Katie. Al final, le pedí a Selena que me ayudase con un ritual curativo, en un intento de guiar el alma de Katie hacia la luz, para que no terminase igual que la desdichada Margalida Tur. Sin embargo, no había conseguido conectar con ella en todo ese tiempo, y no sabíamos qué había sido de ella.

—Entonces... ¿regresas a Londres con tu amiga y su nuevo novio? —me preguntó Teo, sacándome de mis pensamientos.

—Bueno... sin la inversión de los Grimmbauer tendrás que cerrar de todos modos, ¿no? A algún sitio tendré que ir.

Los dos vampiros alemanes habían desaparecido en el incendio del Velero de los Condenados, sin dejar rastro. No los echaría de menos, pero lamentaba que Teo no pudiera continuar con su negocio y su misión por falta de fondos.

—De eso quería hablarte. Tras el funeral de Katie hablé con tu padrastro, Clarence Auberon... un tipo con clase, por cierto.

Sonreí con tristeza, recordando la consternación y el horror de mi madre y mi padrastro al enterarse del destino de mi hermana.

No podían creer que su niña, la pequeña Katie, hubiera hecho un pacto de sangre con La Oscuridad para servir a los deseos de un tirano al que pensaba que amaba. Les costaba comprender por qué una mujer brillante como mi hermana había arruinado su vida por complacer a alguien que ni siquiera la quería de verdad.

Katie, como tantas otras mujeres, había sido víctima del amor ciego, y de seguir al faro equivocado. Y su fe en él la había llevado a estrellarse por sus cantos de sirena, en lugar de llegar al puerto seguro con el que ella soñaba.

Su pérdida nos había dejado a todos desconsolados, pero al menos había sellado la puerta entreabierta de la incertidumbre. Al fin teníamos respuestas; no eran las que anhelábamos, pero era un cierre. Además, mi madre al fin había salido de su cueva y había regresado a Londres con Clarence, donde él la estaba ayudando a superar el mal trago con todo su amor y cariño.

—Tu padrastro y su clan se han ofrecido a financiar la agencia durante un tiempo. Quieren crear una especie de fundación en nombre de tu hermana.

Tragué saliva, sintiendo que se me iban a escapar las lágrimas de nuevo.

La Fundación Katherine Andersson.

Sonaba bien.

El suave ronroneo de un motor se acercó al Serenata, y se apagó de golpe al llegar frente a la puerta. Raoul aparcó la furgoneta cerca del bar y bajó del vehículo negro. Llegaba a la hora acordada para llevar a Mina y Selena de vuelta a casa. Nos echó una mirada desde el arco de entrada cubierto de palmas, con las luces ahora apagadas. Debió de intuir que nuestra conversación era privada, porque dio un gigantesco rodeo alrededor de la terraza para acercarse a Selena sin pasar por nuestro lado.

Raoul caminó hacia Selena, que seguía contemplando las olas con aire soñador, y le dio un golpecito en el hombro. Ella se giró y le sonrió. Raoul le devolvió la sonrisa, embobado, y le

tendió la mano para ayudarla a levantarse. Luego caminaron pausadamente por la orilla, hacia el rompeolas donde Mina se había sentado con el gato en brazos.

—¿Te has fijado en esos dos? —comenté, cogiendo de nuevo mi taza de té entre las manos. Comprobé que tenía un número par de flores en cada lado, lo cual interpreté como una buena señal—. Yo creo que se gustan...

Teo resopló, señalando vagamente en dirección a la luna, que estaba en cuarto creciente.

—Una bruja y un licántropo... y más aún con historias como las de ellos... —Sacudió la cabeza—. Lo dudo mucho, la verdad.

—Cosas más raras se han visto —respondí con una sonrisa traviesa.

Por ejemplo, una bruja cuya hermana desapareció en manos de un vampiro malvado, y que sin embargo se enamoró de otro...

—El tiempo lo dirá —comentó Teo, sacándome de mis pensamientos—. Me acaban de avisar de un descubrimiento importante en los Pirineos, que podría ayudarme a resolver lo de Emmanuel. Voy a mandarlos juntos allí, y tengo curiosidad por ver qué surge de todo esto...

Mientras Teo hablaba, el gato Luminix saltó del abrazo de Mina al ver a Raoul: sentía el olor a lobo, y su presencia lo atemorizaba. El gato cruzó frente a los pies de Selena, haciéndola tropezar. Esta cayó directamente en brazos de Raoul, que la sujetó con destreza, sorprendido y contento a la vez. Sonreí.

—¿Entonces... vuelves a Londres o no? —preguntó Teo de nuevo, observando el desarrollo de la escena en la playa con creciente interés.

Suspiré, apartando la vista de Raoul y Selena.

—No lo sé. Tengo que dar mi parte de la fianza del apartamento esta semana. —Lo miré, sintiendo la electricidad de su cercanía como un imán—. ¿Piensas que debería quedarme?

—En el Serenata nos serías de gran ayuda en la lucha contra La Oscuridad, y...

—¿Y...? —repetí, cada vez más cerca de su rostro.

—Y...

Dudó, removiéndose en el asiento.

—Sabes... —balbuceé, retorciéndome las manos—. Por una parte, me gusta el Serenata, pero por otra, no estoy segura de que mi sitio esté aquí...

—Sabes que la agencia no es el único motivo.

Enarqué las cejas, pero antes de que pudiera decir nada me besó con pasión, entre la brisa y el rumor de las olas. Permanecimos allí, abrazados, hasta que nos interrumpió el carraspeo de Raoul a nuestras espaldas.

—Perdón... ¿La señorita Iris necesita transporte hasta su hotel, o...?

—Gracias, Raoul. —Le sonreí—. Esta noche me quedo con Teo. Me llevará él.

—Por supuesto.

El presente se disolvió de golpe, y la visión que llevaba un rato intuyendo sacudió mi cuerpo entero como un relámpago.

La voz de mi hermana se coló en mi mente, por primera vez desde su partida:

«Iris... estoy bien... no te preocupes más por mí. Volveremos a reunirnos un día, cuando llegue el momento. Te quiero, hermanita. Gracias por todo lo que hiciste por mí.»

Se me saltaron las lágrimas al escucharla.

Traté de responder, pero ya se había marchado.

Permanecí así hasta que Teo movió la mano delante de mi cara, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Otra visión? —dijo, preocupado—. ¿De las buenas o de las espeluznantes?

Agité la cabeza, todavía en shock.

—Nada... luego te lo explico.

—Sabes que puedes compartir conmigo también las cosas malas, ¿verdad? Sobre todo, esas. Para eso estoy. Para superarlas juntos. —Extendió los brazos alrededor de mi espalda, y aspiré su reconfortante aroma—. Tú y yo, unidos contra La Oscuridad... hoy y siempre.

Le sonreí, agradecida, mientras escuchaba a Raoul encender el motor del coche y llevarse a Mina y Selena a sus casas.

Miré las estrellas, esos puntos de luz que habían guiado a la humanidad desde tiempos inmemoriales. Me sentí iluminada, por fuera y por dentro. Después nos abandonamos a un beso lento y pausado bajo la noche ibicenca, y sentí que habíamos renacido más fuertes tras la tormenta y la adversidad compartida.

La Oscuridad seguiría cobrándose víctimas inocentes, igual que nos había arrebatado a Emmanuel y a Katie. El mundo no era perfecto, y a veces las respuestas a las plegarias no eran exactamente lo que anhelábamos. Pero, al menos, ya no tendríamos que enfrentarnos solos a esa Oscuridad, pues ambos habíamos encontrado, finalmente, un alma gemela y un aliado en la lucha de la vida.

ᔓ

¡Gracias por leer la historia de Iris y Teo!

Continúa leyendo con SELENA, LUNA DE LOBOS, donde descubrirás lo que ocurre cuando Selena y Raoul se ven obligados a compartir misión en los Pirineos, en una búsqueda desesperada que se remonta al pasado más oscuro de Teo y Emmanuel.

Haz clic aquí para leer SELENA, LUNA DE LOBOS.

¿Te gustaría quedarte un rato más en compañía de Iris y Teo? Suscríbete a mis noticias y te regalaré un epílogo extra de nuestros dos protagonistas y fotos del Velero de los Condenados, del Serenata y los personajes principales.

Clic aquí para descargar CONTENIDO EXTRA.

También puedes pasar la página para leer los primeros capítulos de SELENA.

Ilustraciones de las Brujas del Serenata Nocturna:



Iris – *Médium*
Selena – *Curación*
Mina – *Espíritus Animales*
Oksana – *Telepatía*
Naomi – *Telequinesis*

Selena: Luna de Lobos
1

Raoul



Praderas de Ordesa, 5 años atrás

El vampiro me miró con los ojos entrecerrados y sonrió, dejando ver sus afilados colmillos en advertencia. Pero, en aquel momento, su advertencia me daba absolutamente igual: sin mi manada y mi dignidad, ya no tenía mucho más que perder. Si hubiera querido atacarme, ni siquiera me habría molestado en defenderme; es más: le habría dado las gracias.

—¿Y bien? —preguntó el extraño, en un francés acentuado, con ese deje forzoso típico de los sajones. Su fina camisa de lino, absurdamente fresca y elegante en medio del bosque nevado, delataba su condición de chupasangre casi más que los colmillos.

—Acepto —respondí sin más, encogiéndome de hombros.

Di una patada en el suelo, salpicando alrededor la nieve semiderretida, y me agaché a recoger mi sudadera, ensangrentada y hecha jirones tras la última —y fatídica— pelea.

—Buena elección. —El vampiro sonrió y chasqueó los dedos, satisfecho—. Entonces nos vemos en Ibiza.

Después se esfumó en una bruma gris, de la cual emergió un cuervo de color negro brillante. El cuervo se alejó en la noche, entre los angulosos picos nevados. Entre las montañas resonó su graznido triunfante, y yo me pregunté si aquella decisión sería mi sentencia de muerte definitiva.

Jamás pensé que terminaría trabajando para un vampiro. Como licántropo, crecí con las enseñanzas de mi madre, que nos inculcó a mí y a mis hermanos los peligros de aquellas traicioneras criaturas desde que no éramos más que unos cachorros inocentes, retozando entre los bosques del Alto Garona.

Los Montblanc éramos líderes, no perros falderos. Pero trabajar para Theodore d’Alessandro me salvaría la vida en más de un aspecto, aunque en ese momento todavía no sabía hasta qué punto.

2

Selena



Bar Serenata Nocturna, Ibiza

El gato Luminix se volvió de un tono verde fluorescente mientras le limpiábamos las legañas del ojo y trató de morderme la mano. Mina, de pie junto a mí al otro lado de la improvisada mesa de operaciones, musitó algo ininteligible y movió las manos en un remolino, renovando el hechizo de ocultación que lo hacía parecer un gato blanco normal y corriente ante los ojos de los no iniciados. A veces el hechizo se desvanecía, en general tras unas cuantas horas, o cuando Luminix se ponía nervioso.

—A este paso voy a empezar a cobrarte. Podría abrir una clínica veterinaria y hacerme millonaria —protesté, frotándome los rasguños dejados por Luminix al tratar de escapar de mis curas—. Este gato tuyo me va a matar un día.

Mina sonrió con todos los dientes y rebuscó bajo la barra. Apretó un interruptor y se encendieron las luces de la cocina.

—Nos estábamos quedando a oscuras —dijo—. Además, Luminix no es *solo un gato*.

Gruñí y me esforcé por quitar la sustancia blanco-verdosa que rezumaba de los ojos del felino.

—Pues lo parece, la verdad. ¿Has visto el arañazo que me ha hecho? En serio, si no fuera porque eres tú...

—Venga, si en el fondo te encanta hacerlo —insistió Mina—. Además, a mí nunca me cobrarías. Para eso soy tu mejor amiga, ¿no?

Suspiré en voz alta, sin querer admitir que tenía razón. Pero en los últimos diez días me había traído dos gaviotas heridas, un perro y hasta un erizo, y si aquello seguía iba a ser yo la que terminase con toxoplasmosis, tiña o peste bubónica. Su obsesión por salvar a cualquier criatura en apuros crecía cada día, y yo era siempre su as en la manga. O, mejor dicho, mis conjuros y pociones curativos lo eran.

Unos pasos ligeros nos hicieron girar la cabeza a la vez. Entre unas cosas y otras había bajado el sol, y con el anochecer siempre acontecía la visita diaria de nuestro jefe, Theodore, que por motivos incomprensibles no veía con buenos ojos que usáramos la barra de su bar para atender a la fauna enferma de la isla.

—No me lo puedo creer —exclamó, poniendo los ojos en blanco—. Pensaba que habíamos dejado claro este punto. No podéis poner a este saco de pulgas en la misma superficie que usamos para preparar aperitivos. ¿Qué van a pensar los clientes cuando se encuentren pelos de gato en el borde del plato? Ya estoy viendo las reseñas: «*Las vistas están bien, pero los Daiquiris llevan más pelos que el bigote de Nietzsche...*»

Mina le dedicó una mueca de absoluta inocencia, creando una pantalla con su diminuto cuerpo entre el vampiro y nuestro paciente felino.

—Teo... pero si el bar está vacío... estamos en temporada baja...

—La próxima vez hacedlo en el almacén, por lo menos.

Pobre hombre. Era consciente de que ni siquiera él podía detener a Mina cuando esta se proponía hacer algo.

—Ya, pero la cocina es mucho más higiénica para hacer curas —apunté, aunque enseguida me di cuenta de que mi comentario no había sido demasiado acertado: después de todo, teníamos un gato de angora radioactivo y con conjuntivitis sobre la bancada de acero inoxidable.

Teo se cubrió el rostro con las manos y se masajeó las cejas.

—Bien, mirad, me da igual. Solo sacad a este bicho de mi cocina, por favor.

Mina tomó en brazos a Luminix y se encaminó hacia la puerta con aire protector. Estaba a punto de seguirla cuando la mano de Teo se posó sobre mi hombro, deteniéndome.

—Espera —me dijo—. Quería hablar contigo en privado.

—¿Conmigo?

Me sorprendió su comentario. En los cinco años que llevaba en el Serenata, podía contar con los dedos las veces que él y yo nos habíamos quedado a solas. El recuerdo más claro era aquella noche en Barcelona, cuando me había convencido para unirme al Serenata. Por aquel entonces, yo trabajaba en una tienda cochambrosa del Raval y vivía en un antro lleno de cucarachas, que seguramente le habrían encantado a Mina, pero a mí un poco menos. En cualquier caso, en esos tiempos había estado demasiado hundida como para pensar en nada de eso.

Teo cerró la puerta de la cocina y miró a uno y otro lado.

—Se trata de una misión para un cliente privado —me dijo en voz baja—. Creo que serías la candidata ideal.

—¿La candidata ideal? —repetí, confundida—. No te entiendo. ¿Es que ya no trabajamos en equipo?

Teo se mordió el labio y apartó la vista.

—Sí, claro que somos un equipo —dijo en tono poco convincente—. Es solo que han surgido dos casos urgentes a la vez, y no puedo decir que no a ninguno. Les he pedido a Naomi y Oksana que se queden en el bar, pero alguien tendrá que encargarse de un asuntillo en las montañas, mientras yo voy a Dubai con Iris a echarle un vistazo a un poltergeist que cada noche cubre de arena la mansión de un ricachón. Está muy cabreado y exige que vaya yo en persona; pero al menos es de los que pagan, para variar...

—Perdona, ¿Dubai? ¿Eres consciente de lo que les pasa a los vampiros en el desierto? —comenté, rociando la bancada con espray desinfectante y sacándole brillo con servilletas de papel—. ¿Sol ardiente, diez horas al día?

—Muy graciosa —respondió él—. ¿Preferirías ir tú a los Emiratos?

Me encogí de hombros. A decir verdad, me daba igual a dónde me mandase Teo: todas las misiones tenían facetas buenas y malas. Además, viajar y conocer lugares nuevos era para mí una de las mayores ventajas del trabajo en la agencia.

—No me importaría —dije—. A diferencia de ti, a mí el sol directo no me afecta. Y a lo mejor se me derriten los michelines...

Teo sacudió la cabeza.

—No. No, el cliente insistió en que fuera yo en persona. Además, tengo algo mejor para ti. En el norte.

—¿El norte... *de qué?*

—El norte de España.

Lo miré fijamente, rezando para que no fuese donde yo me temía. Él se dio cuenta, y sus ojos delataron que lo había adivinado correctamente.

—No... de eso nada... no pienso volver allí —dije, cruzándome de brazos.

—Conoces la zona mejor que nadie.

Negué de nuevo, dando un paso atrás.

—Sabes que no puedo.

—Fue hace muchos años, Selena —insistió—. La zona ha cambiado mucho. No te pasará nada...

—¡Teo! ¿De verdad no lo entiendes? ¿Se te ha olvidado lo que me pasó?

Suspiró y tamborileó con los dedos sobre la superficie de acero inoxidable. Luego se dio la vuelta y fue a buscar una botella de vino de Oporto y se sirvió una copa.

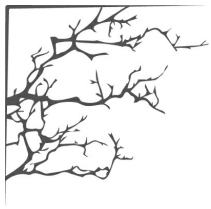
—Le he pedido a Raoul que te acompañe, así que estarás completamente segura...

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Solté un grito y abrí la puerta de la cocina de una patada. Ni siquiera me molesté en despedirme, ni en decirle por qué me marchaba. Si pensaba que regresaría a los bosques de Huesca y, encima en compañía de un hombre lobo, estaba completamente loco. Nada ni nadie iba a hacerme cambiar de opinión, ni menos aún, regresar al lugar que aún veía cada noche en mis pesadillas.

Lee Selena: Luna de Lobos



Consíguelo aquí:
https://mybook.to/selena



Nota de la Autora:

Esta serie nació de una conversación, medio en broma medio en serio, con una compañera escritora de nombre Liz. Ella fue una de esas personas que siempre me ha animado a escribir con comentarios entusiastas y, cuando terminé la serie de *La bruja extraviada*, me dijo: "*Entonces... ¿cuándo saldrá la continuación?*".

Me quedé pensando en Alba y Clarence, los protagonistas de esa serie (que, si no la has leído, te la recomiendo, porque te aclarará muchas cosas acerca del pasado de Iris), y de buenas a primeras le contesté:

"*El próximo libro será sobre Katie e Iris. La hermana mayor desaparece en un barco fantasma, y la pequeña tiene que buscarla*."

Esa frase se quedó flotando en mi mente (como un barco, y disculpad el chiste malo) durante un año más o menos. Fantaseaba con ese velero fantasma lleno de vampiros malvados casi todos los días, pero nunca me animaba a empezar la novela.

¿Por qué? Por muchos motivos, pero sobre todo, por uno que ahora me da vergüenza admitir, pero lo haré para vuestro deleite. Confieso: había un comentario que me atormentaba. Y los escritores somos almas sensibles. Alguien cercano me había dicho: *"eso de escribir sobre brujas y vampiros está bien, pero, ¿cuándo escribirás una novela seria, de las de verdad?"*.

Ya sabes: cuando hables con un escritor, recuerda que son más delicados que una flor tropical en la Antártida. Se lo toman todo al pie de la letra... *Sobre todo, lo malo.*

Me pasé ese año entre mil proyectos diferentes, y entre ellos también reescribí *Notas Ocultas*: una novela seria e histórica, *de las de verdad* (o, al menos, tan seria como pude, porque la tentación de añadir fantasmas y magia me pudo al final...). Y, por cierto, dice la crítica que es muy buena y que debería haberla publicado con la editorial esa del pingüino. Pero no tiene vampiros... léela si te gustan los fantasmas, y si quieres saber más sobre los años que pasé en Eslovenia.

Sin embargo, la idea de las dos hermanas y el barco fantasma iba creciendo por sí sola: en la ducha, conduciendo, y en la cola del supermercado, tal y como hacen las ideas tozudas que quieren cobrar vida.

Esta idea era igual que una higuera que tenía mi padre: el árbol le levantaba los cimientos de la casa con las raíces, pero no había manera de quitarlo. Cada verano, mi padre lo cortaba y le echaba sal. A la primavera siguiente, ahí estaba de nuevo la higuera, tan feliz, sacando brotes nuevos y, si te descuidabas, hasta higos.

¡Tenía una *idea-higuera!*

Mi padre me habría entendido.

Mis compañeros escritores, también.

Yo le eché sal a mi idea, pensando que, si quería tener éxito, tenía que escribir solo cosas serias, novelas históricas, dramas familiares...

Pero un buen día de verano, la idea comenzó a sacar brotes como loca... y a dar higos. Le eché más sal, pero nada. Al final me rendí, subí a la terraza y escribí seis capítulos en un par de días, con la brisa del Mediterráneo en el pelo. Luego se los envíe a mis primeras lectoras, Helena y Andrea, y me dijeron que les gustaba.

Por cierto, Andrea será algún día una escritora famosísima, y espero que me invite a todos sus entregas de premios para que pueda contar allí todas mis batallitas sobre mordiscos vampíricos y el arte de (no) matar higueras.

Este libro que tienes en tus manos ahora es el primero de una nueva saga, que contará la historia de la *Agencia Paranormal Serenata Nocturna* y la gente peculiar que va pasando por ella. El producto final se lo debo a mis lectores beta y consejeros: en primer lugar Andrea, Montse, Patricia y Riccardo; pero también a Anna, Bori, Helena y Julia, que repasaron el manuscrito definitivo: gracias a todos por vuestro enfoque único y vuestros valiosos comentarios. Os debo un plato de higos. O un bote de mermelada, a los que vivís lejos.

En estas páginas no hablo mucho de hechos históricos, ni de cosas serias e importantes. O, a lo mejor, lo hago, pero hay que rebuscar un poquito. Sea como sea, a nadie le amarga un dulce, y yo te invito a sumergirte en sus páginas y creer por un rato que no todo en la vida son facturas, goteras y llevar el coche al mecánico: con mis historias quiero transportarte a un mundo donde existe la magia, el amor eterno y la inmortalidad. Pero donde, también, la gente se equivoca, y no todo les sale bien siempre.

Este libro me ha enseñado que, cuando una higuera se empeña en crecer, lo más sabio es cosechar los frutos y disfrutar de las pequeñas cosas mágicas que nos regala la vida: *los libros de fantasía... Las historias de amor... Los higos gratis.*

Espero que disfrutes con estos nuevos personajes y que sigamos leyéndonos.

Con amor, siempre (e higos, a veces),

Eva Alton.

Si te gusta lo que escribo, eres bienvenida/o a mi grupo de lectores. Además, ahí podrás leer algún que otro cuento gratis, como por ejemplo, ***Los amantes del templo de Hades.***

Únete aquí:

https://www.facebook.com/groups/evaalton

PD: Te invito también a leer mis otros libros:

- Serie *Los Vampiros de Emberbury*: empieza con ***La bruja extraviada*** (también hay un pack de 4 libros titulado ***Los Vampiros de Emberbury*)*.**
- Serie *Serenata Nocturna*: empieza con Iris y continúa con ***Selena, Luna de lobos.***
- Fantasía histórica: ***Notas Ocultas***, una novela que entrelaza la Guerra Civil con fantasmas, viajes por Europa y un tesoro perdido.